



Murphy no dejará
de sorprenderte.

EL *Alma*
DE LA
Fiesta

MIRIAM MEZA

AUTORA DE LA REINA DEL DESASTRE

Foto de Portada: iStock.com ©

Diseño y Maquetación: Miriam Meza

Esta es una obra de ficción. Nombres, personas, lugares, productos y situaciones son, o parte de la imaginación del autor, o utilizados de forma ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales o hechos, es pura coincidencia.

Esta obra no puede ser reproducida, escaneada o distribuida de cualquier manera sin la autorización del autor, salvo el uso de citas breves en la redacción de artículos o reseñas.

El Alma de la Fiesta

Todos los derechos reservados © Miriam Meza, 2018

Comentarios sobre las obras de Miriam Meza

Miss Fatality

“Una historia divertida en la que cualquier mujer puede sentirse reflejada, aunque las cosas que le suceden a Elena rara vez le pasan a una sola persona.”

- Helena Moran-Hayes, escritora.

“La historia es divertida, ligera y muy adictiva.”

- Carmen Cervera, escritora

Inevitable

“Una historia de amor divertida y refrescante con personajes encantadores.”

- Stefania Gil, escritora.

Simplemente Perfecta

“Le doy las cinco estrellas porque está divinamente escrita. La autora es muy cuidadosa para describir las emociones de los personajes y eso me ha gustado mucho. Las escenas eróticas están bien logradas, con ese toque poético que te mantiene dentro de un romance como tal.”

- C.H. Dugmor, escritora.

“Muy entretenida e interesante, cargada con muchas escenas románticas y pasionales. Me encantó como la autora manejó a los personajes, creando sub tramas interesantes llenas de acción y dejando espacio para que los protagonistas se conocieran, se enamoraran y compenetraran. Con una narración fluida que me mantuvo enganchada desde el inicio.”

- Jonaira Campagnuolo, escritora



Otras obras de Miriam Meza

Romance Contemporáneo

Miss Fatality

Inevitable

Irresistible

Simplemente Perfecta

La Reina del Desastre

Fantasia Urbana

Blackwood: La Venganza

Narrativa Juvenil / Young Adult

El diario de Nesy Weird

Antologías

Trece destinos en una maleta

Antología navideña Romántica99

*Dedicado a los valientes miembros del Grupo
de Apoyo para víctimas de Murphy.*

Este libro existe gracias a ustedes.

Prólogo

Mascarada.

Flor

Hay ciertos eventos en la vida que marcan un antes y un después. Como en las películas o los libros, en los que un giro de la trama sorprende a los protagonistas y cambia inesperadamente su futuro. Algunos de esos giros conducen a un final feliz mientras que otros, lamentablemente, no lo hacen.

El *plot twist*¹ en la trama de mi vida es uno de esos casos en los que el final feliz de cuento de hada se convirtió en material para película de terror, con efectos visuales y banda sonora incorporada. Entonces empecé a buscar formas de enmascarar el miedo, de adormecer el dolor y de resultar convincente al decir que todo estaba bien. Me volví muy hábil para ocultar la verdad de las personas que estaban a mi alrededor, de mis padres, de mi hermano y de mi abuela. Pero eventualmente el muro de mentiras que había construido para protegerme, y para protegerlos, se derrumbó. Fue entonces cuando me vi obligada a darle un nuevo giro a mi vida. Uno que me llevó a una nueva ciudad, a una nueva vida.

Era joven entonces. Encajar en la dinámica universitaria no sería complicado, de acuerdo a mis padres, pues al fin y al cabo solo me había saltado dos años. Pero ese tiempo me había cambiado y yo no me sentía capaz de sentarme en un salón pretendiendo ser una chica normal de veinte años con ganas de aprender. La verdad es que había aprendido cosas que preferiría olvidar, pero mi nueva vida me daría oportunidades que antes no tenía, y le daría a mi familia la tranquilidad de saber que no hicieron las cosas del todo mal conmigo. Les daría paz. Y a la distancia sería más fácil pretender que todo volvía a estar bien en mi mundo.

«Es más fácil mentir si no te miran a los ojos».

Fue en la universidad precisamente que conocí a quienes me ayudaron a dejar mi pasado atrás. Mi grupo de amigas y el licor, aunque con este último tengo una relación complicada. No lo tolero en grandes dosis, y al día siguiente siempre me hace sentir como la mierda.

Gracias a mis siete dementes logré darle un poco de normalidad a mi vida. Un nuevo giro, si se quiere. Uno en el que la película se convirtió en comedia y me permitió explorar una parte de mí misma que creía perdida.

Entonces el tiempo siguió pasando, mi pasado se convirtió en un tema que nunca trataba y que me gustaba fingir que no existía, y me centré en disfrutar la libertad que mis malas decisiones me habían robado. Me dediqué a reír y a ser el alma de la fiesta. Una fiesta de máscaras en la que la verdadera Florencia Leal no tenía cabida, sino una versión *light* y marinada en alcohol.

«Hasta que apareció él.»

Capítulo 1

Promesas, promesas. O de aquella vez que conocí al encantador de serpientes.

Flor

«No vuelvo a tomar alcohol».

Esa, probablemente, sea una de las mentiras más dichas por la sociedad moderna. Sin embargo en mi caso era una realidad. Debía serlo. Mi cabeza palpitaba cual corazón agitado después de una carrera, algo en lo que no tenía mucha experiencia pues lo mío no son los deportes, y los acontecimientos de las últimas horas habían desaparecido de mi memoria. Borrados, como en la canción de Maluma, y para completar el cuadro ahora estaba en una cama que podría apostar lo que fuera a que no era mía, sin ninguna prenda de ropa encima y acompañada por un hombre que no había visto jamás.

—Ya estoy muy vieja para esto —resoplé todavía con los ojos cerrados, tratando de recordar la última vez que me sentí tan mal después de una noche

en el bar. Pero no lograba recordar ninguna, al menos recientemente.

«Voy a matar a Belén».

Tenían que ser los condenados tragos que estaba preparando la estúpida esa la noche anterior, y tenía que ser yo de regalada quien se ofreciera a probarlos. Después de tomar vino. Como siempre.

—¿Por qué me tienen que pasar estas cosas a mí? —me quejé en voz baja, aunque ya sabía la respuesta.

No es que tuviera miedo de que alguien me escuchara, pues los ronquidos de mi acompañante cubrían cualquier sonido que pudiera producir, pues parecía que el pobre se hubiese tragado el motor de un camión viejo. Así de horrible.

Además estaba esa ansiedad creciendo dentro de mí, haciendo que mi corazón latiera descontrolado y que me sudaran las manos. Esa necesidad de controlar la partida, de tener ventaja, que no estaba sino empeorando todo el asunto, porque lo último que estaba sintiendo era que tenía el control. Si no me hubiese emborrachado habría ido a mi casa en lugar de venir a la de un extraño, y obviamente que habría despachado al fulano justo después de concretar nuestra transacción. Entonces no tendría que lidiar con la incomodidad o con la expectativa. De su parte, no de la mía, pues de los hombres espero más bien poco.

«Cálmate, Florencia».

—Uhhh... —él empezó a hacer ese sonido típico de cuando nos estamos desperezando, ese que es mitad animal mitad humano, mientras se removía en la cama y me pegaba más a su cuerpo. Entonces las cosas empezaron a ponerse interesantes.

Un pecho firme se pegó a mi espalda y un escalofrío me recorrió entera. Entonces un brazo envolvió mi cintura, y la mano anexa al mencionado brazo empezó a recorrer mi estómago con dirección hacia el norte. Sí, hija, las gemelas iban a tener acción. Mientras eso sucedía, una serpiente más grande que un bate de béisbol cobraba vida contra mi trasero.

Sí, una anaconda.

Y no, mi reina, no estoy exagerando.

«Ahora sí es en serio. Si salgo bien librada de esta, no vuelvo a tomar».

—Buenos días... —El portador de la anaconda me susurró al oído, y juro por mi colección de zapatos que era la voz más sensual que había escuchado en mi vida. Olvidado quedaba el motor fuera de borda que resonaba mientras él dormía, porque esa voz era porno para los oídos.

Por la forma en que mi cuerpo estaba reaccionando, me atrevía a pensar que era posible correrme solo escuchando su voz. Y mira que yo había escuchado muchísimas voces sensuales... la de Loki², las voces de los actores que narraban los audiolibros calentorros que compraba Laura, la del madurito que hace de *Doctor Strange*³... muchas voces, vamos. Pero ninguna se comparaba con esta.

Considerando el tamaño del equipo y esa voz, no era de extrañar que mi yo-ebrio terminara entre sus sábanas. Pero la borracha había abandonado el edificio. La única que quedaba era mi yo-con-resaca, y esa señorita necesitaba escapar. Aunque ¿cuál era la prisa?

«Que hoy es viernes, y tienes que ir a trabajar. Estúpida».

Trabajo. Responsabilidades. Tarjetas de crédito sobregiradas que necesito pagar... La lista de razones para abandonar la cama y al dueño de la

voz más sensual del planeta era grande, y mis ganas de ser adulta eran pocas. Sin embargo terminé dándome la vuelta con la intención de detener sus avances antes de que la situación se encendiera todavía más y apenas abrí la boca para decir algo, su cara pasó de adormilada a espantada en fracción de segundos.

«Aparentemente no voy a necesitar dar muchas excusas para largarme».

El encantador de serpientes tenía un rostro atractivo. Mandíbula cincelada sombreada por una barba de pocos días, aunque sus ojos parecían cansados tenía una mirada intensa, además de una nariz perfilada. También tenía un bronceado perfecto, unos preciosos ojos café y unas pestañas por las que cualquiera de mis amigas mataría. Era guapo, no voy a negarlo, pero se veía como si estuviera al borde de un ataque de pánico. En ese momento sentí un poco de pena por él. Pero solo un poco. Sentía mucha más pena por mí, pues debía ir a simular que mantenía los asuntos de Ruth al día mientras luchaba contra la resaca.

—¿Quién eres tú? —me preguntó, y yo fruncí el ceño. ¿Cómo se atrevía a preguntarme eso? ¿Es que acaso no se lo dije antes de venir a pasar la noche con él?

—Soy Flor —murmuré en voz baja mientras me sentaba en la cama—. Pero supongo que te lo dije en algún momento anoche —me burlé mientras trataba de visualizar mi ropa. Intento fallido, por cierto.

—¿Anoche? ¿De qué estás hablando? —Empezó a subir la voz mientras se levantaba de la cama y empezaba a caminar como león enjaulado en la habitación. Mi cabeza no estaba en condiciones de soportar gritos, pero eso no significaba que no podría aprovechar la ocasión para evaluar la mercancía.

«Y mira... estaba muy complacida con el panorama».

Brazos musculosos, abdomen definido y bajo ese pantalón de pijama se asomaba un trasero que Dios se lo bendiga. Ese cuerpo lo tenía todo. ¿Se fijan? Hasta borracha escojo bien el entretenimiento. Había terminado en la cama de un semental italiano y...

—¿Y cómo es eso de que supones? Esto tiene que ser una broma —resopló interrumpiendo mis pensamientos—. Mi hermano te dijo que lo hicieras ¿verdad? —Empezó a preguntar y yo me sentí de regreso en la escuela, exactamente igual a cuando el profesor de historia hacía exámenes sorpresa—. Voy a matar a ese cabrón.

¿Hermano? Yo no estaba entendiendo nada. Mis amigas siempre dicen que yo soy muy densa y que me cuesta llevarles el ritmo, y probablemente sea cierto. Pero ahora no solo estaba mi supuesta incapacidad para seguir ciertas conversaciones, sino que además tenía resaca. No estaría de más un poco de consideración.

Por favor, y gracias.

—No tengo idea de qué coño estás diciendo —le respondí con calma—. No sé quién es tu hermano, y tampoco sé cómo llegué aquí —confesé—. Si me das un momento para recuperar mi ropa, me marcharé y no tendrás que seguirme viendo la cara —sugerí—, ni el resto de mí —añadí luego, cuando noté que sus ojos se desviaban de mi cara hacia mi pecho. Porque si hay algo que debes saber de los hombres es que no importa cuán sensuales o inteligentes parezcan, todos te terminan mirando las tetas. Todos.

«Tan predecibles».

—Tú estás bromeando ¿no? —insistió en preguntar—. Es imposible que hayas venido a casa conmigo, yo estaba trabajando anoche y...

—No estoy precisamente de ánimos para hacer bromas —lo corté, porque ya el chiste estaba perdiendo la gracia. Probablemente después de un par de tazas de café y un buen desayuno pudiera recordarlo y reírme. O después de un par de copas de vino, discutiéndolo con mis amigas. Pero no ahora—. Lo último que sé es que estaba en el bar en el que trabaja mi amiga Belén, probando unos tragos —le respondí—. Y cuando desperté estaba desnuda en tu cama. Me duele la cabeza, no sé dónde me encuentro ni cómo llegué aquí... —negué la cabeza—. Por lo que sé podrías ser un violador bipolar que se olvidó de haberme traído, o algo peor.

—¿Hay algo peor que un violador bipolar? —Preguntó él con una sonrisa intentando apoderarse de su cara—. Y no es como si hubiese pasado algo... ya sabes —nos señaló a ambos.

—Siempre hay algo peor, no importa de qué se trate —le dije tratando de recordar algo de la noche anterior. Cualquier cosa. Porque si no fue con él, con alguien tuve que haber salido del bar. Y él podría decir lo que quisiera, pero yo no lo conocía de nada ¿me iba a confiar de su palabra?

Probablemente sea cierto eso que dice Lorena, que estoy borracha la mayor parte del tiempo. Ruth ya me empezó a llamar Jack Sparrow⁴ y todo... Pero eso no significa que tenga por costumbre entrar y desnudarme en casas extrañas. A menos que me inviten, claro está. Y que el anfitrión me guste, porque tampoco soy tan facilonga.

«Solo que en esta ocasión no tengo nada claro. Especialmente mi memoria».

Él me miró con una intensidad que estaba empezando a ponerme nerviosa y yo aparté la mirada. Yo no era fan de la intensidad o de ponerme personal con los tipos. Ya lo intenté una vez y fracasé estrepitosamente.

Fue entonces cuando noté el reloj en la mesilla de noche y empecé a moverme cual mono con sobredosis de *Red Bull*⁵. Lo que mi pequeño cerebro marinado en licor no consideraba era que no importaba lo rápido que me moviera, tenía que saber dónde buscar las cosas para poderlas encontrar. Y en aquella habitación no estaba lo que necesitaba, es decir, mi ropa, cartera, zapatos y mi celular.

«¡Me cago en todo!»

—No te quedes ahí parado —me quejé consciente de que el tiempo jugaba en mi contra—. Ayúdame a buscar mis cosas. Necesito llegar a mi trabajo.

Eso pareció sacarlo del trance, porque empezó a moverse casi tan rápido como yo. El encantador de serpientes, que lamentablemente no dormía *au naturel*⁶ como yo, salió de la habitación para buscar en otro lado mientras yo repasaba cada milímetro de aquel lugar. Como si no lo hubiese revisado todo ya. Como si fuesen a aparecer mis cosas mágicamente.

Segundos después él apareció con mi vestido, mis tacones y mi cartera. Cuando lo vi cargando mis cosas casi le caigo a besos, pero en lugar de eso se las arrebaté y empecé a vestirme como si no tuviese público.

—Yo... —empezó a decir él después de aclararse la garganta—. Lo siento.

—¿Qué es exactamente lo que sientes? —Le pregunté sin mirarle—. ¿Que una mujer desnuda haya despertado en tu cama, o no ser tú quien la trajo? —me burlé.

—Que alguien te haya usado para jugarme una broma —respondió y yo asentí, sintiéndome estúpida.

—Ahora tengo una duda... —dije mientras me calzaba los zapatos—. ¿Siempre despiertas toqueteando la almohada? —Me giré para mirarlo, tratando de apartar la sensación extraña que tenía en el estómago cada vez que me encontraba con sus ojos—. ¿O pensaste que era tu hermano? —Apenas lo dije fruncí el ceño—. Uy no, eso sí estaría raro, mejor no respondas —le pedí negando con la cabeza para tratar de apartar esa imagen mental.

—Imaginaba que eras alguien más —al decir eso apartó la mirada y se sonrojó.

—Sí, bueno, supongo que esa versión me traumará menos que la del incesto gay —me sacudí como si pudiera físicamente apartar esa idea de mí—. ¿Podrías, por favor, llamar un taxi para que pueda largarme antes de que diga alguna otra idiotez?

Él sonrió y asintió, entonces empezó a caminar hacia la puerta pero se detuvo poco antes de cruzarla y se giró hacia mí.

—No creo que digas idioteces —me dijo y yo sonreí.

—Gracias —le respondí, probablemente sonrojada.

—Y mi nombre es Mateo, por cierto —añadió y después salió dejándome sola para terminar de arreglarme.

«Mateo te daría yo si no tuviera que ir al trabajo, papito».

—Mucho gusto —dije a la habitación vacía.

Revisé mi cartera para ver que todas mis cosas estuvieran allí y encontré mi móvil. Necesitando saber dónde rayos estaba, activé el GPS y casi me muero del susto.

Resultaba que no fue el hermano del encantador de serpientes quien le había jugado la broma y que aparentemente, después de un par de años, en mi antiguo edificio las puertas siguen abriendo con las mismas llaves. Era eso o él no había asegurado la puerta de su apartamento, lo cual si me preguntan es un error. Y uno grave, además.

El impulso de echarme a reír era muy grande. Pero si sucumbía, Mateo no solo iba a tomarme por una borracha despistada, sino también por loca y una mujer siempre debía reservar un poco de misterio para la siguiente cita. No es que tuviese planes de volver a verlo o algo por el estilo.

«Las muchachas no me van a creer cuando se los cuente».

Capítulo 2

Cuidado con la borracha fugitiva.

Mateo

Después de la guardia de anoche, lo único que deseaba era dormir todo el tiempo que fuera posible hasta que me tocara reportarme en la comisaría, cosa que no sucedería hasta bien entrada la tarde. Sin embargo ahora, después de encontrarme a una perfecta extraña desnuda e invadiendo mi cama, mis planes habían cambiado. En lugar de dormir, deseaba matar a mi hermano. Y después de eso conseguir el número de la invasora, claro está.

Normalmente no me tomaría tan a la ligera la invasión de mi privacidad, pero esta mujer tenía algo. No podía dejar de verla. Seguramente ya parecía uno de esos pervertidos que de vez en cuando debemos arrastrar hasta la comisaría. ¿Quién podría culparme? La mujer era sexy. No era una de esas radiografías con piel con las que a mi hermano le gusta salir, ella tenía sus buenas curvas. Cabello oscuro, piel cremosa, piernas largas, además de tener el rostro de un ángel y el fuego de mil infiernos.

Quedarme parado como un imbécil mientras ella se vestía no era precisamente lo que debería hacer un caballero, menos aún un oficial de la ley, pero me resultaba imposible apartar la mirada. Ella era adictiva. Magnética.

«Y yo soy un idiota».

—Yo... —empecé a decir, sintiendo la necesidad de llenar el silencio con algo. Cualquier cosa—. Lo siento.

Sí, disculparme probablemente era una buena estrategia, no sea que la invasora nudista termine presentando cargos contra mí y contra mi hermano. Eso es algo que ningún policía necesita en su expediente.

—¿Qué es exactamente lo que sientes? —me preguntó mientras se abrochaba el vestido. Ella estaba de espaldas hacia mí así que no podía leer la expresión de su rostro—. ¿Que una mujer desnuda haya despertado en tu cama, o no ser tú quien la trajo? —añadió mirándome por encima del hombro.

—Que alguien te haya usado para jugarme una broma —admití y ella asintió.

No era justo que alguien se sintiera en la posición de manipular a una mujer ebria, mucho menos para abandonarla luego en un lugar extraño. Mis ganas de reorganizarle el rostro a puñetazos a Luca no hacían más que crecer. Ya me inventaría algo para explicar su cambio de apariencia en la comida familiar del domingo.

—Ahora tengo una duda... —dijo ella interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Siempre despiertas toqueteando la almohada?

Su audacia me sorprendió. Internamente empecé a sonreír, pero eso fue

solo hasta que ella se giró para seguirme haciendo preguntas.

—¿O pensaste que era tu hermano? —Cuando las palabras dejaron su boca pareció disgustarse con la idea y frunció el ceño—. Uy no, eso sí estaría raro, mejor no respondas —dijo luego negando con la cabeza. Esta mujer estaba loca, pero no podía negar que su locura era divertida.

—Imaginaba que eras alguien más —le respondí, recordando exactamente quién pensé que era.

No podía seguir mirando a esta mujer y dejándole ver cuánto me afectaba todavía la ausencia de alguien para quien mis atenciones y mi cariño no compensaban mi ausencia por causa de mi trabajo, así que aparté la mirada.

—Sí, bueno, supongo que esa versión me traumará menos que la del incesto gay —dijo ella, aligerando un poco el peso que se había formado en la boca de mi estómago—. ¿Podrías, por favor, llamar un taxi para que pueda largarme antes de que diga alguna otra idiotez?

Acepté la oferta sonriendo, aunque personalmente no creía que esta mujer fuera capaz de decir idioteces. Que era un poco atrevida, sí. Ella no parecía sufrir de vergüenza para decir exactamente lo que pasaba por su cabeza, y eso era refrescante. Empecé a caminar hacia la puerta para buscar el número de alguna compañía de taxis, pero no podía simplemente salir y hacerle creer que la consideraba una idiota o que tenía prisa para que se marchara. Sorprendentemente era lo contrario. Deseaba preparar el desayuno e invitarla a acompañarme. Así que me detuve antes de atravesar la puerta, me giré hacia ella y se lo dije.

—No creo que digas idioteces —bueno, no todo lo que quería decir, pero al menos era algo ¿no?

—Gracias —respondió sonrojándose, y yo sonreí satisfecho.

—Y mi nombre es Mateo, por cierto —dije antes de dejarla en mi habitación para que terminara de arreglarse.

Caminé hacia la sala, saqué el directorio de una gaveta en la mesa del televisor, y tomé el teléfono fijo para marcarle a la compañía de taxis. No tenía idea si esos números todavía funcionaran, porque no era un servicio que usara con regularidad. Generalmente conducía mi propio auto, o la patrulla, pero suponía que no era una opción para ella dejarme llevarla.

«Podrías decirle que eres policía y que te sentirás mejor si te deja llevarla».

Esa era solo una excusa, y una muy mala además. Lo único que realmente quería era pasar más tiempo con ella. Es que ni siquiera sabía cómo se llamaba. Cuando le dije mi nombre no esperé a que me dijera el suyo, sino que salí como si me persiguieran los perros del infierno.

—Eso es porque eres un idiota... —me dije en voz baja.

—¿Qué ha dicho? —me preguntó alguien al otro lado de la línea y mi reacción fue cerrar los ojos y repetirme mil veces que sí, que realmente era un idiota—. Haga el favor de no llamar si lo que quiere es insultarme.

—No era con usted, lo siento —empecé a disculparme.

Pero a la persona que me atendió la llamada mis disculpas parecían no importarle. Ni eso ni nada más que tuviera que decir pues terminó la comunicación sin dejarme decir otra palabra. Luego, cuando volví a marcar el número, la línea sonaba ocupada.

—¿Ya llamaste el taxi? —Me preguntó la sexy invasora cuando salió de

la habitación.

—Sí... —empecé a responder.

—Excelente —suspiró aliviada—. Creo que eso me dará tiempo de pasar por mi apartamento y cambiarme rápido para luego ir al trabajo... —la velocidad con que hablaba me sorprendía, o quizás se debiera a la falta de sueño—. A Ruth no le importará que me retrase unos minutos mientras no llegue apestando a alcohol —se carcajeó.

—No me dejaste terminar —la interrumpí—. Sí llamé a la compañía de taxis, pero ninguno va a venir.

—¿Qué? —Chilló—. Yo necesito llegar a mi casa. Ruth me va a matar —se quejó—. Y si sobrevivo, cuando esa tarada le cuente a los demás, seguro la ayudan a rematarme.

—Yo puedo llevarte —me ofrecí y la mirada que me dio dejaba claro que esa no era una idea que la entusiasmara mucho.

—Eso es muy amable de tu parte, pero...

—Sí, entiendo —sonreí.

—¿Sabes qué? No importa... —me devolvió la sonrisa—. No pareces una mala persona, y si intentas algo que no hayas intentado mientras estaba desnuda en tu cama siempre puedo empezar a gritar —razonó—. Así que, sí, acepto tu oferta de llevarme —dijo alzando las cejas de forma divertida mientras mordía su labio inferior.

—Voy por mis llaves —le respondí sin dejar de sonreír.

—Bien.

Después de tomar mis llaves y mi móvil, la escolté al estacionamiento. Subimos a mi camioneta y ella me dio la dirección a la que debía llevarla. Conocía muy bien el lugar. En varias ocasiones me ha tocado patrullar esa zona con mi compañero. Se trata de un área residencial bastante tranquila y lujosa. El precio por metro cuadrado tiene más ceros de los que mi sueldo como oficial de policía pudiera ser capaz de costear.

Desde que salimos del edificio y empecé a conducir hacia su casa, la invasora me miraba como si quisiera decirme algo, aunque no terminaba de soltarlo. Yo también quería decirle algo, y el trayecto hasta su casa no era muy largo por lo que me estaba quedando sin tiempo.

—¿Me vas a decir tu nombre? —Le pregunté para romper el hielo—. Yo te dije el mío.

—Ya te lo dije... —respondió y empezó a sonreír cuando se dio cuenta de que no lo recordaba—. Pero obviamente tú estabas más pendiente de verme que de escucharme ¿no? —Se burló guiñándome el ojo—. Una pena, porque yo no soy fanática de las repeticiones —añadió mirándome con picardía y yo no podía hacer otra cosa sino sonreír, porque ella tenía razón. Me distraje mirándola.

«Pero es que... ¿quién no se distraería con semejante monumento?»

—Entonces no te gustan las repeticiones... —intenté bromear.

—La verdad es que algunas personas no se merecen ese segundo intento —se encogió de hombros haciéndose la indiferente, aunque su rostro se había sonrojado ligeramente.

«Pues yo haría de todo para ganarme ese segundo intento, y un tercero... y todos los que sean posibles».

—¿Tengo que ganármelo o algo? —Insistí—. Porque a juzgar por el lugar en el que amaneciste, estamos en el punto en el que merezco, además de tu nombre, saber tu número telefónico para asegurarme que no termines irrumpiendo en otro apartamento.

La sexy invasora negó con la cabeza sonriendo, y cuando volvió a mirarme a los ojos había un reto en su mirada. ¿Y saben una cosa? Me gustan los retos.

—No, no lo mereces —dijo ella—. Pero puedes averiguarlo —propuso.

—¿Qué gano si lo descubro? —Quise saber. No le había dicho a qué me dedicaba, y pensaba aprovecharme de la situación para mi beneficio.

—¿Qué te gustaría ganar? —Me preguntó y su sonrisa no auguraba nada bueno.

—Una cita —le propuse en broma, solo para darme cuenta de que no era una broma en lo absoluto. Lo decía en serio. Quería una cita con esta loca.

—Hecho... —asintió ella, muy segura de que ganaría—. Pero vas a tener un plazo para esa tarea —añadió—. Tendrás hasta el domingo para averiguarlo —empezó a explicar—. Y si no lo consigues, tendrás que olvidarte de la dirección a la que me traes.

«¿Eso se supone que sea su seguro? ¿Es que esta mujer está loca?»

Apenas el pensamiento cruzó mi mente supe que sí, que ella estaba completamente loca.

—Está bien, es un trato —acepté, y entonces me di cuenta de que habíamos llegado a nuestro destino.

El conjunto residencial era cerrado. Había una reja y una caseta de

vigilancia, y yo me estacioné para darle oportunidad de indicarle al vigilante que abriera. Sin embargo no lo hizo. En lugar de eso soltó el cinturón de seguridad, se inclinó hacia mí, me dio un beso en la mejilla y saltó fuera de la camioneta despidiéndose a los gritos antes de empezar a correr hacia las calles que dejamos atrás.

Mi primer instinto fue el de poner la camioneta en marcha y seguirla para asegurarme de que llegara bien a su casa, pero luego me di cuenta de que mi sexy invasora no era tan loca como pensaba. Ella sí había tomado precauciones. Me condujo a una dirección falsa y luego huyó.

«No sin antes retarme, por supuesto».

Tenía dos días para recordar su nombre y averiguar quién era. No era ni por asomo el tiempo suficiente, pero tendría que bastar. Era una carrera que empezaba con desventaja, así que lo mejor era que regresara a mi apartamento y empezara a recolectar las pistas.

«Y siempre puedo hacer que mi hermano confiese. Como plan b, ya saben».

Capítulo 3

Mis amigas son una mala influencia.

Flor

Llegué al trabajo casi media hora tarde, pero mi amiga Ruth no estaba en la oficina para notarlo. Suspiré aliviada mientras ponía mi cartera en la gaveta del escritorio y presionaba los botones para encender el ordenador, y como era algo que siempre tardaba aproveché el tiempo para pedir algo de café y comida por teléfono a mi *Deli* favorito.

Mientras esperaba a que llegara mi desayuno, abrí el *WhatsApp* en la computadora y envié un mensaje a mi grupo de amigas para saludarlas. Era como un ritual matutino. Un mensaje de buenos días seguido de una veintena de fotos de tíos buenos que encontraba en internet, por aquello de que hay que refrescarse la vista de vez en cuando.

Pero por más que recorría los resultados de búsqueda, no encontraba ningún maromo que le hiciera justicia al encantador de serpientes. Recordar

el escaneo que le di cuando se levantó de la cama me hizo sonreír.

«Sí que está bien hecho el jodío».

—Debí tomarle una foto cuando pude —me reí.

—¿A quién? —me preguntó mi amiga Ruth apenas entró a la oficina.

Después de varios intentos fallidos de empezar mi propio negocio, una de mis mejores amigas me contrató para ayudarla a atender su oficina contable, tarea que básicamente consistía en atender las llamadas, entregar y recibir documentos, además de mantener su agenda actualizada.

No era un trabajo que me encantara, pero los clientes eran agradables la mayor parte del tiempo y estaba aprendiendo cosas que podrían servirme si decidía darle otra oportunidad a eso de convertirme en empresaria.

—No lo vas a creer cuando te cuente —le aseguré.

—Mamita, he sido amiga tuya por más años de los que cualquier psicólogo calificaría como saludable —respondió ella—. No hay nada en lo que tú estés involucrada que pueda sorprenderme.

—Amanecí desnuda en la cama de un desconocido... —sonreí cuando empecé a contarle, escogiendo ese detalle solo para picar su curiosidad.

—Si vas a empezarme a alardear de tu maravillosa vida sexual, olvídalo —me interrumpió—. No estoy de humor.

—Sobre todo por lo de maravillosa... —me quejé entre dientes—. ¿Y qué es lo que te puso de mal humor? ¿Napoleón Bonaparte volvió a aparecer?

Ese comentario hizo que mi amiga soltara una carcajada antes de responderme.

—¿Quién? —me preguntó luchando contra la risa.

—Tu ex, el del pene microscópico —le aclaré.

El resto de mis amigas ni yo todavía no descubrimos como pasó, pero Ruth empezó a salir hace un par de años con un tipo llamado Javier que trabajaba como entrenador en un gimnasio. Al principio todo parecía ser perfecto entre ellos, hasta que mi querida amiga empezó a mostrarse cada vez más amargada.

Su mal humor estaba empezando a afectar la dinámica de nuestra amistad así que Melina y Laura, nuestras otras amigas, sugirieron una intervención. Lo que nos llevó al bar en el que trabajaba Belén, donde terminamos metiéndole alcohol hasta por los oídos a Ruth.

Esa noche pasaron dos cosas. Mi amiga nos confesó lo insatisfecha que estaba por el desempeño de *Microman*⁷ en la habitación, y yo conseguí mi actual empleo. La relación de Ruth y Javier no duró más de veinticuatro horas después de esa salida de amigas. Mi relación laboral con ella ha sido puesta a prueba muchas veces, sin embargo aquí sigo. Como su secretaria.

«*Sisters before misters*⁸, y todo eso».

—Antes de que me digas algo, el apodo se lo puso Laura —me defendí y eso la hizo reír con más ganas.

—No, no... —negó con la cabeza—. Microman no ha vuelto a aparecer, gracias a Dios —dijo tomando una silla y arrastrándola para sentarse a un lado de mi escritorio—. Porque hace tanto tiempo que no veo acción que seguramente terminaría recibéndolo en mi cama —suspiró con pesar.

—Claro, como eres la única en período de sequía... —le dije.

Esta es la parte triste de nuestra historia. Somos un grupo de mujeres, si se me permite decirlo, audaces, inteligentes y guapas. Muchas veces nuestras decisiones nos han metido en más líos de los necesarios, pero no somos malas personas. Al menos me gusta pensar así. Sin embargo hemos tenido poca o ninguna suerte en el amor.

«Es como si Cupido se hubiese asociado con Murphy para jodernos».

—Hija, acabas de decirme que amaneciste en la cama con un tipo —se burló de mí.

—Sí lo dije, pero no pasó nada —sentí la necesidad de defenderme.

—Ahora sí me intrigaste... —se acercó más a mí en un gesto conspirador—. Cuéntamelo todo.

—No hay mucho que contar —le advertí—. Salvo que anoche fui al bar donde trabaja Belén para probar unos tragos nuevos —empecé a decirle—. Y mi cerebro se desconectó por completo, fue algo muy loco —le expliqué—. Lo siguiente que supe es que estaba desnuda en la cama con el hombre más bello que he visto en mi vida —con un suspiro añadí la parte más escandalosa—. Y no tenía ni la más remota idea de cómo había llegado allí.

—¿Y cómo sabes que no fue este tipo que te drogó para llevarte a la cama? —se preocupó Ruth. Eso era básicamente lo que ella siempre hacía, preocuparse de que todas estuviésemos bien.

—No lo hizo, créeme... —le respondí—. Él estaba tan sorprendido como yo de verme allí. Además... —dejé la frase suspendida en el aire—. Creo que fui yo la que irrumpió en su casa.

—¿Cómo es eso? —Quiso saber mi amiga.

—Porque él vive en el mismo apartamento que yo solía compartir con Laura cuando empecé mi aventura empresarial —me encogí de hombros—. El que era de su abuela.

—Claro que me acuerdo —se burló Ruth—. El ascensor de ese edificio nunca funcionaba y tenía que subir las estúpidas escaleras andando todo el tiempo —dijo pretendiendo que sonara como una queja, lo cual resultaba complicado si tenemos en cuenta que sonreía mientras lo decía—. Empecé a llevar zapatos planos en el bolso por culpa de ustedes —me recordó—. Pero todavía no entiendo... ¿Cómo es posible que pudieras entrar?

—Esa parte no la tengo clara todavía —admití—. Claro que todavía conservo las llaves como recuerdo, pero pensé que el nuevo dueño cambiaría las cerraduras —me encogí de hombros—. Y si las cambió, no hizo un muy buen trabajo cerrando antes de acostarse a dormir —sonreí—. Es que el pobre hasta pensó que alguien me había llevado para jugarle una broma.

Mi amiga y yo nos reímos de eso hasta que llegó el repartidor con mi desayuno y dos vasos gigantes de café. Le pagué al muchacho de las entregas y luego le tendí uno de los vasos de café a Ruth, que me miró como si hubiese salvado al planeta de un trágico final. Después de eso cada una empezó a encargarse de lo que debía hacer. Ella a revisar libros compra y venta, y yo a buscar fotos de tipos sexis en internet para compartirlas por *WhatsApp*. Ya había pasado de actores a modelos, de modelos a cantantes, y estaba a punto de empezar con los deportistas cuando el timbre de la aplicación anunció un nuevo mensaje.

Melina: *Houston, tenemos un problema*

El sorbito de café que me acababa de tomar se fue por el camino equivocado, y en lugar de bajar a mi estómago se subió hasta mi nariz. Sentí como se quemaba mi lengua, garganta y fosas nasales, me ardieron los ojos y sentí que estaba a punto de morir.

«De haber sabido esto, me tiro al encantador de serpientes».

Melina es una de mis mejores amigas, y juro por Dios que la quiero como una hermana. Pero no era justo que mis *vibras positivas post exploración ocular a Mateo* estuvieran muriendo ahogadas en café caliente. Sin embargo tuve que recuperarme rápidamente, pues empezaron a llover mensajes del resto de mis amigas para atender cualquiera que fuese el problema en que estuviera metida Melina ahora.

Belén: *¿A quién hay que matar?*

Lorena: *¿Por qué siempre tiene que tratarse de homicidios contigo, @Belén?*

Lorena: *Pero ya, en serio, ¿a quién matamos?*

Una de las cosas que debes saber sobre mi grupo de amigas es que, aunque se trate del asunto más serio del planeta, siempre buscarán hacer una broma. Es parte de nuestra dinámica. El día que no respondan un llamado de auxilio con una pulla hacia alguien del grupo me asustaré, porque eso no significará nada bueno.

¿Otro pedazo de información vital? No importa lo ocupada que alguna esté, o lo lejos que se encuentre, siempre encontramos tiempo para nuestras amigas. Nos pueden acusar de locas, escandalosas o despistadas, pero no hay

ninguna que sea capaz de traicionar a las otras o dejarlas colgadas en los momentos de necesidad.

Desde hacía unos meses mi amiga Melina había empezado a trabajar en una revista de la que yo era muy fan. Se nos había vuelto costumbre desde entonces intercambiar chismes o historias que ella pudiera usar como inspiración para su columna, o despotricar de cierto compañero suyo que vivía para hacerle la vida imposible. Esta era una de esas ocasiones.

Durante varios minutos leímos a Melina quejarse de su compañero sin decir nada. Hablaba tanto de él en nuestros chats que ya sentía que lo conocía, cuando en realidad nunca lo había visto.

«Exacto, Melina no se había dignado en enviar ni una sola foto por WhatsApp. ¿Qué clase de amiga hace eso?».

Luego nos contó cómo le había hecho de chofer un par de días antes, dejándolo frente a una escuela, solo para que él apareciera al día siguiente ignorándola como si fuera una mosca en la pared.

Yo sabía que esa historia no quedaba allí, porque mi amiga no se toma muy bien que la ignoren, y solo tuve que esperar un poco más para llegar a la parte jugosa del chisme. Una parte que incluía un, aparentemente, muy apasionado beso en la vía pública que había dejado a nuestra Meli más loca de lo normal. Y como es natural cuando un hombre está involucrado en la historia, la historia también incluía la proverbial cagada que va luego de un momento glorioso.

Flor: ¡Wow!

No me juzguen, el relato me había dejado sin palabras. No es que tuviera muchas en la mayoría de los casos. Además, les recuerdo que tengo resaca y que acabo de escupir mi café.

Cecilia: *Sí, eso mismo.*

A mi favor añadiré que Cecilia, quien es la más elocuente del grupo, también había quedado corta de adjetivos para calificar la situación que teníamos entre manos. Sin embargo, una vez que superamos la impresión nos lanzamos a despotricar del besador fantasma. Sí, ese que te da los besos y luego desaparece. Es casi como un ilusionista, pero sin los polvitos mágicos. Si sabes a lo que quiero decir.

Flor: *¿Cómo es que, después de lanzarse una escena de besos a lo **Love Actually**⁹ te va a decir que es un error? ¿Está loco, o qué?*

No es que yo sea la persona más romántica del planeta, o que crea que esos momentos de película suceden en la vida real. Nada por el estilo. Es solo que... ¿En serio? ¿Está loco este tipo?

«Si eso me hubiese pasado a mí, mínimo lo persigo hasta los confines del planeta y le corto las pelotas para dárselas de comer a algún animal salvaje».

La conversación siguió fluyendo mientras mis amigas y yo sacábamos más detalles de los que Melina había ofrecido. Algunas veces escribimos, y otras dejamos mensajes de voz. De un modo u otro nos las arreglamos para

intercalar nuestras preguntas y opiniones, aunque no nos estuvieran llevando a ninguna parte.

Lorena: *Yo no podría resolver este lío sin vino de por medio. Propongo que hagamos una reunión de emergencia.*

¿Recuerdan lo que dije antes? Sí, eso de que en momentos de necesidad siempre estamos para apoyarnos. Pues esta era una de esas ocasiones. Nuestro grupo era como el de los mosqueteros, pero en lugar de tres éramos ocho.

Ruth: *Reunión de emergencia, aprobada.*

Flor: *¡¡Sí!!*

Flor: *Libre soy, libre soy... *canta como Elsa, la de Frozen¹⁰**

Ruth: *Y yo pensando que ella venía sobria a la oficina.*

Cecilia: *Eso no lo verás jamás.*

«Aunque todavía no sé cómo puedo ser amiga de esta banda de calumniadoras».

Capítulo 4

Como dice Justin Bieber: "Nunca digas nunca."

Flor

Un par de horas después de nuestra conversación por *WhatsApp*, mis amigas y yo estábamos sentadas en uno de nuestros restaurantes favoritos, hablando de cualquier cosa mientras esperábamos por Cecilia.

Ya llevaba un par de copas encima, y creo que por eso mi lengua estaba un poco más suelta de lo habitual. Sin embargo no me animaba a contarle a ninguna de mis amigas sobre el encantador de serpientes.

«A quien no tenía planes de volver a ver en un futuro cercano. O nunca, para el caso».

Con la única que me atreví a conversar sobre el tema fue con Ruth, pero algo me impedía repetir la historia en frente de las demás. No era como si ellas conocieran cada detalle de mi vida, de todas formas. Al menos esa era la excusa que me daba.

Había cosas que mis amigas desconocían, pero cuando pasaban cosas importantes las compartía con ellas. Como si mi consciencia se negara a tener más secretos de los necesarios con la gente que se preocupa por mí. No es como si el encuentro cercano del tercer tipo con la anaconda de Mateo fuera algo fuera a marcar un antes y un después en mi vida.

«Si el encuentro hubiese sido “más íntimo” estarías pensando de otra forma».

Me dije a mí misma que mi silencio se debía a que nuestra reunión era para distraer y animar a Melina, y yo no quería desviar la atención hacia mi persona. Algo que, contrario a la creencia popular, me hacía sentir incómoda.

Otra cosa que era contraria a la creencia popular es que siempre viviera emborrachándome. Sí me gusta ir de fiesta, porque es mejor celebrar que encontrarme sola en mi apartamento recordando cosas que desearía poder borrar de mi memoria. Y en las fiestas hay estas situaciones en las que debes tomar. Sí disfruto tomarme un trago de vez en cuando, generalmente una copa de vino aquí y allá, pero eso no quiere decir que sea alcohólica ¿verdad?

Mi problema radica en que tengo muy poca tolerancia al alcohol y cualquier cosa que tome me noqueará rápido. Y es allí, en ese instante en que el licor alcanza mi cerebro, que el pasado deja de existir y el futuro deja de importar. Así como la opinión de la gente. De allí que yo sea la protagonista de todos los chistes sobre borrachos que mis amigas conocen.

La mayoría de las veces no me molesta, pero ocasiones en las que me avergüenza mucho. A pesar de eso no me siento capaz de decirles que se detengan, porque cuando llega mi turno de hacer bromas ellas las resisten como unas campeonas.

De cualquier manera, nuestra misión de subirle el ánimo a Melina estaba

funcionando. Y a la perfección, debo añadir. Pero no solo ella se estaba divirtiendo, pues todos los clientes del restaurante volteaban a mirarnos y estaban pendientes de nuestra conversación. Nuestras risas llenaban el lugar, así como nuestros chistes. Es que mientras más corría el licor por nuestra mesa, más ruidosas nos poníamos.

—¡Ya llegó! —empezó a chillar mi jefa cuando vio a Cecilia entrar en el restaurante. Entonces canalizó a su azafata interior y empezó a hacerle señas, igual que cuando te dan las instrucciones antes de iniciar un vuelo.

«Como si no pudiera identificar la mesa más ruidosa del lugar».

—Llegó el alma de la fiesta —se burló mi amiga Belén, a quien por cierto debía decirle que no contara conmigo para seguir probando sus tragos. No después de ese borrón de memoria que tuve.

—*Wait! What?* —Me quejé en broma—. Pensé que yo era el alma de la fiesta —fingí sentirme ofendida.

—No, tú solo eres la borracha —me respondió la muy tarada—. Ese título es de ella hasta que consigamos a otro patrocinante que nos deje colarnos a sus eventos para comer y beber gratis.

—Buen punto... —asentí, y todas mis amigas se echaron a reír.

La conversación siguió fluyendo, así como el torrente de licor. Ya sé lo que estás pensando, que tan solo unas horas antes había prometido no volver a beber, pero se trataba de una emergencia. Lo cierto es que en algún momento nos largamos de ese restaurante y terminamos en un bar, en el que obviamente seguimos bebiendo.

Todo era risas y felicidad hasta que retomamos el tema del compañero besador de Melina, y nuestra creatividad despertó gracias a la sobredosis de

licor.

«Algo peligroso, demás está decir».

Entonces salió a relucir esa vena romántica que no sabía que estas taradas tenían, o yo para el caso, y terminamos planeando llevarle serenata al tipo. La idea era tan ridícula que en nuestro estado parecía perfecta. Vete haciendo una idea de qué tanto habíamos tomado.

Mientras las muchachas ultimaban detalles yo llamaba a mi hermano, que era el encargado de la oficina de recursos humanos de la revista para la que Melina trabajaba, para pedirle la dirección de su compañero. Algo a lo que no sé por qué se prestó. Se supone que los hermanos mayores existen para ser la voz de la razón para los menores, pero el mío no recibió ese entrenamiento.

«O le vale madres que yo haga el ridículo».

—No se te olvide contarme cómo les fue con la serenata —fue lo único que pidió el muy cabrón. Hasta se atrevió a reírse.

Yo debí tomar esa risa como una señal para abortar la misión, pero no lo hice. Y quizás por eso las cosas terminaron del modo en que lo hicieron: con nosotras cantando una muy mala versión de una canción de Ed Sheeran para luego ser perseguidas por la policía.

Y digo mala porque en mi mente se escuchaba mejor que en mis oídos.

Sin embargo eso no fue lo más peor sino lo que pasó después, cuando lograron ponerme las manos encima y lanzarme en la patrulla.

Mi cabeza, que ya era poco confiable gracias al exceso de alcohol, impactó contra el marco de la puerta de la patrulla haciéndome ver estrellitas como en una de esas caricaturas. Y creo que debido al golpe empecé a tener

alucinaciones, pues solo eso explicaba lo que estaban viendo mis ojos mientras esperaba para que tomaran mis datos en la recepción de la comisaría.

Capítulo 5

Los criminales quizás no siempre vuelvan a la escena, pero sí encontrarán su camino hacia la comisaría.

Mateo

Mi día iba de malo a patético por momentos, y por desgracia todavía faltaban muchas horas para que terminara. Estaba cansado, distraído y ansioso, y no tenía idea de cómo mejorar mi estado de ánimo.

Después de llevar a la borracha fugitiva a cualquiera que fuera su destino regresé a mi apartamento, pero por más que lo intenté no pude recordar su nombre. Así como tampoco pude dormir absolutamente nada. Se me ocurrió que lo mejor era ponerme en movimiento, así que terminé corriendo hasta el gimnasio para entrenar un rato.

Esa fue una muy mala idea.

El lugar estaba tan lleno que parecía que estuvieran regalando cosas en lugar de cobrarte por hacerte sentir como la mierda al final del entrenamiento.

Pero no estaba abarrotado de personas interesadas en descargar el exceso de energía, mejorar su salud o su aspecto, sino de mujeres buscando citas. Como si el jodido gimnasio fuera el mejor lugar para eso. Probablemente yo estaba haciendo un drama por tonterías que en otro momento me no importarían un carajo. Quizás siempre era así, solo que yo no lo notaba. Quién sabe. Lo que sí tenía claro es que cada minuto que pasaba en esas cuatro paredes me volvía menos tolerante con toda esa estupidez.

«Si hubieses asegurado una cita con la borracha fugitiva estarías de mejor humor, ¿cierto?»

Estaría de mejor humor si supiera su número de móvil, recordara su nombre o tuviera al menos una pista sobre dónde empezar a buscarla.

Pero no tenía nada de eso.

Lo único que tenía era un montón de preguntas sin respuesta... y huellas. Las mismas que recogí en mi habitación y que envié al laboratorio alegando sospechas de que alguien había irrumpido en mi apartamento, cosa que no era totalmente falsa. Sin embargo sabía que esas huellas no servirían de mucho si mi borracha fugitiva no tenía expediente.

«Pero ¿y si lo tenía?»

¿Y eso qué importaba? No era como si pensara pedirle matrimonio. Yo solo quiero... Pues no tengo idea de lo que quiero, coño. Primero me concentro en encontrarla y después me ocupo de lo demás.

Mientras iba de regreso a mi apartamento intenté contactar con mi hermano para interrogarlo, pero su celular salía apagado. Luego marqué a la comisaría y me dijeron que estaba patrullando. Era como si el desgraciado supiera exactamente lo que ocurría y me estuviese evitando, cosa que solo

aumentaba mis sospechas sobre él.

Estaba seguro de que mi hermano Luca tenía algo que ver con la misteriosa mujer que amaneció desnuda en mi cama, y apenas lo confirmara él tendría que darme muchas explicaciones.

«Explicaciones y respuestas. Porque, independientemente de las circunstancias, deseaba verla de nuevo».

En el momento que atravesé la puerta y dejé caer el morral del gimnasio en el piso mi celular empezó a sonar y era del trabajo. Era extraño pues nunca llamaban cuando estaba libre, y no me tocaba regresar a la comisaría sino hasta más tarde en la noche. Sabía que estábamos cortos de personal, pero no tan cortos.

«A menos que se presentara una emergencia y necesitaran oficiales para algún plan de contingencia».

—Diga —solté a modo de saludo, sintiéndome un tanto intrigado por los motivos que pudieran tener para contactarme.

—Bianchi... —era la voz del comandante—. Necesito que se reporte de inmediato a la comisaría.

—Disculpe la pregunta, pero... —empezó a decir—. ¿Sucedió algo?

—Apenas llegue, preséntese en mi oficina —añadió el jefe antes de terminar la llamada, ignorando totalmente mi pregunta.

A duras penas resistí el impulso de azotar el móvil contra la pared, recordando que si no tenía tiempo para dormir, mucho menos lo tendría para salir a comprar un nuevo aparato. Lo que sí hice fue ir gruñendo desde la sala hasta mi habitación y luego a hacia la ducha. La que por cierto no hizo nada

para enfriar mi mal humor porque incluso después, mientras me ponía el uniforme, tomaba mi arma, mi placa y las esposas para salir del apartamento, seguía cual perro rabioso despotricando del jefe.

«Y es posible que la retahíla de maldiciones siguiera mientras conducía hasta la comisaría».

—Ojalá no se olviden de mis horas extra cuando vayan a firmar mi pago —fue lo último que dije mientras me estacionaba en el área de empleados de la comisaría treinta y dos.

Entré al edificio sintiéndome cansado y molesto pero me obligué a relajarme, o al menos a parecer relajado, antes de entrar a la oficina del comandante Torres. Atravesé el área de recepción ignorando los saludos y las miradas sorprendidas de mis compañeros de trabajo y caminé directamente hasta su puerta.

Di un par de toques y esperé.

—Adelante.

—¿Quería verme, comandante? —pregunté al cruzar la puerta.

—Toma asiento, Bianchi —me invitó—. Te llamé porque hay algo importante que debo discutir contigo antes de irme —asentí sin decir nada y esperé a que continuara—. El alcalde ha estado evaluando la gestión de las diferentes comisarías de la ciudad, y hoy me ha hecho llegar una orden administrativa para dirigir la comisaría cuarenta y tres —explicó—. Debo presentarme de inmediato para tomar posesión del puesto, y me ha pedido sugerir un encargado temporal para esta oficina. Alguien que asuma mi rol hasta que la oficina del alcalde haga un nombramiento.

—¿Eso qué tiene que ver conmigo? —le pregunté.

Si bien me parecía algo precipitado que el comandante Torres abandonara la comisaría antes de que asignaran un reemplazo, no me interesaba por las cuestiones administrativas. Salvo que me afectaran directamente, cosa que difícilmente pasaba.

—En todos los años que llevas trabajando aquí has sido responsable, respetuoso de las normas y con un gran instinto para llevar a cabo tu trabajo —respondió—. Eso es lo que he escrito en tu carta de recomendación. El alcalde aceptó la sugerencia, y dada tu hoja de servicio están considerando dejarte permanentemente en el cargo —añadió.

—¿Comandante? ¿Yo? —fruncí el ceño. Eso era algo que no me esperaba.

—Por ahora asumirás el puesto de manera interina —me dijo—. Las credenciales que te acreditan ya están en camino. El mensajero debe llegar en cualquier momento, así que podemos aprovechar el tiempo para ponerte al corriente de los asuntos pendientes.

—Pero... ¿por qué yo?

—Porque tienes la cabeza en el sitio correcto, además de la experiencia y el talento, Bianchi —respondió el comandante—. Además... ¿Por qué no? ¿O a quién pondrías tú en el puesto? —se burló—. ¿A tu hermano? Discúlpame, pero esa cabeza loca lo único que se ha estado buscando es una suspensión, no un ascenso —dijo, y tenía que darle la razón. Luca no era precisamente el empleado del mes. Ningún mes.

—Eres un hombre de resultados, y ese es el ejemplo que tus compañeros necesitan. Además —añadió el comandante llamando mi atención—. No es algo sujeto a discusión. Es una decisión tomada, y como tu oficial superior te lo estoy notificando —me recordó—. Eres un oficial de la ley y tu propósito

es servir. Eso implica hacerlo en el puesto que al cuerpo mejor le parezca.

—Sí, señor —asentí sin saber muy bien cómo sentirme al respecto.

Por un lado me sentía honrado de que mi superior me considerara para el puesto, que reconociera mi valía y pensara que yo podría hacer un buen papel al frente de la comisaría. Pero por el otro, pensaba en cómo mis compañeros se tomarían el asunto. Había oficiales con más tiempo en el cuerpo, con más experiencia.

Y también estaba mi hermano, del que ahora sería jefe. ¿Cómo demonios voy a lidiar con ese idiota? Luca va a ser el primero en la fila para sabotearme.

Pensaba en eso mientras el comandante me cedía el control de sus archivos y me ponía al corriente de los casos en curso. Y en ese momento entró una llamada de la recepción.

—Comandante, oficial Martínez al habla —Saludó tentativamente el oficial de guardia a través del altavoz del aparato telefónico—. Acaba de llegar una patrulla con nueve detenidos, y necesitamos apoyo para el fichado. La mayoría de los oficiales de guardia no están en la comisaría.

—Eso es algo que debes atender tú, Bianchi —sonrió mi jefe cediéndome la responsabilidad.

—Voy para allá —respondí poniéndome de pie antes de terminar la llamada.

Empecé a caminar hacia la puerta cuando el jefe me detuvo.

—Una cosa más antes de que te retires, Bianchi —me dijo—. Sé que es una posición de mucha responsabilidad, y que es una carga que no has

pedido, pero si sugerí tu nombre es porque estoy seguro de que no me vas a defraudar. Ya todo el personal ha sido respectivamente informado —añadió—. No me queda más que despedirme y desearte éxito, Bianchi. Cuando necesites apoyo y consejo, siempre contarás conmigo.

—Lo agradezco, señor —le dije con sinceridad.

—Como jefe de circuito, esperaré los reportes semanales del nuevo comandante de esta comisaría —me informó—, de igual manera esperaré tu colaboración y la de tus subordinados cuando la situación lo amerite —siguió diciendo, y yo asentí—. Ahora anda y atiende esa llamada de Martínez —se burló—. Apoya a tus compañeros y haz que esta comisaría siga funcionando como hasta ahora.

Asentí en silencio y salí de la oficina del comandante pensando en lo que acababa de pasar, en cómo el día había transcurrido locura tras locura. Y sonreí por primera vez desde que la loca que amaneció en mi cama saltó de mi carro y empezó a correr cual criminal en fuga.

Caminé hacia la recepción para ayudar con el fichaje de los nueve detenidos que había reportado Martínez, notando mientras avanzaba cómo mis compañeros me lanzaban miradas y murmuraban entre ellos.

No había que ser muy inteligente para saber que comentaban sobre mi ascenso, y el no saber qué opinaban al respecto me hacía sentir ansioso.

Pero mis preocupaciones sobre los cuchicheos de pasillo llegaron a su fin cuando llegué al escritorio de Martínez y vi entre los detenidos, casi todos mujeres por cierto, una cara conocida.

La de mi borracha fugitiva.

Sabía que no era el lugar ideal para tener una conversación con ella, o

para recordarle la apuesta que hizo conmigo más temprano, pero eso no importaba. Finalmente iba a saber su nombre y ella iba a tener que cumplir con su parte.

Dicen que los criminales siempre vuelven a la escena de un crimen, y puede que no sea del todo cierto. Lo que sí pueden tener por seguro es que encontrarán su camino hacia la comisaría.

«Y de esta fugitiva, en particular, voy a encargarme personalmente».

Capítulo 6

Una historia de princesas y superhéroes. O de esa vez que terminamos en la cárcel por ser demasiado geniales.

Flor

—Esto tiene que ser una broma —murmuré entre dientes.

«O ese golpe que me di fue más fuerte de lo que pensé».

Inconscientemente me llevé la mano a esa parte de la cabeza que me había golpeado cuando intentaban meterme a la patrulla durante el arresto, algo que no habría sucedido si yo colaboraba y dejaba de lanzar patadas o golpes por doquier. Pero no me sentía con ganas de colaborar. O de ser detenida, para el caso.

Fruncí el ceño mientras palpaba el incipiente chichón y pensaba en las diferentes formas que el universo tiene para joderse en la humanidad, porque de todos los lugares del planeta en la que una mujer puede tener un encuentro casual con alguien, esta comisaría era el último sitio donde esperaba ver al

encantador de serpientes.

«Yo hubiese preferido chocarme con él en un supermercado, en unos quince años cuando ya hubiese olvidado el episodio en su apartamento».

—¿Cuál es la broma? —Me preguntó Belén en voz baja—. No entiendo.

—Ese no será... —empezó a decir Ruth, pero antes de que pudiera seguir con su pregunta, la voz de Mateo se hizo escuchar y su tono era de todo menos amigable.

—Bueno señoritas, se acabó la fiesta —anunció cruzándose de brazos, el gesto severo de su rostro hizo estremecer partes de mi cuerpo que generalmente no reaccionan al numerito del poli malo o del *Señor Grey*¹¹. Ya tuve mi cuota de cabrones dominantes para una vida, y no es que esté ansiosa por repetir la experiencia ni mucho menos.

«Aunque mi cerebro y mi cuerpo no parezcan estar de acuerdo ahora».

Una por una mis amigas y yo fuimos pasando para ser reseñadas como unas vulgares criminales. Y aunque hubiese deseado que el oficial *sexy* fuera quien me entrevistara, me sentí aliviada cuando llegó mi turno y fuera otro policía el que tomara mis datos.

Después de despojarnos de nuestras pertenencias, entre ellas nuestros zapatos, de preguntarnos cosas estúpidas y hacernos marcas nuestras huellas dactilares en una tarjeta de cartulina, nos llevaron a una celda en la que debíamos esperar nuestro turno para hacer una llamada. Sin embargo, esa idea no hacía nada para mejorar mi humor porque ¿a quién iba a llamar? ¿A mi hermano para que se burlara de mí? ¿O a mis padres para recordarles que soy incapaz de mantenerme alejada de los problemas?

—¿Alguien sabe si existe un botón para reiniciar este día? —preguntó

Lorena con pesar.

—No creo —resopló Laura—. Aunque no voy a negar que me hubiera sido muy útil un invento así en alguna ocasión —admitió.

—A todas... —concedí, porque ¿quién no desearía deshacerlo? Ya sabes, resetear el peor día de tu vida o cambiar una mala decisión, especialmente después de experimentar las consecuencias.

—A mí me haría muy feliz que construyeran una máquina del tiempo y me dejaran usarla para decirle un par de cosas a mi yo de quince años —murmuró Carolina.

—Por ahora los únicos inventos que sirven para alegrarnos la vida son los que vende Laurita en su tienda, mi reina —le respondí a mi amiga.

—Eso es porque vives pensando en sexo —se quejó Cecilia.

—Uno siempre piensa en lo que le hace falta —me encogí de hombros haciendo reír a mis amigas.

A todas menos a Melina, quien tenía la cara de alguien a quien acababan de matarle a su mascota. Y no fui la única en darse cuenta de eso.

—No te preocupes, Meli —dijo Belén tratando de animarla—. Tampoco es la primera vez que nos metemos en problemas —le ofreció una sonrisa.

Y era cierto. Desde que conocí a esta banda de desadaptadas mi vida se había convertido en una aventura constante. Emocionante, divertida y con giros inesperados.

—¿Es un hábito de ustedes terminar detenidas en una comisaría? —preguntó Samuel, el compañero de Melina, arqueando una ceja.

El muy cabrón estaba coladito por mi amiga, y se le notaba por más que intentara disimular. A duras penas podía quitarle la mirada de encima. Y hasta ponía carita de cordero degollado cuando la despistada de Melina no lo estaba mirando.

Resultaba tan tierno que daba risa, y eso me llevaba al siguiente tren de pensamiento: si ella le gusta ¿cuál es el problema? ¿Por qué se comporta como un idiota con ella, en lugar de aprovechar el tiempo en cosas más... interesantes?

La mirada inquisitiva de Samuel empezó a pasearse por cada una de nosotras para luego regresar a Melina. No tenía idea de qué pensamientos estuvieran cruzando por la cabeza de este hombre pero seguro no era nada bueno. La gente tendía a hacer lo mismo: mirarnos, juzgarnos y tratarnos como estúpidas. Nada más lejos de la realidad. Ninguna de mis amigas era idiota.

Ese título era solamente mío, porque solo una idiota se muda con su novio apenas cumple los dieciocho años creyendo que su vida va a ser un cuento de hadas perfecto, solo para terminarse dando cuenta de que la magia del romance está reservada solo para las historias de Disney. Para descubrir que los príncipes son más bien una panda de tarados que se creen el centro del universo y que tienen el derecho de usarte, manipularte, destruirte y desecharte como un pedazo de mierda sin valor. Son unos sapos a los que ningún beso de amor los regresará a su estado natural.

¿Y las princesas? Pues déjame decirte... ellas no tienen cabida en esta historia. A estos tipos solo les importa tener a Cenicienta atendiéndoles el palacio, preparándoles comida, lavándoles la ropa y calentándoles la cama de vez en cuando. Cuando no consiguen algo más exótico e interesante en la calle. Y como ya te habrás imaginado, ninguna hada madrina irá a sacarte de

tu miseria.

—¿Y bien? —insistió Samuel, ya que todas nos habíamos quedado en silencio.

—No... —respondió Ruth en nombre de todas—. Esta no es la clase de problemas en las que nos solemos meter.

Samuel asintió, procesando la respuesta, y mientras lo hacía seguía mirando a Melina.

«Dios, es que no puede ser más obvio».

—Y es la primera vez que terminamos detenidas —añadió Cecilia, cosa que era cierta. Sin embargo él no le estaba prestando atención. Eso me hizo sonreír.

Ese hombre del que Melina siempre se queja, que aparentemente tiene el peor gusto musical de la historia y que además anda repartiendo besos en la vía pública, salió en nuestra defensa cuando canalizamos a nuestras *Spice Girls* interiores y empezamos a aullar la canción de Ed Sheeran. Ningún tipo había hecho algo así por mí antes, o por mis amigas, e independientemente del resultado me parecía un gesto romántico, y hasta heroico.

«Samuel debe ser de los pocos especímenes masculinos que valen la pena. Bien por Melina».

—Lamentamos que hayas terminado con nosotras aquí, *Superman*¹² —le dije con sinceridad. Pero como los momentos serios no son mi fuerte, me sentí obligada a decir algo para relajar el ambiente—. Pero apreciamos el intento de librarnos de los fornidos y sexis brazos de la justicia.

—¡Y qué brazos, compañera! —Lorena estuvo de acuerdo conmigo, y

por alguna razón su admisión no me hizo gracia. No se puede decir lo mismo del resto de mis amigas, que empezaron a carcajearse cual hienas—. Aunque, si me preguntan, hubiese sido mejor conocer al señor oficial en otro lugar y en otras circunstancias.

Sentí que mi estómago se retorció por la mera idea de que Lorena pudiera estar interesada en Mateo. Tenía ganas de tirarla del cabello y gritarle que yo lo vi primero, y ese impulso me hizo sentir extraña. Tonta. Descontrolada... y odio sentirme así.

«¿Acaso estás celosa?»

Probablemente, aunque no tenía intenciones de admitirlo en voz alta.

—Circunstancias que no implicaran el recorrido de la vergüenza dentro de una patrulla, ni una llamada a tu primo o al hermano de Flor para que nos rescate —dijo Carolina encogiéndose de hombros.

«Ah, sí. Mi hermano. Como si yo estuviera muriendo con las ganas de llamarlo».

—Creí escuchar, cuando discutían con mi vecina, que una de ustedes quería sorprender a su novio —dijo Samuel pretendiendo ser casual.

«Pobre tonto, ¿es que acaso cree que va a engañarnos con eso?»

Claro que lo dijimos. Bueno, Belén lo dijo, pero tampoco voy a facilitarle las cosas a *Superman*. Melina es mi amiga, y mi lealtad está con ella. Ya tenía mis sospechas de que las quejas de Melina eran más del tipo “me gusta pero no me hace caso” que por una molestia real, así que lo más inteligente en este caso era dejar a los tortolitos resolver sus diferencias. Al fin y al cabo la misión era esa ¿no?

«Pues, misión cumplida».

—Yo... —empecé a decir mientras me ponía de pie. La banqueta metálica estaba fría y casi no sentía las nalgas, así que empecé a caminar hacia la reja para apartarme de la zona de peligro, además de darle algo de ejercicio a mis piernas—. Iré a ver si los fornidos brazos de la ley nos dejan hacer nuestra llamada.

Mi plan era... la verdad es que no tenía ningún plan. Tampoco sabía lo que él podría estar pensando de mí en este momento. No es que me importe, ni nada por el estilo. Solo deseaba apartarme.

—Y yo voy con ella —dijo Lorena siguiéndome.

Pero la soledad o la privacidad no existen cuando tienes amigas como las mías. Especialmente una como Lorena, que siempre parece ver más que las demás. Más cosas. Más profundamente.

A veces temo que pueda ver más allá de la máscara que tanto tiempo me ha costado construir, y que me exija respuestas que no estoy preparada para dar. Mi escudo ha sido el humor y el alcohol, pero con Lorena eso no parece ser suficiente.

Ahora, por ejemplo, me pregunto si no disimulé mi sorpresa por ver a Mateo lo suficiente como para evitar encender sus alarmas. No me sorprendería que todo este entusiasmo por los uniformados sea una manera de sacarme información. O tal vez su interés sea genuino, y él le guste...

«Ella es mi amiga, y la quiero. Pero si le pone las garras encima a Mateo, la mato».

—¿Y bien...? —Preguntó mi Lorena en voz baja sacándome de ese tren de pensamiento.

—¿Qué cosa? —Pretendí no entender de qué me hablaba porque ¿qué otra cosa podía hacer?

—No te hagas la tonta, Florencia —dijo con los ojos entrecerrados, igual que el *emoji* de WhatsApp. Lorena estaba parada a mi lado frente a la reja, pretendiendo mirar hacia afuera cuando en realidad su atención estaba centrada en mí. Algo aterrador, ya te digo.

—No me estoy haciendo la tonta —mentí—. Honestamente, no sé qué quieres que te diga.

—¿A cuál de los dos polis te tiraste? —Fue directo al grano—. ¿Al que nos trajo aquí, o al que estaba en modo jefe mandón llenándonos las fichas?

—A ninguno de los dos —dije porque esa era la verdad.

—Está bien, no te has tirado a ninguno... pero quisieras —asintió, como si tratara de ubicar las piezas de un rompecabezas en su mente para darles sentido—. La pregunta sigue siendo la misma ¿a cuál de los dos?

—No voy a tener esa conversación contigo aquí —traté de imitar su mirada de *emoji* lo mejor que pude.

—Me pido al patrullero que nos trajo —siseó—. Que conste que traté de aclararlo antes contigo, pero tú insististe en hacerte la tonta. Ahora te toca conformarte con el gruñón.

Mentalmente suspiré de alivio, aunque realmente no me explicaba la razón. ¿Cuáles eran las probabilidades de que Mateo, siendo policía, quisiera volver a verme después de hoy?

Entonces me di cuenta de que la cárcel no es precisamente el mejor lugar para meditar sobre cosas profundas, porque apenas vio al oficial que nos

arrestó Lorena empezó a chillar cual colegiala en su primer concierto de los *Backstreet Boys*. Era una reacción totalmente fuera de carácter para ella, y eso me hizo sonreír. La loca descontrolada del grupo era yo, al fin y al cabo. Pero tampoco iba a dejarla sola haciendo el ridículo, así que me uní al coro de chillidos. En parte para molestarla y en parte para salvar su dignidad, o lo que quedaba de ella.

Al patrullero parecía estarle haciendo mucha gracia la atención, porque le lanzó una sonrisa de comercial a mi amiga, disimulando a duras penas el sonrojo.

«Interesante».

—Mendoza y González, pueden venir a hacer sus llamadas —dijo en voz alta para llamar la atención de todos en la celda—. El resto espera su turno aquí.

Capítulo 7

Ten cuidado con las cosas que deseas. A veces se hacen realidad.

Mateo

Había tenido algo de tiempo para pensar cuál sería mi próximo movimiento, pero no el suficiente como para tener todo planeado. Sobre mi escritorio reposaba el expediente de la borracha fugitiva, que ahora sabía se llamaba Florencia, y el del resto de sus amigas, así como todos sus datos. Su dirección, su número de móvil, ocupación, estado civil... todo lo que necesitaba saber estaba a mi alcance. Sin embargo todavía no sabía qué hacer con esa información.

«No sin antes confrontar a Luca y pedirle explicaciones».

Y como si lo hubiese conjurado, el muy cabrón apareció en la puerta de mi nueva oficina, sonriendo como si no tuviese ninguna preocupación en el mundo salvo la de hacer tonterías para fastidiarme.

—Esto lo acaba de dejar un mensajero de la alcaldía —dijo depositando

un sobre sellado encima del escritorio.

Asentí y lo hice a un lado, pues ya tendría tiempo más tarde de ocuparme del contenido de ese sobre. De procesarlo y acostumbrarme a la idea de que ya no era simplemente un oficial, sino que era el comandante.

—Por la cara que tienes, uno pensaría que te suspendieron sin paga por un mes en lugar de ascenderte —se burló—. ¿Se puede saber a qué se debe la cara de psicópata que traes ahora?

—Ella está aquí, cabrón —resoplé, tratando de mantener mi mal humor contenido y mi voz lo suficientemente baja como para no alertar al resto de la comisaría—. ¿Es que acaso todo es un maldito chiste para ti?

—Primero... —empezó a decir Luca con calma—. Sí, trato de tomarme las cosas con humor siempre, porque Dios sabe que en este trabajo vemos cosas chungas a diario. Y segundo... —añadió con el ceño fruncido—. No sé de qué coño hablas, ¿quién es ella?

—La mujer que metiste en mi apartamento anoche, imbécil —le respondí—. Te di una llave para emergencias, pero vas y la usas para meter mujeres borrachas en mi casa. Y ni siquiera tienes la decencia de parecer arrepentido... —lo acuso cuando lo veo contener las ganas de reír—. Ahora ella está aquí ¿Qué se supone que debo pensar?

—Puedes empezar pensando que esto no tiene nada que ver conmigo —se defendió mientras se cruzaba de brazos y sonreía—. Anoche estaba demasiado ocupado metiendo mujeres en MI casa, como para tener tiempo de ir a depositar alguna en la tuya —se encogió de hombros y se acomodó en la silla que estaba frente a mi escritorio—. Las mujeres que traje no forman parte de ningún plan para sabotearte, hermanito. En caso de que la idea estuviera cruzando esa mentecita retorcida tuya —se burló—. Ellas estaban

berreando canciones frente a una casa. Recibí la llamada, y fui hasta allá con mi compañero —explicó—. Y déjame decirte, jamás había visto a un grupo de borrachas correr tan rápido en tacones —negó con la cabeza mientras sonreía, como si todavía pudiera ver la escena en su mente.

—¿No fuiste tú quien metió a esa mujer en mi apartamento entonces? —le pregunté a sabiendas de que me escuchaba como un idiota repitiendo lo que me acababa de decir.

—No, hermanito —respondió sin dejar de sonreír—. Aunque habría pagado por ver tu cara cuando la viste —soltó la carcajada.

«Si no la llevó Luca, ¿entonces cómo entró?»

—¿Cuál de las detenidas fue? —preguntó mi hermano con interés.

—Eso no es de tu incumbencia —le dije.

—¿En serio? —se llevó las manos al pecho haciéndose el ofendido—. Por primera vez en meses te pasa algo interesante, y ¿no piensas compartirlo con tu querido hermano menor? —Negó con la cabeza—. ¿A ese que acabas de acusar injustamente de meter mujeres bajo tu techo? —Siguió con el discurso—. Me decepcionas, Mateo.

—Pues seguirás decepcionado, porque no pienso contarte nada —me encogí de hombros tratando de parecer indiferente.

—Está bien, está bien... lo descubriré por mi cuenta —sonrió—. Al fin y al cabo, tengo mis métodos para encontrar respuestas —dijo mientras fingía desinterés y se miraba las uñas—. Por cierto, creo que nuestras inquilinas y su acompañante ya están lo suficientemente sobrios como para hacer su llamada de rigor —me informó—. Si me autorizas, empezaré a traerlas.

—Está bien —asentí tomando las carpetas que estaban sobre mi escritorio para examinar todos los nombres—. Trae a... —tomé los dos últimos expedientes—. Mendoza y... —dije leyendo el primero de los nombres—, y a González —leí el segundo—. En la sala de análisis hay dos escritorios con teléfono... —expliqué señalando a la oficina que estaba junto a la mía—. Yo estaré esperándolos para darles sus instrucciones —dije para dar por finalizada nuestra conversación.

—Mendoza y González... —repitió en voz baja—. Bien, voy por ellos y los llevo a la sala de análisis —asintió y se puso de pie.

Mi hermano empezó a caminar hacia la puerta, y cuando ya estaba a punto de salir se dio la vuelta y me miró con una ceja arqueada.

—Pero nuestra conversación sobre tu invasora nocturna no ha terminado, hermanito —me aseguró—. Ya verás que tengo más madera de detective que de patrullero —sonrió—. En caso de que estés pensando en reubicarme.

—En reubicarte los dientes, es que estoy pensando —gruñí haciéndolo reír.

Luca estaba probando mi paciencia, y a estas alturas ya debería saber que no tengo demasiada. Pero al muy cabrón le divierte sacarme de mis casillas. Es como si el muy desgraciado disfrutara vivir al límite, porque lo único que me provocaba en ocasiones como la actual era retorcerle el cuello y lanzar su cuerpo al mar. O desmembrarlo y alimentar a los perros de la calle con los restos.

«La verdad es que me pongo creativo con el tema, y no tengo preferencia por un método específico».

Aprovechando los pocos segundos de soledad, abrí nuevamente el expediente con los datos de Florencia Leal y apunté su información de contacto en mi móvil. Entonces guardé las carpetas en la gaveta superior de mi nuevo escritorio, la que podía cerrar con llave, y salí para encontrarme con Luca y los dos detenidos que debía estar acompañando a la sala de análisis para hacer sus llamadas.

Con cada paso que daba, no paraba de recordarme lo que había hecho. Romper las reglas por una mujer. Una mujer que además era una perfecta extraña.

«Por suerte era una distancia corta».

Y era precisamente la suerte quien la había puesto de nuevo frente a mí. Buena o mala, eso estaba todavía por determinarse. Pero nunca había sido partidario de desperdiciar las oportunidades, y no iba a empezar a serlo ahora.

Cuando llegué a la sala de análisis, ya mi hermano venía escoltando a los detenidos. Una rubia que tenía cara de todo menos de delincuente y un hombre de treinta y pocos, con la constitución de un jugador de fútbol americano, que parecía más ansioso que un niño en su primer día de clases.

Los recibí en la puerta y me apresuré a darles instrucciones.

—Tienen cinco minutos para realizar su llamada —les informé—. Como no se ha formalizado una denuncia, no se les retendrá por más de veinticuatro horas —empecé a explicarles—, Podrían retirarse antes si alguien se hace responsable por ustedes y se cancela la multa establecida por la perturbación del orden público, como se les dijo al momento de llenarles la ficha de ingreso. Pero en caso de que alguien formalice cargos, deberán contactar con un abogado.

—Sí, señor —dijo la rubia rodando los ojos. El hombre, en cambio, asintió en silencio a mis indicaciones.

Abrí la puerta y me hice a un lado para dejarlos pasar, y observé como cada uno se dirigía a un escritorio, tomaban asiento y levantaban el auricular. Cerré la puerta para darles privacidad y me retiré de vuelta a mi oficina. No había dado más de dos pasos cuando Luca me llamó.

—Este par tiene un grupo de amigas bastante particular, ¿no? —Dijo en tono de burla—. Incluso hay un par de fanáticas de los hombres en uniforme —añadió moviendo las cejas, y yo tuve que respirar profundo para contener las ganas de estamparle un puñetazo.

Yo sabía lo que Luca estaba haciendo. Buscaba una reacción de mi parte, pero que Dios me ayudara porque no estaba dispuesto a dársela. Para él todo era un juego, un maldito chiste. Siempre era lo mismo con él. Es como si en lugar de madurar fuera en retroceso, como si el ser adulto fuera un concepto que se escapa a su comprensión.

Obligándome a mantener fuera de mi rostro cualquier expresión, me encogí de hombros como si lo que mi hermano acababa de decir no me importara, cuando en realidad quería exigirle que me explicara qué diablos quería decir con eso.

—No vas a conseguir nada de mí —respondí con una sonrisa—. Si quieres perder el tiempo jugando al detective, en lugar de hacer tu trabajo, ese es tu problema —dije, entonces me encaminé hacia mi oficina.

¿Pero encontré paz allí? Claro que no. Porque si no era Luca con sus estúpidas bromas de mal gusto o sus comentarios fuera de lugar, eran mis propios pensamientos los que me torturaban. Pensamientos que incluían a la mujer de cabello negro y ojos celestes que despertó esta mañana en mi cama,

y que ahora estaba a unos cuantos metros de distancia.

—¿Cuál es tu historia, Florencia Leal? —Pregunté al vacío.

«¿Y cómo coño entraste a mi apartamento?»

Si cerraba los ojos, las imágenes que bombardeaban mi cerebro eran las de Florencia desnuda en mi cama, su cabello extendido sobre mi almohada, las delicadas curvas de su cuerpo, la calidez de su cuerpo contra el mío, el rubor que cubría su rostro y su cuello cuando me retó a descubrir su nombre, su mirada pícaro segundos antes de saltar de mi camioneta...

«*Qué mal estás, Mateo*».

Moví el ratón del ordenador y la pantalla cobró vida. Segundos después estaba consultando a Florencia Leal en Internet. La primera página de resultados mostraba unos veinte perfiles sociales, pero ninguno era el de ella. Entonces me pareció escuchar su voz en mi cabeza.

«*Soy Flor. Pero supongo que te lo dije en algún momento anoche*».

Corregí los parámetros y repetí la búsqueda. Para cuando la página de resultados terminó de cargar, tenía los enlaces de sus perfiles de *Facebook*, *Twitter* e *Instagram*. En el primer perfil noté que toda su información era privada, y solo podía ver las fotos de otros usuarios que la habían etiquetado de manera pública. Imágenes que la mostraban en diferentes eventos sociales, reuniones informales o paseos con el mismo grupo de mujeres que la acompañaban ahora en la celda de la comisaría.

En ninguna de las imágenes aparecía el hombre que arrestaron junto a ellas, y eso me hizo preguntarme qué papel jugaba Samuel Mendoza en la vida de Florencia.

Con las otras dos redes sociales se repitió la misma historia, su información personal era privada, solo que esta vez ni siquiera las fotos ajenas estaban visibles.

Miré mi reloj y me di cuenta de que habían pasado más de cinco minutos, y que ya debía ir por los detenidos que estaban en la sala de análisis. Cerré la página de búsquedas y limpié el historial de navegación, y entonces abandoné la oficina.

Al llegar a la sala de análisis abrí la puerta sin antes tocar, y si tuviera la oportunidad de devolver el tiempo alertaría mi llegada, pasando por alto el hecho de que no estaba visitando a compañeros de trabajo en horas de oficina, sino que estaba devolviendo a un par de detenidos a su celda.

—Lo que me faltaba para terminar la guardia... —mascullé, aunque en realidad no estaba ni siquiera cerca de terminar nada.

La rubia y la pared humana que dejé con ella haciendo llamadas telefónicas decidieron ponerse románticos, y de no haber entrado a la oficina seguramente las cosas se hubiesen puesto peor.

«O mejor. Todo depende del punto de vista».

—Esto no es un hotel, tortolitos —les advertí, sintiéndome tentado a ponerlos en celdas separadas. Lo que habría sido el procedimiento habitual, de no tener todas nuestras *suites* ocupadas.

Suerte tuvieron de no haber estado rodeados de asaltantes y prostitutas.

«Algo que probablemente sea gracias a mi intervención. No es que se los vaya a decir, ni nada por el estilo».

La rubia se sonrojó y su acompañante se interpuso entre nosotros, como

si necesitara protegerla de mí. Y por un momento me sentí tentado a provocar al pobre imbécil, solo para tener una excusa de descargar toda la tensión acumulada a fuerza de puñetazos. Entonces me recordé que eso es algo que Luca haría, no yo. Mucho menos ahora, con la posición que me han dado dentro del cuerpo. Sin embargo, eso no significaba que no pudiera divertirme un poco a costillas de este par.

—Parece que tuvieron mucho tiempo para socializar, cuando se suponía que debían estar haciendo una llamada telefónica —me burlé.

—Sí hicimos nuestras llamadas —respondió la chica, y me pareció escuchar que su guardaespaldas particular gruñía. Aunque pudieron ser ideas mías—. Y no estábamos socializando.

«Claro que no».

—Ah, ¿no? —Me las arreglé para decir entre risas—. Muy interesante.

Estaba seguro de que si seguía pinchando a la rubia, su noviecito iba a soltarme un puñetazo. O sufriría un infarto por contener durante tanto tiempo la rabia. Cualquiera de las alternativas era posible.

En ese momento se asomó López por la puerta, un oficial que tenía por muchos más años de servicio que yo y a quien habían asignado como compañero de mi hermano, y con un simple comentario me hizo ver qué tan de acuerdo estaba con el cambio de jefe en la comisaría.

—Si estos dos ya terminaron, regrésalos a la celda para traer dos más —ladró—. Mientras más rápido se lleven a esa panda de borrachas, mejor —dijo antes de alejarse murmurando.

Negué con la cabeza en silencio, a sabiendas de que eventualmente iba a tener que lidiar con él y con otros oficiales. Me habían confiado el puesto

para que pusiera el ejemplo e hiciera que las cosas en la comisaría siguieran marchando de acuerdo a las normas, y eso no sucederá si permito que me traten como a un novato estúpido.

Encaré a los tortolitos para ponerle fin al momento incómodo.

—Ya escuchaste, galán —le dije al hombre que seguía en su papel de pared humana para cubrir a la rubia—. Es hora de regresarlos a su castillo hasta que vengan a pagar por su multa.

Les señalé la puerta y caminaron hacia ella sin que tuviera que darles mayores indicaciones, y en silencio los llevé de regreso a la celda en la que habían permanecido desde que llegaron. Fue entonces que me dí cuenta de los alcances de mi hermanito cuando de conseguir información se trataba, porque se encontraba allí en la celda, rodeado de mujeres y con una sonrisa triunfante en el rostro. Y una de esas mujeres era Flor.

«¿Pero qué...?»

—¿Pero qué...? —Las ganas de estrangular a Luca no hacían más que crecer, sin embargo no podía darme el lujo de revelar de más en caso de que su estrategia de investigación haya fracasado—. Desde que estas mujeres llegaron a la comisaría esto se convirtió en un maldito bar de copas al que van a echarse novia —me quejé.

—¿Son celos eso que escucho? —Y por supuesto que la que iba a responder era ella. No podía ser nadie más—. Aquí hay amor para todos, oficial. No se preocupe —sonrió la muy descarada antes de guiñarme un ojo.

—¿En serio, Flor? —chilló una de sus amigas, aunque no presté atención a cuál. No me interesaba. Yo solo tenía ojos para ella.

—¿Qué? —Siguió sonriendo, actuando toda inocente—. Míralo bien,

Bel. Si dejara de fruncir el ceño y sonriera no se vería tan mal —dijo encogiéndose de hombros.

«Yo te voy a enseñar a ti cómo es que no me veo mal, muchachita».

—¡No me jodas! Eso es para que te lleven a hacer tu llamada antes que a mí ¿verdad? —dijo otra de sus amigas, y yo arqueé una ceja sin dejar de mirarla.

El grupo de amigas de Flor empezó a reírse, igual que el imbécil de mi hermano. Ya arreglaría cuentas con él más tarde. Primero tenía que encargarme de la invasora nudista, y de hacerla cumplir su palabra.

—Ya está bueno del chistecito —dije en voz alta, haciéndolos callar a todos—. Aunque si se están divirtiendo, quizás no les importe saltarse la llamada y pasar la noche en la comisaría —sugerí.

La amenaza surtió el efecto deseado, y el idiota de mi hermano fue el primero en abandonar la zona de peligro. Cosa que no me sorprendía en lo absoluto.

Esperé a que Luca se alejara unos cuantos pasos antes de escoger a las siguientes personas que harían la llamada reglamentaria y escoltarlas fuera de la celda.

«Y una de ellas era Flor, por supuesto».

Capítulo 8

Increíble no es solo un adjetivo, es mi estado natural.

Flor

Para el momento en que el oficial que le gustaba a Lorena llegó a nuestra celda para, según él, poner orden ya estaba suficientemente sobria. Tanto que no tardé en darme cuenta de que se traía algo entre manos. Te estarás preguntando qué me hizo pensar tal cosa, así que empezaré por decir que la sutileza no es una de sus virtudes.

Luca, ese es su nombre, nos contó que su hermano se estaba haciendo cargo de custodiar a Melina y a Samuel, y que pronto vendría por alguna de nosotras para hacer nuestra llamada de rigor. Entonces empezó a preguntar si alguna de nosotras conocía a su hermano de alguna parte.

«Sí, muy discreto. Ya ves».

Por suerte Lorena se apresuró a desviar su atención, masajeando su ego, redirigiendo la conversación y sonriendo cual tontorrón. Sí, ella es toda una

maestra en las artes de la seducción. ¿Qué te puedo decir? Ese pobre imbécil no sabe en qué lío se está metiendo. O quizás sí lo sabe, pero no le importa.

Yo, por otro lado, no dejaba de pensar que en cualquier momento Mateo iba a cruzar esa reja, y la posibilidad de volver estar a solas con él me ponía nerviosa. Lo cual era ridículo, si me preguntas. Sin embargo no podía evitar la forma en que mi cuerpo respondía a los recuerdos de cómo se veía sin ese horroroso uniforme, y cómo se sentía su cuerpo contra el mío. Así como no podía evitar que ciertas partes de mi anatomía se estremecieran al pensar lo que él sería capaz de hacer con la bestia que escondía bajo sus pantalones.

«Que Greenpeace se olvide de las ballenas, hay que salvar a las anacondas».

Por supuesto, ese momento fue el que escogió Mateo para aparecer. Mientras yo pensaba en sus talentos como encantador de serpientes. No que tuviese evidencia de eso, más bien lo que tenía era curiosidad. Y mucha.

Cuando nos vio rodeando a su hermano me pareció reconocer algo en él. ¿Celos, quizás? No estoy segura. Pero conforme apareció ese atisbo de emoción, desapareció. Entonces Mateo actuó como si no me conociera, y me felicité mentalmente por no haber caído en el juego del policía cotilla. Eso no quería decir, sin embargo, que no pudiera pinchar a Mateo, que desde que llegamos tenía un humor de mil demonios.

En la mañana, a pesar de las circunstancias, él no había actuado como *Shreck*¹³ sino como el príncipe encantador. Había sido yo la que salió huyendo cual Cenicienta pero asegurándome de no dejar mis zapatillas, que no eran de cristal, o ningún otro rastro que le permitiera encontrarme. Entonces se me ocurrió hacer esa estúpida apuesta, de tan confiada que estaba de no volverlo a ver. Ciudad grande, y todo eso. Y ahora estábamos aquí,

frente a frente, y no podía determinar si su mal humor era un evento aislado o era algo habitual.

Supongo que solo quería comprobar cuál de los dos era el verdadero Mateo... si era el ogro o el príncipe encantador. Al menos esa fue la excusa que me di para seguir el juego de Lorena y flirtear con el policía que nos acompañaba y luego para hacer bromas sobre lo que cambiaría de Mateo para que no se viera tan mal, cuando en realidad estaba pensando en qué tanto me costaría robarle las esposas y encadenarlo a la cama para aprovecharme de su... bueno, de todo él.

«Y tal vez yo no esté tan sobria como pensaba».

Cuando nos escoltó fuera de la celda a Belén y a mí, lo último que pasó por mi mente fue prestarle atención a lo que estaba diciendo, y algo me decía que se trataba de algo importante. No es que no pudiera escuchar sus palabras, pero su voz era tan hipnótica que el muy cabrón podría estar recitando el directorio telefónico y aun así haría que mi pulso se acelerara y mis neuronas dejaran de hacer sinapsis, por tanto mi capacidad auditiva se reduciría a captar sonidos aunque mi cerebro fuera incapaz de decodificar el mensaje.

Estaba nerviosa, claro, pero también estaba pensando en sexo. Y no es como si Mateo y yo hubiésemos tenido algo más que un raro e incómodo despertar. Bien, bien... estaba distraída, así que no, no era una sorpresa que no le prestara ninguna atención. Aunque ahora pienso que debí hacerlo. Especialmente después de que dejara a Belén en una oficina y cerrara la puerta con llaves, para luego indicarme que siguiera caminando. Con su mano en la parte baja de mi espalda me animó a avanzar unos cuantos metros hasta que encontramos otra puerta. Mateo abrió y luego me hizo señas para que entrara, entonces él entró y puso el seguro, y en ese momento cada célula

de mi cuerpo se puso en alerta.

El aire a nuestro alrededor parecía cargado de electricidad. Y la forma tan intensa que Mateo tenía de mirarme era la cosa más jodidamente erótica del planeta. Me desnudaba con los ojos, y mi cuerpo reaccionaba a su escrutinio de forma alarmante. Tenía la piel erizada, las manos me temblaban, mi pulso se aceleraba con cada respiración que él tomaba, mi sexo se humedecía y mis pezones se erguían solo por esa mirada. Era ridícula mi reacción. Tal vez solo se trataba de mi prolongada sequía. O de que estaba imaginándolo desnudo. Todavía no estoy segura de cuál sea la hipótesis correcta.

Mateo empezó a caminar hacia mí, e instintivamente yo empecé a alejarme. Por cada paso al frente que él daba, yo daba uno hacia atrás. Hasta que mi trasero se estrelló contra un escritorio y él aprovechó para alcanzarme. Entonces la electricidad que se sentía en el aire se transformó en fuego, y yo me sentí tentada a dejarme consumir por él.

—Increíble... —Mateo murmuró entre dientes. Cerró los ojos, negando con la cabeza, como si de verdad no pudiera creer que estuviésemos frente a frente por segunda vez el mismo día. Su respiración tan agitada como la mía.

—No puedo evitarlo —dije en broma, encogiéndome de hombros—. Increíble es mi estado natural. Algunos dirían incluso que soy asombrosa... —seguí diciendo, incapaz de frenar el vómito verbal. Él era más alto que yo, y el espacio entre nosotros era prácticamente nulo, así mantener el contacto visual no era algo sencillo.

—Esta mañana te bajaste de mi camioneta antes de que pudiera hacer esto... —susurró y su aliento acarició mi cara.

«No es posible que hasta eso sea perfecto ¿es que no podía, por lo

menos, tener mal aliento para que se pareciera menos a un héroe de cuento y más a un ser humano?»

—¿Ponerme un *chip* rastreador y hacer trampa con nuestra pequeña apuesta? —le pregunté y él sonrió negando con la cabeza.

—Aunque no es tan mala idea, no era eso a lo que me refería —dijo.

Entonces me besó, y el mundo dejó de ser gris y aburrido para estar lleno de luces y colores, las aves cantaron, las montañas florecieron, se acabó la guerra y mis tarjetas de crédito dejaron de estar sobregiradas. Fue mágico.

O quizás yo me puse demasiado poética.

Pero si fueran ustedes las que estuvieran sintiendo la anaconda de Mateo despertando a la vida contra sus coños necesitados, ustedes también se pondrían poéticas. Escribirían canciones y sonetos, y todavía no bastaría para hacerle justicia a semejante ejemplar.

Por eso, en lugar de escribir, yo me ocupé de apretar al encantador de serpientes contra mi cuerpo. Mis manos recorrieron su pecho, sus brazos y sus hombros, hasta enterrarse en su cabello mientras profundizaba el beso. Mis caderas cobraron vida propia, otro acto de magia de la anaconda, y juro por todo lo que es sagrado que estaba más cerca de un orgasmo de lo que había estado en muchísimo tiempo.

Gemí contra sus labios mientras seguía restregándome sin vergüenza contra Mateo, desesperada por perderme en las sensaciones. Era como si mi cuerpo estuviera famélico y esta fuera su primera comida después de un largo tiempo.

—Te juro que yo solo te traje aquí para hablar —dijo Mateo contra mis labios.

—Hablar está sobrevalorado —le respondí sin dejar de estrujarme contra su cuerpo.

La parte lógica de mi cerebro estaba totalmente fuera de servicio, o de lo contrario estaría preocupada por ser descubierta. En cambio mi mente no dejaba de sorprenderse por lo rápido que Mateo logró llevarme a tal punto de excitación, y por encontrarme follando en seco con un desconocido, porque eso era el encantador de serpientes, como si fuera una adolescente con las hormonas revolucionadas.

Era una situación sobre la que no tenía control. Ningún control. Y eso debería estar disparando mis alarmas, pero curiosamente no era así. Estaba disfrutándolo.

Quizás demasiado.

—Oh, por Dios... —susurré sorprendida.

Mi orgasmo estaba tan cerca que casi podía tocarlo. Nuestro beso se volvía cada vez más violento y torpe, y yo le estaba tirando tan fuerte del cabello que el pobre Mateo no tuvo más remedio que tomar mis manos y asegurarlas detrás de mi espalda.

«Solo falta que me ponga las esposas».

—En otra ocasión, si quieres —me respondió, entonces me di cuenta de que había pensado en voz alta.

¿Otra ocasión? Si Mateo me hacía sentir tantas cosas sin siquiera quitarme la ropa, ¿podría sobrevivir a “otra ocasión”?

Estaba ansiosa por apagar mi cerebro, porque cualquier cosa era mejor que preocuparme por lo que pasaría después.

—Esto está mal... —dijo en un gruñido que era casi animal, y quizás tenía razón. Pero nunca algo que estaba mal me había hecho sentir tan bien.

—No te atrevas a parar —gemí dejando caer mi cabeza contra su pecho. Él dejó ir mis manos y apretó mis caderas con fuerza, ayudándome a encontrar un mejor ángulo y un ritmo más rápido, más frenético.

—Me podrían arrestar por esto... —murmuró.

—Solo si nos descubren —le respondí, porque ¿qué otra cosa podía decir?

El encantador de serpientes rotó sus caderas, lamió mi cuello y yo empecé a ver estrellitas. Mi cuerpo era una masa incoherente de sensaciones, de lujuria, de deseo. Era demasiado. Y justo cuando pensé que no podía soportar la carga sensorial, el orgasmo arrasó mi cuerpo convirtiéndome en gelatina.

No podía respirar, no podía ver, los espasmos sacudían mi cuerpo incontrolablemente, y aun así quería más. Necesitaba más. Y eso me asustaba.

Ambos intentamos decir algo al mismo tiempo, pero nada salía. Ni de él ni de mí. Como si no termináramos de decidir las palabras correctas. Cuando Mateo intentó hablar nuevamente, el teléfono empezó a repicar y un par de golpes hicieron estremecer la puerta.

—Mateo, tenemos una emergencia —dijo la persona que tocaba mientras el teléfono dejaba de sonar.

—Enseguida salgo —respondió con voz firme, pero sin despegarse de mí. Todavía podía sentir su erección contra mi coño. La promesa de más.

Traté de separarme un poco de Mateo, de respirar profundo, de recobrar el habla.

«Y el sentido común».

Pero el olor a sexo flotaba en el aire, mis piernas temblorosas no eran una apuesta segura para hacer un escape, ¿y a dónde iría?

—Voy a salir y tú te vas a quedar aquí —dijo Mateo en voz alta—. Le diré a uno de los oficiales de guardia que en unos minutos las devuelvan a la celda, a tu amiga y a ti —añadió.

Negando con la cabeza dejó salir un suspiro frustrado.

—Te traje aquí para hablar —gruñó entre dientes—. Tenía muchas preguntas que hacerte, pero no pude controlarme. Lo siento.

—Es la segunda vez que te disculpas conmigo en menos de veinticuatro horas —sonreí—. Y no estoy segura de que seas tú el que deba pedir disculpas, de todas formas.

El teléfono empezó a repicar nuevamente, como si el universo conspirara para interrumpir nuestra conversación. Y después de tomar una respiración profunda, Mateo tomó el aparato.

Con dificultad me dejé caer del escritorio y me alejé para darle privacidad, no sin antes captar pequeños fragmentos de la conversación.

Tiroteo.

Situación de rehenes.

Se requiere apoyo. Lo cual significaba que él tendría que ir ¿no?

En ese momento mis alarmas se dispararon, pero no era yo quien estaría

en peligro. Sería Mateo el que saldría a combatir el crimen, como un superhéroe de verdad. Por mi parte, yo estaría encerrada en una celda hasta que alguien viniera por mí y jamás me enteraría si algo le ocurría.

«Algo estúpido, considerando que no pensé volvérmelo a encontrar».

Capítulo 9

Cambio hermano por taza de café.

Mateo

Era mi primer día como comandante y ya estaba fallando en mi misión. Ignorar las llamadas no es algo propio de mí, especialmente en mi línea de trabajo porque siempre se trataba de una emergencia. Podría haber vidas en riesgo, y ¿qué estaba haciendo yo? Rompiendo las reglas otra vez. Montándomelo con una mujer en la oficina. Una mujer que se merecía más de lo que acababa de darle, pero que además estaba detenida y eso debería bastar para apagar mi interés, sin embargo no era así. Si se quiere estaba aún más intrigado por ella, fascinado por lo receptiva que era a mis caricias y por la forma tan confiada en que se dejó llevar, cediéndome el control de su cuerpo.

«Y pensar en lo que acababa de pasar, en lo que acabamos de hacer, no ayuda en nada a mi situación actual».

No podía salir de la oficina portando una erección. Con la suerte que me gasto, el primero en tropezarse conmigo en el pasillo sería Luca y el muy cabrón no me permitiría olvidarme del incidente. Jamás.

Cerré los ojos, respiré profundo y empecé a pensar en las tablas de multiplicar, en los zombis de *The Walking Dead*¹⁴, en zapatillas deportivas usadas, y en lo estúpido que debo verme en este momento.

—¿Todo bien? —Me preguntó Flor.

—Sí... —le respondí girándome para mirarla, lo cual fue un error técnico porque apenas me di la vuelta empezó a acariciar mi cuerpo con la mirada, como lo hizo en la mañana cuando estaba en mi habitación, y las cosas volvieron a ponerse... duras.

Cerré los y gruñí tratando de conjurar las imágenes más *gore* que mi cerebro fuera capaz de recordar. Vísceras, sangre, Mateo vomitando sobre un plato de avena, y cuando sentí que mis técnicas de meditación empecé a planificar una retirada estratégica.

¿Qué tenía esta mujer que me convertía en un adolescente hormonal?

¿Qué tenía Flor que me ponía tanto, y me dejaba tan tonto?

Estaba claro que en este momento no iba a poder profundizar en mi investigación para encontrar las respuestas.

«Aunque no te molestaría profundizar en otras actividades con ella ¿verdad, Bianchi?»

—Tengo que ocuparme de algo —le dije, y ella asintió conteniendo las ganas de reír.

«Claro que sabe de qué vas a ocuparte, cabrón».

—Puedes hacer tu llamada, regreso en un momento para llevarte a tu celda.

—Tómate tu tiempo —dijo con una sonrisa pícaro en el rostro, pero sin hacer ningún gesto de acercarse al teléfono—. ¿O prefieres que te eche una mano? —añadió guiñándome un ojo.

Sin poder evitarlo nos empezamos a reír como idiotas. Negando con la cabeza decliné su oferta. No porque no quisiera sus manos, u otras partes de su anatomía, sobre mi cuerpo, sino porque el tiempo definitivamente estaba en nuestra contra.

«El tiempo, el lugar, las normas... todo estaba en contra. No te engañes».

—Un día le voy a tomar la palabra, señorita Leal, y dejaré que me eche una mano —le respondí—. Pero eso será después de que pague su deuda, y salga en una cita conmigo.

Eso pareció borrar la risa de su cara. Sin embargo no era molestia lo que se asomaba en sus ojos. ¿Nerviosismo, quizás? ¿Miedo? ¿Estará ella tan confundida por esta conexión tan absurda que tenemos?

—¿Cita? ¿Cuál cita? —Preguntó fingiendo indiferencia.

—Me debes una cita —le recordé con una sonrisa, y ella se sonrojó—. Fue tu idea hacer una apuesta. Me retaste a encontrarte, y eso hice. Ahora me debes.

—Tú no me encontraste —se quejó—. El otro poli lo hizo —se cruzó de brazos, y como el imbécil empecé a mirarle el pecho en lugar de seguirle mirando a los ojos—. Así que no pienso pagarte nada.

«*Concéntrate, Bianchi*».

—¿Me vas a obligar a convencerte de salir conmigo? —Le pregunté—, déjame advertirte que puedo ser muy persuasivo, y siempre consigo lo que me propongo.

—No lo dudo —murmuró Flor entre dientes.

—¿Qué me dices entonces? —Insistí.

—Te digo que me lledes a la celda, porque me lo pensé mejor y no voy a hacer ninguna llamada.

«¿Qué?»

—¿Qué?

—Sí, mira... mis padres viven fuera de la ciudad —empezó a explicar encogiéndose de hombros—, y mi hermano seguramente va a mearse de la risa si le cuento cómo llegamos aquí mis amigas y yo, así que mejor pasamos eso por alto y volvemos a la parte en la que me regresas a la celda y yo me encomiendo al Espíritu Santo, a los dioses nórdicos o a cualquiera que esté disponible para hacer un milagro a esta hora.

—¿Estás hablando en serio?

—Muy en serio, así que vamos... —empezó a caminar hacia la puerta.

—¿Estás loca? —le pregunté.

—Me han acusado de cosas peores —se volvió a encoger de hombros—. ¿Nos vamos?

—Pero...

—No te preocupes, oficial —me guiñó el ojo—. Cuando quiera volver a

verte, solo tendré que cometer un crimen y aguardar por mi transporte —sonrió—. Solo espero que la siguiente vez que me metan en una patrulla tengan cuidado de no golpearme la cabeza.

—No tienes que cometer un crimen para volver a verme —la corregí—. Solo tienes que aceptar salir conmigo en una cita.

—¿Y qué tiene eso de divertido o de emocionante? —Me preguntó, y temí volver a preguntar qué tan en serio estaba hablando.

Algo en mi cara debió hacerle gracia, porque empezó a carcajearse.

—Eres demasiado serio, encantador de serpientes —se burló.

—¿Encantador de serpientes? —me reí.

—Claro —se encogió de hombros—. Con semejante anaconda... —dijo señalando mi entrepierna—, ¿qué otro apodo podría ponerte?

—¿Siempre eres así de original para los apodos? —le pregunté mientras la seguía hasta la puerta y quitaba el seguro para que pudiéramos salir.

—Siempre —asintió Flor cuando abrí la puerta, dando un paso hacia afuera.

Y antes que pudiera decirle algo más, mi hermano apareció corriendo por el pasillo. Se apoyó en la pared para recuperar el aliento y tomó una respiración profunda antes de hablar.

—¿Ya hablaste con Torres? —Me preguntó y yo asentí—. Martínez y yo escuchamos algo en la radio hace un momento, parece que van a necesitar todo el apoyo posible.

—Así es —le respondí—. Convoca a todos los oficiales de guardia y

mándalos a la sala de reuniones —empecé a darle instrucciones—. Martínez que se encargue de escoltar al resto de nuestras... —le di una mirada de reojo a Flor—, inquilinas... para que hagan sus llamadas y que alguno de los cadetes se quede en la recepción mientras tanto.

Luca miró a Flor, y luego me miró a mí enarcando una ceja. Nada se le escapaba al muy imbécil, y no tardaría en enterarme de lo que fuera que esté pasando por su mente porque él nunca pierde una oportunidad de molestar.

—¿Por favor? —preguntó mi hermano con una sonrisa de suficiencia.

«Como si él hiciera favores».

—No es un favor, Luca, es una orden —le dije.

Con una sonrisa el cabrón de mi hermano se paró firme, hizo un saludo y me respondió antes de ir a cumplir su tarea: —Ya mismo los reúno, comandante.

—¿Comandante? —Me preguntó Flor cuando nos quedamos solos. Su mirada era de sorpresa mezclada con picardía—. Interesante... —sonrió.

Yo negué con la cabeza tratando de disimular mi propia sonrisa, y rápidamente fuimos por su amiga a la sala de análisis antes de escoltarlas a su celda. Luego fui al escritorio de Martínez para asegurarme de que Luca hubiese entregado mi mensaje.

Con un cadete detrás del mostrador de información en la recepción, y Martínez encargándose de las amigas de Flor, me concentré en el operativo que tenía que planificar, y en mi primera reunión como comandante con los que hasta ahora habían sido mis compañeros.

Apenas había empezado a discutir el procedimiento con los oficiales

cuando alguien tocó la puerta de la sala de reuniones. Era Martínez.

—Comandante, necesito que firme las órdenes de salida del grupo que está en la jaula *VIP* antes de que se retire—me indicó después de disculparse por interrumpir la reunión—. Ya vinieron por el primer detenido.

—En un momento me encargo de eso, Martínez —asentí despidiéndolo y volví a enfocarme en el grupo frente a mí—. El grupo de avanzada debe salir de inmediato, con un par de oficiales como apoyo para las comunicaciones. Se pondrán a las órdenes del comandante Torres, como les dije, pues él quien está dirigiendo el operativo —les indiqué—. Los demás oficiales estarán alerta en caso de que se requiera apoyo adicional.

—¿Y nuestro flamante nuevo comandante se unirá al operativo? —preguntó López.

Los demás oficiales, que habían estado murmurando en voz baja, guardaron silencio y sus miradas se alternaban entre López y yo.

—Su flamante nuevo comandante forma parte del equipo de asalto, en caso de que lo haya olvidado —le recordé—, y sí se unirá al operativo —dije poniéndome de pie—. Mientras preparan el equipo necesario para salir, yo firmaré los papeles que Martínez preparó, luego iré al punto de encuentro. La salida es en cinco minutos.

Mi hermano se puso de pie de inmediato. Sin duda quería decir algo, pero se contuvo. Le hice señas para que saliera de la sala de reuniones y yo lo seguí, dejando a los demás oficiales para que organizaran lo necesario para salir.

Por un momento Luca no me dijo nada, pero cuando dimos la vuelta en el pasillo que conducía a mi oficina se detuvo y se volteó para mirarme.

—La última vez que te dispararon en un operativo, mamá se volvió loca y empezó a caer de sorpresa en mi apartamento para asegurarse de que yo estuviera bien —me recordó—, así que, como un hombre que valora su privacidad, me veo en la obligación de pedirte que tengas cuidado allá afuera.

—No fuiste al único que aterrorizó con sus visitas sorpresa —le respondí.

—Sí, pero después de tú-sabes-quién has vivido como un monje —hizo un gesto para restarle importancia al asunto—. Otros en cambio preferimos seguir disfrutando de nuestra soltería y aprovechar que somos jóvenes y guapos, ya sabes —dijo moviendo las cejas.

Eso me hizo reír.

—Lo que quieres decir entonces es que debo evitar que me disparen para que tú puedas seguir prostituyéndote mientras te crees joven y te mientes a ti mismo diciendo que eres guapo —me burlé.

—No me creo nada, cabrón —respondió Luca—. ¿Es que acaso te quedaste ciego después de verle las tetas a la detenida que estaba en tu oficina? —me preguntó indignado—. No es que no pueda entenderlo, son unas tetas bastante decentes si me preguntas, pero...

—Cállate de una puta vez, Luca —lo interrumpí—. Entiendo tu punto, y haré lo mejor que pueda —prometí.

—Bien... —asintió mi hermano—. Entonces nos vemos el domingo en casa de mamá —me dijo—. Mi guardia terminó hace una hora. Estaré pendiente de mi móvil y de la radio en caso de que necesiten apoyo, pero más les vale que no necesiten nada, porque estoy molido —añadió.

—¿López también terminó su guardia? —Le pregunté a mi hermano.

—Sí, pero el cabrón de mi compañero no iba dejar pasar la oportunidad de meterse contigo —respondió Luca—. López cree que merece el ascenso más que tú, y no ha desperdiciado ninguna ocasión para informárselo a todo el que pueda escucharlo. Nadie le ha hecho caso, de todas formas —se encogió de hombros.

Capítulo 10

¡Liberen a Willy! O no, mejor que me liberen a mí.

Flor

Cuando regresé a la celda escoltada por Mateo, no pude evitar sonreír. Pero solo en mi mente, porque mis amigas son muy cotillas. Sin embargo, esa banda de locas parece tener un sexto sentido para detectar cuando les estoy ocultando cosas. Generalmente Ruth respetaría mi espacio, Belén se encogería de hombros y me ofrecería un trago; Lorena, Laura, Cecilia y Caro pretenderían estar molestas pero volverían a hablarme enseguida, mientras que Melina insistiría en sacarme información.

Ruth, quien me apoyaría aunque estuviera muriendo de curiosidad, estaba haciendo su llamada. Igual que Cecilia, quien es la adulta de nuestro grupo. Melina podría estar solucionando el problema del calentamiento global, de tan pensativa que se le ve. Así que ahora solo éramos el resto de las taradas y yo, y ellas estaban asociadas para hacerme confesar. Es que ni Superman estaba en la celda, para usarlos a él y a Meli como distracción.

«Quizás el tiempo en la cárcel, en lugar de hacerlas meditar, las hace morir del aburrimiento».

—¿Vas a empezar a confesar ahora o prefieres que te torturemos, para sentir que pusiste resistencia? —Me preguntó Lorena.

—No tengo nada que confesar, y tú no eres ni sacerdote ni nada por el estilo —le respondí.

—Es mejor que hables ahora, mamacita —dijo Belén—. Si paso otra hora en esta celda me voy a morir de aburrimiento, y si voy a pasar a mejor vida... ¿qué mejor que enterarse antes de un buen chisme? —razonó—. Además, queda garantizado que guardaré el secreto. Ya sabes que los muertos no hablan.

—Es obvio que hay algo que contar —dijo Laura—. Pero es decisión de Flor si quiere compartirlo o no...

—Cállate, Laurita, nadie te preguntó tu opinión —la cortó Belén.

—Lo que quise decir, es si quiere compartirlo sin que estén Ruth y Ceci —siguió diciendo Laura, rodando los ojos y negando con la cabeza—. ¡Cristo! ¡A ti el encierro te pone mala!

—No creo que sea solo el encierro —se carcajeó Lorena—. Yo creo que es un defecto de fábrica.

—Idiota... —se quejó Belén entre dientes.

—Colega —respondió Lorena sonriente.

La voz del oficial que vino hace unos minutos por Samuel interrumpió la conversación, y mentalmente agradecí al universo por la pausa.

—González, ya vinieron por ti —anunció.

Melina se giró hacia nosotras, y por su cara podrías jurar que le dijeron que cumpliría sentencia de por vida en una prisión de máxima seguridad. Se le veía triste y cansada, y ella no era así. Melina parecía tener una fuente de energía y entusiasmo inagotables, y ahora estaba como si le hubiesen quitado las baterías.

—Noel las ayudará a salir de esta —nos prometió—. Yo me encargo de convencerlo.

«¿Ahora mi libertad depende del primo de Melina? ¿En serio? ¿Por qué coño no llamé a mi hermano? Por bruta. Por bruta y por cachonda, porque no estaba segura de no saltar encima de Mateo otra vez».

—No te preocupes, Meli —dijo Laura—. Si el pozo de ternura que tienes por primo no nos ayuda, seguro que alguien de nuestro directorio telefónico lo hace.

—Pero ustedes están en esto por culpa mía —insistió Melina.

—No... —la corrigió Lorena—. Estamos en esto por culpa de la vecina del buenorro que tienes por novio.

—Samuel no es mi novio —se quejó nuestra rubia loca y todas sonreímos.

—Pero tú te mueres de ganas de que acepte el trabajo —le dije yo encogiéndome de hombros.

Estaba claro que Superman le gustaba, y mucho. Ya iba siendo hora de que lo admitiera. Y si eso servía para distraer a las taradas y que se olvidaran de mí un rato, mucho mejor.

—Yo no sé lo que quiero —suspiró Melina.

«*Bienvenida al club*».

Vaya grupo de apoyo que éramos. Expertas en opinar y curiosear sobre la vida ajena, pero incapaces de poner nuestra propia cabeza en orden.

—Está muy buena la novela, pero no tengo todo el día —se quejó el oficial—. Si no quieres irte, González, yo le aviso a la persona que vino por ti.

Le lancé una mirada asesina al idiota uniformado que estaba parado en la reja, deseando poder tener los poderes de Cíclope o el de los *X-Men*¹⁵. La vida sería mucho más fácil, en general, si tuviera súper poderes.

—Seguimos hablando cuando salgamos —prometió Belén.

—Sí —Carolina estuvo de acuerdo—. Necesitas descansar y nosotras también ¿Nos vemos para desayunar mañana? —Todas estuvimos de acuerdo, así que Meli no tuvo más remedio que asentir y caminar hacia el oficial, que ya se estaba impacientando.

Melina salió de la celda escoltada por el oficial, dejándome a merced de la banda de taradas. Y los refuerzos no tardaron en llegar, cuando Cecilia y Ruth fueron devueltas a la celda.

—Bien, ahora estamos todas —dijo Belén cuando nos dejaron a solas—. Desembucha.

—¿Qué pasa? —Preguntó Ruth, la siempre despistada.

—Que nuestra Florecita se trae algo entre manos con uno de los polis —dijo Lorena.

—A mí me pareció que se conocían de antes —sugirió Carolina.

—Ella nunca habla, y cuando abre la boca es para... —empecé a quejarme.

—¿Lo conoces de antes? —Preguntó Ruth—. ¿De dónde? No será el que... —hizo una pausa y se llevó las manos a la boca. En el segundo en que se dio cuenta de que, en efecto, se trataba del hombre del que hablé con ella en la mañana empezó a chillar—. ¡Oh, por Dios! ¡Oh, por Dios!

En ese momento deseé que la tierra me tragara y me escupiera en El Congo, o en Australia que ahí siempre hay hombres guapos.

«Si no me creen, echen un vistazo a Thor¹⁶ y a su hermanito».

Caminé hacia la reja, decidida a no participar en la conversación de mi banda de locas, y empecé a pegar gritos para llamar la atención de cualquier poli que pidiera escuchar. A este punto me daba igual si me dejaban libre o me cambiaban de celda. Cualquiera de las dos opciones me servía. Si tenía que pasar un segundo entre estas cuatro paredes, iba a empezar a treparme de los muros cual Hombre Araña, y mi ropa no era precisamente la más adecuada para eso.

—¡Ayuda! —Empecé mi campaña—. ¡Liberen a Willy! ¡O no, mejor libérenme a mí!

Así estuve por unos segundos, o pudieron ser minutos. Mis gritos eran diferentes versiones de ese mensaje. Entonces se hizo el milagro, y alguien vino al rescate.

—¿Quién es Willy, y por qué estás pidiendo que lo liberen? —Preguntó el oficial que se llevó antes a Melina. Detrás de él estaban Mateo y Luca tratando de disimular la risa.

—Pues la ballena de la película —le respondí rodando los ojos—. Aunque también sirve si me liberan a mí —me encogí de hombros.

Luego me di la vuelta para mirar a mis amigas, que estaban observando con interés la escena, en silencio, tratando de leer entre líneas. Arqueé una ceja y les sonreí de medio lado antes de girarme hacia los uniformados que estaban esperando al otro lado de la reja.

—No me molestaría si dejan a estas taradas otro rato aquí, por cierto.

—Eso no va a poder ser —respondió Mateo—. Porque ya han pagado por su multa, así que ya se pueden ir.

—Pero pueden volver siempre que deseen —sonrió Luca—. El viaje en la patrulla es opcional.

Capítulo 11

Hogar, ¿dulce hogar?

Flor

Mateo y Luca nos escoltaron, junto con el otro oficial, hasta la recepción donde nos esperaban Melina y su primo. Intenté actuar con normalidad. Especialmente después de escuchar a Luca decirle a su hermano, no muy sutilmente, que ya debía marcharse al bendito operativo.

Las bromas, el flirteo, las indirectas... yo podía jugar con eso. Con lo que no podía era con la sensación de pesadez en mi estómago cada vez que imaginaba algo saliendo mal en el operativo, y no saber nada de él después.

Podía ir a su casa, pues al fin y al cabo sé exactamente donde vive. Pero ¿con qué excusa? ¿O tendría que fingir estar borracha y no tener idea de cómo llegué allí?

No se me pasaba por alto que mientras yo coqueteaba con Mateo, Ruth y Lorena se burlaban de mí. Como si ellas no tuviesen cola que les pisaran.

Laura y Bel estaban echando apuestas sobre cuánto me tomaría volver a la comisaría, ya fuera detenida o de visita, y la verdad yo me estaba haciendo la misma pregunta.

Ahora era Mateo quien tenía la ventaja. Como jefe podría tener acceso a todos los datos que di cuando nos detuvieron. Número de identificación, lugar de trabajo, dirección... todo estaba allí. Básicamente podría tener acceso a todo lo que hay que saber sobre mí. Lo que no tengo problemas en compartir, y lo que no me gustaría que se supiera. Todo a su alcance. En cambio ¿qué sabía yo? Su dirección, dónde trabajaba y su nombre.

«Ya me las arreglaré luego para inclinar la balanza a mi favor. Solo necesito un buen plan».

Mateo se despidió de todas, supuestamente deseando no volvernós a ver en su comisaría. Eso a mí no me quedaba tan claro, especialmente después de lo que pasó en su oficina. Pero no iba a abrir la boca y soltar semejante perla porque ¿quién se aguanta a mi banda de taradas después?

Después de recuperar nuestras carteras, celulares y tacones, que al parecer no son el calzado apropiado para pasar la noche en la celda de una comisaría, y de firmar un papel que ni me molesté en leer, el primo de Melina nos escoltó al estacionamiento.

Tenía suficiente dinero en la cartera para volver a casa en taxi, pero acepté la oferta de Noel de llevarme junto con el resto de las muchachas. Resultaba muy útil que el primo de Meli manejara una camioneta grande. Interesante también. Es como si estuviera intentando compensar algo.

«Haré una nota mental para comentarlo en el grupo de WhatsApp».

El viaje empezó demasiado silencioso, e iba a ser uno muy largo y

aburrido si continuaba así porque nuestras direcciones no podrían ser más apartadas las unas de las otras. Así que empecé a hacer bromas sobre Lorena invitando a salir a Luca, y explicándole al primo de Melina que él era uno de los oficiales que nos había arrestado. Obviamente ella no se iba a quedar callada mientras le echaba tierra encima a su imagen de buena chica, así que dejó caer el hecho de que le di mi número al otro oficial.

No a Mateo, aunque lo dije lo suficientemente alto como para que él lo escuchara. En caso de que quisiera hacerme saber que sigue vivo. O de que quiera insistir con su invitación a salir.

Si es que no pensó que yo era una regalada que flirteaba con un uniformado después de restregarse contra el paquete de otro hasta tener un orgasmo.

«¿Qué coño te pasa, Florencia?»

—Considerando la sutileza de estas dos, esos polis van a estar solicitando órdenes de alejamiento en tres, dos... —empezó a decir Carolina.

—O no —se encogió de hombros Belén—. No parecía desagradarles mucho la atención que estaban recibiendo. Apuesto que en menos de una semana Florecita y Lore están de vuelta en la comisaría.

—De que regresan, regresan —se carcajeó Laura—. Espero que esta vez no sea como detenidas.

—Yo también lo espero —asintió Ruth.

—Dejen la envidia, banda de taradas —se quejó Lorena—. Cuando se acabe esta sequía ya verán ustedes quienes son las que van a reír.

No pudimos evitar carcajearnos todas ante lo que había dicho Lorena. Si

hay algo que ella no era, era sutil.

—Eso mismo —dije siguiéndole el juego.

—Ustedes dos están locas —respondió Laura.

—Sí, claro —me defendí—. Como si el resto de ustedes no estuviera de manicomio también.

Otra ronda de risas llenó la camioneta del primo de Melina, mientras él nos veía por el espejo retrovisor. Ya sabía que no éramos sus personas favoritas, pero después de este paseo seguro pide a la ciudad que nos encierre y que tiren la llave al mar.

Entonces Ruth y Ceci empezaron a comentar la fallida serenata a Superman, y lo geniales que somos corriendo en tacones.

—Si eso fuera deporte olímpico, seguro nos dan medalla —soltó Ruth entre risas.

—Todo se echó a perder cuando llegó la policía —dijo Cecilia—. Sino allí estuviéramos todavía destrozando canciones como si no hubiese un mañana.

—No nos escuchábamos tan mal —se quejó Lorena—. ¿O sí?

—Puedes estar segura de que un *Grammy*¹⁷ no nos van a dar —se carcajeó Belén.

—¿Y quién fue la que tuvo la idea de llevarle serenata al amigo de Melina? —Nos preguntó Noel, integrándose a la conversación.

—Esas serían Ruth y Ceci —respondió Laura—. Pero a todas nos pareció una buena idea —explicó—. Habría resultado muy bien de no ser por

la amargada de su vecina.

—Por lo menos ahora sabemos cuál es la casa correcta —dijo Ruth encogiéndose de hombros.

—En caso de que Meli quiera hacer una repetición del *performance* —añadió Cecilia.

—A menos que quiera volverse inquilina permanente de la comisaría treinta y dos —dijo Noel—, no creo que Melina deba ir a repetir su espectáculo musical.

—Eres un aguafiestas, Noel —le respondí—. Y pensar que tu esposa es tan simpática —dije con un suspiro dramático para mayor efecto—. Debiste llamar a Wendy en lugar de tu primo, Meli.

—Sí, debiste llamar a Wendy —estuvo de acuerdo Laura—. Es más, invítala a comer con nosotras mañana.

Entonces nuestra conversación se vio interrumpida por la canción de El Exorcista¹⁸, y juro por Dios que se me erizó todo el cuerpo.

—Nunca entendí por qué le pusiste ese tono de repique a tu mamá —comentó Laura mientras Melina veía el móvil como si aún no se decidiera entre contestarlo o lanzarlo por la ventanilla de la camioneta.

—Yo tampoco —admitió Lorena—. A mí no me parece tan tenebrosa como para identificarla con esa canción.

—No, es que mi tía Sara no es tenebrosa —explicó Noel—. Pero a Melina le da miedo terminar pareciéndose a ella.

—¡Eres un cabrón! —chilló Melina lanzándole un manotazo, y todas nos echamos a reír por lo bajo.

—¿Vas a responder o no? —Preguntó Belén—. Esa canción me da repelús.

—Sí, Melina, cuéntanos... —se burló Noel—. ¿Vas a responder la llamada o no?

Entonces el teléfono dejó de sonar por unos segundos antes de empezar a repicar por segunda vez.

—¿Tú le contaste algo a mi mamá? —Melina empezó a interrogar a su primo.

—Apenas tuve tiempo de encontrar dos zapatos que fueran del mismo par antes de salir a buscarte —le respondió él—. ¿Crees que llamé a mi tía para decirle algo?

Posiblemente sí lo hizo, después de todo él era la maldad. Melina siempre nos ha contado historias de cómo Noel solía pegar chicle en su cabello cuando eran niños, y su hábito de molestarla no desapareció con la edad. Solo cambió de forma.

La siniestra música seguía sonando mientras ese par discutía, y de no haber estado en medio del asiento seguramente habría saltado de la camioneta en movimiento del puro nervio que me daba la canción. Pero entonces Melina atendió la llamada, y la hora del terror llegó a su fin.

O tal vez no, considerando las explicaciones de Melina sobre las estadísticas de uso de las motocicletas. No quiero ni preguntar de dónde salió esa conversación.

—Genial —murmuró mi amiga entre dientes cuando terminó de hablar con su mamá—. Juro que cada día que pasa está más loca.

Yo me encogí de hombros y sonreí, porque ¿qué mamá no está un poco loca? A la mía, por ejemplo, le da por coleccionar invitaciones a matrimonios y *Baby Showers* con la esperanza de que un día le toque a ella organizar algo de eso para mí.

¿Ven? ¡Loca!

Como si yo deseara pasar por algo de eso después de...

«*No pienses en eso ahora*».

¿Qué bien me hacía recordar que fui joven y estúpida, y que creí haber encontrado el amor verdadero a los diecisiete solo para descubrir luego que eso en realidad no existe? Ninguno, ese es el bien que hace.

—A veces me pregunto si la locura es hereditaria —dijo Noel burlándose de Melina—, porque tú ya apuntas maneras.

—Chicas... —en lugar de responderle a él, Melina se giró para mirarnos a nosotras—. ¿Si lo mato me ayudan a esconder el cadáver?

No teníamos que responder en voz alta, ella sabía de sobra la respuesta. Aunque nuestras sonrisas de complicidad le dejaron claro a su primo que ninguna de nosotras iba a defenderlo.

—Está bien, no volveré a hablar de tu locura —dijo rindiéndose—. Tampoco preguntaré si es algo contagioso, porque a estas parece que ya les afectó estarse juntando contigo —añadió—. O tal vez su locura se alimente mutuamente... —sofocó la risa mientras seguía conduciendo.

La primera parada fue en mi casa. Después de despedirme al menos dos veces de cada una de mis amigas, y de prometer encontrarme con ellas al día siguiente para ayudar a Melina con su mudanza, me bajé de la camioneta de

Noel y entré a la casa donde vivía con mi hermano.

No vivíamos exactamente juntos. Era una casa de dos plantas, y cada piso tenía entrada independiente. La planta baja, que era la construcción original, era de mi abuela; y ella hizo construir un apartamento en el piso superior. Su idea era rentarlo y ganar algo de dinero para gastarlo a su gusto, sin tener que dar explicaciones a mi padre o a mis tíos de lo que hacía con él.

El primer inquilino de mi abuela fue mi hermano Ignacio. Después de la universidad encontró un trabajo en la ciudad y necesitaba un lugar para vivir. Conociendo la necesidad que tenía nuestra abuela de tener cierta independencia en sus finanzas, él se comprometió a pagar alquiler apenas empezara a recibir su sueldo.

Ahora soy yo, como responsable de la casa, quien recibe ese pago y se encarga de enviarlo a su dueña puntualmente mientras ella recorre el mundo en uno de esos cruceros para abuelitas.

—Hogar, dulce hogar —saludé dentro de la casa vacía, dándome cuenta de que todas las luces estaban encendidas. Igual que el televisor.

Escuché ruidos en la cocina y me dispuse a investigar. Dejé mi cartera sobre la mesita del café, me quité los tacones para no hacer ruido al caminar, pero llevé uno en la mano en caso de que necesitara defenderme. Empecé a caminar hacia la fuente del ruido hasta toparme con mi hermano.

—¡Hermanita! ¡Estás viva! —respondió sorprendido de verme.

El muy atrevido venía saliendo de mi cocina con un plato de lo que seguramente sería mi comida y una bebida que también había comprado yo.

—¿Sorprendido? —Pregunté con sarcasmo.

—Aliviado —dijo sonriendo.

Podrías pensar que un hombre de treinta y cuatro años, con un buen sueldo y cierto grado de madurez se procuraría su propia comida. Pero en el caso de Ignacio Leal, la madurez no había llegado del todo. Y la comodidad de asaltar mi nevera era demasiada tentación como para resistirla.

Al menos esa era la excusa que él daba.

No lo de la madurez, eso lo he deducido solita.

—¿Aparte de invasor, ratero? —Me quejé dejando caer en el sofá—. Eres de lo peor Ignacio Leal.

—No tuve tiempo de ir a hacer las compras —explicó mientras ponía su botín en la mesita del café, no sin antes lanzar mi cartera al piso—. Además, tu nevera está más cerca que el supermercado.

Entonces mi no-tan-querido hermano se puso cómodo en mi sofá para seguir viendo lo que fuera que estuvieran pasando en la televisión, que resultó ser *The Avengers*¹⁹.

—Por cierto, ¿dónde estabas? —Preguntó mirando su reloj de pulsera.

Presa, estuve a punto de decir, pero no lo dije.

—¿Demasiado ocupada repartiendo serenatas con tus amigas? —Se burló. Porque de todas las personas del planeta, le pedimos ayuda precisamente a mi hermano.

Ahora él se estaba muriendo de curiosidad, pero es terco igual que yo y no preguntará. Esperará que se lo cuente, pero yo no tengo muchas ganas de entrar en detalles. Porque esa charla me llevará inevitablemente a compartir el pequeño detalle de que estuvimos detenidas por algunas horas. Y si hay

algo con lo que puedo contar, es que Ignacio no se guardará eso para sí mismo, sino que llamará a mis padres para contarlo.

—Algo así —me limité a decir, pero Nacho ya estaba totalmente concentrado en la película, y mi voz no era más que un ruido más de la naturaleza, de esos que él se esfuerza muy bien en ignorar.

Fantástico, pensé. Me acababa de convertir en ruido ambiental dentro de mi propia casa. Y si armaba un berrinche no importaba, porque de todas formas Ignacio no me iba a prestar atención.

«¿Quién fue el que dijo que “no hay lugar como el hogar”?»

Capítulo 12

Bienvenido, comandante.

Mateo

El viaje hasta el lugar de encuentro con el comandante Torres y el equipo que estaba manejando la situación de rehenes fue muy silencioso. Los oficiales que formaban parte de mi equipo intercambiaban miradas y risitas cómplices cada pocos segundos, se sentía la tensión en el ambiente. Era jodidamente incómodo.

Yo no estoy acostumbrado a estar en este tipo de situaciones. A ser el centro de atención. A decir verdad, lo odiaba. Sin embargo entendía que esto era parte del trato. Que el puesto de comandante venía con habladurías, con gente que no estaría de acuerdo, o qué pensarían que yo estaba muy verde²⁰ para asumir el cargo. Yo mismo no me sentía demasiado cómodo con la idea de ser comandante. Es mucha responsabilidad. Mucha presión. Pero no es como si me hayan dejado demasiadas alternativas, ¿no?

«Gracias por el regalo, jefe».

Estábamos cerca de la ubicación cuando recibimos una llamada de

Torres por radio avisando el cambio de nuestro punto de contacto. Me pareció algo extraño, sin embargo no lo comenté sino que acepté las indicaciones y prometí llegar a la brevedad con mi equipo. El comandante nos dictó las coordenadas correspondientes y el oficial Bazaga, quien conducía la camioneta, le aseguró que ya estábamos en camino.

Ese fue el momento que escogió uno de los miembros de mi equipo, Morillo, para hacerle señas a través del retrovisor. Bazaga asintió y dio un volantazo, haciendo que la camioneta girara bruscamente. Se escucharon varios bocinazos, pero el oficial hizo caso omiso. Y tras avanzar unos metros, hacia una calle menos concurrida, detuvo la camioneta y se bajó del vehículo.

Quedé desorientado con el giro tan violento de la camioneta, así que no tenía ni la más remota idea de dónde nos encontrábamos. Mis oficiales salieron del vehículo portando armas que no eran las reglamentarias, algo que recién notaba, y no pude evitar ponerme nervioso.

«Lo que sea que estuvieran planeando hacer no era bueno, de eso estaba seguro».

—¿Qué creen que están haciendo? —Pregunté, tratando de mantener una voz firme. Mis compañeros eran como los perros, podían oler el miedo—. Hay que volver llegar al punto de encuentro.

Ellos sabían que las llamadas de emergencia eran un asunto serio. Un error de parte nuestra y se perderían vidas. Es para lo que vivimos. Para ayudar. Para servir y proteger. Fuimos entrenados para este oficio, pero nos mueve nuestra vocación.

—No hay ninguna prisa —dijo el oficial Giannivelli, uno de los más jóvenes del grupo. Y los demás murmuraron en acuerdo

—Es una situación de rehenes, señores —les dije—. Claro que hay prisa. Le dicen llamada de emergencia por una razón.

—Pues terminemos con esto de una vez, así nuestro nuevo jefe puede ir a atender su llamada de emergencia —se burló Morillo mientras le quitaba el seguro a su arma.

Un segundo después el arma estaba apuntando hacia mí, y no solo la de Morillo sino también las de Bazaga, Giannivelli, Guaymas y Marín. Todo mi equipo tenía sus armas preparadas para atacarme.

«¿En qué coño estaban pensando estos cabrones?»

—¿Se puede saber qué coño están haciendo? —les pregunté, llevando instintivamente las manos hacia el cinto donde tenía mi arma de reglamento.

Decir que estaba sorprendido al no encontrarla allí sería un eufemismo.

—¿Buscaba esto, jefe? —Me preguntó Marín con una sonrisita socarrona en la cara—. No se preocupe, yo se la guardo. Igual no la va a necesitar.

Morillo, quien parecía estar dirigiendo lo que fuera que estuvieran haciendo, soltó una carcajada pero su control sobre el arma nunca disminuyó. Y en todo caso, si saltaba sobre él para quitársela, todavía quedaba el resto del equipo.

—Solo queríamos tener unas palabras a solas con nuestro nuevo jefe —dijo Morillo con fingida inocencia—. No hay necesidad de alterarse, Bianchi.

—Para tener palabras con el nuevo jefe no necesitan apuntarle con sus armas —le respondí.

—Esa fue idea mía —dijo Bazaga encogiéndose de hombros—. Estaba

aburrido y supuse que eso le daría más emoción al momento.

—¿Están emocionados ahora? —le pregunté—. Porque me aseguraré de que estén llenando informes mientras yo sea comandante si siguen con esta ridiculez.

Lentamente mis compañeros empezaron a moverse alrededor de mí, bloqueando cualquier vía de escape. No es que estuviera considerando correr, de todas formas.

—¿Listos? —Preguntó Morillo ignorando mi amenaza—. A la voz de tres. Uno...

Empezó a contar en voz alta mientras a lo lejos la sirena de una patrulla alertaba sobre la cercanía de más oficiales.

—Dos...

El sonido de la sirena se acercaba, pero no lo suficientemente rápido como para evitar que estos cabrones me dispararan.

—¡Uno! —gritó Morillo.

De inmediato se escucharon los percutores de las pistolas. Yo cerré los ojos con fuerza, preguntándome qué demonios había dicho o hecho para que me emboscaran de este modo. Esperando sentir los impactos de las balas, o algo. Y ciertamente sentí los proyectiles estrellándose contra mi cuerpo, pero no eran balas. Ya había recibido una que otra de esas y podía distinguir la sensación.

Abrí los ojos y examiné mi cuerpo rápidamente.

No había sangre por ninguna parte.

Lo que había eran bolas de plástico regadas en el suelo. La risa de mis oficiales llenaba mis oídos mientras mi cerebro terminaba de hacerse a la idea de que se habían burlado de mí. Los malditos idiotas no tenían armas reales, sino pistolas de *Airsoft*²¹.

Las carcajadas aumentaban de intensidad, así como el sonido de la sirena a la que ahora sentía a pocos metros de mí.

—¿Listos, muchachos? —Preguntó la voz del comandante Torres.

Volteé hacia la voz con el ceño fruncido mientras Morillo le daba el parte a mi jefe. Torres estaba vestido de civil, y venía acompañado de algunos oficiales que habían trabajado en nuestra comisaría y que fueron reubicados luego.

—Sobrevivió, jefe —decía Morillo—. Al menos su cuerpo lo hizo, de su cerebro no estamos tan seguros.

Otra ronda de carcajadas se hizo sentir.

—¿Qué rayos es todo esto? —Pregunté sin disimular mi enojo—. Se supone que usted nos espera para un operativo —acusé a Torres—, y estos imbéciles jugando *Airsoft* en medio de un llamado de emergencia... ¿se volvieron todos locos?

—El viejo truco de la llamada —se carcajeó uno de los oficiales que venían con Torres—. Siempre funciona. La vejiga de nuestro comandante aquí presente —le dio un par de palmadas a Torres en la espalda—, no resistió su bautizo. Por lo menos tú no te hiciste en los pantalones —se encogió de hombros—, así que no hay razón para perder más tiempo. Los demás nos esperan en el bar.

—¿La llamada era falsa? —me quejé.

—Tanto como las pistolas —dijo Bazaga encogiéndose de hombros—. Es parte del ritual —sonrió.

—¿Ritual? —Pregunté con incredulidad.

—Sí —sonrió Morillo—. De tu ritual de bautizo —dijo muy satisfecho con lo que habían hecho.

—A Torres nunca le hicieron esto —me defendí.

—Sí lo hicieron —respondió él—. Antes de que tú llegaras a la comisaría —sonrió—. Es una especie de tradición de los cavernícolas que trabajan en la treinta y dos.

—Ahora, oficialmente, te recibimos como nuestro jefe —dijo Morillo.

—Sí, y ahora es oficial —hizo eco Giannivelli con entusiasmo.

—Bienvenido, comandante —dijo Marín sonriendo, y los demás se le unieron repitiendo el mensaje, con silbidos y aplausos.

—Saben que van a recibir su merecido por esto —los amenacé.

—Lo sabemos —asintió Bazaga—. Por eso te llevaremos al bar primero, y luego estarás demasiado borracho como para firmar nuestros arrestos —se carcajeó—. Eso también es parte de la tradición.

—Ustedes están locos —dije sin poder evitar sonreír.

—Y son todos tuyos, comandante —me recordó Torres.

«Genial, mi propio jardín de niños. Y con armas... de Airsoft».

Capítulo 13

Una cita con... mi novio con baterías.

Flor

Habían pasado algunos minutos en los que mi hermano seguía metido de cabeza en su película mientras que mi cerebro seguía reproduciendo ese momento con Mateo en su oficina. Cerraba los ojos y casi podía sentir su respiración contra mi cuello y la forma en que su anaconda golpeaba contra mi pelvis haciéndome ver estrellitas.

Lo sé. Mal momento, teniendo en cuenta mi compañía actual.

Lo que me llevaba a empezar la siguiente conversación.

—¿Por qué estás aquí y no en tu cueva? —le pregunté a mi hermano mientras intentaba robarme una papa frita de su plato.

—Porque tu servicio de televisión por cable es mejor que el mío —me respondió dándome un manotazo para que no tocara su comida—, y porque se me olvidó pagar, así que de todas formas no tengo señal.

—Sabes que puedes programar todas esas cosas para que te lo carguen a la tarjeta de crédito, ¿no? —le pregunté arqueando una ceja.

—Sí, pero si hago eso no pasaría tanto tiempo de calidad con mi queridísima hermana pequeña —dijo volteando brevemente para que viera que estaba sonriendo como tonto—. Ahora déjame ver la película que viene la parte buena.

—Nacho, has visto esa película un millón de veces —me quejé—. Y lo sé, porque es la misma cantidad de veces que yo la he visto.

—¿Tu punto es...? —Me preguntó, impaciente por seguir viendo una secuencia de acción entre Hulk y Thor.

—Que me gusta encontrar mi casa sola cuando llego de la calle —empecé a explicarle—. Tú disfrutas tu privacidad, y yo de la mía, y eso es perfecto. Pero cuando llego y estás aquí, pues eso mata el chiste de vivir sola ¿sabes? —me quejé—. Mi punto es que tal vez yo espere a alguien —mentí—, y tu presencia aquí sea un poco... —pretendí estar pensando el término correcto—. Inconveniente.

—Ese no es tu estilo —respondió sin mirarme—. Nunca traes invitados a la casa. Salvo las inadaptadas de tus amigas.

—Ellas son como de la familia así que no cuentan como invitadas —le recordé.

—Sí, de esa parte de la familia que uno evita a toda costa y nunca invita a ningún evento social —se quejó mi hermano negando con la cabeza—. Además, cuando llamaste parecías estarte divirtiendo mucho. Si ibas a seguir festejando ¿por qué venir a casa?

—Ya me gasté mi pago del mes pasado y todavía falta mucho para el

próximo cheque —le respondí como excusa, aunque no le debía ninguna explicación—. Así que no tengo dinero para seguir la fiesta en otro lado. La casa tendrá que ser —hice un silencio antes de añadir—. Además, soy una mujer adulta y traigo a mi casa a quien a mí se me dé la regalada gana.

Un sonido de pura indignación se escapó de los labios de mi hermano, que se giró de inmediato hacia mí y se me quedó mirando con los ojos muy abiertos. Olvidados quedaron los vengadores de Marvel y su lucha por recuperar el Tesseracto²².

—Nunca me habías hablado así —me dijo.

—Nunca había necesitado hacerlo —me encogí de hombros—. Y es en serio, necesito que te vayas, Nacho. Ya mi cita debe estar por llegar.

Sus ojos azules, exactamente iguales a los míos, parecían estar buscando alguna grieta en mi historia. Algo que le dijera que estaba mintiendo, para así poder quedarse aplastado en el sofá mirando la película. Pero al parecer no encontró nada, a Dios gracias, porque dejó el plato con la comida en la mesita del café y se puso de pie.

—¿Sabes qué? Tienes razón —me dijo mientras se limpiaba las manos con el pantalón—. He visto esta película muchas veces —se encogió de hombros restándole importancia—. Además...

Pero lo que fuera a decir quedó interrumpido por la alerta de mensajes de mi celular.

—Espera un momento —le dije mientras buscaba el aparato en mi cartera.

Era un mensaje de Ruth.

Ni se te ocurra dormirte sin confirmarme esto.

¿El poli gruñón es el bello durmiente con el que amaneciste hoy?

Intenté responder el texto, pero mi móvil me mostraba un mensaje de error. Por suerte mi hermano no había escapado todavía.

—¿Me prestas tu móvil un segundo? —Le pregunté.

—¿No tenías prisa para que me largara de aquí? —Se quejó—. Toma —dijo tendiéndome el aparato—. Pero date prisa, no quiero toparme por accidente con quien sea que tengas tu cita —rodó los ojos y remarcó las últimas dos palabras con acidez.

Respondí el mensaje rápidamente mientras Nacho volvía a sentarse y tomaba otra papa frita, diciéndole a mi amiga que era yo quien escribía y confirmando que en efecto, se trataba de la misma persona. Pero que no se le ocurriera decir nada a las otras taradas. Al menos no hasta que estuviera yo presente para explicarlo todo. Luego vacié la conversación y le devolví el aparato a mi hermano.

—Gracias, eso era todo —sonreí y le hice señas hacia la puerta—. Ahora te puedes largar antes de que lleguen mis acompañantes.

—Ah, ¿pero es tu banda de locas quienes vienen para acá? —Me preguntó con demasiado interés, poniéndose cómodo nuevamente en el sofá.

Su actitud me hizo fruncir el ceño porque, primero, a él no le agradan mis amigas. Y segundo, bueno, eso... que a él no le agradaban mis amigas ni siquiera un poco.

Yo ya perdí la cuenta de las veces en que se ha referido a ellas como

locas, tontas, superficiales, escandalosas. En fin, que no son sus personas favoritas, así que el cambio de actitud es, cuando menos, inquietante.

—Igual ellas no tienen problemas con que me quede —ofreció encogiéndose de hombros.

«¿Y a este qué mosquito le picó?»

—No, los que vienen son unos maromos que están para morir de lo buenos que están —seguí con mi mentira mientras lo empujaba para que se pusiera de pie—. Los conocí en el bar donde estaba con las muchachas hoy, y pues... no deben tardar en llegar —sonreí.

—Y supongo que eso fue idea de alguna de tus amiguitas —resopló cuando finalmente levantó su trasero de mi sofá—. Pandilla de inadaptadas...

—¡Claro! —Me burlé—. Belén dice que tengo demasiado tiempo sin tener sexo y que una buena fiesta pondrá fin a todos mis males.

—¿Sabes qué? No me digas más, no quiero saber —se quejó poniendo las palmas de sus manos al frente, como si pudiera detenerme con eso—. Me largo de aquí.

«¡Sí!»

Mi hermano salió de la casa dando un portazo y murmurando maldiciones entre dientes. Segundos después azotó la puerta de la planta superior.

Ya estaba hecho. Estaba sola.

—Perfecto... —dije a mi sala vacía.

Y realmente lo era, porque pensar en Mateo, y en la forma en que mi

cuerpo reaccionaba al suyo, mientras mi hermano estaba a pocos metros de mí no era precisamente la mejor idea.

Así como tampoco era una buena idea recordar el sonido de su voz, de sus gemidos mezclados con los míos mientras su anaconda tocaba partes de mi anatomía que solo habían visto acción en los últimos meses gracias a mi novio con pilas, el estar haciendo algo prohibido, la posibilidad de ser descubiertos.

«Y ni siquiera quitamos la ropa, porque si llegamos a eso ¡Ay madre!».

Encendí el equipo de sonido en la sala y corrí a mi habitación, esperando que la distracción funcionara con Ignacio y no se atreviera a venir más tarde a tocarme la puerta. O peor, que venga a abrir con una llave que se supone es para emergencias.

Mientras caminaba pensaba que, tal vez, ese breve encuentro en su oficina podía ser nuestra última vez. La primera y la última vez, y ni siquiera me había comido el pastel completo, solo había recibido una probada. Ya fuera porque algo pasara en su fulano operativo, o porque él decidiera que sus escarceos con criminales no eran dignos de repetición, lo más probable era que no volviera a ver a Mateo.

Y que yo estuviera pensando en el tema y sintiera pesar al respecto era algo digno de estudio, porque usualmente la que evita las repeticiones soy yo.

Ese último pensamiento lo aparté por un momento, ya volvería a torturarme con él más tarde. Por lo pronto tenía cosas más urgentes que atender.

Apenas crucé la puerta de mi habitación me deshice del vestido que llevaba puesto. Entonces entré al baño, puse a llenar la tina añadiendo

algunas de mis sales de baño favoritas y mientras el agua alcanzaba el nivel adecuado me deshice del sujetador y de las bragas, saqué mi vibrador de la mesita de noche y verifiqué que estuviera funcionando.

Dejé a mi cita posicionada estratégicamente, entonces fui por algo de vino a la cocina. Porque no importa si me falta la crema depilatoria o el champú, el vino es algo que nunca falta en mi hogar. Caminé desnuda, algo que no era inusual cuando estaba sola en casa, sin preocuparme porque alguien pudiera criticar el tamaño de mi pecho o de mi trasero, sintiéndome *sexy* mientras recapitulaba cada segundo de mi encuentro con Mateo en mi cerebro, reproduciendo cada momento en cámara lenta. La manera en que me miraba, en que me tocaba.

Cuando regresé al baño la tina ya estaba llena, el agua estaba caliente y las burbujas cubrían la superficie, todo el lugar olía a lavanda y eso me hizo sonreír.

Hice una nota mental para probar mi habilidad como acosadora y conseguir la marca de perfume de cierto oficial de policía para futuras veladas nocturnas, por lo pronto esto iba a tener que servir.

Me sumergí y cerré los ojos, concentrándome en mis recuerdos. Sonriendo a la habitación vacía mientras pensaba en sus manos recorriendo mi cuerpo y sus labios devorándome por completo.

«Te juro que yo solo te traje aquí para hablar».

Llevé mis manos hasta mis pechos, masajeándolos mientras recordaba sus gruñidos y la forma en que mi piel se erizaba cuando recorría mi cuello con su lengua. Estimulé mis pezones usando mis pulgares y mordí mi labio inferior para contener un gemido.

«Esto está mal».

Y tal vez Mateo tuviera razón, pero se sentía muy bien. Al menos eso pensé mientras alcanzaba mi vibrador y lo encendía. Recorriendo tentativamente mi entrada, imaginando que eran sus manos las que me acariciaban y que mis piernas se abrían para recibirlo a él y no a un aparato

«Me podrían arrestar por esto».

Mi cerebro empezó a recrear la urgencia de sus besos, lo demandante de sus caricias, mis manos recorriendo su cuerpo, apretando, explorando, descubriendo. Entonces mi imaginación tomó el control, llevando mis recuerdos al punto en el que se mezclaban con mis fantasías. Una fantasía en la que el encantador de serpientes me ponía las esposas y desgarraba mi ropa interior para luego penetrarme de un solo golpe, dejándonos a los dos sin aliento, demasiado aturdidos por las sensaciones y necesitando un momento para sobreponernos.

«No te atrevas a parar».

Escuché mi propia voz repitiendo las palabras mientras mis caderas empezaban a moverse a un ritmo frenético, salvaje, deseando llenarme de él y de estas sensaciones que asustaban pero que me hacían desear más. Aumentando la intensidad de las vibraciones, aceleré también el ritmo de mis caderas y dejé caer mi cabeza hacia atrás, mis ojos cerrados y mi mente perdida en mi mundo de fantasía. Un mundo en el que Mateo arañaba mi piel con sus dientes mientras apretaba mis caderas para controlar mis movimientos, y luego levantaba una de mis piernas hasta reposarla sobre su hombro para profundizar su invasión. Un mundo en el que él gruñía mi nombre y le exigía a mi cuerpo que se rindiera, en el que me pedía que me corriera para él, y en el que yo no tenía voluntad para resistirme porque

terminaba obedeciendo cada uno de sus deseos.

El orgasmo me golpeó con fuerza, como una descarga eléctrica, dejándome sin aliento. Abrí los ojos y respiré lentamente tratando de controlar el ritmo frenético en que latía mi corazón, como si temiera que alguien pudiera escucharlo. Descarté mi vibrador poniéndolo a un lado, y con dificultad me puse de pie. Me envolví en una toalla y salí del baño. No me molesté en ponerme ropa interior o un pijama, porque era algo que raras veces hacía. Sequé mi cuerpo y me dejé caer en la cama, me cubrí con mis sábanas y volví a cerrar mis ojos.

Por primera vez en mucho tiempo deseé compartir mi cama con alguien. Pero no con cualquiera, sino con Mateo. Y que me sostuviera en la oscuridad hasta que el sueño llegara, con su pecho pegado a mi espalda, su respiración haciéndome cosquillas en el cuello y con mi trasero acunando una erección que prometiera una buena noche, pero también unos buenos días cuando despertara pegado a mi cuerpo, con esta mañana.

«Estás loca, Florencia Leal».

Quizás ese golpe en la cabeza realmente me había hecho daño, medité por un momento.

«Voy a tener que hacerme revisar con un doctor».

Ese fue mi último pensamiento coherente antes de que Morfeo me reclamara para llevarme de vuelta a mi mundo de fantasía, solo que en esta ocasión no eran los sonidos del sexo los que llenaban mi cabeza, sino el sonido de disparos, la sirenas de una patrulla y un grito anunciando que había un oficial herido.

Capítulo 14

¿Arresto domiciliario?

Mateo

Cuando desperté mi cuerpo se sentía como si le hubiese pasado una aplanadora por encima. Me sentía desorientado, me dolía el cuello y la cabeza, y en algún lugar alguien cercano alguien había decidido que era un buen momento para usar un martillo y un taladro. Sin abrir los ojos me llevé las manos a la cara y gruñí una queja, pero no sirvió de nada porque el ruido no se detuvo.

—Parece que sigue vivo, muchachos —escuché decir a mi hermano.

—Yo me preocupé cuando dejé de escuchar los ronquidos, pero si tú dices que está vivo entonces me puedo ir a mi casa —esa era la voz de Morillo.

—Sí, mejor nos vamos ya —dijo la voz de Marín.

«¿Qué hacen todos estos dementes en mi apartamento?»

Escenas inconexas de la noche anterior atravesaban mi cerebro como ráfagas. Licor, historias y risas para celebrar mi ascenso, estrechar la relación de amistad con mis compañeros de trabajo y limar asperezas en caso de que hubiese alguna, ese había sido el plan del comandante Torres.

Sin embargo no nos dejó marchar del bar hasta que cada agente de las cuatro comisarías que forman parte de nuestro distrito supiera el incidente con las pistolas de *airsoft*, y hasta que los miembros de mi unidad no estuvieran tan borrachos que ninguno pudiera caminar derecho

Abrí los ojos lentamente, evaluando la habitación en la que me encontraba y dándome cuenta de que realmente no estaba en mi apartamento, sino en la sala de mi hermano, acostado en su sofá.

«Un sofá que es demasiado pequeño, por cierto. Lo que explicaba mi dolor de cuello».

—Maldita sea —me quejé entre dientes cuando hice el intento de levantarme.

—Buenos días, jefe —dijeron Morillo y Marín entre risas.

Sinceramente yo no sabía qué podían tener de buenos si yo había amanecido sintiéndome tan mal. Y lo que era peor, ¿cómo es que yo estaba muriéndome y estos imbéciles estaban haciendo bromas como si nada?

—No sabía que el jefe tenía tan poca tolerancia al licor —bromeó Bazaga, haciendo que otra ronda de carcajadas se hiciera escuchar.

—Recuerdo una época en la que mi hermano no era tan aburrido —comentó Luca sin ocultar su diversión—. A veces me pregunto si no se golpearía la cabeza en algún operativo y se le olvidó como ser normal.

—Aquí el único subnormal eres tú —gruñí lográndome sentar finalmente.

—Esa no es forma de hablarle a la persona que te está sirviendo el desayuno, cabrón —me reprendió—. Todavía puedo escupir en tu plato —sugirió—. O en tu café.

—¿Qué hora es? —pregunté mientras palpaba los bolsillos de mi pantalón, solo para descubrir que mi móvil no estaba allí.

—Temprano —respondió Bazaga—. Tampoco es como si tuvieras que ir hoy a la comisaría —añadió luego—. Es tu día libre. En cambio nosotros, sí tenemos que ir a luchar contra el crimen mientras tú pasas la resaca echado en el sofá.

—Hoy no es mi día libre —lo corregí.

—Sí es —me contradijo Morillo—. Hace una semana me cubriste para que pudiera viajar y visitar a mis hijos por su cumpleaños, ahora es mi turno de cubrirte para que duermas la mona.

—No te preocupes, jefecito —dijo Marín—. Si necesitamos tus habilidades de súper policía en la comisaría, te llamamos.

—Ahora levanta ese trasero perezoso del sofá para que pueda llevarte a tu casa, y nosotros vayamos a trabajar —añadió mi hermano.

—¿Y el desayuno que me ofreciste? —le pregunté arqueando una ceja.

—Cambié de opinión —respondió Luca encogiéndose de hombros—. Además, no te lo mereces.

—Dale el café al menos, para que se espabile —intercedió Bazaga.

—Cabrones... —resoplé—. Si no fuera por ustedes yo estaría perfectamente.

—Perfectamente aburrido es que estarías —me respondió mi hermano—. Aquí tienes tu café.

Caminé hacia la barra de desayuno del modesto apartamento de mi hermano. El concepto abierto permitía apreciar todo el interior, donde se reflejaba que la fiesta no había acabado en el bar sino que se había instalado aquí. Vasos y botellas regados por todas partes, colchones inflables y sábanas en el piso, ropa descartada en lugares imposibles... vamos, que era un desastre, pero a Luca le encantaba el caos por lo que supongo que eso no sería un problema para él.

Tomé la taza que me tendió, el líquido oscuro y amargo estaba más bien frío pero me lo tomé sin quejarme. Por allí dicen que la vida es muy corta como para tomar un mal café, pero créanme, esto es mejor que no tener café en lo absoluto.

Mientras terminaba de tomarme el café, Luca depositó sobre la barra mis llaves, mi celular, mi placa, las esposas y mi arma de reglamento.

—Si ya estás listo, vamos andando —dijo Luca—. ¿Prefieres que te lleve a la comisaría para que recojas tu camioneta, o te llevo a tu casa?

—A la comisaría —respondí sin dudar—. Así no tienen que desviarse de su ruta.

«Además, tengo algunas vueltas que hacer y necesitaré mis ruedas».

Luca asintió y le hizo señas a su séquito para que fuese andando. Yo dejé la taza sobre la barra y me puse en movimiento. Salimos del apartamento intercambiando bromas sobre la noche anterior. O más bien, los muchachos

intercambiaban las bromas y yo pretendía estar pendiente de la conversación, cuando en realidad lo que hacía era revisar mi móvil. Al que por cierto ya casi no le quedaba carga en la batería.

Me encontré entonces pensando en mi borracha fugitiva, en si debía o no llamarla, en si pensaría que era patético que fuera tras ella como un perro sin dueña. Yo mismo pensaba que mi actitud era patética, así que no la culparía por eso. Sin embargo el saber que podría tacharme de acosador, o algo por el estilo, no hacía que lo deseara menos. Llamarla, quiero decir.

«No es que no la desee a ella, porque la respuesta es sí. Y mucho».

Cada vez que pensaba en los minutos que pasamos juntos en mi oficina se me aceleraba el pulso, y había pensado mucho en ese encuentro. Incluso mientras iba en la camioneta con mis compañeros para atender la supuesta llamada de emergencia. Iba tan concentrado en reproducir esos momentos con Flor que ni siquiera me di cuenta cuando me desarmaron.

Ese tipo de distracción era peligrosa en mi línea de trabajo, pero no había manera de que pudiera sacármela de la cabeza. Ni siquiera con alcohol, y créanme cuando digo que tenía mucho circulando en mi sistema anoche.

«Al menos no le envié mensajes ni la llamé mientras estaba borracho».

—Bueno hermanito... —dijo Luca de repente, lo que me trajo de vuelta al presente. Ya nos habíamos estacionado frente a la comisaría y los muchachos habían salido, dejándonos solos—. Yo no quería decir esto, pero esa actitud de enamorado pensativo no te sienta bien.

—No sabes de lo que estás hablando —le respondí de mala gana.

—Es posible que tengas razón en eso —asintió—. Pero yo en tu lugar dejaría de estar montándome películas de bajo presupuesto en la cabeza, e iría

por mi chica y la sometería a un arresto domiciliario.

Me le quedé mirando a mi hermano con el ceño fruncido, sorprendido por lo que acababa de decir. No por las palabras, en sí. Sino porque no se me había ocurrido a mí esa idea.

—¿Arresto domiciliario? —repetí como un idiota.

—Sí... —asintió con una sonrisa socarrona en la cara—. Ahora lárgate antes de que te vean y nuestra historia sobre tu supuesta intoxicación por alimentos sea descubierta, y tú te quedes sin tu día libre.

—Te debo una... —murmuré en voz baja—. Les debo... —corregí luego, porque los muchachos también eran parte responsable de mi sábado libre.

—Y te la vamos a cobrar —Luca se encogió de hombros—. Tal vez no sea hoy, o mañana, pero cuando necesitemos de ti no tendrás excusas para negarte a cubrirnos.

—Como siempre —suspiré con cansancio.

—Exacto —se carcajeó mi hermano—. Ahora pon esas esposas en uso, y no me refiero a atrapar criminales precisamente —se burló mientras me echaba.

Mi respuesta fue sacarle el dedo medio mientras caminaba hacia mi camioneta. Sí, muy maduro, lo sé. Pero mi cerebro tenía prioridades, y ya estaba diseñando mi propio operativo para atrapar a una borracha fugitiva.

—¿Arresto domiciliario? —Me repetí en voz baja cuando estuve dentro de mi camioneta. Una sonrisa empezaba a formarse en mi cara pensando en las posibilidades—. No me parece tan mala idea.

Solo esperaba que Flor pensara lo mismo.

Capítulo 15

Cupido es un cabrón caprichoso.

Flor

Una de las ventajas de no trabajar los sábados es que no tienes que programar la alarma, y por tanto no tienes que madrugar. Al parecer ese memo no le llegó a mi cerebro, porque antes de que el sol hiciera su aparición en el horizonte ya yo estaba alerta y con la primera taza de café en la mano.

Tomé mi móvil, presioné el ícono de *Instagram* en la pantalla y empecé a recorrer mis entre mis criterios de búsqueda habituales: *#HunksOfHockey* *#HotGuysWithCoffee* *#HotMenWithBeard* *#HotDudesWithPuppies...*, para empezar el día con una sonrisa, porque nada dice “buenos días” como tomarse un café mientras aprecias una interesante pieza de arte. Solo que mientras echaba un vistazo a los resultados pensaba en otro cuerpo atractivo.

«Un cuerpo enfundado en uniforme de policía».

Y allí, pensando, me di cuenta además de que mi curiosidad, mi

fascinación por ese hombre, no se debía solo a la anaconda que le colgaba entre las piernas.

«Aunque si se me presenta la oportunidad de tratar en persona con esa serpiente, no voy a decir que no».

Hay algo en Mateo que es intrigante y seductor. Quizás sea el brillo travieso de sus ojos cuando decide sonreír, o su porte dominante... no sé. Él tiene un aura de peligro y misterio rodeándolo, y yo estaba muriendo de ganas de descubrir cada uno de sus secretos.

—Empezando con el que guarda bajo el pantalón —dije sonriendo contra el borde de mi taza.

«Si es que lo vuelvo a ver. Cosa que dudo».

Haber espiado su conversación telefónica fue un error. No es que hubiese tenido muchas opciones para matar el tiempo, o que Mateo se esmerara en proteger la confidencialidad de la llamada. Pero eso no era importante. Lo realmente importante era que no tenía su número para confirmar que estuviera vivo.

«Pero tengo su dirección».

—Claro, porque irrumpir en la casa de un oficial de policía es el mejor plan que tengo para pasar un sábado —me reprendí.

Fui yo la que empezó el juego del gato y el ratón, y si hacía un movimiento para terminarlo tendría que asumir las consecuencias.

—Pero es una locura intentar tener algo con él —me dije—. No lo conozco, no me conoce... —suspiré—. Lo más probable es que, cuando pase la novedad, cuando haya visto todos los trucos que tiene bajo la manga —o

bajo el pantalón—, me aburra y siga con mi vida.

«Si es que Mateo no se aburre primero. O se cansa. Dios sabe que ni mis padres me tienen paciencia».

Hice ese pensamiento a un lado y me concentré en cosas más positivas. Redacté mi habitual saludo mañanero para enviarlo a mis amigas por *WhatsApp*, acompañado de varias capturas de pantalla que hice en *Instagram* para alegrarles la vista, y luego fui a mi habitación para darme un baño.

Mi sábado había empezado muy temprano, así que lo mejor era convertirlo en un día productivo. Y pensar en Mateo no constituía algo productivo en mi libro.

«Si estuvieran en la misma habitación no dirías lo mismo».

Probablemente fuera cierto, pero no iba a entretener esa idea por lo que después de asearme, vestirme y arreglarme saqué mi ordenador portátil y consulté el balance de mi cuenta bancaria. Esa en la que estado guardando cada centavo que he podido por los últimos cuatro años con la esperanza de iniciar mi propio negocio. O de invertir en algo rentable.

«Y de que esta vez sí funcione».

No es que tenga mala cabeza para los negocios. Más bien ha sido una cuestión de mala suerte. Es como si a Murphy le picara la cabeza cada vez que decido actuar como una mujer adulta, y que solo se le calmara saboteándome la vida.

Mi historial de fracasos empresariales es casi tan largo como el de mis relaciones sentimentales fallidas. Lo que no ha hecho más que confirmar mi teoría de que Murphy y Cupido son un par de cabrones de cuidado, y que probablemente se reúnan de vez en cuando a echarse unas risas a costa mía y

de mis amigas.

Pero esta vez me he tomado muy en serio mi experiencia trabajando con Ruth, que es contadora, y he ahorrado TODO lo que he podido. Pude haber comprado un auto hace un par de años, sin embargo eso retrasaría mi plan de negocios por lo que decidí hacerme cliente de los diferentes servicios de taxi de la ciudad, así como del transporte público. Además, conseguir puestos de estacionamiento en esta ciudad es una misión imposible.

«Doble ganancia, le llaman».

Esa no ha sido mi única medida de ahorro. Mi pasado está lleno de vestidos y zapatos de diseñador, citas semanales en el salón de belleza, costosas marcas de maquillaje... tú nómbrale, yo lo tenía.

¿Ahora?

Pues ahora soy una cazadora de ofertas profesional. Uso prendas lindas pero baratas, además de preferir el maquillaje que venden en el súper o en la farmacia en lugar de las marcas mundialmente famosas. ¿Citas en el salón? ¿Quién las necesita cuando sabe manipular perfectamente el secador y la plancha? Y mi *manicure* casero se ha vuelto popular entre mis amigas.

Se puedo decir que me he convertido en una experta a la hora de ahorrar, y no porque sea tacaña sino porque tengo planes. Unos planes que requieren dinero. Y mucho. Estamos hablando de planes que podrían cambiarme la vida. Quizás no a corto plazo, pero eventualmente lo harán.

Planes que me darían algo que he anhelado por mucho tiempo. El control de mi propio futuro. La capacidad de salir adelante sin muletas, sin mis padres sintiéndose obligados a sacar sus chequeras cuando meto la pata porque creen que me lo deben, sin mis amigas pensando que deben

protegerme..., y eso es genial, porque si soy capaz de meterme en líos ¿por qué no voy a ser capaz de resolverlos, de salir de ellos?

«*Soy mujer después de todo, no idiota*».

Es mi momento de dejar de ser, de una vez por todas, la damisela en apuros. Es mi momento para convertirme en *Wonder Woman*.²³

Mi móvil empezó a sonar, sacándome de diatriba pseudo-feminista. Cerré mi sesión en la página Web del banco mientras deslizaba mi dedo por la pantalla para responder la llamada.

Era Ruth.

—*Morning, bitch*²⁴ —la saludé—. ¿Ya me extrañabas?

—No pensé que fueras a responder tan temprano —dijo mi amiga aparentemente sorprendida por mi hábito de madrugar los sábados.

«*No eres la única sorprendida, mi reina*».

Durante la semana, levantarme de la cama era una tarea titánica. Pero apenas llegaba el fin de semana, mi reloj interno se desprogramaba y mis preciadas horas de sueño se volvían humo.

—Te llamaba para recordarte que Melina empieza hoy su mudanza, y que va a necesitar nuestra ayuda —explicó Ruth—. Ceci ofreció llevar café y alguna tontería para picar —añadió—. Y cuando terminemos de instalar a nuestra loca en su nuevo hogar, almorzaremos juntas.

—Por favor, que este almuerzo no termine como el de ayer —supliqué, haciéndola reír.

—No garantizo nada —se defendió—. Ya nos conoces.

—Sí, lamentablemente ya las conozco —le respondí sonriendo—. Lástima que no pueda viajar en el tiempo para corregir esa falla.

—Sí, lástima —suspiró mi amiga en el teléfono—. Yo también desearía cambiar cosas. Especialmente las que me llevaron a hacerme amiga de siete desquiciadas.

Apenas dijo eso empezamos a carcajearnos como locas en el teléfono. Eventualmente Ruth se ofreció a buscarme para irnos juntas al apartamento de Melina, y yo le aseguré que estaría lista para salir cuando llegara. Cosa que sucedió media hora después.

—¿Lista para irnos? —Me preguntó apenas se estacionó.

Mi hermano se había asomado a la puerta justo cuando yo abría el carro de Ruth para montarme, y se quedó allí parado, expectante, en caso de que mi amiga decidiera bajar y hacer visita.

Cerré la puerta del carro, bajé el vidrio y saqué la mano para mostrarle el dedo medio a Ignacio a modo de saludo.

—Madura, Florencia —gritó mi hermano mientras mi amiga se carcajeaba.

—¿Nos vamos? —le pregunté a Ruth.

—Claro —asintió encendiendo el motor—. Pero olvídate de poner la radio, porque lo que quiero escuchar es cada maldito detalle de lo tuyo con el poli. Y no me vengas con que no pasó nada.

—¡Pero si te lo conté todo ayer en la oficina! —me quejé—. Y no pasó nada.

—No me refiero a tu alegre despertar junto al oficial —aclaró mientras

ponía el carro en movimiento y se unía al tráfico de la ciudad—. Sino cuando te llevó a su oficina para que hicieras tu llamada.

—No...

—Ni te molestes en inventarte una historia, Florecita —me interrumpió mi amiga con una sonrisa calculadora en los labios, y esa sonrisita hizo que un escalofrío me atravesara.

«Mierda».

—Sé perfectamente cuando dices la verdad y cuando no, así que ahórranos la cháchara y desembucha —dijo—. A menos que prefieras que reúna al Equipo A²⁵ para que todas escuchen lo que tienes que decir.

—Te lo voy a contar, pero con una condición —le respondí—. Esto se queda entre nosotras.

—Pero... —empezó a quejarse.

—Pero nada, Ruth —la interrumpí yo—. Me prometes guardar el secreto o no te cuento nada.

—Tú nunca te guardas ninguna de tus aventuras... —me recordó, y yo arqueé una ceja como respuesta—. A menos que... —Ruth soltó el volante y se volteó para mirarme con los ojos como platos.

Mi primer instinto fue el de lanzarme a por el volante para mantener el carro derecho.

—¡Te gusta de verdad! —Ruth empezó a chillar tan fuerte que sentía como si me estuviesen taladrando los tímpanos—. ¡Florencia Sinforosa, te gusta el policía!

—Sí, sí... —admití—. Me gusta. Me intriga. Me tiene loca —confesé—. Desde que lo conocí no dejo de pensar en él.

—¡Pero si es un ogro! —se quejó—. Ni que fuera tan bueno en la cama, para soportarle el mal humor —dijo mientras volvía a concentrarse en el tráfico, que gracias a Dios no era tanto.

—No es bueno, es mejor —dije para fastidiarla, lo que hizo que empezara a chillar nuevamente—. Y no, Mateo no es un ogro —sentí la necesidad de defenderlo—. Él es... —suspiré sin saber bien cómo explicarlo, porque yo misma no sabía cómo era. No sabía nada de él—. Es complicado Ruth, por eso preferiría que quedara entre nosotras por ahora.

—Está bien —aceptó después de un rato—. No les voy a decir nada todavía —me prometió.

—Bien —asentí.

—Pero haz que valga la pena —me pidió—. Si voy a guardarte el secreto, por lo menos suelta los detalles jugosos.

Y eso fue lo que hice. Contarle los detalles a mi amiga. Cada uno. Desde el principio de la historia. Obviamente me reservé lo relacionado al tamaño de su anaconda y que ya le había puesto un apodo.

Los apodos son algo serio para nosotras, y Ruth no necesitaba saberlo de todas formas. No todavía.

Cuando llegué al final de mi relato ya teníamos rato estacionadas frente al edificio de Melina. Los carros de Ceci y de Lorena ya estaban allí. Belén llegó mientras le recordaba a Ruth su promesa de no contarle a nadie lo que le acababa de decir.

—No es justo que tenga que guardarme un chisme tan bueno —se quejó como una niña pequeña.

—¡Lo prometiste! —insistí.

—¡Lo sé! —chilló—. Ya te di mi palabra, estúpida. No le voy a decir a nadie.

—Bien —suspiré aliviada, justo cuando Belén golpeó el vidrio del carro con una llave.

—*What's up, bitches?*²⁶ —nos saludó—. ¿A quién están planeando matar para librarse de esto?

—A ti —respondí con una sonrisa mientras abría la puerta para bajarme—. Y Ruth ha prometió ayudarme.

—Son unas idiotas —se quejó Bel.

—Pero nos amas —dijo Ruth bajando también del carro.

—A veces me pregunto si es que soy masoquista —respondió Ruth en voz baja—. O de plano es que me falta un tornillo.

—Probablemente sea lo segundo —sugerí encogiéndome de hombros, y mis amigas se empezaron a reír.

—Ya está bueno, taradas —dijo Ruth—. Vamos a ver qué tareas tiene Ceci para nosotras —añadió dando por cerrada la conversación, y juntas caminamos hacia el edificio donde vivía Melina para la que sería nuestra última reunión en ese lugar.

«*Que empiece la diversión*».

Capítulo 16

Anatomía de un acosador. O de esa vez que nos encontramos por casualidad.

Mateo

Cuando salí del estacionamiento de la comisaría tenía un plan. Ir a mi casa, quitarme el olor a destilería de encima, conseguir algo de comer y luego ir a conseguir a la chica. En ese orden, porque las cosas se hacen bien o no se hacen. Sin embargo, a alguien tuve que haberle hecho mal en otra vida porque apenas puse un pie en el apartamento las cosas empezaron a complicarse.

Lo primero que descubrí es que no había agua. Y no porque hubiese olvidado pagar el servicio ni nada por el estilo, cosa que se esperaría de alguien con un horario laboral tan jodido como el mío.

Levanté el teléfono para llamar al conserje del edificio y preguntar cuál era el problema, pero él aparentemente pasaba de todo porque no se dignó en atender la llamada.

—Maldita sea —dije en mitad de la sala a nadie en particular.

Fui hasta mi habitación, saqué un bolso de mi armario y lancé unos pantalones, ropa interior y una camiseta limpia adentro. Estaba decido a continuar con mis planes a pesar de ese primer inconveniente, por lo que iba a usar un movimiento típico de mi hermano Luca. Usaría la llave de su apartamento que tenía para emergencias, me daría un baño y luego retomaría mi lista de tareas. Algo que no le molestará, porque el idiota está en la comisaría.

«Y porque devolverle una, de tantas que él ha hecho, es un acto de justicia».

En el bolso también metí el cargador de mi móvil, una maquinilla de afeitarse y mi desodorante. Y después de quitarme el uniforme apestoso a licor para ponerme ropa limpia, ya estaba listo para salir.

El viaje hasta el apartamento de Luca fue relativamente rápido, con una breve parada para comprar café y comprar algo para desayunar. Entré, guardé la comida en el microondas y puse a cargar mi móvil. Después de la taza de café que tomé en el camino estaba mucho más alerta, pero todavía no me sentía normal así que me puse en marcha y preparé todo para darme un baño, que era al fin y al cabo la razón por la que regresé al apartamento de mi hermano.

Permanecí bajo la alcachofa por bastante rato, el agua estaba fría pero eso no era un problema. Lo que sí era un problema era la energía nerviosa que se había apoderado de mi cuerpo. La anticipación. Estaba demasiado ansioso por ver a Flor de nuevo.

«Deberías tomarte las cosas con calma, macho».

Sí, sé que debería hacerlo. Especialmente después de lo que pasó con mi ex. Con ella las cosas parecían geniales al principio. Excitantes y divertidas. Pero eventualmente la emoción desapareció y solo quedaron las quejas. Que no le dedicaba suficiente tiempo. Que ya estaba cansada de mis horarios demenciales. Que mi trabajo era demasiado peligroso. Que ella era demasiado joven para quedarse en casa esperando a que alguien le llamara para decir que me habían disparado en un operativo.

Fueron tantos motivos los que dio, que en un punto dejé de defenderme, de defender mi trabajo, y empecé a darle la razón porque nuestros momentos juntos realmente eran pocos y yo no quería desperdiciarlos peleando. Pero darle la razón no fue una solución al problema.

Al contrario. Si algo hizo, fue acelerar el final.

Adriana tenía razón al decir que nos pusimos demasiado serios, demasiado rápido.

Después de que las cosas se calmaran, empezamos a vernos de manera casual. Sin compromisos. Desde entonces hemos sido la *booty call*²⁷ del otro. Pensaba que era ella la que había amanecido en mi cama ayer.

O al menos deseaba que fuera ella.

Sin embargo desde que desperté y me encontré con Flor envuelta en mis sábanas no había vuelto a pensar en ella. Adriana ya no estaba acaparando mi cerebro, sino Flor. Y si tenía que ser completamente honesto, jamás había estado tan obsesionado con mi ex como lo estoy por esta mujer.

Terminé de bañarme y afeitarme, me vestí y tomé mi desayuno mientras revisaba mi móvil y me ponía al día con las noticias, algo que era normal considerando mi línea de trabajo. Aproveché entonces para enviarle un

mensaje a Flor.

Un simple texto para desearle buenos días no me convertía en un acosador ¿cierto?

Pero pasaban los minutos y ella no respondía, lo que no contribuía a mejorar mi estado de ansiedad.

¿Qué debía hacer? ¿Llamarla?

¿Usar la dirección que tomé de su ficha policial?

«Si quieres, de plano, te mandas a fichar por psicópata. O por idiota, tú decides».

Con ella, pensé, debía ser más inteligente. Desde el principio a Flor le ha gustado dictar las reglas del juego, y si yo quería explorar lo que estaba pasando entre nosotros tenía que dejarle esa cuerda de seguridad para que no terminara huyendo. Sin embargo tampoco podía darle espacio suficiente para huir, porque entonces desaparecería y con ella mis oportunidades de descubrir qué demonios me pasa con ella.

Debía planear muy bien mi estrategia.

Y tenía que salir del apartamento de Luca. Mis excusas para permanecer aquí se habían terminado, así que lo mejor era dejar todo como lo encontré y largarme.

De camino a mi camioneta no despegué los ojos de la pantalla de mi móvil, como si ese gesto tuviera el poder de hacer aparecer mágicamente la respuesta que esperaba. Miré la hora y me dije que tenía tiempo de descansar un rato, de reagruparme y darle tiempo a Flor para aparecer. Y eso hice.

O al menos lo intenté.

Creo que el problema radica en que no estoy acostumbrado a tener tiempo libre, y al no tener nada de qué ocuparme mi cabeza empieza a trabajar a tal velocidad que me resulta imposible relajarme o descansar.

«Y eso sumado a mi estado de ansiedad no era nada bueno».

El reloj parecía avanzar en cámara lenta mientras contemplaba mis opciones. Quedarme y seguir esperando que Flor diera señales de vida cual adolescente enamorado, o me ponía en movimiento y armaba mi plan de ataque.

Me incliné por lo segundo, y apenas crucé la puerta de mi apartamento en mi móvil sonó una alerta de mensaje. Sin embargo no era de la persona que yo esperaba.

Adriana: *¿Estás libre este fin de semana?*

Están poniendo una película que me gustaría ver.

Me detuve y observé la pantalla mientras consideraba mi respuesta. Ir al cine, salir a comer, ir a la playa, esa es la clase de planes que solíamos hacer cuando éramos novios, sin embargo no eran cosas que hiciéramos ahora. Nuestras llamadas o mensajes eran muy específicos. Una dirección, una fecha. Y nuestros encuentros no eran del tipo sociales, sino sexuales. No había expectativas de resucitar algo que, según sus palabras, estaba muerto. Lo que convertía al mensaje de Adriana en una bandera roja.

No respondí enseguida, sino que guardé mi móvil en el bolsillo del pantalón y troté el resto del camino hasta mi camioneta. Encendí el motor y me uní al tráfico sin un rumbo específico.

Ya llevaba bastante rato conduciendo cuando se me ocurrió darle un vistazo a la dirección de Flor. Discretamente, por supuesto. Solamente

observaría.

Busqué la dirección entre los datos que apunté y me puse en marcha. Se trataba de un vecindario tranquilo. No estaba ni remotamente cerca del lugar donde me hizo llevarla después de amanecer en mi casa, cosa que me hizo sonreír. Por un segundo imaginé todas las carreras que esa loca tuvo que dar para llegar a tiempo a su trabajo.

La calle estaba totalmente desierta. Mi camioneta era el único vehículo circulando, lo que mandaba a la mierda mis planes de pasar desapercibido. Le di una vuelta a la manzana y me estacioné a unos metros de la que suponía era su casa, un edificio de dos plantas con una escalera al frente que conectaba con el piso superior. Me bajé y empecé a caminar fijándome en todo lo que me rodeaba. Cuando estuve a unos pasos de la vivienda recorrí la calle con la mirada en ambos sentidos para asegurarme de que nadie me estuviera observando, y entonces me acerqué a su puerta.

Toqué un par de veces, hice sonar el timbre, pero no se escuchaba ni un solo ruido en el interior. Me acerqué a la ventana, pero los cristales estaban tintados y no podía ver absolutamente nada.

Existía la posibilidad de que viviera en el piso superior, me dije. Sin embargo, subir las escaleras y espiar también allí era un riesgo que no me sentía seguro de tomar. Siempre podía jugarme la opción de mostrar mi placa y decir que atendía un llamado de emergencia, pero ¿por qué tentar la suerte?

Ya había decidido regresar a mi camioneta cuando una voz masculina llamó mi atención desde la escalera.

—Mi hermana salió temprano con una de sus amigas —dijo un hombre más o menos de mi estatura, de cabello castaño y ojos azules, muy parecidos a los de Flor—. ¿Necesitaba algo? Puedo llamarla si es importante —ofreció.

—No, no es importante —le respondí—. Puedo volver después.

El hermano de Flor se encogió de hombros y terminó de bajar la escalera, sacó una llave de su bolsillo y abrió la puerta que estuve tocando unos segundos antes.

—Con su permiso, entonces —se excusó antes de cerrarme la puerta en la cara.

Volví a mi camioneta frunciendo el ceño, porque la posibilidad de que ella estuviera con sus amigas no era algo que se me había ocurrido. Encendí el motor y empecé a ponerme en marcha cuando empezó a sonar mi móvil anunciando una llamada entrante. Tomé el aparato y vi el nombre de mi madre parpadeando en la pantalla.

Respiré profundo antes de deslizar el dedo por la pantalla para contestar la llamada y la saludé con un entusiasmo que no sentía. No porque no me alegrara escucharla, sino porque no tenía el mejor humor para enfrentarme a lo inevitable. La charla quejándose de que trabajo mucho, de que debería sentar cabeza y empezar a darle nietos. Como si yo fuera hijo único, o algo por el estilo.

Además era algo peligroso lo que estaba a punto de hacer, recibir una llamada mientras conducía. Pero me iría peor si no contestaba.

—Hola mamá —sonreí mientras le hablaba. Una táctica de distracción que aprendí cuando dejé la casa para ir a la universidad. Al parecer las madres tienen la habilidad para saber si sus hijos están tristes o alegres con solo escuchar sus voces. Mi viejo dice que no cree en esas historias, pero que más me vale no darle preocupaciones innecesarias a mamá.

—Hola, mi amor —respondió ella—. Te estaba llamando para recordarte

nuestra comida de mañana —dijo, como si fuera la primera vez que nos reuniéramos un domingo en su casa para almorzar.

Los almuerzos familiares eran ese plan para el que no podías dar excusas, aunque estuvieras en el hospital después de haber recibido una bala en medio de un operativo.

«Si estás al borde de la muerte, más te vale posponerlo porque el domingo es sagrado».

—Como si se me fuera a olvidar —me burlé.

—Tu hermano me dijo que traerás una invitada —dijo ignorando mi broma, y yo sentí ganas de retorcerle el cuello a mi hermanito por andar de lengua suelta.

—Ese cabrón... —resoplé por lo bajo.

—Mateo Alessandro Bianchi, ¿qué maneras son esas de hablar sobre tu hermano menor? —Me reprendió como a un niño pequeño—. Eso no es lo que te hemos enseñado en esta casa.

—Lo siento —me disculpé con ella. Ya me encargaría luego de arreglar cuentas con mi hermanito.

—También me ha dicho Luca lo de tu ascenso —continuó mi madre, dando por finalizada la reprimenda.

—No es exactamente un ascenso, es una posición temporal —le dije.

—De todas formas... —le restó importancia a mi aclaratoria—. A tu padre se le ocurrió hacer una pequeña celebración en familia, por lo que voy a necesitar que traigas algunas cosas —y entonces procedió a dictarme una larga lista de ingredientes que incluía carne, condimentos, vegetales, fresas,

chocolates y tres diferentes tipos de vino.

Hacer las compras para mamá sería una buena distracción en lo que Flor da señales de vida, si es que decide darlas, pensé.

—¿Necesitas que lleve estas cosas hoy? —Le pregunté—. ¿O está bien si llego mañana temprano con ellas?

—Claro que necesito todo para hoy —respondió con impaciencia—. Si no puedes pasar a traer las cosas, tu padre y yo podemos ir a recogerlas a tu casa.

—Está bien, mamá —asentí—. Me voy ahora mismo a comprar lo que me pediste, aprovechando que tengo algo de tiempo libre.

—Te espero más tarde entonces —se despidió.

Cambie de ruta para ir al supermercado y empezar a buscar los ingredientes. Progresivamente fui tachando cada ítem de mi lista mental, hasta que solo faltaban las botellas de vino. Minutos después, o tal vez fueron horas, abandoné el supermercado y conduje hasta la tienda en la que papá suele comprar sus licores.

No estaba demasiado lejos del lugar donde me encontraba, pero me pareció mejor ir en la camioneta en lugar de ir andando.

Entré a la tienda un poco distraído, debo confesar. No había dejado de pensar en Flor ni un solo minuto. No mientras seleccionaba cortes de carne y condimentos para mi madre, tampoco mientras conducía de un lugar a otro. Y tal vez de tanto pensar en ella ya estaba alucinando, porque podría jurar que era ella la que estaba al final del pasillo con una botella de vino blanco en la mano.

«No era la mejor marca, pero era un vino bastante decente».

Mi cerebro hizo cortocircuito y mi cuerpo no estaba seguro si avanzar hacia ella o esperar hasta que Flor me notara, de lo que sí estaba seguro es que el universo me había servido la oportunidad de volver a verla. Y no pensaba desaprovecharla.

Capítulo 17

¿Eres real? O de esa vez en que el vino hizo efecto antes de que abriera la botella.

Flor

Conseguir una nueva casa, un lugar que donde te sientas a gusto y al que puedas convertir en un hogar, es fantástico. Lo que no es tan genial es mudarse. O más específicamente, cargar las cajas con todas las tonterías que has acumulado por años y que probablemente termines desechando porque son cosas inútiles, o porque estas ya no quedan bien con la nueva decoración.

¿Y saben quién era especialista en acumular tonterías? Mi amiga Melina, a quien estábamos ayudando a mudar después de que el idiota de su casero la acusara de mala vecina y le pidiera desalojar el apartamento. Por suerte una amiga de su primo Noel tenía un lugar disponible, porque encontrar piso en esta ciudad es bastante complicado.

Mi móvil había sonado en un par de ocasiones alertando sobre mensajes

entrantes, pero no le había hecho mayor caso porque, primero, no tenía saldo para responder a quien fuera que estuviera escribiendo. Y segundo, la mudanza era un asunto serio. Demasiadas cajas, poco personal... ya sabes cómo va.

Todo el tiempo tuve las manos ocupadas, no es que quisiera ignorar a nadie.

Sin embargo, cuando tuve oportunidad de revisar mis mensajes me reprimí por no haberle prestado más atención al condenado aparato. El primer mensaje era de Mateo. Un simple mensaje deseándome buenos días y preguntando cuáles eran mis planes para el día. El segundo era de mi hermano describiendo a alguien aterradoramente parecido a Mateo que supuestamente estuvo tocando a mi puerta.

«*Mierda*».

—¿Todo bien, Florencia Margarita? —Preguntó Lorena.

—¿Es Margarita ahora? —Se burló Ruth—. Quedamos en Sinforosa la última vez.

Sí, mis amigas tenían un juego muy estúpido de inventarme segundos nombres porque en mi acta de nacimiento no aparecía ninguno.

—Son un par de estúpidas, ¿sabían? —Les dije.

—Pero así nos quieres —respondió Lorena—. Ahora desembucha, ¿qué es lo que se fue a la mierda?

—Nada importante —mentí mientras mentalmente planificaba un plan de huida para recargar saldo a mi móvil y ponerme en contacto con el encantador de serpientes.

Apenas caí en cuenta de que efectivamente podría estar intercambiando mensajes, además de otras cosas, con él hizo que el pulso se me acelerara y que mi estómago diera un salto.

«*¡Mateo guardó mi número!*»

—¿Seguro que no es nada importante? —insistió Ruth arqueando una ceja.

«*¡Bruja!*».

—Completamente —respondí cargando mi última caja para llevarla al carro de Cecilia, porque los demás ya estaban llenos.

Cuando todo estuvo empacado y listo para emprender el viaje le avisé a Cecilia, quien estaba coordinándonos como si fuésemos una cuadrilla de rescatistas. Entonces nos dispusimos a cerrar el viejo apartamento y acompañar a Melina al que sería su nuevo hogar.

El viaje fue relativamente corto, considerando que debíamos atravesar la ciudad. El edificio era moderno y bonito, y estaba en una zona mucho más agradable que donde Melina vivía antes. Como conocedora de las rutas del transporte público podía decir que era la locación perfecta para una mujer joven que trabajaba en el centro de la ciudad. No es que ese fuera un problema para Meli, ya que ella tenía sus propias ruedas.

Un *Volkswagen New Beetle* rosado que era una absoluta belleza.

En varias ocasiones me ha provocado comprar uno de esos, pero en otro color. Rojo tal vez. O verde manzana.

«*Sí, verde se vería precioso*».

Ruth se estacionó entre Belén y Cecilia, y rápidamente nos pusimos

manos a la obra con el resto de la mudanza. Por fortuna el elevador sí funcionaba en el nuevo edificio, porque subir siete pisos usando las escaleras mientras llevaba tacones no era precisamente mi concepto de un buen plan.

La parte más divertida fue encontrarle un nuevo lugar a las viejas cosas de Melina. Combinar sus objetos con los que ya estaban era como dejar nuestra huella en el apartamento, una firma.

Colocamos algunas cosas en donde creímos que debían ir, y el resto quedó guardado en cajas en espera de su turno para salir. El apartamento tenía dos habitaciones, una que iba a ser usada por Melina y la otra que serviría como depósito hasta que decidiera qué hacer con sus cajas. Si donar su contenido a la caridad, repartirlo entre sus amigas o de plano lanzarlo a la basura.

Cuando terminamos de organizarlo todo, Ruth sugirió que hiciéramos el almuerzo para celebrar la mudanza de Meli. La mayoría estuvo de acuerdo con la idea porque eran muy raras las ocasiones en que nos reuníamos. Ese plan solo tenía un problema. Yo necesitaba salir, recargar saldo para poder comunicarme con el mundo y descubrir para qué fue Mateo a mi casa.

—A mí me parece bárbaro que almorcemos juntas —Carolina estaba muy animada—. Porque, a excepción de ayer, casi no las veo.

—Es verdad —asintió Belén—. Si no fuera por el grupo de *WhatsApp*, apenas y nos hablaríamos.

Ah, nuestro grupo de *WhatsApp*. Ese pequeño espacio virtual que nos servía de consultorio sentimental o siquiátrico, audiolibro de autoayuda (ahora que se han vuelto fanáticas de las notas de voz), revista de chismes o show de comedia.

—¡Exageradas! —Dijo Lorena—. Además, si tuviera que verlas todo el tiempo ya me habría buscado un nuevo grupo de amigas porque ustedes a veces son insoportables.

La declaración de Lorena nos hizo reír a todas por un rato. Y no porque fuera mentira, porque a veces teníamos nuestros momentos intensos.

—Como Melina no tiene nada en su nueva casa para que preparemos el almuerzo —dijo Laura—. Voy a ir a comprar algunas cosas.

«¡Comisiones para comprar! Esta es mi oportunidad».

—¿Ya decidieron lo que vamos a comer? —preguntó Lorena y todas volteamos a mirar a Cecilia.

La reacción en grupo no fue planeada, fue más bien producto de las innumerables veces que hemos salido con una idea y que Cecilia ha tomado el mando cual general frente a un ejército.

—¿Qué? —Preguntó ella mientras se sentaba en uno de los muebles de la sala—. Ustedes siempre me miran a mí cuando hay que decidir algo.

—Es que a ti te gusta mandar —respondió Belén sentándose en el mueble que estaba frente a Ceci—. Y a nosotras nos gusta hacerte feliz.

Eso no era del todo cierto. Lo que nos gustaba era seguirle la corriente para que nos dejara tranquilas un rato, porque nuestra amiga había asumido el rol de mamá del grupo. No lo hacía con mala intención. Era algo natural para ella.

«Pobres de sus hijos cuando los tenga».

—Eso que dijo ella —asintió Carolina apropiándose de un rincón del sofá de tres piezas.

Yo me había quedado parada observándolas, pero sabía que tenía que hacer mi movimiento ahora antes de que mis taradas se repartieran la lista de compras y yo me quedara sin excusas para escapar.

—No importa lo que cocinen... —ofrecí—. Vamos a necesitar vino para acompañarlo, así que yo voy a comprarlo. Y como no tengo idea del menú, traeré blanco y tinto.

—Cuanta eficiencia —se burló Ruth mientras se sentaba entre Carolina y Meli en el sofá—. Aprovecha y traes el pan.

—¿No quieres también que traiga el postre? —le respondí arqueando una ceja.

Ella sabía que no gastaba dinero a menos que fuera absolutamente necesario, y el vino contaba como artículo de primera necesidad. ¿El pan? Podíamos almorzar perfectamente sin él.

—Ya que insistes —sonrió Ruth haciendo caso omiso de mi sarcasmo.

«La muy perra».

Todas empezaron a reírse del chistecito de Ruth, y sinceramente no le veía la gracia. Quejándome entre dientes recogí mi cartera, que había dejado en el mesón de la cocina, y salí del apartamento dando un portazo.

No dejé de rezongar hasta que no llegué a la entrada del edificio y atravesé la puerta, recordando que era una mujer con una misión. Necesitaba comprar vino, recargar saldo y regresar para ayudar con el almuerzo.

—Maldita sea —me quejé—. Me toca viajar en taxi.

«Más le vale a Mateo que valga la pena el sacrificio».

Tardé unos cinco minutos aproximadamente en conseguir alguien que me llevara a un precio razonable, estos días una tiene que regatear hasta con los taxistas, y otros diez minutos para llegar al sitio perfecto. Ese donde podría cumplir con dos de mis tres objetivos: conseguir un vino que se adaptara a las necesidades de mi bolsillo y recargar saldo. Cuando lo lograra, podría completar la tercera tarea de esta misión: comunicarme con el mundo exterior y descubrir qué tramaba Mateo.

Le pagué al taxista, no sin antes coquetear un poco para conseguir un descuento. Cosa que no funcionó, por cierto. Luego entré en la tienda favorita de Laura, una de esas en las que puedes encontrar hasta la cosa más insólita. La oferta va desde ingredientes para repostería hasta artículos de pesca, pasando por una amplia y variopinta gama de licores. Lo dicho, el lugar perfecto.

Atravesé las puertas de la tienda y fui directa al mostrador para agilizar mi recarga de saldo, cosa que tomó unos cuantos segundos. Eficiencia o nada, ¿lo ven? Luego empecé a recorrer los pasillos, admirando la mercancía, hasta llegar a la sección de licores.

Estaba distraída observando botellas de vino cuando mi móvil me alertó sobre la llegada de un nuevo mensaje. Saqué el aparato de mi cartera, donde lo había guardado después de recargar el saldo, desbloqueé la pantalla y vi el nombre junto al ícono de mensajes.

«*Mateo*».

Sonreí mientras presionaba el ícono para leer el texto, y me sonrojé mientras imaginaba su voz repitiendo las palabras.

¿Te estás escondiendo de mí?

Empecé a escribir la respuesta a ese mensaje para luego borrarla y empezar de nuevo. Había repetido el proceso por lo menos dos veces cuando llegó una nueva notificación.

No te tenía por una cobarde

—Eso es porque no lo soy —susurré mientras escribía y enviaba mi mensaje.

Día complicado. Estoy ayudando a una amiga con su mudanza.

Pasaron unos pocos segundos antes de que llegara una nueva notificación, y con el nuevo mensaje todo mi cuerpo se tensó y se puso en alerta.

No sabía que los tacones eran el calzado apropiado para las mudanzas.

¿Te has sentido observada alguna vez? Porque así me sentí yo apenas leí las palabras en la pantalla de mi móvil. Pero no en una forma aterradora tipo sé-lo-que-hiciste-el-verano-pasado²⁸ sino más bien como el amo Grey haciendo vigilar a Anastasia para asegurarse de que está bien.

«Estás loca, Florencia Leal ¿Qué será lo siguiente? ¿Pedirle hacer rol play²⁹ de cincuenta sombras?».

—Definitivamente necesito un siquiatra —me burlé de mi misma—. Y posiblemente una camisa de fuerza también.

Redacté un mensaje rápidamente y lo envié antes de perder el valor. Necesitaba confirmar que no estaba teniendo un ataque de paranoia o si el vino estaba empezando a hacer efecto, aunque todavía no hubiese descorchado la primera botella.

¿Dónde estás?

La respuesta no se hizo esperar, pero no fue un mensaje de texto o una llamada lo que usó para hacérmela saber.

No...

Sentí su aliento acariciar mi nuca antes de escuchar su voz susurrarme en el oído.

—Justo detrás de ti.

Capítulo 18

*Encuentro cercano del tercer tipo.*³⁰

Flor

Probablemente yo no sea el mejor ejemplo de comportamiento de una dama, por aquello de mis excesos con la bebida y mis recientes tendencias a montármelo con oficiales de la ley en horas de trabajo, pero hasta yo sabía que la reacción que tuvo mi cuerpo al escuchar la voz de Mateo tan cerquita no era apta para todo público.

Me di la vuelta lentamente, como si temiera que el encantador de serpientes fuera a desaparecer porque todo era producto de mi imaginación.

Pero no.

Él estaba allí.

—¿Me estás siguiendo? —Le pregunté, y les juro que no reconocí mi propia voz. Era como si me hubiese tragado a una de esas operadoras que simulan tener sexo por teléfono.

—No —respondió con una sonrisa socarrona en la cara—. Para poder seguirte tengo que saber dónde encontrarte, en primer lugar. Pero tú te niegas a responder mis mensajes —explicó—. Y eso es una complicación.

—Lo siento —me disculpé, aunque no sabía por qué lo hacía—. Olvide recargarle saldo al móvil —me encogí de hombros, y él soltó una carcajada—. Acabo de hacerlo.

—No tienes que disculparte conmigo —me dijo—. Debí pensar en esa posibilidad, sin embargo no hacía más que decirme que probablemente no quisieras volver a verme. Incluso ya estaba pensando en un plan para hacerte cambiar de opinión.

—¿Un plan? —le pregunté sin poder evitar que una sonrisa se apoderara de mi cara—. ¿Y exactamente en qué consiste ese plan?

—Tiene varias fases... —empezó a explicar mientras uno de sus brazos rodeaba mi cintura y tiraba de mía para pegarme a su cuerpo—. Pero ¿para qué decírtelo si puedo mostrártelo? —añadió mientras su mano libre enmarcaba mi cara.

Su mirada estaba clavada en mis labios, como si estuviera considerando besarme. Dios sabía que yo me moría por besarlo también. Las cosas al sur estaban empezando a ponerse interesantes, grandes, duras...

«La anaconda, al parecer, también está emocionada por nuestra reunión».

—Tienes toda la razón —respondí sin aliento—. Deberías mostrarme.

El brazo de Mateo dejó de sostenerme, y entonces dio un paso hacia atrás. No porque él hubiese cambiado de idea, porque la intensidad de su mirada seguía allí. Su erección seguía allí, pensé mientras me relamía los

labios.

Seguramente Mateo estaba recordando la última vez que estuvimos así de cerca, según él intentando tener una conversación. Al menos yo sí estaba pensando en eso, y en lo que pasó luego en mi bañera mientras reproducía mis vívidos recuerdos.

Sentí por un momento que las piernas me fallaban, como si estuvieran hechas de gelatina, mientras Mateo decía algo.

«Después dicen que la abstinencia sexual no es peligrosa. Si no llevara una sequía tan larga, no estaría considerando correr el riesgo de ser arrestada por exposición indecente».

—Flor... —llamó mi atención tratando de contener la risa.

—¿Qué? —le pregunté con el ceño fruncido mientras la bruma sexual que envolvía mi cerebro se disipaba un poco.

—Te acabo de preguntar cómo llegaste aquí —repitió—. ¿Tienes tu auto afuera?

—No, no... —negué con la cabeza—. He venido en taxi, así que puedes llevarme donde gustes para que me hagas tu demostración —sonreí y le guiñé un ojo.

La carcajada en respuesta no se hizo esperar. La suya, seguida de la mía. Y así justamente abandonamos la tienda. Entre risas y olvidando completamente la razón por la que fuimos allí en primer lugar.

De camino a su apartamento me permití observarlo descaradamente, detallando cada plano de su cuerpo enfundado en pantalones de mezclilla y sudadera de algodón. Es que hasta la gorra negra que llevaba, con la visera

hacia atrás, le quedaba bien.

—¿Ya almorzaste? —me preguntó mientras miraba alternativamente entre el tráfico y yo.

—No —le dije con el tono más coqueto del que fui capaz—. Pero sé exactamente lo que quiero de postre.

Mi comentario lo hizo sonrojar, algo que además de tierno me pareció jodidamente curioso. ¿Es que acaso no estaba consciente de que tenía un cuerpo hecho para el pecado? Porque yo ya estaba orando por la salvación de mi alma.

«No es que quedara mucho para salvar de todas maneras».

—Podemos comer algo antes de ir a mi apartamento —insistió.

—Eso suena como a una cita —le respondí—. Y todavía no te la has ganado.

—Mis motivos son completamente egoístas —me corrigió—. Lo que no quiero es que te desmayes después de la primera ronda.

Su respuesta me hizo reír, tenía que concederle eso. Además, tenía hambre. No tenía que leer más de lo que era en su propuesta, no me estaba pidiendo ser su novia o que me casara con él. Solo me estaba invitando a comer ¿había un problema con eso?

Pensé mucho en eso, quizás demasiado.

Si le ponía las cosas claras desde el principio, Mateo no tendría que hacerse ilusiones conmigo, así como yo no me las haría con él. Si las cosas se ponían intensas, lo mandaría a volar como a los otros antes que él. Simple ¿no?

No veía cómo un almuerzo pudiera complicar las cosas, así que acepté.

—Entonces aliméntame —le dije con picardía—. Y después enséñame lo que puedes hacer con la anaconda que traes escondida allí —añadí señalando su entrepierna.

Mateo siguió conduciendo, y yo lo seguí observando. Aunque la descripción más exacta de lo que estaba haciendo sería decir que me lo estaba devorando con los ojos. Centímetro a centímetro. Cuando verlo dejó de ser suficiente, empecé a evaluar las dimensiones de su camioneta para ver qué tan cómodos estaríamos si decidíamos ponernos manos a la obra en la vía pública.

«Sí, me estaba sintiendo libertina. No me juzguen».

Si alguien nos veía y llamaba a la policía, seguramente Mateo sacaría su placa y se haría cargo del asunto. Después de todo, él era la autoridad ¿no?

Al menos en mis fantasías pasa así, y es jodidamente sexy. No podía esperar a que me mostrara qué tan autoritario podía llegar a ser en la cama.

«O en la camioneta. O en el sofá de su sala. O en la barra de desayuno que está en su cocina... oh, sí».

Me gustaría decir que puse algo de resistencia, que Mateo tuvo que trabajar muy duro para ganarse la oportunidad de llevarme a su cama, pero estaría mintiendo. Yo estaba muy cachonda y él estaba muy bueno.

—Antes me dijiste que estabas con tus amigas —dijo Mateo de repente, y yo asentí. Entonces me di cuenta de que no me estaba mirando.

—Sí, Melina se está mudando hoy —respondí en voz alta—. Y todas nos ofrecimos a ayudarla.

—¿Están esperando que regreses? —me preguntó.

—Se supone que estaba comprando algo para acompañar el almuerzo — dije encogiéndome de hombros—. Pero ellas pueden sobrevivir sin mí, así que no te preocupes.

—Yo no me preocupo por ellas —me respondió Mateo—. Pero seguramente ellas se preocuparán por ti si desapareces por las próximas veinticuatro horas.

—¿Veinticuatro horas? —dije en un tono que era mitad risa, mitad resoplido, total incredulidad—. ¿Estás seguro de mantenerme interesada tanto tiempo?

Sin darme tiempo a reaccionar, Mateo soltó la palanca de cambios y tomó mi mano, colocándola firmemente sobre su erección. La anaconda se sacudió bajo mi toque, creciendo por segundos, lo que hizo que apretara las piernas en anticipación.

El tamaño de esa cosa no era natural. No era humano. No había manera de que lo fuera. Jamás en mi vida había sentido un pene de tales proporciones.

«Tiene que ser de otro planeta».

—¿Tú que crees? —me preguntó con un tonito chulesco que en lugar de molestarme me encendía más.

Y yo tenía la respuesta a esa pregunta, pero no estaba segura de querer decirla en voz alta.

«Claro que quiero pasar veinticuatro horas jugando con la anaconda extraterrestre, ¿tú que crees?»

Porque obviamente esa serpiente era de otro planeta. Y aunque no estaba en Roswell, ni en el Área cincuenta y uno, yo acababa de tener un encuentro cercano del tercer tipo.

¡Paren las rotativas, porque esto sí que es noticia!

Capítulo 19

¡Sorpresa! O de esa vez que nos atraparon por tener mala memoria.

Mateo

La reacción de Flor a mi pequeño experimento fue curiosa. Yo esperaba un poco de esa incontinencia verbal suya, de esa candidez con que decía las cosas, de su particular sentido del humor, pero en cambio solo recibí silencio.

La expresión de su rostro era otra historia. Allí se reflejaba lo que su boca no decía, lo que evidentemente estaba gritando en su cerebro pero que no se atrevía a compartir en voz alta.

Observar cómo su expresión pasaba de ser sorprendida y nerviosa a excitada e impaciente, era cuando menos divertido.

—No sé leer la mente, Flor —le dije—. Vas a tener que vocalizar tu respuesta.

—Menos mal que no lees la mente, papito —me respondió—. Porque mi

cerebro, en este momento, no es un lugar seguro para nadie.

—¿Sí? —Me burlé—. A ver, ¿qué está pasando por tu mente ahora?

—¿La verdad? —Me preguntó arqueando una ceja. Un ligero rubor cubría sus mejillas y su cuello.

—Siempre —asentí.

—Estaba preguntándome cuánto me pagaría *Discovery Channel*³¹ si logro probar que hay vida extraterrestre —dijo ella sorprendiéndome.

No pude evitar soltar una carcajada por lo que acababa de decir. Era la última cosa que esperaba escuchar, si soy completamente honesto.

—Sí, es que no hay manera de que esa anaconda tuya sea de este planeta —añadió con un brillo travieso en los ojos.

—Te aseguro que soy humano —le dije—. Pero si tienes dudas, podemos posponer el almuerzo para que hagas tus experimentos.

—Me parece una idea magnífica —respondió sonriente—. Ahora, si me disculpas, tengo una banda de dementes a la que debo llamar.

Mientras ella llamaba a sus amigas y les decía que tenía una cita para almorzar, yo cambié de ruta y nos dirigí hacia mi apartamento. No perdí detalle de la conversación, aunque mi intención no era espiarla, sin embargo su discurso era demasiado divertido como para ignorarlo.

—Escúchame, estúpida —le dijo a quien quiera que le haya contestado la llamada—. Me encontré a tú-sabes-quién cuando salí a comprar el vino —interesante, le había contado a sus amigas sobre mí—. No me esperen para comer, o para cenar... y ya puestos, ni se les ocurra llamarme durante las próximas veinticuatro horas, porque voy a estar muuuuy ocupada —añadió

—. Vas a tener suerte si no llamo para reportarme indispuesta el lunes, así que cruza los dedos para que el poli no me deje inválida o caminando como vaquero, porque no hay manera de que consiga trabajo de extra en una película del oeste —explicó y yo disimulé una carcajada—. No, déjame terminar. Estoy hablando en serio, Ruth. Tienes que cubrirme. Si mi hermano llama o escribe, le dices que me fui a Tailandia o a Rusia, y bajo ninguna circunstancia se les ocurra decirle que pasamos la tarde detenidas —le advirtió a su amiga—. Eso es todo. Si necesitan algo, llamen a alguien más. Cambio y fuera.

Para cuando Flor terminó de hablar por teléfono yo estaba estacionándome frente a mi edificio con una sonrisa en la cara.

—Te ves bien cuando sonríes —me dijo entonces.

—¿Solo cuando sonrío? —le pregunté, recordando la frase que había usado para describirme frente a sus amigas cuando estaban en la comisaría.

«Míralo bien, Bel. Si dejara de fruncir el ceño y sonriera no se vería tan mal».

—Cuando tienes cara de querer estrangular a alguien también —fue su respuesta—. ¿Y bien? —Añadió después de una pequeña pausa—. ¿Nos vamos a quedar aquí todo el día o subimos de una vez para que empiece con mi experimento?

Flor no había terminado de decir las palabras cuando yo ya estaba saltando fuera de la camioneta y ayudándola a bajar. Subimos hasta mi piso entre besos frenéticos, robándonos caricias sin que nos importara nada.

Ya tendría tiempo para reprenderme por mi falta de cuidado y de autocontrol. En ese momento estaba concentrado en solo una cosa. O más

bien, en solo una persona.

Ella.

Abrir la puerta del apartamento, sin dejar de besarla o acariciarla, fue todo un reto. Pero yo siempre me he caracterizado por ser un hombre con muchos talentos, y al parecer abrir puertas a ciegas era uno de esos. Apenas entramos empecé a guiarla hasta mi habitación, haciendo un inventario mental de las cosas que podrían estar fuera de lugar.

«Y fue cuando las cosas empezaron a ponerse salvajes».

Nuestra ropa empezó a volar por todas partes, así como el sentido del tiempo o del espacio. Nuestras caricias eran cada vez más íntimas, más atrevidas, como si no pudiéramos tener suficiente del otro. Sus besos no eran nada tímidos, pero con los míos quería poseer algo más que sus labios, su lengua o su cuerpo. Es como si hubiese querido marcarla para siempre, para que no deseara otra boca que la mía, otro cuerpo que el mío. Y el pensamiento debería hacer que bajara un poco la velocidad y reconsiderara las cosas, pero no. Al contrario. Fue como si en lugar de reagruparme, y tomarme las cosas con calma, hubiese pisado el acelerador. Flor era, ciertamente, adictiva. Una droga de la que no iba a tener suficiente. Solo esperaba que, al final de nuestra pequeña escapada, ella quisiera volver por más.

Estábamos parados frente a mi cama, en nada más que nuestra ropa interior y besándonos como si no hubiera mañana, cuando recordé algo que ella había dicho en mi oficina. Sonreí contra sus labios cuando una idea cruzó mi mente.

—¿De qué se supone que te estás riendo? —Me preguntó Flor, a quien no se le escapaba nada.

Pero en lugar de responderle, la alcé y la dejé caer sobre la cama. Entonces caminé hasta la mesilla de noche donde guardaba mis esposas y los preservativos. Cuando vio lo que tenía entre las manos, se sorprendió. Sus ojos azules miraban alternativamente entre las esposas y mi cara, como si no pudiera creer lo que estaba pasando. Como si no me creyera capaz de seguir adelante con el juego.

Un juego que ella propuso.

Pero pronto la sorpresa fue sustituida por otra cosa. Su mirada se tornó lasciva, seductora, agresiva, y el efecto que eso tenía en mi entrepierna era difícil de ocultar.

No es que tuviera intención alguna de hacerlo.

—¿Y bien, señor policía...? —Empezó a preguntar cuando llegué hasta ella, pero en lugar de responderle puse los preservativos en la cama, tomé su mano y la llevé a mis labios.

Besé y lamí el interior de su muñeca antes de asegurarla con las esposas. Crucé la cadena por el cabecero de mi cama mientras tomaba su mano izquierda, repitiendo el mismo tratamiento que le di a la derecha.

—Todavía tengo estas libres... —se burló mientras rodeaba la cama y me arrastraba de rodillas entre sus piernas. Para probar su punto, las movía cada vez que me acercaba a ella.

Sonreí de medio lado mientras me deshacía de mi ropa interior y me unía a ella en la cama.

—Vamos a ver qué vas a hacer con ellas —le respondí mientras tomaba sus muslos con mis manos, separándolos para hacerme espacio. Presionando lo suficiente como para inmovilizarla, pero no tanto como para hacerle daño.

Me incliné ligeramente hasta tener mi cara a la altura de su pelvis, y entonces recorrí con la lengua el trozo de piel que tocaba el elástico de su tanga, deteniéndome a mordisquear el hueso de sus caderas, antes de deslizar la tela por sus piernas hasta deshacerme por completo de la pequeña prenda.

Ella me miraba intrigada, ansiosa, excitada, y su piel se ruborizaba por la anticipación. Yo sonreí mientras la observaba. La tenía exactamente en el lugar al que había deseado devolverla desde el instante en que la conocí.

Y había llegado el momento de mostrarle para qué la quería en mi cama.

Cogí uno de los preservativos y llevé el empaque a mi boca. Rompí el envoltorio con los dientes, y rápidamente cubrí mi miembro con el condón. Entonces, tomando ambas piernas con mis manos la forcé a doblarlas hasta que las rodillas tocaron su pecho, haciendo que su trasero quedara ligeramente levantado y yo tuviera una mejor vista de su coño.

—Creo que me hago vieja mientras espero que empiece la acción —me retó, y yo le respondí con un simple guiño antes de recorrer su sexo con mi lengua y succionar su clítoris con fuerza.

—Ahora llegó el momento de que la criminal confiese —dije en broma y ella gruñó en respuesta.

Flor dejó caer la cabeza hacia atrás e intentó moverse de la posición en que tan cuidadosamente la había colocado, y eso era algo que no iba a permitir. Asegurando mi agarre con una de mis manos, volví a lamer su coño como si fuera un maldito helado y estuviera muriendo de calor. Mientras que con la otra jugueteaba con su clítoris sin dejar de lamer, chupar y morder. Cualquier cosa que fuera necesaria para llevarla al límite.

—Mateo... —gimió mientras penetraba su coño con un dedo sin dejar de

succionar—. Si sigues haciendo eso voy a confesar hasta el asesinato de Kennedy, y estoy segura que en ese año ni siquiera había nacido.

—¿Sí? —murmuré contra su piel pero su respuesta fue un gruñido ininteligible, lo que me hizo reír—. Pero yo solo quiero que me digas cómo entraste a mi casa la otra noche.

Entonces empezó a luchar conmigo para que soltara sus piernas, cosa que hice al tiempo que incorporaba un segundo dedo al asalto. Flor empezó a mover sus caderas al mismo ritmo que mis dedos entraban y salían de su coño mientras clavaba sus talones en el colchón.

El cabecero de la cama sonaba cada vez que Flor tiraba de las esposas, como si quisiera liberarse de ellas. O mejor aún, como si pensara que podía liberarse sin la llave.

Arañé su clítoris con mis dientes haciendo que otro gemido abandonara sus labios, luego mi nombre se convirtió en una plegaria que ella no dejaba de repetir mientras su coño apretaba mis dedos como un puño. Mi polla estaba impaciente esperando su turno, más dura que una piedra.

—Mierda, mierda, mierda... —gemía mientras alzaba sus piernas y las dejaba caer sobre mis hombros, sus talones clavándose en mis espalda, y sus caderas moviéndose cadenciosamente mientras alcanzaba el orgasmo—. Mateo, por favor...

—¿Qué es lo que quiere la detenida? —Le pregunté con tono juguetón sin dejar de penetrarla con mis dedos.

—Que me metas esa anaconda tuya de una buena vez —gruñó impaciente—. No es que no me guste lo que estás haciendo, pero... —hizo una pausa y gimió cuando arqueé mis dedos en su interior—. Oh, por Dios...

—Todavía no me dices lo que quiero saber —le dije antes de mordisquear el interior de sus muslos, entonces dijo algo que no logré entender—. ¿Decías? —Sonreí mientras observaba como su cuerpo se estremecía y su rostro se transformaba al alcanzar el éxtasis.

«La mejor vista del edificio, de la maldita ciudad, del planeta».

No dejé de mover mis dedos, alargando su orgasmo por unos segundos. Flor movía su cabeza de un lado a otro, gimiendo con fuerza mientras tiraba de las esposas. Y fue en ese momento cuando mis dedos abandonaron su coño, tomé mi polla y la conduje a casa de un solo golpe.

Por unos segundos me quedé inmóvil, dejando que su cuerpo se acostumbrara a la intrusión, a mi tamaño. Flor lloriqueaba e intentaba mover sus caderas para incitarme a moverme con ella, pero si lo hacía lo más probable es que no pasaran ni diez segundos antes de que estuviera disparando mi carga cual adolescente inexperto.

Nunca había sentido nada mejor que estar dentro de ella, su coño húmedo y cálido apretándome como si no quisiera dejarme ir. Si hubiese sabido qué tan buenos éramos juntos, probablemente hubiese hecho mucho más que frotarme contra ella en mi oficina.

Entonces empecé a mover mis caderas, entrando y saliendo de su coño lentamente. Con cada embestida sus gemidos aumentaban de intensidad y sus caderas se movían acompasadas con las mías. Nuestros cuerpos se encontraban en perfecta sincronía, mientras mis manos jugaban con sus pechos y mis labios buscaban los suyos. Mientras sus gemidos y los míos llenaban la habitación.

—Más rápido, más duro... —demandaba, y como buen servidor público yo me dediqué a complacer sus demandas—. ¡Sí, así! ¡Más!

Tomando sus piernas una vez más con mis manos, volví a doblarlas hasta que sus rodillas tocaban su pecho y usé mi peso para mantenerlas allí, mientras clavaba mis manos en sus caderas y aumentaba el ritmo y la fuerza de mis embestidas.

Sus gritos se hacían cada vez más fuertes, mis movimientos más frenéticos. Y yo estaba tan concentrado en darle placer que quizás por eso no me di cuenta de que algo extraño estaba sucediendo en mi apartamento.

«Y cuando digo extraño, me refiero a peligroso y altamente perjudicial».

Nos corrimos al mismo tiempo, justo en el momento que sentí la puerta de mi habitación abrirse, seguido de un grito muy agudo y el sonido de algo cayendo en el piso.

—Creo que no llegamos en un buen momento —escuché decir a mi madre.

—¿Tú crees? —fue la respuesta de mi padre antes de que sonara la puerta de mi habitación al cerrarse, seguido de pasos que se alejaban.

Que tus padres entren sin llamar a tu piso usando la llave para emergencias es un coñazo, pero que caminen hasta tu habitación y te encuentren teniendo sexo... bueno, eso es tener muy mala suerte.

Capítulo 20

Control parental.

Flor

«¡Murphy me odia!»

—Mierda, mierda, mierda... —empecé a lloriquear cuando se cerró la puerta de la habitación de Mateo.

Solo a mí puede pasarme que, después del mejor sexo que he tenido en mi vida, me toque conocer a los padres del encantador de serpientes. Padres que, además, acaban de verme desnuda mientras su hijo me empalaba con su anaconda mágica y me hacía gritar como estrella porno.

Y déjenme decir algo, mis gritos no eran lo único que parecía salido de una película para adultos. Sin embargo la situación actual era seria y yo necesitaba recobrar un poco de control. Algo que no iba a conseguir si seguía desnuda y esposada a la cama, mientras la polla de Mateo seguía dentro de mí.

—Trata de mantener la calma —me dijo mientras deslizaba su anaconda fuera de mi coño. Inmediatamente me sentí vacía, incompleta, como si se hubiese llevado consigo un pedazo de mí.

Algo que, si lo piensas bien, es completamente absurdo y ridículo.

«Como todas las cosas que pasan en mi vida, vamos».

—Yo estoy completamente calmada —mentí—. Ahora quítame esto —sacudí mis brazos haciendo sonar el cabecero de su cama con las esposas.

Mateo se bajó de la cama, quitándose el condón en el proceso y tirándolo en la papelera que está junto a su mesita de noche. Recogió sus pantalones y se los puso sin molestarse en volverse a poner la ropa interior, y entonces abrió la gaveta para buscar las llaves y liberarme. O al menos eso era lo que esperaba que hiciera, pero el muy cabrón no se daba prisa y yo estaba poniéndome de los nervios.

Finalmente volvió a la cama, cruzó una pierna por encima de mi abdomen pero apoyó su peso sobre sus rodillas, de modo que tenía a la anaconda muy cerca de mi cara; y usando una pequeña llave liberó una de mis manos.

Suspiré de alivio cuando escuché el mecanismo y sentí que el metal cedía, entonces Mateo tomó mi mano para inspeccionar mi muñeca que había quedado roja de todo el forcejeo que hice contra el metal.

—No debí apretarlas tanto —me dijo a modo de disculpa mientras pasaba la cadena de las esposas a través del cabecero para que mi brazo no estuviera extendido hacia atrás.

—No te preocupes —le respondí mientras intentaba sentarme, solo que no calculé bien mis movimientos y terminé golpeando mi cabeza contra su

nariz, y en el proceso él dejó caer la llave con la que debía abrir el otro lado de las esposas.

—¡Mierda! —dijimos al mismo tiempo.

—Lo siento, lo siento, lo siento —empecé a disculparme rápidamente.

Mateo se dejó caer hacia atrás mientras usaba sus manos para cubrir su nariz, y yo intenté acercarme para ayudarlo. ¿Cómo? No tenía idea. Pero la intención es lo que cuenta ¿no?

—Mateo, hijo... podemos volver después —se escuchó una voz femenina fuera de la puerta, de quien supongo es la mamá de Mateo.

Si se hubiesen quedado callados otro rato pude haber pretendido que no estaban allí, que nunca habían llegado y que nunca fueron testigos del mejor orgasmo de la galaxia.

«Gracias, anaconda extraterrestre».

Pero era difícil pretender, especialmente después de lo que había pasado.

—Yo... —Mateo me miró a los ojos y luego negó con la cabeza haciendo una mueca con la boca que pretendía ser una sonrisa—. Voy a ver qué quieren, vuelvo en un segundo.

Asentí y señalé hacia el cabecero de la cama.

—Yo voy a buscar la llave para quitarme estas —dije mientras movía el brazo del que todavía colgaban sus esposas.

Mateo asintió.

—Entenderé si quieres marcharte —me dijo—. Aunque realmente me gustaría que te quedaras —añadió desde la puerta, y después de decir eso

salió dejándome sola.

—Yo... —no sabía que decir.

¿Podía quedarme? Sí, después de todo no tenía mejores planes. Pero ¿quería hacerlo? ¿Especialmente después de ser pillada en el acto?

«Y cuando hablo del acto lo digo literalmente».

—¿Dónde está el señor José Cuervo³² cuando una más lo necesita? — murmuré para mí misma, y entonces empecé la búsqueda de la llave que Mateo dejó caer para liberarme totalmente de las esposas.

Ayer cuando estuve en su oficina, mientras me restregaba contra su anaconda hasta que vi estrellitas, pensé un par de veces en que usara sus esposas conmigo. Me sorprendió que se acordara, debo confesar.

La mayoría de los hombres, y esto lo sé por experiencia, solo se concentran en una cosa durante el sexo. El orgasmo. Y no precisamente el de la persona con quien están.

Egoísta, lo sé, pero es cierto.

Al menos así ha pasado con mis compañeros de cama. No es una crítica, debo aclarar, porque yo también me concentro exclusivamente en mis asuntos, y cuando he tenido suficiente recojo mis cosas y abandono la escena del crimen.

Empecé a rebuscar entre las almohadas hasta que finalmente encontré la llave de las esposas. Una cosa pequeñita que por fortuna no cayó en el suelo, ya que con ese color tan característico no la hubiese podido encontrar.

Bueno, yo tengo problemas para encontrar cosas pequeñas sin importar de qué color sean, y mientras más urgencia tenga por encontrar el objeto

perdido menores son las probabilidades de que lo consiga.

Rápidamente coloqué la pequeña llave en el orificio que asemejaba su forma, la giré y la parte de las esposas que permanecía cerrada se abrió.

—¡Gracias a Dios! —suspiré aliviada.

Salté de la cama y empecé a recolectar mi ropa. Me puse el sujetador, seguido de la blusa, pero por más que rebuscaba en el piso no lograba encontrar mi tanga.

—No voy a hacer la caminata de la vergüenza sin bragas —me quejé, como si eso fuera a hacerlas aparecer. Entonces empecé a escuchar voces cada vez más cerca.

Me sentí dividida entre seguir buscando mis cosas y quedarme allí a fisgonear una conversación que se suponía era privada, pero al igual que cualquier mujer del planeta, la curiosidad es parte de mi ADN.

—¿Entonces es verdad lo que dijo tu hermano? —Escuché preguntar a la mamá de Mateo—. Sí tienes novia —no sentí ningún reproche en su voz, solo humor. Podría jurar que la señora estaba sonriéndole al encantador de serpientes—. ¿Por qué no nos habías dicho nada?

—Flor no es mi novia —se defendió Mateo, y en seguida se escuchó un resoplido.

—Eso no era lo que parecía hace un momento —escuché decir al padre, y eso me hizo sonrojar.

«Créame, lo último que deseaba era que nos vieran en ese plan. Ni ustedes, ni otra persona».

—¿Se llama Flor? ¿Hace cuánto se conocen? —Preguntó la mamá al

mismo tiempo que habló su esposo—. ¿Por qué no la traes para que la conozca? Puedes invitarla a almorzar con nosotros mañana —sugirió.

Sentí la necesidad de salir y rescatar al rudo policía que parecía incapaz de librarse del interrogatorio de sus padres, por lo que en lugar de insistir en la búsqueda de mis bragas terminé asaltando la ropa interior de Mateo.

No usábamos la misma talla, pero en esta situación llevar unos calzones grandes eran mejor que no tener puesto absolutamente nada.

Era gracioso, ya que lo pensaba, la forma en que Mateo interactuaba con sus padres, como si para ellos todavía él fuera un niño pequeño. Por su reacción al interrogatorio, no dudaba que se sintiera así.

Eso me hizo pensar en mi poca o nula interacción con mis padres, y en cómo ellos habrían reaccionado en caso de ser los que nos encontraran en la cama.

«Nos hubiesen ignorado totalmente. Ese era su estilo. Ignorar todo hasta que los afectara directamente».

Me terminé de vestir y me acerqué al espejo para tratar de domar un poco mi cabello. Cuando salí de la habitación se hizo un silencio incómodo, al menos para mí lo era, y luego la mamá de Mateo me invitó a acercarme a ellos que ahora estaban sentados en la sala.

El encantador de serpientes me miró con una disculpa escrita en el rostro, y yo sonreí intentando tranquilizarlo.

¿Qué era lo peor que podría pasar? Si sus padres tuvieran intenciones de decir algo desagradable sobre mí, lo habrían hecho mientras no estaba en la misma habitación que ellos.

Entonces me vi envuelta en la situación más ridícula posible. Y mira que yo sé de estas cosas, después de todo soy amiga de Melina ¿no? La cuestión es que su madre insistió en invitarme a comer con ellos al día siguiente, cosa que ya había escuchado cuando espiaba su conversación, y no, esa no era la parte ridícula sino en la que yo aceptaba de mil amores acompañarlos.

Mateo y su papá estaban visiblemente sorprendidos de que aceptara, y no eran los únicos. Yo también lo estaba. Mi intención había sido negarme, pero en lugar de eso me escuché a mí misma diciendo que sí.

La única que parecía complacida con el desarrollo de los acontecimientos era la mamá de Mateo. Y fue precisamente al ver su sonrisa que sentí como si hubiese caído en una trampa.

—Mierda... —susurré en un tono tan bajo que apenas alcanzó mis propios oídos.

«Sí, Murphy definitivamente me odia».

Capítulo 21

Mateo Bianchi: experto en planes de contingencia.

Mateo

Cuando Flor se nos unió en la sala imaginé que daría una mejor excusa de la que yo pudiera haber inventado para rechazar la invitación de mis padres, pues al fin y al cabo eso era lo que había hecho desde que la conocí. Dar muestras de su creatividad para evitar situaciones potencialmente incómodas o comprometedoras.

Podías contar con ella para usar tecnicismos si eso significaba evitar algo como una cita, por ejemplo.

Así que, sí, esperaba que Flor rechazara la invitación de mis padres. Y no porque no quisiera pasar tiempo con ella, sino porque es lo último en lo que quieres verte envuelto cuando estás empezando a salir con una persona: conocer a los padres. Sin embargo ella me sorprendió aceptando la invitación.

Y me volvió a sorprender luego, quedándose en mi apartamento después

de que mis padres se marcharan cargando las bolsas con las compras que había dejado olvidadas en mi camioneta.

Ahora ella estaba sentada en mi sala, mirando fijamente sus manos entrelazadas sobre sus muslos como si se tratara de la cosa más interesante del mundo. No tenía idea de qué estaba pensando, o si estaba reconsiderando su decisión de aceptar la invitación de mis padres. Pero si era así, y ella no estaba segura de acompañarnos, yo tenía el deber de darle una salida.

—No tienes que acompañarme mañana si no quieres hacerlo —le dije apenas nos quedamos solos—. Ellos tienen la costumbre de ser un poco insistentes, pero no son malas personas —me sentí obligado a añadir—. Seguro entenderán si no apareces mañana.

—¿Disculpa? —Me preguntó con el ceño fruncido—. No te estaba prestando atención —confesó sonrojándose ligeramente.

—Te decía que mis padres son un poco avasalladores con la gente, pero si no quieres ir mañana a comer con ellos, no estás obligada a hacerlo.

—¿Tú no quieres que vaya? —quiso saber, y tuve que considerar muy bien mi respuesta.

¿Quería que fuera? Coño, sí quería. ¿Pero quería que mis padres o mi hermano usaran la oportunidad para avergonzarme frente a ella? De ninguna manera.

Y sí, ellos aprovecharían esa oportunidad sin pensarlo dos veces.

«Ese era mi dilema, básicamente».

—¡Oh, por Dios! ¡Lo estás pensando! —chilló—. Realmente no quieres que vaya.

—¡No! —Respondí negando con la cabeza—. Es decir sí, sí quiero que vayas.

—¿Quieres o no quieres? —Insistió.

—Me encantaría que fueras —confesé.

—¿Entonces por qué lo pensaste tanto? —quiso saber

—No quiero que te sientas obligada a ir —le dije con sinceridad—. Y mis padres tienen esta tendencia a resultar muy... ¿cómo decirlo?

—¿Agradables? —Intentó adivinar—. ¿Conversadores? ¿Persuasivos? Créeme, lo sé —sonrió—. Es muy difícil decirles que no.

—No eran precisamente las palabras que tenía en mente, pero sí —asentí—. También son eso que acabas de decir —me encogí de hombros—. Tengo que advertirte de una vez, van a intentar que veas todos y cada uno de sus álbumes fotográficos, y van a llenarte los oídos con historias de mi infancia —le dije.

—Mi abuela es igual —respondió entre risas—. Cada vez que alguien nos visitaba en su casa, empieza a sacar fotos y a contar las historias que acompañan cada imagen. Creo que por eso Nacho dejó de reunirse con sus compañeros de trabajo en la casa —se carcajeó—. Por miedo a que mi abuela revelara más datos de su oscuro pasado.

—¿Y tú? ¿Llevas muchos novios a la casa de tu abuela? —no pude evitar preguntarle—. Quiero decir, amigos —corregí—. ¿Sabes qué? No tienes que responder eso.

—Eres una contradicción, ¿sabías? —Me dijo con una sonrisa en los labios—. A veces pareces muy seguro, muy dominante, con esa actitud de

tomo lo que quiero y a la mierda las consecuencias —explicó—. Pero a veces eres todo lo contrario —sonrió más abiertamente—. Hasta te sonrojas —se carcajeó—. Nunca pensé que eso me parecería lindo o sexy, que un hombre se sonroje quiero decir, pero en ti sí me parece.

Tiré de ella, tomándola por sorpresa, y la senté ahorrajadas en mis piernas, con su rostro a pocos centímetros del mío.

—¿Te parezco lindo y sexy? —Pregunté con una sonrisa en la cara.

—¿Eso fue lo único que captaste de todo lo que dije? —Preguntó ella de vuelta.

—No, pero no tengo respuesta para lo demás —me encogí de hombros—. Así que le sacaré provecho a tu preferencia por mi siendo lindo y sexy para echar a andar mi plan de contingencia.

—¿Plan de contingencia? —Se carcajeó.

—Sí, esos que haces cuando todo se va a la mierda —expliqué—. Como hace rato, cuando llegaron mis padres y mataron el ambiente que teníamos en mi habitación. Necesito recuperar el tiempo perdido, y hacer algunos abonos al conteo orgasmos de mañana —añadí—. En caso de que no quieras volver a verme después del dichoso almuerzo.

—Estás muy seguro de que las cosas saldrán mal mañana —sonrió negando con la cabeza.

—Espero que no, pero con mi familia es mejor prepararse para lo peor —me encogí de hombros.

—Entonces vas a tener que explicarme mejor en qué consiste ese plan tuyo —dijo Flor mientras rotaba sus caderas, frotándose contra mi

entrepierna—. Y tendrás que hacerlo muy detalladamente —susurró posando sus labios contra los míos.

—Por supuesto —asentí antes de comérmela a besos y llevarla en mis brazos de vuelta a la cama.

Teníamos un largo día por delante y pensaba aprovechar cada segundo de él.

Capítulo 22

Señales del apocalipsis... o de que quizás las cosas vayan demasiado rápido.

Flor

El sábado por la noche, muy tarde en la noche por cierto, Mateo me trajo de vuelta a mi casa después de pasar muchísimas horas en su cama. No por decisión propia, sino porque yo insistí en que lo hiciera. Esta atracción que había entre nosotros, fuera de irse desvaneciendo, se volvía cada vez más fuerte, más intensa, y pues, pasar la noche en su apartamento, pese a que realmente no fuera una novedad para mí, parecía demasiado. Demasiado íntimo, demasiado pronto.

«Claro, porque la maratón sexual no es nada íntima».

Ese era otro tema. Mateo podía seguir por horas y horas, como si estuviese poseído por el maldito conejo de *Energizer*³³. Impresionante ¿no? Pues, intenta llegar caminando a casa de sus padres como si hubieses recorrido el país a caballo sin sonrojarte, y entonces hablamos.

Y no me refiero a un país pequeño, sino a uno tan grande como Australia, porque así de bueno es mi semental italiano, previamente conocido como el encantador de serpientes.

«Dios bendiga su anaconda. Amén».

Sin embargo, tener sexo como si el mundo se fuese a acabar no fue lo único que hicimos. Mateo fue inflexible con el tema de la cita, tanto que terminé cediendo a sus demandas y acompañándolo a cenar. Por más que traté de no darle mayor importancia al asunto, de verlo como una simple salida, él se esforzó en hacerme sentir especial a cada minuto.

Y vaya que lo consiguió.

No fuimos a un sitio costoso, como pudo haber pasado con alguno de mis antiguos amantes, pero era un lugar bonito y acogedor además de ofrecer una comida fantástica. Durante toda la velada me escuchó hablar sin parar sobre cualquier tontería, mi costumbre de ponerle apodos a todo y a todos, las locuras en las que termino metida junto a mis amigas, mis intentos fallidos en el mundo empresarial..., Mateo lo escuchó sin quejarse, haciendo comentarios aquí y allá, riéndose de mis bromas y mirándome intensamente cada segundo.

Él fue diferente, ¿sabes? No como esos idiotas con los que he salido antes, que me hacen una pregunta y terminan respondiéndose a sí mismos porque les encanta escucharse hablar.

Al final de la velada terminamos conduciendo de vuelta a su apartamento, y allí le mostré qué tan bien me la había pasado en la cena. Varias veces. De diferentes maneras. Mateo estaba a punto de quedarse dormido cuando le pedí que me trajera a mi casa. Debió pensar que se trataba de una broma, porque no hizo ningún esfuerzo por despegar su cuerpo

desnudo del mío y ponerse en movimiento. Pero eventualmente se dio cuenta de que estaba hablando en serio, y a regañadientes me trajo de vuelta a mi casa.

Así que ahora estoy en mi habitación, con los primeros rayos del sol colándose a través de mi ventana, y con buena parte de mi closet encima de la cama sin poder decidir qué usar en mi cita de hoy. La segunda con Mateo, y la primera con sus padres.

«¿En qué coño estaba pensando cuando acepté acompañarlos?»

—No estabas pensando, estúpida —me dije mientras tomaba mi móvil y le marcaba a Ruth. Si alguien podía ayudarme con este problema era ella.

La negociación fue dura, especialmente porque Ruth no sale de su casa los domingos que es su único día de descanso, mucho menos tan temprano, pero después de explicarle brevemente que tenía una pequeña emergencia de vestuario, mi amiga aceptó venir a ayudarme. No sin antes comprometerme a contarle todos los detalles de mi desaparición de ayer. Y cuando digo todos, me refiero a que me amenazó con hacerme un Britney³⁴ si dejaba algún detalle por fuera.

«Sí, mis amigas son unas salvajes».

Sintiéndome un poco más tranquila sobre mi elección de atuendo, porque Ruth no me dejaría salir mal vestida de esta casa, me fui a la cocina para preparar un poco de café y algo para desayunar para las dos.

Faltaban varias horas para mi cita, no muchas pero sí las suficientes como para arreglarme y sorprenderlo cuando viniera por mí, además de darle una buena impresión a sus padres. Algo muy necesario si consideramos las circunstancias en las que me conocieron.

El sonido de la puerta me sacó de mi estado de profunda meditación y me hizo fruncir el ceño. No había manera de que Ruth hubiese llegado tan rápido, ¿es que acaso había aprendido a tele transportarse?

Vistiendo mi enterizo rosado con dibujos de unicornios caminé hacia la puerta para ver de quién se trataba, solo para encontrar a mi hermano vestido con ropa deportiva, cosa que jamás usaba, haciendo malabares con una cesta llena de ropa.

—¿Qué se supone que haces aquí? —Le pregunté apenas lo vi.

—Buenos días para ti también, hermanita —me respondió—. Tengo un pequeño problema con mi lavadora, y voy a usar la tuya si no es molestia.

—¿Cuál es exactamente el problema con tu lavadora? —Le pregunté mientras me hacía a un lado para dejarlo pasar.

Ignacio dejó caer la cesta y soltó un suspiro de alivio, luego me abrazó y me dio un beso en la mejilla.

—El problema, básicamente, es que tengo mucha ropa sucia y no puedo meterla toda en el estúpido aparato sin hacer que se dañe —me explicó—. Así que, para adelantar un poco, traje una parte para lavarla aquí mientras la otra está allá —señaló hacia el techo, y como la idiota que soy seguí la trayectoria de su dedo.

Eso lo hizo reír.

—¿Estás preparando café? —Preguntó olfateando el aire cual perro—. Mataría por una taza.

—Sí, estoy haciendo café —le respondí—. Pero no para compartirlo contigo.

—¿No? —Fingió sorpresa—. ¿Con quién, entonces? ¿Con el hombre que te vino buscando ayer, o con el que te trajo en la madrugada?

—Para tu información, y no porque te deba la explicación —empecé a decir—. El hombre que vino y el que me trajo son la misma persona —le aclaré—. Pero no, tampoco es con él que voy a compartir el café, sino con Ruth que viene en camino.

Ignacio frunció el ceño como por treinta segundos y luego puso esa cara que haces cuando quieres demostrar que no te importa, pero en el fondo sí te importa. No sé si me entiendes. Bueno, esa cara.

—¿Nunca escuchaste a mi abuela decir que donde comen dos, comen tres? —Me preguntó arqueando una ceja—. Nunca antes me habías negado una taza de café.

—Eso es porque te la tomas antes de que pueda decirte que no, idiota —me quejé, y en ese momento volvió a sonar la puerta, interrumpiendo lo que fuera que Nacho estaba a punto de decir.

Dejé a mi hermano con la palabra en la boca y corrí hacia la puerta, encontrando esta vez a mi amiga Ruth parada al otro lado vestida como si una manada de adictas a las compras le hubiese pasado por encima un viernes negro en las puertas de un centro comercial, es decir, destruida.

—¿Qué te pasó? —Le pregunté apenas la vi.

—Creo que me comí algo me cayó mal ayer, porque pasé la peor noche de mi vida —me dijo mientras entraba a la casa—. Vómito, dolor de cabeza, creo que hasta fiebre tuve —suspiró con cansancio—. La única razón por la que no estoy en la cama es porque mi habitación huele horrible y porque tú me llamaste.

—Lo siento —la abracé para consolarla.

—No lo sientas —se quejó saliéndose de mi abrazo, ella odiaba que la trataran como niña pequeña—. Mejor cuéntame cómo te fue en tu cita de ayer, a ver si eso me hace sentir mejor —pidió mientras caminaba hacia la cocina, solo para pararse en seco cuando se encontró a mi hermano sentado allí, tomándose mi café y comiéndose mi comida. Como de costumbre.

—Buenos días, extraña —la saludó Ignacio.

—Flor... —dijo dirigiéndose a mí—. Hay alguien en tu cocina.

—Yo desearía que no hubiese nadie, pero la tienda en la que mis padres consiguieron a este no aceptaban devoluciones —me quejé pasando junto a Nacho y rodeando el mesón para servirme una taza de café antes de que él se lo tomara todo—. ¿Café? —le ofrecí a mi amiga.

—No estoy segura de que mi estómago lo soporte, pero mi cerebro sí que lo necesita —asintió con una sonrisa—. Buenos días para ti también, por cierto —le respondió a mi hermano mientras tomaba asiento junto a él.

Ignacio asintió y le lanzó una mirada curiosa a mi amiga, luego sacó su móvil del bolsillo de su pantalón de chándal y empezó a teclear. Cuando terminó de escribir se tomó el resto de su café y se levantó.

—Bueno hermanita, tengo cosas que hacer —se excusó acercándose para darme un beso—. Yo regreso en un rato.

—Ni se te ocurra dejarme tu ropa sucia, José Ignacio —le advertí mientras caminaba hacia la sala—. O te pones a lavar o te llevas la cesta, pero ni por un minuto pienses que yo voy a encargarme de tus calzones usados.

—¿Acaso te pedí que me lavaras la ropa, Florencia? —Me preguntó

arqueando una ceja, usando mi nombre de pila porque sabe que lo detesto—. No, ¿verdad? ¿Entonces qué te hace pensar que voy a dejarte mi ropa sucia? —siguió diciendo—. Me estoy largando a mi piso para que puedas responderle a tu amiga aquí presente —señaló a Ruth—, lo que te preguntó hace un rato, porque en lo personal no me interesa saber cómo demonios te fue en tu cita de ayer —se quejó—. Así que, con tu permiso, yo me largo.

Con esas palabras como despedida mi hermano terminó de abandonar la cocina, y segundos después se escuchó sonar la puerta principal.

—Alguien amaneció de mal humor... —dijo Ruth sorprendida por la explosión de mi hermano—. Hasta se parece a ti cuando tienes la regla —se burló.

—Sí, bueno... —me encogí de hombros—. Creo que terminó con la novia que tenía —respondí, aunque no estaba muy segura de eso—. El otro día lo conseguí robando mi comida porque supuestamente olvidó hacer las compras —le dije a Ruth, poniendo todas las evidencias juntas para sustentar mi teoría—. Pasa más tiempo que de costumbre en la casa, se le olvida pagar las cuentas y termina en mi sala viendo televisión porque le han suspendido el servicio de cable, está irritable... —suspiré—. No sé, Ruth. Algo raro le pasa, pero no sé cómo hablar con él.

—Eso es estúpido —dijo ella sonriendo—. Es tu hermano, ¿cómo no vas a saber hablar con él?

—Sí, es mi hermano, pero Ignacio es... —no supe cómo describirlo—. Él no va a admitir si tiene problemas, y se va a inventar una distracción para que yo deje de molestarlo, porque así es él —me quejé—. Súper Nacho, el autosuficiente.

—Y yo quejándome de que mi hermano es incapaz de madurar y

tomarse las cosas con seriedad —dijo Ruth en un suspiro—. Ayer me escribió desde un número nuevo, y al parecer extravió otro teléfono —me explicó negando con la cabeza—. Pero si el futuro de la población masculina es pasar de fiesteros universitarios como Tobías, a oficinistas malhumorados y densos como tu hermano Ignacio, entonces estamos jodidas.

—Y tanto —alcé mi taza simulando un brindis, y pensando en qué tan diferente era Mateo de esos dos prototipos que acababa de describir Ruth.

—Lorena tuvo su dosis de decepción fraternal ayer —añadió luego mi amiga—. Su medio hermano le canceló una cita para ir al cine. Sé que descubrir que tenía un hermano mayor no le sentó muy bien a Lore —dijo—. Pero que él no haga ni el menor intento de conocerla y llevarse bien con ella, vamos, eso es un asco.

Tuve que darle la razón en eso. Mi relación con Ignacio no era perfecta, pero al menos él estaba allí.

—¿Hace cuánto que yo no venía a tu casa, por cierto? —Preguntó Ruth de repente—. No recordaba que tuvieras esa cafetera la última vez.

—Creo que fue cuando dejamos el apartamento que compartía con Laura —dije mientras trataba de recordar—. ¿Dos años? ¿Quizás un poco más? —Me encogí de hombros—. No estoy segura. Siempre me esperas afuera porque llevamos prisa y vamos a reunirnos en otro sitio.

Seguimos tomando café mientras comíamos el desayuno que preparé, una tortilla con chorizo y papas junto con unas rebanadas de pan tostado para acompañar, y entre bocado y bocado la puse al día con los acontecimientos del día anterior.

Como necesitaba la opinión de alguien neutral decidí soltarlo todo, desde

el encuentro en la tienda hasta lo que pasó luego en su casa, incluida la visita sorpresa de sus padres y la invitación a comer. Conforme avanzaba con mi relato los ojos de Ruth se hacían cada vez más grandes, hasta que no se aguantó más y soltó la carcajada, canalizando su regadera interna pues bañó de café el mesón, su camiseta y la parte frontal de mi enterizo.

Y esa fue la primera señal de que mi domingo familiar iba a ser un desastre.

—Lo siento —se disculpó sin dejar de reír—. Pero es que tú nunca haces nada a medias, Flor —explicó—. De celibato extremo a maratón sexual, con visita sorpresa de los padres incluida —se burló—. Esas cosas solo te pasan a ti.

Ciertamente, solo me pasaban a mí.

A mí y a la pantera rosa.

«¿Será muy tarde para cancelar?»

Capítulo 23

Charla de chicas.

Flor

Cuando terminamos de comer y de recoger los platos, Ruth y yo nos mudamos a mi habitación para ocuparnos de mi problema de vestuario. Allí empezó a contarme todo lo que me perdí ayer por andar saltando sobre la anaconda alienígena de Mateo.

No me mires así, esa fue la frase que usó Ruth.

Bueno, sí, después de que yo la usara primero, pero ya te he dicho lo impresionante que es así que no me juzgues.

—Melina salió ayer con Superman —me dijo Ruth mientras revisaba la ropa que estaba sobre la cama.

—¿Cómo? —chillé sorprendida y emocionada—. ¡Lo sabía! ¡Yo sabía que a Superman le gustaba Melina!

A veces tener la razón me hace sentir eufórica, así que disculpa los gritos.

—Sí, hija —se burló Ruth—. Ayer estábamos hablando de ti y del policia del sexo cuando Samuel la llamó —soltó una risita—. Las muchachas y yo hicimos una pequeña intervención y atendimos la llamada por ella —me explicó.

—Banda de taradas, ¿qué tanto decían de mí? —Le pregunté.

—Que debías tener telarañas en la chichi por la falta de uso —dijo encogiéndose de hombros—. Y que probablemente tu policia iba a necesitar refuerzos para controlar toda esa energía sexual reprimida —añadió con una sonrisa socarrona en la cara—. En fin, que estábamos comentando eso cuando Superman la llamó y la invitó a salir.

—Pues me alegro que se haya decidido a dar el paso —confesé—. Va a resultar que toda esa mala actitud en la oficina era, como acabas de decir, energía sexual reprimida —dije yo y ambas soltamos una carcajada.

—Ah, y Melina tiene un perro —dijo Ruth entre risas mientras levantaba uno de mis vestidos, uno negro que quedaba por encima de la rodilla y que hacía maravillas con mi pecho, y lo ponía sobre mi cuerpo para ver cómo quedaba—. No sé quién me preocupa más, la verdad. Si el pobre animal o ella.

—No seas así —la reprendí mientras ponía el vestido sobre la cama y tomaba otro para probármelo de la misma forma, uno rosa palo con falda plisada—. Melina es la primera del grupo en intentar tener una mascota, cosa que me sorprende por cierto —añadí luego—. Es como cuando alguien se casa dentro de un grupo, o sale embarazada. A lo que hay que temer es a la reacción en cadena —la miré arqueando una ceja.

—Hablas como si el romance y los embarazos fueran un virus —protestó mi amiga poniendo los brazos en jarras.

—No exactamente, pero se propagan igual —le respondí—. ¿Y bien? ¿Qué crees que deba usar? —le pregunté finalmente.

—Déjame ver cómo te queda puesto el vestido rosa, que ya el vestido negro te lo he visto —sugirió—. Esos son mis dos favoritos. Mientras te cambias voy a revisar tus zapatos y los accesorios —dijo y yo asentí tomando el vestido para probármelo.

Entré al baño y rápidamente me deshice del enterizo para probarme el vestido. No tenía puesto el sujetador, así que mis chicas estaban a la vista pues la tela de la parte superior era casi transparente. Esa era la razón por la que Ruth no me había visto puesto este vestido. Cada vez que intentaba usarlo, me veía al espejo y decidía que lo mejor era que me pusiera otra cosa.

El vestido rosado tenía años en mi armario, sin embargo no me sentía lo suficientemente atrevida como para salir a la calle con él.

Salí del baño para decirle a Ruth todas las razones por las que este vestido era una mala idea, y cuando ella me vio lo supo.

—El negro —dijo antes de que yo pudiera decir algo—. Sus padres ya te vieron desnuda, pero no necesitas recordárselos Sin embargo... —señaló—, cuando vayas a salir de nuevo con él, ya sabes, a solas, ese es el vestido que debes llevar —sugirió con una sonrisa—. O me lo puedes prestar para ver si por fin dejo el celibato —se encogió de hombros haciéndome reír.

Un par de horas después yo estaba vestida y arreglada para salir. Ruth me ayudó a escoger los zapatos y los accesorios para acompañar mi vestido, además de echarme una mano con el maquillaje y mi cabello. Luego se

recostó en mi cama mientras esperábamos a que fuera la hora de que Mateo me recogiera.

En unos pocos segundos se había quedado profundamente dormida, y yo no tuve corazón para despertarla. Especialmente después de pasar la noche enferma. Lo que si hice fue buscar papel y lápiz para dejarle una nota pegada al espejo, diciéndole que había comida en la nevera y que podía quedarse todo el tiempo que quisiera.

En momentos así apreciaba que Ignacio estuviera cerca, porque a pesar de todo sabía que estaría conmigo en caso de que me enfermara. Sí, quizás Nacho fuera un pesado, pero es un pesado confiable.

Si eso tiene algún sentido.

Cuando Mateo llegó ya me había tomado una copa de vino para aplacar los nervios y estaba a punto de servir la segunda. Y menos mal que llegó, porque ir borracha a la comida con sus padres no sonaba a un buen plan.

Apenas me vio una sonrisa se extendió por su rostro, justo antes de que se inclinara para besarme. Pero no fue uno de esos beso superficiales, para no que no se te corra el labial, sino uno de los que te dejan sin aliento y con ganas de cancelar la salida.

—Pensé te encontraría con una excusa preparada para cancelar la cita — confesó contra mis labios—. Pero ahora soy yo el que está buscando una para llevarte a mi casa y no encerrarte allí por las próximas horas.

No pude evitar sonreír y sonrojarme por lo que acababa de decir porque, vamos, yo también quería ir a su casa, más específicamente a su cama, en lugar de almorzar con sus padres.

—Mientras más rápido terminemos con el almuerzo, más rápido puede

arrestarme, señor oficial —le dije antes de lamer su labio inferior y apartarme de él dándole un guiño—. ¿Nos vamos? —pregunté señalando la puerta.

—Vámonos —asintió sonriendo antes de guiarme hasta su camioneta y ayudarme a subir.

Capítulo 24

Domingo familiar. O de porqué conocer a los padres después de la primera cita es un error de proporciones bíblicas.

Flor

Mateo me habló de su familia mientras conducía, contándome sobre su costumbre de reunirse cada domingo para almorzar. Decía que era la ocasión que tenía su madre de tratarlos, a él y a su hermano, como niños pequeños aunque lo único infantil que quedara en ellos fuera la personalidad de Luca.

Yo decidí, ya que estábamos con las confesiones, de hablarle un poco de mi familia. De que mis padres no eran precisamente los más afectuosos, y que difícilmente nos veíamos en las fiestas. Mucho menos para almorzar cada fin de semana.

—Apenas hablé con tus padres ayer y sentí que eran diferentes, ¿sabes? —le dije—. Para los míos lo más importante es lo que diga la gente, su estatus y su círculo social —expliqué—. Mi hermano y yo somos simples elementos para dibujar su imagen de familia perfecta. Por suerte Nacho y yo

siempre tuvimos a mi abuela, que es nuestra cómplice —sonreí mientras le contaba eso—. Y pues, ahora es nuestro turno de cuidar el fuerte mientras ella recorre el mundo en un crucero para jubilados.

Seguimos hablando por un rato hasta que finalmente le respondí una de las preguntas que me hizo ayer mientras me torturaba con su lengua, y con sus dedos, mientras me tenía esposada a la cama.

—Las llaves de tu apartamento... —empecé a decir mientras jugueteaba con mi llavero de Capitán América—. Las tengo desde hace algunos años —ante su mirada sorprendida me sentí obligada a aclarar—. Mi amiga Laura y yo vivimos allí, y nunca devolvimos las llaves —me encogí de hombros—. Las dejamos como recuerdo pensando que el casero cambiaría las cerraduras antes de rentarle a otra persona.

«Algo que, por lo visto, no sucedió».

Intenté devolvérselas, pero insistió en que me las quedara.

—Son tuyas —respondió entre risas—. Aunque debo admitir que ahora tengo una buena excusa para cambiar la cerradura y quitarme de una vez el problema de mis padres y mi hermano entrando en el apartamento como si vivieran allí.

Cuando llegamos a la casa de los padres de Mateo sentí mi nerviosismo retornar con más fuerza. Mi estómago estaba hecho nudos y me sudaban las palmas de las manos. Tomé una respiración profunda y me repetí mentalmente que solo se trataba de una comida, que todo iba a estar bien.

—¿Lista? —Me preguntó Mateo cuando terminó de estacionarse.

Yo sonreí y negué con la cabeza como respuesta, haciéndolo reír también.

—Vamos, encantador de serpientes —le dije—. No estoy lista, pero tengo hambre. Eso tiene que ser suficiente.

—Mi mamá adora cocinar —me respondió—. Y probablemente tendremos comida suficiente como para alimentar un ejército, o un país pequeño —añadió—. El hambre es lo último de lo que debes preocuparte.

—Ah, ¿sí? —me burlé—. ¿Y de qué tengo que preocuparme entonces?

Pero Mateo no tuvo que responder, no de inmediato al menos, porque antes de que pudiera abrir la boca su sus padres, su hermano y una mujer que no conozco aparecieron frente a la camioneta.

—Mierda... —murmuró entre dientes, y me hubiese reído de eso si no lo hubiese visto tan preocupado.

¿A qué se refería exactamente con eso? ¿A sus padres? ¿A su hermano? ¿A la mujer que estaba con ellos? Estuve a punto de recitarle las palabras de autoconfianza que me venía repitiendo a mí misma, de que todo iba a salir bien, pero esto era nuevo para mí. ¿Un domingo familiar? Eso era algo que nunca había hecho. No con mi familia, y ciertamente no con la familia de alguien con quien estuviera saliendo.

Mateo salió de la camioneta y la rodeó para luego abrirme la puerta y ayudarme a bajar, luego me tomó de la mano y me guió hasta donde estaba su familia. Sus padres me recibieron con abrazos y besos, como si estuvieran encantados de volver a verme, y decidí que me agradaba la sensación, el sentirme bienvenida.

Su hermano, al que había conocido en la comisaría, se presentó sin ocultar lo mucho que le divertía la situación en la que se encontraba su hermano, y así se lo hizo saber.

—Gracias hermanito, por mantenerlos entretenidos con tu nueva novia —dijo en voz baja para que sus padres no escucharan—. Así dejan de darme lata y preguntarme cuándo demonios voy a traerles nietos a la casa.

Entonces Luca procedió a presentarme a la chica que los acompañaba mientras entrábamos a la casa. Noté enseguida como Mateo se tensaba a mi lado, y cómo Luca disfrutaba relacionarme con ella mucho más de lo que disfrutaba molestando a su hermano.

«Aquí hay una historia».

Y tenía razón al pensar así.

—Adriana, te presento a Flor, la novia de Mateo —dijo Luca con una sonrisa socarrona en la cara—. Flor, te presento a Adriana. La ex novia de Mateo.

—¿Novia? —preguntó Adriana, al mismo tiempo que yo repetía en mi mente ¿ex?

«Va a ser un almuerzo jodidamente largo e incómodo».

Y conforme a mi predicción, así fue. Muy largo, y muy incómodo. Mateo pasó toda la velada con cara de querer golpear a alguien, y su ex tenía cara de querer golpearme a mí.

La tensión en el ambiente era tan densa que me dificultaba respirar. O quizás estoy siendo un poco dramática aquí, pues al fin y al cabo los padres de Mateo no parecían notarlo.

—¿Y desde cuando son novios? —Preguntó ella en algún momento entre el plato principal y el postre, cuando los padres de Mateo se levantaron de la mesa para buscar algo en la cocina.

¿Qué iba a decirle? Ah, sí, mira... Mateo no es mi novio solo follamos como conejos, no te preocupes. Pues no, porque esa tenía cara de querer volver a comer en ese plato.

«Y no me refiero al que tiene frente a ella en la mesa».

—No creo que eso sea de tu incumbencia —le respondí fingiendo tranquilidad. Y era cierto, no le debía explicaciones a ella, o a nadie para el caso.

Eso la hizo molestar, porque de inmediato se levantó, dejando caer la servilleta, y se marchó pisando más fuerte de lo necesario.

—Lo siento —me disculpé con Mateo y su hermano.

—No tienes que disculparte —respondió Mateo en un suspiro—. El que te debe una disculpa soy yo, pero en mi defensa voy a decir que no sabía que Adriana estaría aquí.

—Y eso sería culpa mía —añadió Luca sin una gota de arrepentimiento, lo que me hizo reír—. Pero quería ver qué tan serio era lo que tenía mi hermanito aquí presente —dijo señalando a Mateo—, con la extraña que irrumpió en su apartamento y terminó alojada en nuestra celda VIP el viernes.

—Estás loco —resoplé negando con la cabeza, luego me giré para ver al encantador de serpientes—. ¿Sabías que tu hermano necesita ayuda siquiátrica? —le pregunté—. Ahora que eres comandante, deberías hacerlo revisar con un profesional. Lo último que esta ciudad necesita es un loco con uniforme suelto y portando armas en las calles —dije en broma—. Es un problema de seguridad pública.

—Sí, tienes razón —asintió Mateo con un intento de sonrisa dirigido a mí, aunque la cara de estoy-a-treinta-segundos-de-matarte que le dedicaba a

su hermano permanecía en su sitio—. Debería hacerlo encerrar, porque definitivamente es una amenaza para la sociedad.

—¿Quién es una amenaza? —Preguntó su madre mientras le ponía un plato con un trozo de tarta de chocolate al frente—. ¿Otra vez están en un caso de esos encubiertos? La última vez te hirieron, Mateo —se quejó la señora—. ¿Por qué estos muchachos no pueden tener un trabajo normal, Giovanni? —le preguntó a su esposo, quien se encogió de hombros sin saber qué decir.

—No, mamá —Luca trató de tranquilizarla—. Ninguno de los dos va de encubierto a ninguna parte —le dijo pero, por la expresión en el rostro de su madre, ella no le creía ni una sola palabra.

Con el postre servido y nuestras copas de vino rellenas, ya era la tercera durante la comida por cierto, la conversación fue apartándose del trabajo de Mateo y Luca para abordar otros que, en apariencia, eran más inofensivos.

—A ver, Flor, que no recuerdo haberte preguntado —dijo entonces la mamá de Mateo—. ¿Cómo fue que se conocieron ustedes?

¿Ves por qué este plan era una mala idea? Sí, y no me lo digas, que ya lo sé. Nadie me obligó a venir. En este enredo me metí yo solita.

—Coincidimos una vez en mi edificio —respondió Mateo por mí—. Y yo la invité a salir.

Es gracioso como, sin decir mentiras, puedas hacer que una historia como la nuestra se convierta en una anécdota romántica. No es que ellos necesitaran saber la parte en que el fulano encuentro sucedía en su cama, estando yo desnuda mientras él dormía sin saber que estaba allí. O que la parte en que me invitaba a salir era en realidad el premio de una apuesta que

nunca pensé que pudiera ganar.

«No sin hacer trampa, al menos».

—¿Sí? —Preguntó sonriente Luca—. ¿Vives en el mismo edificio que mi hermano?

El muy cabrón se lo estaba pasando en grande con toda esta situación. En ese momento decidí que si Mateo no lo mata, yo me encargo de mandarlo al otro mundo y de desaparecer el cadáver. Seguro que las muchachas me ayudan con eso.

—No exactamente —le respondí—. Solía vivir allí, de hecho yo vivía en el mismo apartamento que ahora tiene tu hermano —confesé, y cuando Mateo se giró a mirarme me encogí de hombros—. Estaba allí por casualidad, y pues... sucedió.

Y así continuó el resto de la comida, hasta que finalmente se terminó y pudimos escapar. Cuando subimos a la camioneta, y empezamos a alejarnos de la casa, yo dejé salir toda esa energía nerviosa que me consumía por dentro y empecé a reírme a carcajadas. Pronto Mateo se unió al coro de risas, y así fue como llegamos hasta su edificio. Riéndonos del almuerzo más incómodo y ridículo de la historia.

Hasta que nos miramos directo a los ojos y dejamos de reírnos porque las ganas de saltar encima del otro eran un asunto serio.

Capítulo 25

Alguien allá arriba me odia.

Mateo

Cuando llegamos a casa de mis padres a la última persona a la que esperaba encontrarme era a mi ex. Sí, la había estado evitando desde el momento en que Flor entró a mi vida, y no, no era la forma más madura de enfrentar las cosas, pero eso fue lo que pasó. Así que, sí, cuando la vi parada junto a Luca en la puerta de mi casa puede que haya pensado que alguien allá arriba debía odiarme.

«Lo que no sabía es que tan profundo era su odio».

—¿Qué pasó contigo y con Adriana? —Me preguntó en algún punto del camino de regreso—. ¿Por qué no funcionaron las cosas?

Consideré como responder su pregunta, y me dije que en este caso lo mejor era hablar con la verdad, y que fuera lo que Dios quisiera.

—Adriana y yo fuimos novios durante varios años —empecé a contarle

—. Nos conocimos en la secundaria, y nos hicimos novios en el último año antes de que me enlistara en la academia de policía —le expliqué—. Al principio todo iba bien entre nosotros —hice una pausa mientras giraba en una esquina—. Luego las cosas empezaron a complicarse. Mis horarios eran muy pesados, no le dedicaba mucho tiempo... creo que de alguna manera dejamos de funcionar —me encogí de hombros, porque no tenía otra forma de explicarlo—. Sin embargo yo hice el intento por arreglar nuestra relación, así que organicé unas vacaciones, cuando regresamos ella se mudó conmigo —dejé que la información se asentara entre nosotros—. Pero los problemas no tardaron en volver a aparecer —suspiré con cansancio—. Nada de lo que hacía o decía parecía suficiente para hacerla feliz, supongo que era yo quien no la hacía feliz.

—Los problemas en las parejas no son cosa de uno solo —dijo ella con una mueca en la cara—. Yo he tenido mi buena ración de fracasos amorosos como para saberlo —se encogió de hombros—. Y aunque a veces parezca que es culpa tuya, no siempre es así.

—Pero sí era mi culpa —insistí—. Fui yo el que puso al trabajo en primer lugar siempre.

—Pero es tu trabajo, es lo que te gusta hacer —razonó ella—. Es lógico que lo hicieras. Si ella hubiese tenido algo que la apasionara, ¿tú la habrías apoyado o te habrías quejado de que no te dedicaba suficiente tiempo?

—La habría apoyado —contesté sin dudar.

—Pues eso, que ella fue una egoísta —se cruzó de brazos—. Y una estúpida, la verdad, porque a ver... ¿a quién no le gustaría tener a su propio encantador de serpientes?

Eso me hizo reír, y por un momento me distraje de la historia que estaba

contándole. Si mi propósito era ser honesto, debía decírselo todo.

—Después de que terminamos... —continuó—, después de algún tiempo, nos volvimos a ver —confesé—. Ocasionalmente nos escribíamos y nos juntábamos para desahogarnos —solté de una vez, no tenía propósito seguir dándole largas al asunto—. Cuando amaneciste en mi cama el viernes, pensé que era ella la que estaba conmigo.

—¿Todavía se ven? —Me preguntó, pero no podía adivinar qué estaba pensando pues su expresión no delataba ninguna emoción.

—La última vez que nos juntamos fue hace un mes —le dije con sinceridad—. Y ayer me escribió, pero nunca le respondí.

—Respóndele ahora —me retó enarcando una ceja—. Dile que ya tienes a alguien que se ocupe del asunto

«¿Son celos eso que escucho? Y si es así, ¿por qué, en lugar de molestarme, estoy sonriendo como un idiota?»

—No te rías, estoy hablando en serio —se quejó.

Entonces me orillé y saqué mi móvil, escribí un mensaje con las palabras exactas que me había dicho, se lo mostré y presioné la tecla para enviar. Luego guardé el aparato en el bolsillo de mi pantalón y seguí conduciendo.

Al llegar a mi edificio saqué a Flor cargada de la camioneta. No tenía tiempo que perder. Sentía que en cualquier momento ella iba a decidir que mi loca familia y sus domingos incómodos eran algo para lo que ella no había firmado, pero es que ¿quién firma para eso después de la primera cita? Pueden apostar lo que quieran a que yo no.

De modo que tenía mucho que compensar, y con ese pensamiento

prácticamente volé hasta mi apartamento para depositarla en mi cama y recordarle que no todo lo que el combo Mateo Bianchi incluía era malo. Que también había cosas que valían la pena.

«Como el sexo, por ejemplo».

Si alguien está pendiente de las estadísticas, debe anotar entonces que rompí mi propia marca de tiempo al quitarle el vestido a Flor, y que la velocidad con la que me deshice de mi ropa para luego deslizar mi polla en su coño debe haber roto un récord mundial.

La necesidad de poseerla, de perderme en ella, era apremiante. Demasiado intensa. Era como si no pudiera tener suficiente. Sin embargo mi atracción iba más allá de lo físico, noté, porque además de enterrarme en ella una y otra vez hasta la extenuación también disfrutaba los ratos tranquilos, la conversación, las bromas, la forma en que arruga la nariz cuando está pensando en algo que no le convence del todo, o cómo sus ojos brillan cuando se le ocurre una idea.

Flor era como una cebolla, con tantas capas que era difícil revelar lo que escondía dentro de ella. Era un acertijo. Un misterio. Una pregunta para la que podría pasar la vida buscando respuesta. Y sorprendentemente quería intentarlo. Resolver la incógnita, descubrir sus secretos. Realmente lo deseaba.

Digamos que estaba viviendo uno de esos momentos de iluminación, y estaba tan sumergido en mis pensamientos y tan concentrado en llevar a Flor al orgasmo que no noté que no estábamos usando protección hasta que fue demasiado tarde.

—Mierda —farfullé, y como mi cerebro parece haber sufrido un cortocircuito no hacía más que repetir esa palabra.

«Vamos, macho, que la has cagado».

Por un momento nos quedamos allí, mirándonos sin saber qué decir. No había palabras que fueran lo suficientemente buenas como para disculparme por haber sido descuidado.

—Lo siento, yo... —empecé a decir.

¿En serio, imbécil? Acabas de tener sexo sin protección con una mujer a la que acabas de conocer, y ni siquiera tuviste la decencia de preguntarle antes si tenía algún problema con eso.

«Eso es lo que pasa cuando tienes la cabeza en las nubes, idiota».

—No, también ha sido culpa mía —dijo ella—. Nos dejamos llevar, esas cosas pasan —intentó restarle importancia—. Yo tomo precauciones, y soy muy regular con las pastillas —añadió.

—Yo nunca lo he hecho sin condón —confesé—. Y nos hacen análisis periódicamente por el trabajo. Yo...

Que yo soy un tarado profesional, y entenderé perfectamente si me mandas a tomar viento fresco.

«Sí, lo entenderé, pero odiaré cada segundo en que no te vea».

Flor tomó una respiración profunda y luego puso una de sus manos contra mi pecho como intentando tranquilizarme, cuando el que debería estarla confortando a ella soy yo.

—Somos adultos, Mateo —me mostró una sonrisa nerviosa—. Y no es como si pudiéramos rebobinar la película y cambiar las cosas ¿no?

Yo asentí porque ella tenía razón, no podíamos cambiar las cosas.

Porque si eso fuera posible yo empezaría por cambiar el almuerzo en casa de mis padres, el hacer que las cosas fueran incómodas con Adriana por no ponerme los pantalones y decirle que me interesaba alguien más, y...

«El sábado no te habría dejado salir de mi cama. Sí, eso».

Entonces empecé a analizar las razones por las cuales me había puesto nervioso. No porque tuviese problemas con asumir mi responsabilidad, o porque temiera al compromiso. Lo que me había puesto más nervioso era la posibilidad de que Flor entrara en pánico, pues al fin y al cabo apenas nos conocíamos, y saliera corriendo del apartamento como si la persiguieran mil demonios.

Después del incidente con el condón, o con la ausencia del mismo, nos echamos en la cama a ver una película. Así descubrí que Flor es fanática de Disney y de las películas de superhéroes, y de que prefiere a Marvel sobre DC Comics. También descubrí que uno de sus pasatiempos favoritos es mirar series en *Netflix* y que en los últimos meses había participado en un club de lectura con una de sus amigas solo porque discutían el equivalente literario a películas porno.

«Sus palabras, no las mías».

Yo le conté que era fanático de *Star Wars*, y que siempre supe que quería ser policía. Que me habían ascendido el mismo día que nos conocimos, y que era algo que no me esperaba. Ella me dijo que estaba segura de que haría un buen trabajo, y yo deseé poder tener un poco de esa confianza.

Yo me estaba enganchando a ella. No solo al sexo con ella, sino a todo el paquete, y eso era peligroso porque yo no era bueno para los noviazgos. ¿Para las relaciones casuales? Claro que sí, pero ¿para estar a la altura de las

expectativas de una novia? No tanto. No lo fui antes, ¿quién dice que voy a serlo ahora? Flor podría pensar que la responsabilidad de mi fracaso con Adriana no era solo mía, pero yo sabía muy bien que no era cierto.

A la mitad de la película Flor se había quedado dormida acurrucada contra mi pecho, su brazo rodeando mi abdomen y su pierna sobre la mía. La dejé descansar un rato antes de preguntar si quería volver a su casa o si prefería pasar la noche conmigo, aunque ya me imaginaba su respuesta.

Eso no cambiaba el hecho de que yo estaba deseando que se quedara. Lo cual era curioso, porque realmente me gustaba tener mi propio espacio, mi privacidad. Me sorprendía lo rápido que ella me hacía cambiar de opinión sobre ciertas cosas, la intensidad de lo que me hacía sentir a pesar del poco tiempo de conocerla, y lo dispuesto que estaba a correr tras de ella si es que se le ocurría huir.

«Eso suena a noviazgo no a relación casual, compañero».

Cuando se terminó la película tomé el mando a distancia y apagué el televisor. No era demasiado tarde, pero debía trabajar al día siguiente al igual que Flor. Ella se removió en mis brazos, poniéndose cómoda, entonces me di cuenta de que ya no estaba dormida.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? —le pregunté.

—Solo si tú quieres que me vaya —me respondió.

En lugar de decirlo con palabras, me recosté y la envolví con mis brazos, luego le di un beso en el pelo y cerré los ojos.

—Buenas noches —susurró y yo sonreí.

«Sí, buenas noches».

Capítulo 26

¿Alegre despertar?

Flor

Abrí los ojos y al instante tuve una fuerte sensación de déjà vu. Estaba desnuda en una cama que no era la mía, y una locomotora sonaba peligrosamente cerca de mi oído. Esta vez, en lugar de entrar en pánico, sonreí.

Alcancé mi teléfono, que estaba en la mesita de noche de Mateo, y vi la hora. Tenía suficiente tiempo para llegar a casa, darme un baño e irme a trabajar.

«Incluso tenía tiempo para una pequeña travesura matutina».

Estábamos de medio lado, acurrucados contra el otro. La anaconda de Mateo reposaba contra mi trasero, creciendo por segundos, lo que me dio una idea para despertar a Mateo. Primero probé qué tan dormido estaba, moviéndome lentamente, restregándome contra su longitud. Mi semental

italiano gruñó en su sueño, sin embargo su respiración acompasada me indicó que seguía en los brazos de Morfeo.

«Vamos a ver por cuánto tiempo».

Me deslicé fuera de su abrazo, retiré con delicadeza la sábana que lo cubría y lo observé por unos segundos, deseando grabar la imagen en mi cerebro para después... ya sabes, cuando esté ocupado y no pueda atender mis demandas sexuales.

Entonces recorrí su anaconda con mis dedos, sonriendo como tonta cuando respondía a mi toque. Mateo se removió en la cama, girándose ligeramente hasta que su espalda reposaba completamente contra el colchón. Lentamente me hice espacio entre sus piernas, preguntándome realmente si esto era una buena idea porque, vamos, no le digo anaconda porque sea exótica sino por el tamaño.

«No seas cobarde, Florencia Leal».

Y sin darme tiempo para arrepentimientos, lo tomé en mi boca. Recorrí su polla con mi lengua, tomando la base con mis manos que se movían al compás de mis labios. ¿Recuerdan que dije que Mateo estaba dormido? Pues, no hay manera de que un hombre permanezca dormido mientras le estás dando sexo oral, y mi semental italiano no era diferente.

Sus gruñidos y murmullos de apreciación reemplazaron sus ronquidos de camión descompuesto, y pronto sus caderas empezaron a moverse, follándome la boca con la misma pasión con la que tomaba otras partes de mi cuerpo. Sus manos empuñaron mi cabello, dirigiendo mis movimientos y evitando que me apartara de él.

«Como si pudiera considerarlo siquiera».

Y así seguimos hasta que sus gruñidos de placer se convirtieron en sonidos de advertencia, y hasta que no pudo contenerse más y terminó corriéndose en mi boca.

—Buenos días —le dije luego, mientras limpiaba las comisuras de mis labios con una esquina de su sábana.

Mateo sonrió en respuesta, haciéndome señas para que me acercara a él.

—Buenos días —murmuró contra mis labios antes de besarme.

Los besos de mi encantador de serpientes eran peligrosos. Me hacían desear tener más tiempo, me hacían desear no tener que salir de su cama, pero la realidad llamaba. Era lunes, al fin y al cabo, el maldito lunes como lo llaman algunos, y debíamos ir a trabajar.

—Con lo mucho que me gustaría quedarme aquí contigo, me temo que ahora sí debo pedirte que me lleves a casa —sonreí entre beso y beso—. De lo contrario los dos llegaremos tarde a trabajar.

A regañadientes me dejó ir y empezó a buscar sus pantalones, mientras yo lo imitaba. Vestirme no me tomó mucho tiempo, tampoco calzarme los tacones ni caminar hacia su espejo en su baño para tratar de contener mi cabello en una coleta.

—¿Tienes un cepillo de dientes que pueda usar? —le pregunté.

Entonces él entró y abrió el pequeño gabinete que quedaba oculto tras el espejo, sacó un cepillo en su empaque y me lo tendió con una sonrisa.

—Aquí tienes —dijo.

Sin perder tiempo lavé mis dientes y salpiqué un poco de agua en mi cara, luego me sequé con una toalla que colgaba tras la puerta y salí para

encontrarlo sentado en su cama revisando su móvil.

Apenas me sintió se guardó el aparato en el bolsillo y abrió los brazos para recibirme. No lo pensé dos veces antes de lanzarme hacia él y dejarlo abrazarme.

«Podría acostumbrarme a esto».

¿Pero cuánto tiempo pasaría antes de que la magia se acabara y el cuento se convirtiera en película de horror?

No me mires así. Me queda claro que Mateo no es igual a ningún hombre que haya conocido antes, pero es hombre y la experiencia me dice que ellos tienen una tendencia patológica a decepcionar a las mujeres.

—Me cepillo los dientes y salimos —murmuró contra mi cabello, pidiéndome espacio para levantarse e ir al baño.

Mientras lo esperaba saqué mi móvil y le envié mensajes a Ruth para saber cómo estaba. Ayer me olvidé por completo de ella y eso me hizo sentir la peor amiga del mundo.

Cuando Mateo salió del baño todavía no había recibido respuesta. Tampoco en el camino hacia mi casa, así que imagina mi sorpresa cuando abrí la puerta y la encontré en mi sala, vestida con mi ropa y tomando café junto a Ignacio, como si fueran un par de padres decepcionados porque su hija pequeña no llegó a la hora.

—Supongo que todavía estás viva —le dije a Ruth a modo de saludo.

—Buenos días, hermanita —dijo mi hermano con una de esas sonrisas de sicópata que pone de vez en cuando—. ¿No nos presentas? —Preguntó señalando a Mateo que todavía estaba detrás de mí. Y sin esperar que le

respondiera, Nacho tomó la iniciativa de acercarse y tenderle la mano—. Mucho gusto, Ignacio Leal. El hermano de esta señorita —dijo, y su sonrisa sicópata creció lo que provocó que un escalofrío me recorriera entera.

—¡Hola! —saltó Ruth a saludar también—. Me alegra volverlo y que no sea en la comisaría, señor policía —sonrió mi amiga.

—La mato —dije entre dientes.

La sonrisa de Ignacio se tambaleó y su cara se giró tan rápido hacia mí que probablemente le quedó doliendo el cuello.

—¿Cuándo estuvieron en la comisaría, hermanita? —Me preguntó.

—Hace un par de días —respondió Mateo—. Fueron a la comisaría en la que trabajo como testigos de un asalto —mintió encogiéndose de hombros—. Allí las conocí.

Ruth soltó la carcajada y, por la expresión en su cara, mi hermano no había quedado muy convencido.

—¿Les parece si dejamos la charla para otro día? —Intervine—. Mateo tiene que ir a trabajar, y yo también —añadí, entonces acompañé a Mateo hasta la puerta.

Nos despedimos con un beso rápido en los labios y la promesa de vernos después. Aunque no sabía cuándo era ese después. Luego cerré la puerta y me giré para enfrentarme al par de padres postizos que encontré en mi sala.

Ignacio y Ruth no se contuvieron y soltaron la carcajada cuando vieron mi cara de pocos amigos. Idiotas.

—Lo siento, Florecita —se disculpó mi amiga—. Ignacio me obligó.

—¿Y tú de qué te ríes, estúpido? —le chillé a mi hermano.

—¡Por favor! —resopló—. ¿Viste su cara cuando le pregunté cuando estuvieron en la comisaría? —se carcajeó—. Por cierto, me duele que no me hayas llamado para sacarte.

—¿Ya sabías? —le pregunté, lo que era una tontería porque la respuesta era más que obvia.

Me volteé para enfrentar a Ruth, quien hizo una mueca que pretendía ser una disculpa.

—¿Lo siento? —dijo.

—¿Y me lo preguntas? —seguí chillando—. ¿Es que acaso no sabes si lo sientes o no? —Resoplé harta de esos dos—. Son de lo peor, en serio. No sé cómo me relaciono con gente como ustedes.

—Porque no te queda de otra —gritó Ignacio mientras yo iba a mi habitación para alistarme.

—Buenos días, Florecita —gritó Ruth poco después.

«Sí, y para ti también».

Capítulo 27

Luca se enfrentará al Karma. De eso me encargo yo.

Mateo

Llegué a la comisaría a tiempo para el cambio de guardia, con un morral colgando del hombro y un vaso de café en la mano. Sí, escuchaste bien, un vaso, de esos que tienen capacidad para medio litro. Caminé hacia mi oficina, saludando a mis compañeros al pasar, y de inmediato me puse a revisar los papeles que recibí el viernes en la noche y de los que me había olvidado por completo. Mis credenciales como comandante interino.

Concentrarme fue complicado. Cada vez que mi mirada se paseaba por la oficina, recordaba mi encuentro del viernes con Flor. Cerraba los ojos y veía la expresión de su rostro mientras se corría, y de solo pensar en eso ya tenía la polla más dura que una piedra.

«Como si no hubieses tenido bastante de ella el fin de semana».

La verdad es que, a pesar de todo el tiempo que pasé con ella, dentro de

ella, quería más. Pero pensar en sexo, mientras debería estar trabajando, no beneficiaba a nadie.

Después de poner el escritorio en orden, revisar los casos que se procesaron el fin de semana y responder los correos electrónicos que se empezaban a acumular, le pedí a Martínez que convocara una reunión urgente con todo el personal.

Una hora después estaba en la sala de conferencias rodeado por todos los oficiales, cadetes y demás personal de planta, aguardando lo que tenía que informarles.

—Buenos días, compañeros —los saludé—. Como todos deben estar informados, el viernes pasado se me asignó temporalmente el puesto de comandante —empecé a decir—. El jefe Torres ahora se encuentra cumpliendo responsabilidades administrativas en otra jefatura del precinto, y me ha encargado la tarea de trabajar codo a codo con ustedes —hice una breve pausa para analizar sus reacciones antes de continuar—. Hasta el momento, nuestra comisaría ha mantenido un récord impecable y confío en que, durante el tiempo que esté al frente de la oficina, seguiremos haciéndolo. Por eso me he tomado la libertad de sugerir equipos de trabajo para las tareas más puntuales, y se abrirá un proceso de revisión sobre los grupos existentes para evaluar su rendimiento y necesidades —les informé, y mis compañeros expresaron su acuerdo con lo que acababa de decir, salvo alguna excepción.

«Sí López fue el único que protestó».

Uno a uno les fui asignando responsabilidades a todos, dejándoles saber que los cuadros de guardia tenían que ser reprogramados.

Al tener que cumplir funciones administrativas en horario de oficina, no podría hacer turnos igual que los demás compañeros, así que los demás

tendrían que modificar sus guardias para compensar la falta.

Cuando le tocó al turno al grupo de parranderos que me acompañó en el operativo falso del viernes, empezaron a mirarse los unos con los otros. Pero no fui tan severo con ellos. No con todos, al menos.

Luca era otra historia.

Mi hermano iba a tener su dosis de karma, y me encargaría de eso en persona.

—Luca... —lo llamé cuando terminé de asignarle tareas a Morillo, Marín y Giannivelli—. Según la nueva programación tendrás turnos nocturnos empezando el día de hoy —le informé y no pudo ocultar su sorpresa. Mi hermano estaba ofendido, se le notaba, pero no me diría nada en frente de los demás—. Tu nuevo compañero será Bazaga, ya que López estará trabajando con Martínez y los cadetes.

Ya sé lo que están pensando. Mi hermano junto a uno de los payasos que fingen operativos para irse de parranda es una receta para el desastre, sin embargo hay algo que Luca no tolera, y es que haya un payaso más gracioso que él.

—¿En serio? ¿Con Bazaga? —se quejó—. Sin ofender, compañero —se volteó para decirle y luego volvió a mirarme—. ¿Esto es por lo de ayer?

—¿Qué pasó ayer? —Preguntó Morillo, que era un cotilla.

—Nada que les importe —dije para que Morillo y los demás escucharan—. Y no, Luca. Yo no mezclo mis asuntos personales con el trabajo —añadí, rogando que no se me notara la mentira. Si eso fuera cierto no habría pasado lo que pasó el viernes en la noche dentro de mi oficina, y yo no estuviera buscando excusas para mantenerme fuera de ella.

—Seguro, jefe —se burló Marín—. Vamos a creer en su palabra —dijo después de asegurarse que nadie más, aparte de los involucrados en el falso operativo, lo escuchara.

—¿Entonces Luca y yo tenemos el resto del día libre? —pregunto Bazaga.

Yo asentí en respuesta, recordándoles que su turno empezaba a las seis de la tarde.

—Excelente —suspiró Luca—. Tengo la tarjeta de débito bloqueada, y no pudieron arreglar el problema por teléfono —dijo para todos—. Me habían dicho que pasara por una oficina, pero con mi horario estaba difícil —sonrió—. Ahora gracias a mi hermanito podré hacerlo.

Yo negué con la cabeza, exasperado porque lo que se suponía era un castigo ahora se convertía en tiempo libre y diversión para él. Luca siempre se las arregla para poner las cosas a su favor.

—Bien, arregla eso —le dijo Bazaga—. Así tendrás dinero para invitar el café y las pizzas de la primera ronda.

—Púdrete, Bazaga —le respondió mi hermano mostrándole el dedo medio, y yo sonreí.

El resto de la se fue sin que lo notara, y no fue sino hasta pasado mediodía que pude tomarme un descanso.

Y así fueron pasaron los días, entre largas jornadas de trabajo y noches llenas de sexo con Flor. En su casa o en la mía, no importaba el lugar. Los fines de semana no eran muy diferentes, salvo que no teníamos que ir al trabajo, que Flor me acompañaba cada domingo a la casa de mis padres para almorzar y el sexo no era solo en las noches.

El tiempo se nos escurría como agua entre las manos, y sin darnos cuenta ya teníamos meses viéndonos. Encuentros casuales aquí y allá, pero sin ponerle un nombre a lo nuestro, y eso ya estaba empezando a irritarme.

Sé que a mis padres les dijimos que éramos pareja, pero eso no es exactamente cierto y yo no tengo idea de cómo plantearle el asunto. He sido yo quien en varias ocasiones le ha dicho que no soy material para novio, aunque ella insistía en que no es cierto. Pero ella también ha dicho que su historial de relaciones no es precisamente el mejor.

«Creo que en el fondo no somos más que un par de corazones rotos buscando la pieza que falta para repararse».

Y yo deseaba ser eso para ella, porque estaba convencido que ella era la pieza faltante para mí.

Así pues, un lunes más en el trabajo llegó y yo estaba sumergido en papeles, extrañando estar en la calle con mis compañeros y mirando cada tanto el reloj calculando las horas que faltaban para volver a ver a Flor.

Decidí entonces hacer un receso para comer y escribirle mensajes mientras lo hacía. Necesitaba distraer mi mente del trabajo y ella siempre lograba que me olvidara de las montañas de papel que se acumulaban en mi escritorio. Sin embargo mis planes tuvieron una muerte temprana. Una llamada de emergencia tiene eso, hace que reorganices tus ideas, tus planes, y tu vida.

«Especialmente si la llamada la hace un miembro de tu familia».

Capítulo 28

Florencia Celestina. O de porque los celos son más peligrosos que los carbohidratos para una mujer.

Flor

Los lunes no son mi día favorito de la semana. Especialmente si, además de secretaria, debo hacer las veces de enfermera de mi jefa. Ruth no se estaba sintiendo bien y, por más que insistiera de que el descanso de ayer la había ayudado a mejorar, estaba segura de que necesitaba llevarla a un médico.

Un poco antes de mediodía Lorena pasó por la oficina para ver si yo seguía con vida, según ella porque últimamente no sabía nada de mí, y aproveché pedirle el favor de ir al banco para hacer unos depósitos.

—¿Ahora soy tu mensajera? —se quejó.

—Ruth no se siente bien, y no quiero dejarla sola —le expliqué.

—Eso debe ser que está por bajarle la regla —Lorena le restó importancia—. No debe ser para tanto.

Cuando dijo eso recordé que a mí no me había bajado y que tenía que estar más pendiente, especialmente si a Mateo y a mí se nos sigue olvidando usar preservativos. Hice una nota mental para revisar mi calendario y pasar por la farmacia a comprar mis píldoras, pero sin descuidar la negociación que tenía entre manos.

—Si lo haces, prometo compensarte —ofrecí.

—Solo aceptaré con una condición —propuso—. Pero antes tienes que responderme algo ¿con cuál de los policías estás saliendo? —quiso saber.

Yo no había sido demasiado honesta con mis amigas, y cuando tocaban el tema a través del grupo de *WhatsApp* mantenía mis respuestas vagas para luego desviar la atención a otra cosa.

—¿Con el ogro? —Me encogí de hombros e hice una mueca con la cara.

Mi amiga soltó la carcajada y se sentó en la silla que estaba frente a mi escritorio.

—¿El hermano del policía tierno? —Me preguntó—. No está mal, aunque tanta seriedad no va con mi estilo —se encogió de hombros—. En fin... mi condición es que me consigas el número del otro policía.

—¿Qué ibas a hacer si hubiese salido con Luca en lugar de Mateo? —le pregunté en respuesta.

—Probablemente me habría molestado por unos días, te habría dejado de hablar y hubiese usado cada oportunidad disponible para sabotearte —respondió con sinceridad—. Pero eventualmente se me pasaría, encontraría a alguien más lindo y seguiría con mi vida. ¿Entonces? —insistió—. ¿Me conseguirás el número?

—Lo intentaré —fue lo único que pude decir.

—Bien, ahora dame esos depósitos antes de que me arrepienta —demandó—. Y lleva a nuestra loca a un hospital. Si lo que tiene es contagioso, corremos peligro —dijo.

No supe de Lorena el resto de la tarde, aunque recibí la confirmación electrónica de que los depósitos habían sido procesados. Y llevar a Ruth al hospital no resultó tan sencillo, porque ella no estaba para nada dispuesta a colaborar. Al final tuve que reclutar a mi hermano para que me asistiera.

Mientras revisaban a Ruth le envié mensajes a Mateo, pero pasaban los minutos y no recibía respuesta. Los minutos se convirtieron en horas, la tarde se convirtió en noche y yo seguía sin saber nada.

Mi amiga tuvo que quedarse en observación mientras le hacían unos exámenes, pero todo parecía indicar que se trataba de un virus ya que varias personas habían ingresado al hospital presentando los mismos síntomas.

Yo me quedé con ella y mi hermano se ofreció para ir a casa y buscarnos ropa cómoda, algo de comer y algunos medicamentos que le habían prescrito a Ruth que debían comprarse fuera.

Al encontrarme sin nada que hacer mi mente empezó a plantearse un millón de escenarios distintos sobre porqué Mateo no había dado señales de vida. Pero seguro ya sabes cuál fue el primero que pasó por mi mente.

Sí, eso es correcto.

La ex.

No es que tuviera un problema de confianza, sino que él mismo me había dicho aquel domingo después del almuerzo en casa de sus padres que, a

pesar de no ser pareja, seguían viéndose.

«*Y cuando digo viéndose, me refiero a sin nada de ropa*».

Gruñí como animal salvaje, y con el sonido desperté a Ruth que se me quedó mirando como si hubiese perdido la razón. Yo, no ella.

—¿Pasa algo? —Me preguntó.

—No pasa, ese es precisamente el problema —me quejé—. He pasado todo el día esperando por un mensaje de Mateo, y estoy empezando a pensar que ese mensaje nunca llegará.

—Un momento, mamacita —dijo mi amiga mientras se incorporaba para sentarse—. Primero que nada, relaja esa raja ¿ok? —Instruyó y yo rodé los ojos—. ¿No pasaron todo el fin de semana juntos? Otra vez, debo añadir —me preguntó y yo asentí—. Seguro que el poli es fantástico, les caíste buenísimo a los padres y pasan todo el día, todos los días, follando como si el fin del mundo estuviera cerca, pero él es policía —me recordó—. Y pues, mamita, tú viste hasta qué horas trabajó el viernes que nos detuvieron. ¿Qué te hace pensar que hoy es diferente?

—Odio cuando sueñas tan sensata —le respondí—. Pero es que tú no sabes la historia completa —me quejé.

—¿Y qué esperas para contarme entonces? —respondió imitando mi tono de queja mientras rodaba los ojos.

Entonces le conté todo lo que sabía de la ex de Mateo, y la ponía al corriente de lo que pasó en el almuerzo con los padres y como yo, por estúpida, he insistido en tratar nuestra relación como si fuésemos *fuck buddies*³⁵.

—Mira, Florecita —me dijo mi amiga, aunque ella sabía que detestaba que me dijera así—. Yo no veo cuál es tu problema. Si hubiese algo allí ¿qué necesidad tenía él de decirte nada sobre ella? —me preguntó—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Tienes miedo de que él todavía esté interesado en ella? —insistió—. ¿Estás celosa acaso?

«¿Celosa? ¿Yo?»

—Sí, tú —me señaló con el dedo—. Estás celosa, Florencia Celestina —se burló—. Celosa de la ex del poli —se carcajeó—. Debe gustarte en serio si pones cara de asesina serial solamente porque el pobre hombre tiene una ex —se siguió riendo—. Como si eso fuese tan raro... ¿Qué esperabas? Ni que fuera virgen.

—Virgen, definitivamente, no era —negué con la cabeza.

Eso hizo reír más fuerte a Ruth, quien ya tenía la cara roja y los ojos llenos de lágrimas. Sí, ella es de esas que es capaz de llorar de la risa.

—Y tú tampoco lo eras —trató de recuperar la compostura para seguir hablando—. Deja de estar pensando tonterías, Flor. Ya te responderá cuando pueda hacerlo —me dijo—. Y mucho cuidado con estar acosando a ese pobre hombre en el trabajo, porque de una celda nadie te salva aunque él sea policía.

Sin embargo, como imaginarás, yo no le hice caso al consejo de mi amiga sino que usé mi móvil para buscar a Mateo en redes sociales y fisgonear sus fotos con la ex. Puedes llamarlo invasión a la privacidad, acoso o como quieras, pero la curiosidad era más fuerte que la sensatez.

«No es que yo sea una persona sensata la mayor parte del tiempo».

Encontrar a Mateo en internet es más difícil que encontrar la cura para el

cáncer, debo confesar. Incluso pensé que no tenía perfiles sociales, por aquello de ser policía y eso, pero entonces me topé con la página de su hermano. Si Luca usaba Facebook ¿por qué Mateo no? Fue entonces que se me ocurrió revisar la lista de contactos de su hermano para tratar de localizarlo, y estaba en esa misión cuando empezó a repicar mi móvil.

Era Mateo.

Atendí la llamada de inmediato y salí al pasillo para no molestar a Ruth. Bueno, sí, también salí para que ella no tuviese la oportunidad de cotillear.

—¿Hola? —dije tentativamente.

—¿Flor? —me respondió una voz que no era la de Mateo.

«¡Era Luca! ¿Es que acaso sabía que estaba espiando sus fotos de Facebook?»

—¿Luca? —Me hice la tonta—. ¿Qué haces llamando del móvil de tu hermano?

—Sí, soy yo... mira... —suspiró en el teléfono—. Hubo un incidente en un operativo y Mateo está herido —soltó de golpe—. Yo no puedo quedarme porque tengo que regresar a la comisaría para encargarme de algo importante, y no quiero que se quede solo —me informó—. ¿Puedes ayudarme o necesito llamar a alguien más?

«Yo sabía a quién se refería con alguien más, el muy cabrón. Estaba hablando de la ex».

—Pero llamar a mamá implica tener que decirle que su bebé está herido y que ha sido culpa mía —siguió diciendo—. Por lo que agradecería si me evitaras esa conversación por un rato.

«¡Estúpida! ¡Se refería a su mamá!»

—¿En qué hospital está? —Le pregunté y él me dijo los datos—. Está bien, en un momento estoy allá —le prometí antes de terminar la llamada.

Mientras entraba a la habitación de Ruth le envié un mensaje a Ignacio y él me indicó que ya estaba en el ascensor. Lo esperé y le expliqué lo que estaba pasando, y mientras lo hacía Ruth se despertó solo para darme lata de que ella tenía razón.

—Anda a verlo —me dijo—. Llévate mi carro.

—Pero no quiero dejarte sola —chillé sin saber qué hacer.

—Yo puedo quedarme —se ofreció Ignacio encogiéndose de hombros—. Ruth es como tu hermana, supongo que eso también la convierte en una hermana para mí —dijo, aunque el tono con que dijo la última frase me sonó falso. Ya tendría tiempo después para analizarlo mejor.

Ruth me tendió sus llaves, que le había regresado después de traerla al hospital, y yo salí corriendo hacia el ascensor más cercano. El hospital donde tenían a Mateo no era precisamente el más cercano a mi ubicación actual, así que me esperaba una peligrosa carrera y una que otra infracción de tránsito.

«Solo esperaba no tener tan mala suerte de cruzarme con un fiscal».

Capítulo 29

¡Maldito Murphy!

Mateo

¿Alguna vez escuchaste hablar de Murphy? Sí, el cabrón de las leyes. Pues ese imbécil hizo de las suyas con mi lunes. Después del mensaje de Luca, y de pasar más de una hora intentando adivinar en qué banco de la ciudad se encontraba, me tocó enfrentarme a todas las formas en que una situación de rehenes puede salir mal.

«Y créeme, son muchas formas».

Por suerte ninguna de las personas que estaban dentro de la agencia resultó herida de gravedad, pero ahora tenemos a un criminal en fuga y a tres detenidos bajo custodia de un grupo de policías cabreados porque hirieron a su comandante.

«Es decir, a mí».

Si cerraba los ojos y me concentraba lo suficiente, incluso podía

escuchar la voz de mi madre reprendiéndome por haberme dejado herir.

«Como si uno simplemente se dejara».

Y si ponía un poco más de atención, incluso escuchaba la voz de Flor defendiéndome de mi madre. Ese pensamiento me hizo sonreír.

—Mateo va a estar bien —la escuché decir en mi imaginación en un tono conciliador—. ¿Cómo supo lo que había pasado?

—Bueno muchacha, llamé a la comisaría porque el cabeza loca de Luca no me atendía el teléfono, y un muchacho me dijo que seguramente estaba en el hospital porque habían herido a su hermano —se quejó mi mamá—. Ya va a saber ese muchachito en qué problemas está metido —siguió rezongando, haciendo reír a Flor.

—Y este tontorrón, hasta parece que se estuviera riendo —sollozó mamá—. ¿Cómo se puede reír, si me lo hirieron? ¿Dime? —su voz se rompió por el llanto.

Deseé poder moverme, alcanzarla y darle un abrazo, pero no podía verla. Solo escucharla. Nunca había tenido un sueño tan extraño, y tampoco me había sentido tan impotente en mi vida.

Entonces mi imaginación conjuró una voz extraña pidiendo a las dos mujeres más importantes en mi cerebro dejaran de incomodarme o de lo contrario tendrían que dejar la habitación. ¿En serio? ¿Me van a quitar eso también? Es la única maldita cosa que mantiene mi mente tranquila, sin pensar en cómo les habrá ido a mis compañeros con la persecución del asaltante en fuga. En si habrán más heridos.

«Claro, como si no pudieras pensar en eso mientras las escuchas».

—No lo vamos a incomodar —prometió Flor.

«¡Tú no me incomodas! ¡Lo único que me molesta es que las quieran hacer salir de mi cerebro!».

—¿Cuánto tiempo más crees que mi Mateo estará así? —preguntó mamá después de que una puerta se cerrara.

«¿Cuánto tiempo he estado fuera de servicio?»

—No lo sé —le respondió Flor—. Tendremos que esperar para averiguarlo.

«¡Mierda!»

Capítulo 30

¡No se te ocurra morirte, porque te mato!

Flor

Han pasado tres días desde que ingresaron a Mateo en el hospital. Tres días que ha permanecido inconsciente y en los que me ha tenido más nerviosa de lo que me había sentido en mi vida.

«No son nervios. Tienes miedo, Flor».

Sí, tengo miedo, ¿y qué?

Si no puedo reconocerme a mí misma que estoy cagada del susto, entonces ¿qué?

Los doctores habían insistido en que era normal que siguiera inconsciente, que la pérdida de sangre había sido considerable, pero que ya se encontraba fuera de peligro porque la bala había entrado y salido de su brazo izquierdo sin hacer mayor daño, y que de haber recibido atención más rápida probablemente ya estaría fuera del hospital.

Yo no estaba tan convencida.

Y no lo iba a estar hasta que no lo viera abrir los ojos y decirme por sí mismo que todo estaba bien.

Durante todos estos días he funcionado a media máquina gracias a la ayuda de mi hermano, de Laura y de Lorena. Ruth ya estaba mejor, pero no quería complicar la situación de Mateo trayendo su virus cerca de una persona convaleciente, y yo se lo agradecía.

Había ido a la oficina varias veces durante estos días para que el trabajo no se acumulara, pero solo cuando Luca podía quedarse a relevarme o cuando su mamá insistía que me fuera a descansar. Solo que en lugar de ir a mi casa a dormir, iba a la oficina de Ruth a poner las cosas al día.

«Va a tener que darme un bono por eso».

La única noticia realmente alentadora que había recibido recientemente es que no había quedado embarazada después de nuestro pequeño accidente amoroso, ese en el que olvidamos usar condón por andar de calientes. ¿Cómo lo sabía? La primera noche de Mateo en el hospital me bajó la regla. Y para confirmar me había hecho una de esas pruebas caseras.

«Porque verificar nunca está demás».

El cansancio me superaba a veces, sin embargo seguía allí. En el hospital. Sentada en una silla súper incómoda pero sin quejarme porque al menos estaba al lado suyo. Y en esos momentos de contemplación, cuando no había más nadie sino él, yo y el montón de máquinas que monitoreaban que todo estuviese en orden, cuando imaginaba cómo sería nuestro futuro.

«En caso de que realmente tuviéramos uno».

Los padres de Mateo, que me habían abierto las puertas de su casa cada domingo durante las últimas semanas, se convirtieron también en mi apoyo y me arroparon con el mismo amor con el que cubren a sus hijos. Era un sentimiento extraño para mí. No porque mis padres no me amaran, sino que no expresaban sus sentimientos en la misma forma que el señor Giovanni y la señora Lucia lo hacían.

¿Abrazos, besos, palabras de ánimo y de apoyo? Ese no era su estilo. Con suerte te ganarías una palmada en el hombro si hacías algo bueno, o una mirada severa si se sentían decepcionados, porque ni siquiera cuando mi hermano y yo tuvimos nuestra etapa rebelde logramos conseguir de ellos una reacción.

«Ni siquiera cuando pasó lo de Max».

Cuando mi ex decidió mostrar su verdadera cara y trató de borrar la mía a fuerza de puños, la única reacción de mis padres fue llamar a la policía y pedirme que hiciera mis maletas. Con dieciocho años recién cumplidos ya tenía mi primer fracaso amoroso encima, además del labio partido y dos costillas rotas, por estar buscando afecto en cualquier lugar.

Así fue como terminé en casa de mi abuela la primera vez, y luego en la residencia donde conocí a Ruth, Melina y las demás. Tratando de construir una nueva vida. Y en esa búsqueda incesante de afecto, acompañada de los respectivos fracasos, terminé convertida en el desastre que soy ahora.

Pero no me sentía un desastre junto a Mateo. Si acaso, sentía que finalmente había encontrado al héroe que vestía su capa las veinticuatro horas. Al príncipe que no se convertía en sapo. Y sí, él me hacía sentir miedo, pero no de que me fuera a golpear o hacerme sentir como basura, sino de que un día se diera cuenta de que se merecía algo mejor y me dejara con el

corazón roto.

Por eso atesoraba cada segundo a su lado. Por eso necesitaba más de él.

—Ni se te ocurra morirte, Mateo Bianchi —le advertí mientras recostaba mi frente de su brazo. No estaba segura de que pudiera escucharme, pero lo dije de todas maneras—. No se te ocurra morirte, porque te mato.

Cerré los ojos por un segundo. Demasiado cansada, con demasiado sueño. Con demasiadas ganas de que mi semental italiano finalmente se despertara.

Entonces lo escuché.

Fue algo imperceptible al principio. Como un fantasma, ya sabes, que lo sientes pero no estás completamente segura de que sea real.

Luego aumentó su intensidad, haciéndose sentir por encima de los pitidos de los aparatos, y ese sonido tan perturbador me regaló la primera carcajada en tres días.

«¡Mateo estaba roncando!»

—¿En serio, Mateo? —le pregunté entre risas—. ¿Te amenazo de muerte, y me respondes así? —Me burlé.

Esa vez, cuando cerré los ojos, me permití finalmente descansar. Ahora sí estaba segura de que todo estaría bien.

«Por un rato, al menos».

Capítulo 31

Florencia Leal, enfermera sexy a sus servicios.

Flor

Hace una un par de días que le dieron de alta a Mateo, y desde entonces ha estado con un humor de perros. A pesar de las órdenes de su doctora, el encantador de serpientes se escapó para ir a la comisaría, y lo que fuera que viera allá no hacía nada por mejorar su mal humor.

«Su hermano dice que ese es su estado natural, pero yo sé que no es cierto».

Para darle algo de paz mental sus compañeros empezaron a visitarlo dos veces al día, al final de cada guardia, para darle reportes sobre los casos que tienen en la oficina, o eso me ha dicho su madre por teléfono, y su antiguo jefe lo está cubriendo mientras finaliza su reposo.

Sin embargo eso no ha evitado que Mateo siga dándose a la fuga, así que añadí el apodo de semental fugitivo a su larga lista de nombres de batalla.

«Y el de hombre invisible, porque apenas y lo he visto últimamente».

A su favor diré que yo tampoco he tenido mucho tiempo para visitarlo desde que salió del hospital, así que bien podrían llamarme mujer invisible a mí.

Aprovechando que el viernes era un día cómodo para todas me reuní con Ruth, Lorena y Laura para almorzar, algo que teníamos tiempo sin hacer, y ellas notaron que algo me estaba pasando.

—Oye, ¿estás bien? —Me preguntó Laura.

—¡Claro! —mentí.

Me resultaba muy sencillo hacerlo. Mentir, quiero decir. Porque era más fácil pretender que todo seguía siendo casual, sin complicaciones, en lugar de demostrar lo mucho que toda esta situación me estaba afectando. El tiempo en el hospital, su creciente mal humor, el tener que estar de reposo y todo eso, pues había borrado del mapa la única cosa con la que estábamos conectando.

El sexo.

Yo no sabía qué significaba para él, y después de pasar todo ese tiempo cuidando de él en el hospital mi mente estaba muy confundida. Tú no vas a cuidar a tu amante en el hospital cuando está herido, eso lo hacen las madres, las novias, las esposas... pero no las amantes o las amigas que te follas.

Tampoco sabía qué quería Mateo. Si deseaba seguir igual, o tomarse las cosas como vayan surgiendo, si yo le gustaba o si solo le importaba el sexo. Después de todo así fue que empezó todo ¿no? Y tras casi una semana en el hospital, no era como si hubiésemos tenido mucha oportunidad para conectar. En el sentido literal de la palabra.

«¿Y qué es lo que quieres tú, Flor?»

—Eso tampoco lo sé.

—A ver, ¿qué es lo que no sabes? —Preguntó Ruth—. Porque nos acabas de decir que estás bien, y me parece que eso no es cierto.

—A mí también me lo parece —dijo Lorena—. ¿Esto es por lo del poli?

—Sí... no... —suspiré con cansancio—. Sí, es por él, pero a la vez no —traté de explicar—. Es complicado.

—La vida es complicada, Florencia Josefina —respondió Laura rodando los ojos—. A ver, cuéntale tus problemas a la tía Laura, vamos.

Muy a mi pesar sonreí, y entonces empecé a vaciar mi corazón en frente de mis amigas. Desde el principio. No de los tiempos, aclaro, pero sí les hice un pequeño recuento de mi vida antes de conocerlas, les recordé mis múltiples fracasos amorosos y les traté de explicar cómo me sentía con Mateo. Quizás ellas pudieran ayudarme a poner mi cabeza en orden.

—Primero que nada... —empezó Lorena—. ¿Por qué carajo nos estamos enterando ahora de que tuviste un novio abusivo antes de entrar a la universidad? —me preguntó, y sí, adivinaste. Mi amiga no estaba feliz.

—Sí, eso dolió —asintió Laura dándole la razón, sin embargo Ruth se mantuvo en silencio.

—Eso pasó hace mucho tiempo —intenté quitarle importancia.

—Pudo haber pasado hace cuatrocientos mil años —respondió Laura—. Pero está claro que todavía te está afectando la cabeza.

Eso me hizo fruncir el ceño.

«¡Claro que no me afectaba! ¿De qué coño está hablando Laura?»

—Ya lo superé —me defendí—. Eso no me afecta para nada.

—Baja autoestima, cero confianza en el sexo opuesto, aislamiento, abuso de alcohol, indecisión... —empezó a enumerar Laura, y en ese momento maldije su licenciatura en psicología—. Ahí estaban todas las señales y nosotras no las vimos —dijo con pesar—. Y lo siento por eso —añadió—. Pero ya va siendo hora que dejes de darle el poder de joderte la vida a ese cabrón que tuviste de novio, que seguramente ni siquiera sabía qué hacer con tanta mujer que eras, que eres, y le resultó más fácil tratar de quebrarte que intentar entenderte.

—Laura tiene razón —dijo finalmente Ruth—. Ha pasado mucho tiempo, y ya es hora de que te des la oportunidad de... no sé, encontrar el amor y ser feliz —suspiró con pesar.

—¿Te estás escuchando? —Me reí sin ganas—. ¿Amor? ¿Ser feliz? ¿Eso existe en la vida real? —Negué con la cabeza.

—Pues ahí tienes a Melina y a Superman —Laura se encogió de hombros—. Solo bastó que Melina lo atropellara para que las cosas empezaran a funcionar entre ellos.

—Pensé que la serenata que le dimos había resuelto el problema —comentó Lorena con el ceño fruncido.

—Eso definitivamente encendió la llama —se carcajeó Laura, pero Ruth no había terminado con lo que tenía que decir así que las hizo callar.

—No sé si tu felicidad sea el poli, o sea otra persona, pero si sigues huyendo de los hombres cuando te empiezan a dar señales de que quieren algo serio... —dejó la frase en el aire, y no era difícil adivinar lo que seguía.

«Te vas a quedar sola, amargada y con un montón de gatos».

—Lo de tu policía tómatelo con calma —me aconsejó Lorena—. Recién salió del hospital y, por lo que tú misma me has dicho, está llevando muy mal tener que hacerse a un lado y dejar que sus compañeros hagan el trabajo por él —explicó—. Dale tiempo, o dale una distracción, eso también ayuda.

—La única distracción que se me ocurre es el sexo y bueno... —rodé los ojos—, tampoco es que pueda hacer mucho en ese departamento mientras esté de reposo ¿no?

—Puedes preguntarle a su doctora —sugirió Lorena encogiéndose de hombros.

—O puedes darle una mamada y algo de acción manual... seguro que puedes alegrarle el día con eso —se burló Laura—. No sé, quizás un baile sexy o alguna de esas cosas —dijo encogiéndose de hombros—. Al fin y al cabo, la herida fue en el brazo no en la polla —justificó su idea—. En la tienda llegaron unos disfraces, y cuando los vi en la única persona en que pensé fuiste tú.

—Claro, porque tú no te atreverías a ponerte uno de esos —le dijo Lorena entre risas—. A veces me pregunto cómo fue que terminaste trabajando en una *sex shop*³⁶.

—Era lo único disponible y necesitaba el dinero —Laura se encogió de hombros—. Además, de vez en cuando tengo oportunidad de practicar mi profesión con los clientes —dijo con una sonrisa—. Te sorprenderías de las cosas que veo allí.

Ruth soltó una carcajada.

—Laura es la única que intentaría sicoanalizar a los clientes de una

tienda de juguetes sexuales —siguió riéndose, apenas conteniendo las lágrimas.

Así fue como terminamos en la tienda en la que Laura trabajaba, y esta vez no podíamos culpar al alcohol de nuestras locas decisiones porque no habíamos tomado ni una sola gota.

Con la ayuda de mis amigas encontré lo que, según ellas, necesitaba para distraer a Mateo de sus problemas. Una larga lista de artículos, nada baratos además, que en teoría deberían ayudarlo a aliviar un poco la tensión y a mejorar su humor.

«Y de verdad esperaba que tuvieran razón en eso».

Ruth me dijo que podía tomarme libre el resto de la tarde, porque al fin y al cabo no teníamos trabajo pendiente. Y eso era gracias a mis súper poderes para mantener las tareas al día mientras Ruth estuvo enferma, aunque luego yo pareciera un zombi. Además, me dijo que podía llevarme su carro si la llevaba antes a su casa y la pasaba a recoger en la mañana para ir a la oficina.

—Bien —acepté—. Vámonos entonces.

Tomé mis cosas y salí de la tienda detrás de Ruth, cargamos mis cosas en su carro y ella me dio las llaves para que condujera. El viaje a su casa fue corto y silencioso, yo me estaba poniendo nerviosa y ni siquiera sabía por qué.

—Relájate, Florecita —dijo mi amiga antes de bajarse del auto—. Vas a pasarla bien con tu hombre, a divertirse un rato y hacer que él se sienta mejor —me recordó—. No vas a pedirle matrimonio, ni a ponerle una etiqueta a lo que tienen, así que deja los nervios.

—Ahora va a resultar que tienes poderes síquicos —me burlé.

—No pero, aunque tú no lo creas, eres bastante fácil de leer —me respondió con una sonrisa—. Que nos hagamos las tontas a veces y te dejemos pensar que nos engañas, eso es otra cosa.

En ese momento sonó su móvil, y ella se detuvo para revisarlo. Primero frunció el ceño, pero poco a poco empezó a formarse una sonrisa en su cara, y en nada estaba riéndose a carcajadas.

—¿Compartes el chiste con la clase? —Me burlé.

—Alguien ha estado enviándome mensajes por error desde hace varias semanas —me explicó—. Y desde que nos dimos cuenta de que no le escribíamos a la persona que pensábamos, seguimos en contacto —dijo después.

—¿Y te envía chistes, fotos desnudo y cosas por el estilo? —Le pregunté—. Porque de otra forma no entiendo la risita —dije con una sonrisa, y mi amiga se sonrojó.

—No, no me ha enviado fotos —negó con la cabeza tratando de ocultar su sonrisa—. No sé cómo es, o como se llama. Solo escribimos tonterías, mira... —y me mostró el aparato para que leyera.

Los mensajes eran de lo más inofensivos. Un saludo en la mañana, un par de chistes malos mientras decía estar tomando el café, pidiéndole ayuda para elegir un tipo de pizza para cenar, contándole lo aburrido que está en el trabajo o lo mucho que le gustaría estar de vacaciones..., hasta que llegué al último mensaje, en el que le cuenta cómo se lastimó la polla con la cremallera de su pantalón.

—Te puedo prestar el disfraz de enfermera para que vayas a atenderlo —me burlé devolviéndole su móvil.

—No, lo nuestro no es así —se defendió.

—¿Lo de ustedes? —Solté la risa—. ¡Pero si me dijiste que no lo conoces!

—Sí, es cierto —suspiró ella—. Aunque a veces siento como si lo conociera desde hace mucho tiempo —sonrió con ilusión—. Y me agrada.

—¿Por qué no me habías contado sobre esto? —le pregunté.

—Como si tú fueras mejor que yo compartiendo información —me respondió arqueando una ceja y cruzándose de brazos.

—Lamento no haberte dicho nada —confesé—. Si con alguien he podido contar todos estos años es contigo —admití—. No es que las demás no estuvieran para mí, pero tú y yo hemos pasado más cosas juntas... y, bueno... —respiré profundo tratando de tragarme el nudo que se me hizo en la garganta—. Tú eres como una hermana para mí.

—Y tú para mí —dijo Ruth inclinándose para abrazarme—. Lo único que lamento de eso es tener un hermano postizo como Ignacio —se alejó negando con la cabeza—. ¡Es insufrible! Cuando se quedó conmigo en el hospital no hacía más que mandar y regañarme como si fuera mi padre —resopló—. ¡No lo soporto!

—Bienvenida al club —me reí—. De verdad no sé qué le pasa a mi hermano —admití—. Él no era así... —le dije a mi amiga—. Quiero decir, sí es un dolor en el trasero, pero nunca se había comportado como un dictador.

—No es culpa tuya que tu hermano sea un patán, así que no te preocupes —respondió—. Ahora vete a atender tu policía.

—Al encantador de serpientes —le dije finalmente el apodo que le había

puesto. Uno de los tantos que tenía ahora.

—No quiero saber por qué le dices así —se carcajeó al tiempo que abría la puerta para bajarse—. En serio, no quiero saberlo.

—Es que tiene una anaconda gigante que.... —empecé a decirle mientras ella saltaba fuera del carro cubriéndose los oídos con las manos y chillando como niña pequeña.

—¡Te odio! —me gritó mientras me inclinaba para cerrar la puerta que ella dejó abierta, así que bajé el vidrio de mi puerta y saqué la cabeza para responderle.

—¡No es cierto! —y con esas palabras me despedí de ella, porque tenía una misión importante.

Iba a canalizar a mi enfermera sexy interior.

«¡Chúpate esa, Anastasia³⁷!»

Capítulo 32

Llegó el momento de la verdad.

Flor

De camino al apartamento de Mateo llamé a una amiga que es enfermera, de las de verdad, y le pregunté qué tan lejos podía llegar con mi semental italiano considerando su condición actual. Y ella, después de reírse de mí por unos cuantos minutos, finalmente se dio cuenta de que estaba hablando en serio.

—Eres la única persona que conozco que llamaría, diciendo que se trata de algo serio, para preguntarme cuándo puede tener sexo con el novio herido —se burló.

—Es que es algo serio —insistí—. Es serio e importante —me reí—. Pero ya, fuera de bromas. Él ha estado algo gruñón y quería hacer algo para animarlo, solo que no sé qué tanto puedo dejarlo hacer —le dije con sinceridad.

Mateo tiene la tendencia a ser un poco dominante en la cama, algo que descubrí me pone bastante. Su afán por llevar el control lo ha llevado a esposarme a la cama, cosa que fue espectacular aunque la primera vez sus padres nos hayan pillado *in fraganti*, vendarme y amordazarme. Esto último porque según él a veces soy muy ruidosa y los vecinos se pueden quejar. Todo muy *light* y divertido. En ninguna de las ocasiones que estuvimos juntos, que fueron muchas, intentó de maltratarme de ningún modo.

Dejarme esposar, vendar y amordazar por Mateo era un ejercicio de confianza para mí, debido a mi pasado. Laura tenía razón al decir que no lo he superado totalmente, pero hago el esfuerzo de dejarlo atrás y seguir con mi vida.

«Al final va a resultar que necesito terapia y todo eso».

—Mientras no haga ningún esfuerzo con el brazo que tiene herido, no veo el problema —me dijo mi amiga Brunella—. Si disfruta tener el control en la cama, probablemente no le haga ninguna gracia que tomes las riendas, pero recuérdale que si se porta mal se acaba la fiesta —se carcajeó—. Eso seguramente haga que colabore.

En mi mente empecé a dar saltos de alegría, volteretas dignas de una gimnasta olímpica y una que otra danza que no era precisamente de la victoria, pero mi cuerpo permaneció en el asiento del piloto del carro de Ruth mientras ponía la luz de cruce para ir a mi casa antes de ir al encuentro de mi hombre.

«Sí, mío. Porque voy a reclamar al encantador de serpientes de tal modo que no le quedarán ganas de mirar para los lados».

—Gracias, Bru —me despedí de mi amiga—. Nos vemos una tarde de estas para un café ¿no?

—Seguro —respondió—. Te dejo envió un mensaje apenas tenga un día libre.

Nos despedimos y terminé la llamada mientras mentalmente hacía planes para el resto del día, y para el fin de semana. Me estacioné frente a mi casa pocos minutos después, corrí a mi habitación y empecé a quitarme la ropa que llevaba puesta.

Salté a la ducha para refrescarme y repasar mis piernas, además de otras áreas, con la maquinilla de afeitar; luego me apliqué crema hidratante en tiempo récord y empecé a vestirme con el disfraz de enfermera sexy que Laura me hizo comprar, que consistía en un sujetador rojo de encaje, una tanga blanca con el símbolo de la cruz roja al frente, medias de nailon blancas que daban a la altura de las rodillas y que estaban decoradas con un lazo rojo al frente, además de un top blanco que haría las veces de bata, que era más lo que enseñaba de lo que cubría.

Cuidadosamente me apliqué el maquillaje y me arreglé el cabello, poniendo el toque final a mi disfraz con el pequeño sombrero de enfermera, y luego saqué de mi armario un abrigo negro que tenía años sin usar, pero que cubriría lo suficiente como para hacer un show al revelar lo que llevaba debajo, y luego saqué de mi armario unos tacones rojos y una bolsa de deporte en la que eché un cambio de ropa, mis artículos de aseo, bragas y otro sujetador.

Ya iba de salida cuando recordé que no había sacado nada, aparte del disfraz, de entre mis compras así que revisé una vez más todas las cosas que las chicas insistieron en que comprara y las eché también en la bolsa de deporte. Un vibrador nuevo, unas esposas que parecían las hermanas *glam*³⁸ de las que Mateo usaba para trabajar, un estetoscopio de juguete, aceite para

masajes, ropa interior comestible..., prácticamente tenía un artículo de cada cosa que Laura vendía.

«Bueno, tampoco, pero sí eran más cosas de las que hubiese comprado de haber entrado sola a la tienda».

Cuando pensé que tenía todo lo necesario, dejé mi habitación y mi casa, y conduje hacia el edificio de Mateo. Energía nerviosa recorría todo mi cuerpo y una sonrisa luchaba por apoderarse de mi cara. Me estaba estacionando cuando vi salir a Luca del edificio con cara de haber discutido con su hermano, y eso me hizo reafirmarme en mi propósito. Debía hacer algo para animarlo, y debía hacerlo pronto.

«Y si la oportunidad sirve para averiguar hacia dónde vamos, pues, mucho mejor».

Capítulo 33

Llego la hora de ponerse los pantalones, Mateo. ¿Pero no será mejor si te los quitas?

Mateo

Estaba sentado en el sofá de mi sala, sintiéndome como la mierda por tener que estar aquí encerrado sin poder hacer nada para liberarme porque cuando mi hermano y mis compañeros me vieron llegar a la comisaría la primera vez, el día después que me dieran de alta, empezaron a hacer turnos para vigilarme y frustrar mis intentos de fuga.

«Sí, porque eso es lo que realmente hacen».

Ellos creen que no me he dado cuenta que se estacionan a pocos metros del edificio, y que cuando ven que intento largarme se acercan fingiendo tener informes que debo revisar.

Pero mi hermano y mis compañeros no eran mis únicos carceleros. Mis padres también tomaron turnos para hacer de niños y, por mucho que los

ame, eso me estaba enloqueciendo.

—Ya sé lo que siente la gente que meto en las celdas de la comisaría —resoplé mientras me ponía de pie y caminaba hacia mi habitación. Pero mi caminata se vio interrumpida por un par de golpes en la puerta.

—Si vienen a joderme la paciencia con otro informe mal hecho, ya van a ver de lo que soy capaz —empecé a quejarme en voz para que la persona al otro lado de la puerta escuchara.

Al abrir me encontré a Luca vistiendo su uniforme con los brazos cruzados a la altura del pecho y una ceja arqueada.

—¿De qué eres capaz, Mateo Alessandro? —Se burló mi hermano—. ¿De perseguirme por todo el edificio con una escoba? Porque esa es la única arma a la que tienes acceso desde que estás de baja médica, idiota.

—Como si necesitara un arma para enseñarte una lección, cabronazo —resoplé.

—Si vas a seguir con tu actitud de mierda, voy a tener que llamar a mamá —me amenazó—. Y yo que pensé que te traía buenas noticias, a ver si se te quitaba esa cara de culo.

—Pasa, idiota, y deja de decir ridiculeces —me hice a un lado para dejarlo pasar pero por accidente chocó contra mi brazo, en el que me hirieron, haciéndome soltar una retahíla de maldiciones.

—Te juro que ha sido sin intención —dijo Luca dando un paso hacia atrás y poniendo sus manos al frente en una postura defensiva.

—Dime de una vez lo que viniste a decir —le exigí, mi humor más agrio de lo habitual gracias al dolor en el brazo.

«Claro, échale la culpa al dolor del brazo y no al que tienes en otro lado».

—Que el comandante llamó a tu doctora para preguntarle cuándo puedes regresar a la comisaría —me informó mientras se ponía cómodo en mi sala—. A pesar de lo bien que le caemos a Torres, creo que no está disfrutando tener que lidiar con nosotros otra vez —explicó.

—¿Y? —lo animé a continuar, quizás sonando demasiado ansioso. Pero en lugar de decirlo de una buena vez, el cabrón de mi hermano empezó a reírse de mí.

—Cualquiera pensaría que te voy a decir cuando tienes permiso para tener sexo, no cuando debes volver al trabajo —se burló, y yo tuve que contenerme para no romperle la cara.

—Si vas a empezar con las tonterías puedes largarte de una buena vez —le advertí—. Me estás colmando la paciencia.

—Claro, como si tú fueras un paseo por el parque —se levantó del sofá y empezó a caminar hacia la salida—. El lunes, imbécil. Puedes regresar el lunes —se detuvo antes de abrir la puerta y se volteó a mirarme—. Y llama a tu novia a ver si te quita ese humor de mierda que tienes, porque ya no te soporta ni Dios —se quejó antes de salir dando un portazo.

¿El lunes? ¿En dos días? ¿Puedo volver al trabajo en dos malditos días?

«¡Por fin!»

Es la primera buena noticia que recibo desde que me dejaron abandonar el hospital, y una distracción que agradezco. Sumergirme en el trabajo mantendrá mi mente ocupada, en lugar de pasar todo el día encerrado en estas cuatro paredes, preguntándome cuándo Flor cruzará esa puerta.

O la tocará.

«Aunque te gustaría que tocara otra cosa ¿no?»

—¡Idiota! —me dije a mí mismo mientras me levantaba del mueble en el que me senté para escuchar a Luca, y en el que me quedé postrado como el estúpido que era cuando se largó—. ¿Por qué no la llamas? Ah, claro. Porque tienes miedo de que te diga que no quiere verte, que cuidar un enfermo en el hospital fue algo para lo que ella no se ofreció sino que tu hermano prácticamente la obligó, y que ya había tenido suficiente de tu drama policial. Como Adriana.

«Pero... ¿y si no es así?»

Eso era algo en lo que no había pensado. En la alternativa. Que Flor estuviera ocupada poniéndose al día con su trabajo después de faltar por acompañarme. En que ella quisiera venir, pero que no pudiera hacerlo.

De sobra me había demostrado que ella y mi ex no eran ni remotamente parecidas, y ¿qué había hecho yo? Pensar mal y comportarme como un idiota amargado por algo que solo pasaba en mi cabeza.

—¿Por qué no había pensado en eso? —me pregunté mientras la puerta volvía a sonar—. Claro, porque eres un cobarde de mierda.

Tenía que aclararme de una vez por todas y decirle lo que sentía, porque ni ella es adivina ni yo soy telépata³⁹.

«Es tiempo de que te pongas los pantalones, Mateo».

Entonces abrí la puerta y la vi. Flor estaba parada frente a mí vistiendo un abrigo negro que le cubría hasta las rodillas, bajo el que se veían unas medias de nailon blancas que terminaban en unos tacones rojos. En su cabeza

llevaba lo que parecía un sombrero de enfermera, y en las manos sujetaba una bolsa de deporte que usualmente traía cuando pasaba el fin de semana conmigo.

Dejó caer la bolsa y abrió ligeramente el abrigo para mostrarme lo que llevaba debajo, y en ese momento sentí que moría y me iba al cielo.

—¿Puedo pasar? —Me preguntó con una sonrisa seductora en los labios.

«Como si yo fuese capaz de negarle algo a esta mujer».

Asentí y me hice a un lado, y cuando ella entró a mi apartamento levanté su bolsa y caminé tras ella. Flor fue directa hacia mi habitación, y allí la encontré deshaciéndose de su abrigo y dejándolo dentro de mi armario. Revelando completamente su traje de enfermera sexy. Entonces se giró para verme y negó con la cabeza.

—Me dijeron que estás siendo un paciente realmente terrible —dijo como si estuviera decepcionada—. Y vine a ver si era verdad.

—Yo... —empecé a decir, pero ella me hizo callar, me quitó su bolsa de las manos y me ordenó acostarme en la cama.

Hice lo que me decía y observé atentamente como sacaba cosas de la bolsa, poniéndolas sobre mi escritorio. Y con cada artículo mi ritmo cardíaco enloquecía.

«¿Flor había venido a cuidarme o a matarme?»

No lo sabía, pero estaba muriendo por descubrirlo.

—No te preocupes, encantador de serpientes —me dijo tomando un vibrador rosa que acababa de poner en mi escritorio para luego caminar hacia mi cama—. Te voy a hacer sentir muy, pero muy bien.

«Y yo pensando en ponerme los pantalones para hablar con ella... ¿No será mejor si me los quito?»

Capítulo 34

Dicen que la verdad te hará libre. Y creo que tienen razón.

Flor

—Te voy a hacer sentir muy, pero muy bien.

Me escuché decir las palabras, sonando como la actriz de una película porno de bajo presupuesto y casi me echo a reír. Pero estaba siendo sincera, quería hacerlo sentir bien. Mejor que bien.

Puse el vibrador rosado junto a sus pies, en el borde de la cama, y subí quedándome de rodillas entre sus piernas que se habían abierto para hacerme espacio.

—Vas a quedarte allí, y vas a observar —le dije—. Si te mueves, o haces algo que pueda lastimarte el brazo, voy a recoger mis cosas y me largaré a mi casa ¿entendido?

—Sí, señora —respondió con una sonrisa.

—Bien —sonreí de vuelta.

Entonces empecé a desabrochar sus pantalones y Mateo intentó tirar de mi cuerpo para que me acercara más a él. Me aparté de inmediato y crucé los brazos sobre mi pecho, haciéndolos elevarse. La mirada del encantador de serpientes fue directo al punto, como siempre, y yo puse cara de estar molesta aunque el fondo me estuviera divirtiendo.

—Te digo que no te muevas y es lo primero que haces —me quejé—. Voy a tener que castigarte, porque estás siendo un paciente muy malo.

Bajé de la cama y tomé mis esposas, entonces caminé hacia donde tenía el brazo bueno y lo esposé al cabecero de la cama. Claro que se resistió, pero al final no le quedaba otra. O se dejaba, o no había acción. No había más alternativas.

—Mucho mejor —sonreí—. Y si te atreves a usar el otro brazo, estarás en muchos problemas.

Volví a mi posición entre sus piernas y terminé de desabrochar su pantalón solo para descubrir que no llevaba ropa interior. Lo miré con una ceja arqueada y, como pudo, Mateo se encogió de hombros.

—Intenta vestirme usando un solo brazo y me cuentas —dijo a modo de explicación y yo no pude evitar carcajearme.

—Tranquilo, aquí estoy para echarle una mano —le guiñé el ojo, y entonces fue él quien se echó a reír por el doble sentido que llevaban mis palabras.

La risa de Mateo era contagiosa. Él sonreía con toda su cara. Sus ojos casi desaparecían cuando lo hacía, y bajo casi una semana de barba se asomaban un par de arruguitas que parecían destacar su expresión como si

fueran reflectores. El sonido hacía vibrar su pecho y hacía que algo dentro de mí se agitara, especialmente cuando recordaba que él no se mostraba así de libre con todo el mundo, como si su buen humor fuera un espectáculo que no todo el mundo mereciera presenciar.

—Te extrañé —dijo él—. Todos estos días estuve pensando que tal vez ya te habías cansado de lidiar conmigo y con todo mi drama, los horarios locos, el peligro... —negó con la cabeza y aunque su sonrisa perdió algo de su fuerza no desapareció por completo—. Tuve miedo —confesó—. Miedo de no volver a verte. Por eso me alegra que estés aquí.

—Yo también te extrañé —confesé y respiré profundo antes de seguir—. Y si no vine antes fue porque realmente estuve ocupada, aunque lo único que deseaba era venir a estar contigo —me disculpe—. Tus padres me mantuvieron al tanto de todo mientras tanto, e incluso recibí un par de quejas de tu hermano porque estabas en modo *Shreck* todo el tiempo.

—¿*Shreck*? —preguntó tratando de contener una carcajada.

—Sí, el ogro de Disney —le expliqué—. ¿Grandote, verde y con muy mal carácter? ¿Te suena?

—Si yo soy *Shreck*, ¿Luca quién es? —Me preguntó divertido.

—Posiblemente el burro —me encogí de hombros.

—Hablador, entrometido y con el peor repertorio de bromas de toda la comisaría... —pareció pensarlo por un momento—. Sí, definitivamente es él.

Así estuvimos por un rato. Mateo esposado a la cama y yo sentada entre sus piernas, vestida de enfermera, escuchándolo hablar. Cualquiera que nos viera desde afuera pensaría que éramos un par de locos, y probablemente tuvieran razón, pero ¿a quién le importa?

Mi intención al venir aquí había sido levantarle el ánimo a mi encantador de serpientes y, al parecer, un poco de conversación honesta y compañía estaban consiguiéndolo. Pero eso no borraba el hecho de que quisiera saltar sobre su cuerpo y mostrarle, más que decirle, cuánto exactamente fue que lo extrañé.

Sin embargo antes de ponernos físicos tenía que poner las cartas sobre la mesa, o sobre la cama ya que era la superficie más cercana, y contarle a Mateo mi historia. Haber hablado con mis amigas, y la forma en que ellas reaccionaron a mi confesión, fue un llamado de atención para mí.

Además si Laura tenía razón en lo que había dicho, y probablemente sí la tenga, voy a necesitar toda la ayuda posible para dejar el pasado atrás, y algo me dice que Mateo no dudará en hacerlo. En ayudarme a borrar los malos recuerdos, las malas experiencias, para reemplazarlos con cosas nuevas y mejores.

—Hay algo que me gustaría contarte —dije finalmente.

—¿Me quitas estas? —Preguntó Mateo haciendo sonar la cadena entre las esposas—. Me gustaría sentarme y esto lo complica —explicó con una sonrisa en los labios. Yo le devolví la sonrisa y asentí.

Me estiré sobre su cuerpo para tomar la llave del sitio donde la había puesto, su mesita de noche, y le quité las esposas para ponerlas a un lado. Cuando se vio libre tiró de mí hasta hacerme caer sobre él, como si fuera una manta arropándolo. Mi pecho contra el suyo y mis piernas a cada lado de sus caderas, como si él fuera un caballo y yo estuviese lista para montarlo.

Entonces su mano empezó a acariciar mi espalda mientras sus ojos se clavaban en los míos. Su sonrisa seguía allí, como si el simple hecho de estar así lo hiciera feliz, ¿pero cuánto tiempo tardaría en desaparecer esa sonrisa

cuando yo empezara a hablar? ¿Estaba esperando demasiado de él? ¿Deseará seguir conmigo cuando vea lo que realmente hay dentro de mí?

—¿Y bien? —me animó a empezar.

«Solo hay una forma de averiguarlo».

Entonces empecé a viajar al pasado, al rincón más oscuro de mi pasado, para contarle toda la historia a Mateo.

—Hace un tiempo te hice contarme tu historia con Adriana, pero nunca te conté la mía —empecé a decir—. Ese día debía hacerlo, ya sabes, contarte que no eres el único que estuvo en una mala relación y que se sintió culpable porque fallara.

—No tienes que contarme nada si no quieres —respondió dándome una salida, como siempre lo hacía. Dándome la opción de permanecer en silencio. Pero extrañamente esta vez lo único que deseaba era hablar.

—No, está bien... yo estoy bien —intenté sonreír—. Pasó hace mucho tiempo, pero mis amigas dicen que probablemente lo que soy ahora, como soy ahora, de algún modo se vio afectado por ese pasado, así que quiero contarte para que me entiendas. Para que lo entiendas —le expliqué—. Mis padres no son como los tuyos —fue lo primero que sentí debía decir—. Ellos no son los más expresivos, o los más amorosos, creo que eso te lo dije antes —me reí sin ganas—. No porque fueran malas personas, sino porque simplemente son así. Como si les faltara el *chip* de las emociones. Y cuando creces en un hogar donde los únicos abrazos vienen de una abuela a la que vez solamente en vacaciones o de tu hermano mayor, pues terminas buscando afecto en muchos sitios —me encogí de hombros—. Y terminas llegando al lugar equivocado. Un lugar que crees que es perfecto y maravilloso, hasta que todo se va al carajo.

—Flor...

—No, está bien —negué con la cabeza—. Realmente quiero decirlo ¿está bien?

—Pero si sientes que es demasiado —me dijo—. Si sientes que no quieres seguir hablando, yo entiendo.

—Cuando terminé la secundaria tenía dieciséis o diecisiete años —le dije—. No podía empezar la universidad porque perdí los plazos de inscripción de todos los sitios que me interesaban, y realmente no estaba tan ansiosa por dejar el nido. Para ese entonces mi hermano mayor ya se había ido de casa y mi abuela había dejado de visitarnos por diferencias de opinión con mis padres, así que no tenía muchas personas a las que recurrir por ayuda —me reí sin humor—. No sabía que la necesitaba, tampoco —hice una pausa tratando de buscar las palabras para decir lo que seguía—. Había estado saliendo con un chico de mi escuela. Mi primer novio, mi primer beso, el primer todo. Según mi yo adolescente él era el príncipe en brillante armadura que me iba a rescatar del dragón, en este caso de mis padres, y que juntos tendríamos el felices para siempre que anuncian en los cuentos —me encogí de hombros—. Pasaba más tiempo en su casa que en la mía. Prácticamente vivía allí, y a mis padres no les importaba mucho el asunto.

La mano de Mateo acariciando mi espalda se había convertido en una especie de ancla, manteniéndome atada al presente mientras revivía aquel tiempo de mi pasado. Calmándome, animándome, recordándome que ya todo había terminado y que debía seguir adelante.

—Creo que en algún punto él se cansó de fingir que yo le importaba — admití—. Cuando vio que mis padres no le prestaban atención al hecho de que estuviera conmigo, como si me la hubiesen puesto a mí en primer lugar

—me reí—. En el fondo lo único que él quería era dinero, ya fuera que mis padres se lo ofrecieran para que me dejara en paz o para que se quedara conmigo. Pero la oferta nunca llegó, y su paciencia se agotó —dije finalmente—. Y fue cuando los besos y los abrazos, cuando el sexo y todas las cosas que yo tontamente creí que hacían especial nuestra relación, se convirtieron en insultos, y eventualmente en golpes.

El brazo de Mateo se paralizó cuando su cerebro registró mis palabras, y la expresión cauta que había adoptado su rostro mientras yo hablaba se endureció. Pero esa furia contenida no estaba dirigida a mí, eso podía decirlo con certeza. Lo sentía dentro de mí. Mateo estaba indignado por la adolescente tonta e inexperta que se convirtió en víctima. No con ella, sino por ella. Y esa diferencia, aunque pequeña, significaba mucho para mí.

—Al principio mis padres no lo notaron —seguí diciendo—. Había aprendido varios trucos de maquillaje observando a mi madre a través de los años, y te sorprenderías de todo lo que puedes ocultar si tienes los productos correctos —intenté bromear, pero él ni siquiera sonrió—. Pero un día fue demasiado, y tuve que llamarlos para pedir ayuda. La golpiza fue muy fuerte. Ni siquiera recuerdo cómo comenzó la discusión. Solo recuerdo que ese día no pude soportarlo más y dejé de quedarme callada mientras me insultaba, mientras me decía lo inútil y lo estúpida que era, y entonces él explotó. Me golpeó tan fuerte que dejé de sentir, y en algún punto mi cerebro se desconectó y perdí el sentido —aparté la mirada—. Cuando desperté, sola en su casa, adolorida y con la ropa llena de sangre, llamé a mi mamá. Ella me dijo que estaba muy ocupada con sus amigas, que la llamara después —me reí al recordarlo—. Luego llamé a mi papá. No esperaba que llegara a rescatarme —confesé—. Pero fue él quien apareció, me llevó al hospital y llamó a la policía. Después de eso me hicieron empacar y me enviaron con mi

abuela —dije luego—. Se suponía que iba a ser por un tiempo, mientras me recuperaba. Pero entonces fui yo la que no quiso regresar. Mis padres nos visitan a mi hermano y a mí en las fiestas, nos llaman por nuestros cumpleaños, pero ¿ir a casa? Eso es algo que no volví a hacer.

Mateo acercó su mano a mi cara para secar lágrimas que no sentí caer, y luego me acercó más a su cuerpo para confortarme. O tal vez eso le daba tranquilidad a él. No lo sé.

—Mi amiga Laura dice que por eso huyo a la primera señal de seriedad y compromiso —intenté bromear—. Porque tengo miedo a que la historia se repita —me encogí de hombros—. En lo que sí tiene razón es en que por eso empecé a beber, aunque eso era algo en lo que no había pensado hasta ahora —admití—. Que escudándome en el alcohol le estoy dejando tener control sobre mí, y es algo que ya no quiero.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres? —me preguntó—. Porque yo estoy a treinta segundos de saltar de esta cama para averiguar quién es ese cabrón y partirle la cara.

—Ignacio se encargó de eso hace mucho tiempo —me reí—. Y lo que quiero... pues, es quedarme aquí contigo —admití—. Nunca me había sentido segura con nadie que no fuera mi abuela, mis amigas o mi hermano. Ni siquiera con mis padres. Contigo siento que no tengo que pretender ser otra persona. Contigo puedo ser simplemente yo —me encogí de hombros.

—Recuérdame darle un regalo a tu hermano en agradecimiento —respondió riéndose también—. Pero si alguien más intenta ponerte una mano encima, va a tener que vérselas conmigo —buscó mi cara para darme un beso.

Yo respondí a su beso con intensidad, sintiendo como el peso de esa

historia que estuve guardando durante tanto tiempo dejaba mi cuerpo, me liberaba.

—Gracias —me dijo entonces—. Por confiar en mí —añadió cuando fruncí el ceño—. Por contarme tu historia, aunque eso significara recordar algo que probablemente preferías dejar atrás —apretó su abrazo y yo me quedé allí, recostando mi cabeza contra su pecho mientras hablaba—. Hay algo que había estado pensando decirte desde hace un tiempo —dijo contra mis labios—. Y no lo dije antes porque... bueno, porque soy un idiota —empezó a reírse.

—¿Qué querías decirme? —pregunté.

—Sé que cuando fuimos juntos a casa de mis padres la primera vez mi hermano te presentó como mi novia... —me dijo—, y que les dejamos creer eso mientras nos conocíamos. Que fuimos dejando las cosas tomar su curso sin ponernos etiquetas, pero... —suspiró.

—¿Pero?

—Pero yo no quiero seguir pretendiendo ser tu novio —me respondió—. Yo no quiero fingir que significo algo para ti —dijo—. Yo quiero tenerte a mi lado cada segundo que pueda, sean muchos o sean pocos. Quiero contar contigo así como cuentas conmigo, no porque mi hermano o mis padres te lo pidan, sino porque tú quieras estar allí. Quiero que me escuches decir lo que siento por ti, y que no tengas miedo a decirme lo que sientes por mí —añadió.

—¿Y qué sientes? —Me atreví a preguntar.

—Que a pesar de las circunstancias en las que nos conocimos, y de cómo han sucedido las cosas entre nosotros... —dijo—, me estoy enamorando de ti.

Capítulo 35

No todos los héroes tienen capa. Algunos usan disfraz de enfermera.

Mateo

Escuchar a Flor contar su historia y permanecer quieto es una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer en mi vida. No porque no deseara saber, sino porque descubrir lo que había pasado, escucharla revivirlo y no poder hacer nada para aliviar el dolor que pudo sentir o que todavía sentía, era jodidamente frustrante.

«Y cuando dije que deseaba partirle la cara al idiota de su ex lo decía en serio».

Nadie tenía derecho de hacer con ella lo que ese pelmazo había hecho. Ni con ella ni con ninguna otra persona. En mi trabajo he visto numerosas veces a mujeres siendo víctimas de situaciones similares. Algunas con un sistema de apoyo suficientemente fuerte para animarlas a salir del círculo de violencia y denunciar a su agresor, y otras demasiado asustadas para hacer algo. Y eran esas últimas las que terminaban convertidas en titulares de

prensa o en un número más dentro de la estadística de mujeres que fallecen a manos de un novio o un marido abusador.

La Flor adolescente no contaba con un sistema de apoyo fuerte. No lo suficiente al menos. La forma en que describe el trato de sus padres, y cómo era su vida mientras sucedía aquello, solo me hacen pensar qué habría sido de ella si ese día no hubiese pedido ayuda. Si en lugar de huir se hubiese quedado con él.

¿Dónde estaría ahora?

¿Cómo estaría? ¿Seguiría viva?

Y al darme cuenta de que existe la posibilidad de que nunca la hubiese conocido me llenó de rabia. De más rabia de la que recordara haber sentido jamás. Pero también me hizo tomar la decisión de seguir dándole largas a mis sentimientos y poner las cartas sobre la mesa.

—Me estoy enamorando de ti —ahí estaba.

La verdad. Sin excusas y sin máscaras.

Flor vino a mí con honestidad, me abrió su corazón y me compartió su pasado. A cambio yo le había dicho lo que siento por ella. No para presionarla a decirme lo mismo, sino para hacerla darse cuenta de que estaré con ella en cada paso del camino. Apoyándola y animándola. Disfrutando de su compañía y riendo de sus bromas, pero también protegiéndola cuando haga falta, y secando sus lágrimas cuando lo necesite.

—No tienes que decir nada —me apresuré a decir—. Solo quería que lo supieras.

Sus ojos se habían llenado de lágrimas, pero mi enfermera sexy sonreía y

eso me hizo sonreír.

—Yo también quiero que sepas algo —admitió.

—¿La dirección de tu ex? —le pregunté—. Porque puedo tener un equipo en menos de cinco minutos para ir a enseñarle una lección —podía sonar como una broma, pero estaba hablando en serio. Luca, Bazaga, Morillo y los demás irían conmigo sin dudar.

Flor negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Yo también me estoy enamorando de ti —confesó—. Creo que ha estado pasando desde hace tiempo ya —hizo una mueca con la cara—. Desde ese primer día que amanecí en tu cama sin saber dónde rayos estaba.

—¿Sí?

—Sí... —asintió—. Aunque tus ronquidos a veces me hacen cuestionar mi sanidad mental.

—Yo no ronco —me defendí.

—Como un ser humano —replicó ella—. Suenas más bien como el motor de un carro viejo. Pero no te preocupes, yo te quiero igual.

—Estás loca, mujer —le dije—. Yo no ronco —me impulsé para derribar su peso e invertir nuestras posiciones. Ahora su espalda estaba contra el colchón y yo la mantenía allí con mi peso.

—Claro que sí, y puedo probarlo —insistió.

—¿Qué apuestas a que no es cierto?

—Mateo, yo no pienso volver a apostar nada contigo —me respondió—. La última vez hiciste trampa.

—Pero no resultó tan mal para ninguno de los dos —le dije guiñándole el ojo, algo que no le hizo mucha gracia porque empezó a pincharme en los costados y a tratar de hacerme cosquillas para quitarme de encima.

Yo le devolví el gesto, sabiendo exactamente qué lugares tocar para hacerla reír a carcajadas, del mismo modo que conocía los lugares exactos que debía tocar para hacerla gritar de placer.

Estos éramos nosotros. Un par de locos jugando como si el resto del mundo no existiera, riéndonos hasta que nos doliera la cara, como si el pasado no existiera y el futuro fuera una aventura.

Y así pasamos quién sabe cuánto tiempo. Abrazados el uno al otro, demasiado cómodos para movernos, sin importar lo ridículos que pudiéramos vernos. Ella con su disfraz y yo con mi escayola.

—Y pensar que yo vine con planes de seducirte —suspiró contra mi pecho—. En cambio terminé contándote la historia de mi vida.

—Tú no necesitas ponerte un disfraz para seducirme —le dije—. Con que respires es suficiente —sonreí contra su pelo—. Pero si me das un momento, te dejo seguir con tus planes de seducción a ver qué ibas a hacer con todas las cosas que trajiste.

—¿Sí? ¿Quieres ver lo que tenía planeado? —Se burló.

—Sí, pero cuando regrese del baño —respondí mientras empezaba a levantarme de la cama.

—¿Y no necesitas que te eche una mano? —Preguntó—. Ya sabes, allá adentro —señaló la puerta del baño, y yo no pude resistir las ganas de reír por el doble sentido de la frase que había soltado.

—Tú puedes echarme mano cuando quieras —le dije entre risas—. Pero creo que todavía puedo ir solo al baño.

—¡Aburrido! —se quejó haciendo un puchero.

Estaba a punto de contestarle cuando sonó la puerta.

—Anda a ocuparte de tu asunto en el baño y yo iré a ver quién es —se levantó de la cama y corrió a buscar su abrigo.

Mientras ella salía de mi habitación yo caminaba hacia el baño. Me ocupé de mi asunto, como dijo Flor. Luego abroché mis pantalones, me lavé las manos y me quedé por unos segundos mirando mi reflejo en el espejo.

«Esa es la cara de un idiota enamorado».

El pensamiento me hizo reír. Porque sí, estaba enamorado. Y ciertamente, Flor me tenía como un idiota.

Salí del baño esperando encontrarla de regreso en mi habitación, imaginando que independientemente de quien se tratara, ella encontraría una manera de deshacerse de la visita. Pero no estaba allí, así que fui a buscarla en la sala.

Cuando me acerqué a la puerta escuché voces. Una era la de Flor y la otra era demasiado familiar. La voz de la última persona que esperaba recibir en mi apartamento, pues no había sabido nada de Adriana desde el almuerzo en casa de mis padres. Cuando Luca le presentó a Flor. Y cuando yo le escribí que no volviera a buscarme.

«Por instrucciones de mi novia».

Estaba sorprendido de que Adriana hubiese venido, sí. Pero estaba todavía más sorprendido por la conversación que mantenía con mi enfermera

sexy.

—¿Y quién eres tú para decirme que no puedo verlo? —Adriana le dijo a mi chica, aparentemente nada feliz de que fuera ella quien la atendiera—. Si no quiere verme, que él mismo me lo diga.

—Es que ya te lo dijo —le respondió Flor—. ¿O es que acaso no recibiste su mensaje? Porque yo recuerdo claramente que te dijo ya lo de ustedes se había terminado.

Eso me hizo reír, pero me mantuve en silencio escuchando la conversación. Preparado en caso que tuviera que intervenir, pero deseando que la discusión de esas dos no pasara a mayores.

—Yo solo quiero saber cómo está —dijo Adriana y yo reconocí la sinceridad en su voz.

—Mateo está bien, y agradezco sinceramente que te interesaras por su salud —le dijo mi chica—. Mira, estoy segura de que no eres una mala persona, que lo quisiste mucho y que probablemente todavía tengas sentimientos por él —siguió diciendo—. Créeme, yo lo entiendo. Mateo es un hombre maravilloso y es imposible no quererlo —la escuché decir—. Pero Mateo ya tiene a alguien que esté pendiente de él, y ese alguien no eres tú.

—Pero...

—Ya es tiempo que lo dejes ir y sigas con tu vida —la interrumpió Flor—. De que encuentres a alguien que te haga feliz, porque Mateo no es esa persona. Así como tú no eres esa persona para él.

—¿Qué puedes saber tú de eso? ¿De nosotros? —Preguntó Adriana.

—Si pasaste todo el tiempo que estuvieron juntos intentando convertirlo

en alguien que no era, y poniéndolo a decidir entre su trabajo y tú, déjame decirte que no era a Mateo a quien querías. Era a alguien más. Alguien que probablemente esté ahí afuera esperando su oportunidad contigo, pero tú estás demasiado ocupada empeñándote en alguien que no es para ti —le respondió—. Y probablemente no sepa nada de ustedes, tienes razón. Pero él se merece alguien que lo quiera como es, con todo y su trabajo, porque es algo que Mateo ama. Él no que la persona quien se supone tiene que apoyarlo sea la misma que lo aparte de las cosas que lo apasionan.

—¿Y tú sí eres buena para él? —se burló mi ex—. ¿Tú sí eres lo que él necesita? ¿A ti no te importa que te haga a un lado y que solo te busque cuando tenga tiempo, cuando el trabajo se lo permita?

«Sí, ella es todo lo que necesito».

—Tal vez sí sea lo que él necesita, tal vez no... —admitió Flor—. Probablemente mañana se dé cuenta de que yo no soy lo que él quiere. Pero esa es una decisión que debe tomar él, no tú.

—Disfrútalo mientras te dure entonces —escuché decir a Adriana, seguido de pasos alejándose y la puerta al cerrar.

Entonces caminé hacia la sala, donde encontré a Flor todavía parada frente a la puerta. Cuando me sintió llegar se giró hacia mí, con la boca contraída en una mueca. Yo no sé qué expresión tenía mi rostro, porque ella supo de inmediato que había escuchado la conversación.

—¿Qué tanto escuchaste? —Me preguntó.

—Lo suficiente —admití encogiéndome de hombros.

—Lo siento mucho —dijo bajando la mirada y clavándola en sus pies.

—¿Por qué te disculpas? ¿Por defenderme? ¿Por decirle que soy maravilloso y que es imposible no quererme? —me reí—. Creo que eres la primera persona, además de mis padres, que me ha defendido alguna vez —confesé y ella se sonrojó.

—Pero es cierto —respondió volviendo a mirarme—. Es imposible conocerte y no quererte.

Yo negué con mi cabeza, probablemente tan sonrojado como ella.

—¿Recuerdas lo que dijiste hace rato de querer partírla la cara a mi ex por todo lo que me hizo pasar? —me preguntó y yo asentí—. Pues si alguien alguna vez te hace dudar de lo maravilloso que eres, seré yo la que salga a partírla la cara.

¿Alguna vez escucharon decir que no todos los héroes usan capa? Pues, algunos usan disfraz de enfermera y se ven realmente sexys en él.

—Está bien —asentí y le hice señas para que se acercara a mí—. Pero ahora vamos a la habitación para que me muestres lo que pretendías hacer con tu bolsa de trucos —le recordé—. De repente me empecé a sentir mal y creo que necesito una enfermera —dije en broma.

Y cuando empecé a caminar hacia la habitación, ella me siguió.

Capítulo 36

Nota para mi yo del futuro: Mantén la boca cerrada y los dedos quietos.

Flor

Los últimos meses pasaron como si alguien hubiese pisado el acelerador a fondo y no se haya detenido en ningún semáforo. Entre el trabajo con Ruth, ayudar a Ceci en la organización de la boda de la casera de Meli y mis aventuras junto al encantador de serpientes, quien estaba terminando de mudarse a su nuevo apartamento, apenas me di cuenta de que la navidad se acercaba, y eso significaba dos cosas.

Primero, que cumpliría seis meses en una relación con Mateo. La más larga que he tenido en mi vida adulta, y por mucho la más feliz. Y segundo, que debía ir a comprar regalos, no solo para mi familia sino también para la suya.

¿Cómo me di cuenta? Fácil.

Gracias a Melina.

Estaba muy tranquila en mi casa, preparando la cena para mi abuela mientras esperaba a mi novio, con el que además tenía una cita para ver películas en mi sofá, cuando llegó un mensaje al grupo de *WhatsApp*.

Desde la boda de Elena el grupo había estado misteriosamente silencioso. Nadie escribía aparte de mí, que religiosamente mandaba el *eye candy*⁴⁰ para desear los buenos días a mis chicas. Así que cuando sonó mi móvil, y vi la notificación aparecer en la pantalla, casi grito del susto.

Apagué el fogón y tomé el aparato, abrí la aplicación y leí el mensaje que acababa de llegar.

Melina: *Chicas, necesito de su ayuda. Es una emergencia.*

Por alguna extraña razón eso me hizo sonreír. Inmediatamente empezaron a aparecer los nombres de las muchachas en la barra superior de la aplicación seguido de las palabras *está escribiendo un mensaje*. Melina había despertado a la bestia, y ahora tendría que lidiar con las consecuencias.

Lorena: *Si es dinero, no cuentes conmigo.*

Solté la carcajada cuando leí el mensaje de Lorena, y no pude evitar responderle algo para picarla.

—¿Qué pasó? —Preguntó mi abuela.

—¡Nada! —Le respondí mientras escribía mi respuesta en el grupo—. Ya casi está lista la cena.

Flor: ¡Tacaña!

Lorena: No soy tacaña. Soy honesta.

Melina: No se trata de dinero.

Belén: Entonces dínos ¿en qué podemos ayudar?

Melina nos contó que en su oficina estaban organizando una fiesta navideña, y que al jefe le había dado por hacerlos jugar al amigo invisible.

«¿En serio? ¿Todavía se acostumbra eso?»

El problema de mi amiga consistía básicamente en que le tocaba regalarle al monumento que tenía por novio, pero la muy despistada no tenía idea de qué podía darle. Ahí entrábamos nosotras. Como equipo creativo de refuerzo.

«Sí, lo sé. Solo a ella se le ocurre».

Sin embargo, y conociendo a ese par, el problema no era tan complicado como ella lo veía. Solo teníamos que ayudarla a encontrar la respuesta por sí misma. Cómo, te estarás preguntando. Pues, muy sencillo. Dándole las sugerencias más ridículas que nuestros cerebros fueran capaces de producir.

Flor: La solución es fácil...

Lorena: Y barata.

Belén: Llévatelo a la cueva, como Ygritte a Jon Snow⁴¹, y sacúdele las cincuenta sombras aunque no sea el amo Grey⁴².

¿Lo ven? Siempre pueden contar con nosotras para este tipo de respuestas. Especialmente si Bel está despierta y tiene el móvil cargado.

Ese fue el momento que eligió mi abuela para entrar en la cocina y ver si mi anuncio de cena casi lista era cierto. Y por supuesto que no lo era.

—¿Estás hablando con tus amigas? —Me preguntó y yo asentí—. Sal de la cocina antes de que te prendas en llamas por no prestar atención —se burló—. ¿Después cómo le explico a ese novio tuyo que moriste por estar pendiente de ese aparato?

—Sobreviví mientras estuviste de viaje —le recordé y sonreí mientras caminaba hacia la sala para sentarme en el sofá—. Pero si te hace sentir mejor, puedes atender la cena mientras me ocupo de esto.

Ruth: *¿Se fijan como Bel mezcla las cosas sin ningún tipo de vergüenza?*

Laura: *Por lo menos no se le ocurrió sugerir que le regalara cupones de la sex shop en la que trabajo.*

Belén: *Yo no conozco el significado de esa palabra, mi querida @Ruth.*

Flor: *¿Tienen cupones? ¿Cómo es que yo no sabía nada de eso?*

Lorena: *O yo, ya que estamos en esas. Exijo una respuesta @Laura Sinforosa.*

Nosotras somos especialistas en irnos por la tangente en cualquier discusión. ¿Directo al punto? No, ese no es nuestro estilo. Sin embargo Melina siempre estaba preparada para apagarlos la fiesta, recordándonos que

la fiesta era en la oficina y que los regalos debían ser aptos para audiencias de todas las edades. ¿Eso quería decir que Ignacio también vendría a pedirme ideas para regalos? Dios sabe que mi hermano es peor que Melina en esas cosas.

Me concentré nuevamente en la conversación solo para encontrarme con una gema textual digna de un *capture*⁴³ para usos futuros.

Melina: *Así que no se les ocurra sugerir que me aparezca desnuda y con un lazo en el cuello, como en el libro ese que nos dijo Laura, el de los jugadores de Hockey.*

¿Ven? Eso si es una idea. Y si ella no estaba dispuesta a usarla, yo sí.

Belén: *No, pero puedes tomarte una foto así y meterla dentro de la tarjeta.*

Flor: *Esa idea me gusta. Creo que voy a copiarla.*

¿Qué? No me mires así. Ya dije que era una gran idea. Y yo sé de un encantador de serpientes al que pudiera agradarle un regalo de ese tipo.

Melina: *Ajá, la tarjeta... *ruedo los ojos* Pero eso no resuelve el problema.*

Melina: *No tengo idea de qué regalarle.*

Laura: *Pues honestamente, los regalos para hombre se me dan fatales. Por eso misteriosamente me quedo sin pareja en las vísperas de navidad, san valentín o sus cumpleaños.*

Lorena: *Pero la tacaña soy yo ***mirada acusadora****

Flor: *Dale algo divertido, pero que tenga un significado para ustedes.*

Flor: *No sé... una camiseta con alguna frase graciosa. Creo que él la usaría.*

Belén: *Si usa las corbatas que todas hemos visto, usa cualquier cosa.*

Belén: *Y no es crítica, porque Superman me cae bien. Pero es que esas corbatas...*

Melina: *Voy a pensarlo.*

Miré la hora y me di cuenta que Mateo podía llegar en cualquier momento, así que me asomé a la cocina y le avisé a mi abuela. Luego subí a mi habitación para buscar las películas que veríamos y puse mi móvil en silencio. Aproveché entonces para cambiarme de ropa, dejando a un lado los pantalones de mezclilla y la sudadera de lana para usar uno de mis enterizos.

El de oso panda, porque el de unicornio estaba en la cesta de ropa sucia esperando su turno para ir a la lavadora.

Cuando regresé a la sala Mateo ya estaba allí, sentado en mi sofá, con los pies encima de la mesita del café y los ojos cerrados.

—Hola —me saludó sonriendo, aunque sin abrir los ojos—. Tu abuela me dejó pasar.

—¿Cómo está mi encantador de serpientes favorito? —Le pregunté mientras me acercaba.

—Preguntándose por el menos favorito —dijo en respuesta. Esta vez giró la cabeza en mi dirección y abrió los ojos para mirarme—. Pensando en eliminar la competencia, solo por si acaso.

Eso me hizo reír.

—La pantalla de tu móvil parece extensión de luces navideñas —señaló el bolsillo de mi enterizo—. ¿Tus amigas?

—Sí —asentí caminando hasta el sofá para sentarme a su lado—. Melina tuvo una especie de emergencia y pidió nuestra ayuda.

—¿Por qué será que cada vez que dices eso me pongo nervioso? —me preguntó.

—Porque sus emergencias siempre terminan en desastre —le respondí rodando los ojos—. Y con nosotras riéndonos hasta que nos duela la panza.

—Sí, pero la última vez terminaron en un bar de *karaoke* celebrando una despedida de solteras y yo no supe de ti en toda la noche —se quejó—. Y era mi día libre ¿qué tan justo fue eso? —Hizo un puchero.

—Como si no te hubiese compensado al día siguiente —negué con la cabeza—. Y el siguiente a ese. Y el siguiente...

—Ya, ya... lo entendí —se empezó a reír—. ¿Y cuál es la emergencia? —Se interesó.

—La fiesta navideña de la revista en la que trabaja —empecé a contarle—. Parece que organizaron un intercambio de regalos y ella no tiene idea de qué regalar.

Entonces saqué mi móvil el bolsillo y entré en WhatsApp para leer cómo siguió la conversación, solo para darme cuenta de que las muchachas habían creado un grupo nuevo y que en lugar de añadir a Melina habían agregado a Superman y a su hermana.

—Esto se pone bueno —dije entre dientes.

—¿Qué cosa? —me preguntó Mateo, pero en lugar de responderle me recosté de su pecho y le mostré la conversación mientras me unía a ella.

Lorena: *¿Por qué no nos habías dicho de la fiesta de navidad?*

Flor: *Ni invitado. Ingrato *mirada acusadora**

Ruth: *No les hagas caso.*

Ruth: *Aunque si nos invitas, no nos molestaría.*

Belén: *¿Es que acaso nuestro sacrificio no importa?*

Belén: *Te estamos ayudando a sorprender a Melina. Nos lo debes.*

Ruth: *Aunque si nos invitas, no nos molestaría.*

Mayra: *Tampoco es como si me hubiese invitado a mi, y eso que soy su hermana favorita.*

Flor: *Eres pura maldad. Deberían revocarte el carnet de super héroe.*

Mi última contribución al grupo hizo carcajear a Mateo, y yo no pude evitar unírmele.

—¿Carnet de súper héroe? —Dijo entre risas mientras cruzaba su brazo

por encima de mis hombros y se acomodaba para darme espacio—. Ustedes están locas.

—Sí, pero la primera vez que nos pusieron encerraron nos llevaron a tu comisaría en lugar de llevarnos al manicomio, y ahora a ti te toca lidiar conmigo —me encogí de hombros.

—Sí, bueno... le recordaré a Luca que cuando arreste mujeres en la calle se asegure de que no sean pacientes fugadas de un psiquiátrico antes de llevarlas a la comisaría —bromeó—. Mira, Superman respondió —dijo señalando la pantalla de mi móvil.

Samuel: *Está bien, está bien. Siento no haber mencionado la fiesta.*

Samuel: *Y agradezco su ayuda con Melina.*

Mayra: *Por eso nos vas a invitar a la fiesta ¿no?*

Samuel: *¿Cómo podría negarme?*

—Y así, mi estimado encantador de serpientes, es como consigues invitaciones a las fiestas —me reí.

—Paso —respondió riéndose también.

Cecilia: *Ya que hemos aclarado ese punto...*

Cecilia: *Te aviso que tu chica mañana planea escapar de la oficina después del almuerzo, así que a esa hora te llevaré todos los documentos que te hacen falta para el viaje.*

—¿Hacen inteligencia para el novio de Melina? —Me preguntó—. ¿No han considerado unirse a la policía o algo por el estilo?

—No, esto lo hacemos solo por diversión —respondí guiñándole un ojo, y luego respondí el mensaje en el grupo.

Flor: *Ruth y yo nos encargaremos de hacer su equipaje y llevarlo a tu casa. Nos dio una llave de repuesto para las emergencias, y esto califica como una.*

Lorena: *Mientras tanto, yo me encargaré de avisar cuando Melina vaya de regreso a la revista, para que no los tome por sorpresa y se cargue la sorpresa.*

—Tú y Ruth con llaves de repuesto son casi tan peligrosas como Luca —dijo Mateo sintiendo pena por Melina.

—No me mires así, Melina haría lo mismo en nuestro lugar —sentí la necesidad de defendernos—. Y peor, porque ella no lo haría para sorprendernos, sino para jodernos.

—¿Y ya saben con quién van a dejar el perro? —me preguntó.

En una de las tantas visitas que hicimos al apartamento de Meli, mientras ayudamos a Cecilia con la boda de Elena, Mateo conoció a Fantasma y se encariñó con el animalito. Y la verdad es que yo también lo había hecho. En casa nunca tuvimos mascotas y no tenía idea de qué se necesitaba para crear una, pero siempre deseé tener un perro. O un gato.

Me conformaba hasta con un pez, pero mis padres nunca lo permitieron, y en las residencias donde viví antes de volver a casa de mi abuela tampoco admitían animales.

—La verdad es que no tengo la menor idea —admití, y cuando hice la pregunta en el grupo sentí ganas de patearle el trasero.

Samuel: *¿Pues quién más? ¡Tú!*

El mensaje de Superman llegó justo cuando mi abuela nos llamaba para cenar, y en ese momento lo único que estaba pensando era en enviar una nota para mi yo del futuro: Mantén la boca cerrada y los dedos quietos, sin importar qué tan sexy sea quien te mande a hacer preguntas.

Capítulo 37

Hace mucho tiempo en una galaxia muy muy lejana... hubo una amenaza fantasma. ¿O era canina? No estoy seguro.

Mateo

Después de dos días moviendo cajas a mi nueva casa ya estaba listo para un descanso, aunque se supone que antes de eso tengo que sacar las cosas que están dentro de las cajas y colocarlas en su sitio.

Luca me había estado ayudando y hoy después de sacar la última caja de mi camioneta nos sentamos a hablar tonterías mientras tomábamos cerveza, algo que no hacíamos desde hace mucho tiempo.

—No extrañaba esto —me reí dándole el último trago a mi cerveza y poniendo la botella vacía en el piso.

Todavía no tenía sofá, ya que el que estaba en mi antiguo apartamento pertenecía al dueño, así que estábamos usando un colchón inflable para sentarnos.

—Y yo aquí pensando en que mi arriendo está por vencerse —dijo mi hermano—, y mi casero no está seguro si va a renovarme el contrato o no — se encogió de hombros—. Lo más seguro es que busque algo más cerca de la comisaría y termine dejando todo dentro de las cajas por el resto de mi vida.

—No me tientes —le dije—. No es que me haga mucha ilusión ponerme a desempacar mis cosas.

—Pero tú tienes una novia que puede ayudarte con estas cosas — respondió Luca—. Las mujeres siempre saben dónde poner las cosas.

—Y tú no tienes novia porque no te da la gana —me encogí de hombros—. Porque la última vez que salimos en grupo te veías muy cómodo con Lorena.

—Eso fue hace meses, y si la acompañé a la fulana boda fue como un favor a tu novia —me dijo—. Así que déjame en paz

—¿Por qué me da la impresión de que allí pasó algo? —me burlé y él me lanzó una mirada de advertencia.

Obviamente había pasado algo, pero Luca no quería hablar del tema. Así que hice lo que todo buen hermano cuando tiene la oportunidad de desquitarse por todas las indiscreciones que el otro ha cometido a través de los años. Seguí preguntando solo para hacerlo molestar.

—¿Tan mal estuvieron las cosas entre ustedes después de la fiesta? —le pregunté—. Pensé que ella te agradaba.

—No estuvieron mal —me respondió—. Estuvieron peor, y te agradecería que dejaras el tema.

—No entiendo... —dije con sinceridad, porque no tenía idea de a qué se

refería.

—No es una clase de ciencia, Mateo. Es mi vida privada —dijo Luca perdiendo la paciencia—. No hay nada que debas entender. Y si quisiera que supieras algo, ya te lo habría contado.

—Cambiemos el tema entonces —le propuse mientras me levantaba para buscar otro par de cervezas—. ¿Vas a ir mañana conmigo a ver la nueva película de *Star Wars* en el cine?

—Gracias —dijo mientras le tendía la botella llena—. Y no puedo ir contigo mañana —respondió—. Morillo me pidió que cubriera su guardia otra vez porque uno de sus hijos está en el hospital. Su esposa se estuvo quedando los primeros días, pero los jefes ya no quieren darle permiso así que están tomando turnos para cuidarlo.

—¿Por qué no me dijeron nada? —Le pregunté—. ¿Ahora se cambian las guardias sin notificarle a su comandante? —Dije en broma.

—No pensé que pudieras tener problemas con eso.

—Y no lo tengo —le aseguré—. Dile a Morillo que si necesita algo, que me avise. Podemos hacer algo con el horario de guardias para aliviarle la carga mientras el niño se recupera.

—Se lo haré saber —dijo mi hermano—. ¿Pero por qué no le dices a tu novia que te acompañe? Ya tienes la entrada. Sería una pena que se perdiera.

Sí, sería una pena, pensé mientras sacaba mi móvil y le mandaba un mensaje a Flor para preguntarle si quería ir conmigo.

No había hecho planes con ella porque desde que se llevaron a su amiga Melina en un viaje sorpresa Flor había estado haciendo las veces de niñera

para su perro. El primer día no la había dejado dormir ni a ella ni a su abuela, y para el segundo día su hermano Ignacio amenazó con ponerle un bozal al animal si no lo hacía callar.

Al parecer el pobre perro estaba teniendo problemas para adaptarse al nuevo lugar, y no solo reclamaba atención con sus ladridos sino también dejando un rastro de destrucción a su paso. Zapatos y cables mordidos, orina en la cocina, papel sanitario regado por toda la sala..., cualquier cosa que puedas imaginar Fantasma ya la hizo en casa de Flor.

—Es posible que quiera ir —dije, aunque todavía no había recibido una respuesta a mi mensaje—. Pero eso nos deja otro problema.

—¿Y sería...? —Quiso saber mi hermano.

—Con quien dejar al perro que está cuidando —respondí.

La abuela de Flor no tenía edad para estar lidiando con un animal estresado y con exceso de energía, pensé.

«Aunque si alguien se atreve a mencionar delante de ella que he dicho eso lo negaré hasta la muerte».

Su hermano no tenía tiempo, y por el comentario del bozal supongo que tampoco tenía paciencia para tratar con él. Sus amigas podrían ser una opción, pero no tenía idea de qué tan dispuestas pudieran estar a recibirlo y...

—Puede quedarse en mi apartamento —sugirió Luca.

—¿Seguro? —Le pregunté. Luca había tenido mascotas y sabía lo que implicaba cuidar una, aunque la última haya sido el año en que ingresó a la academia hace casi siete años.

—No voy al cine contigo porque estaré cansado y posiblemente termine

dormido en la sala —me explicó—, pero eso no quiere decir que no pueda echarle una mano con el perro. Igual solo será por unas horas —añadió.

Entonces mi móvil sonó alertando la llegada de un nuevo mensaje:

Me encantaría, pero... ¿y el perro?

Sin perder tiempo redacté mi respuesta, y aproveché para responderle a mi hermano.

Ya lo tengo solucionado. Luca lo cuidará.

—Sí, solo será por unas horas —le dije a mi hermano después de enviar el mensaje.

Y el muy idiota sonrió mientras mi móvil volvía a sonar, y cuando leí la respuesta de Flor me pregunté cuánto tiempo le iba a durar la sonrisa.

¡Genial! Adoro a este perro, pero ya necesito un descanso.

Además... ¡Se comió otro zapato!

Capítulo 38

Siempre puedes contar con mi hermano para arruinar la noche.

Mateo

El día en la comisaría estuvo bastante tranquilo a pesar de ser sábado y de que las fiestas estaban a la vuelta de la esquina. No tenía que estar aquí, sin embargo había perdido un par de días para ocuparme de la mudanza, así que aproveché para ponerme al día y organizar un poco mi escritorio.

Después de mediodía desconecté el ordenador, archivé las carpetas de los casos que se habían cerrado durante la semana y dejé en las gavetas de mi escritorio, bajo llave, los casos que seguían en curso. Cuando terminé de poner las cosas en su sitio tomé mi móvil y mis llaves para dejar la oficina, pues había prometido a Flor ayudarla a bañar a Fantasma antes de llevarlo a la casa de Luca.

«Sí, su idea de una cita ahora incluía darle un baño al perro».

Mientras conducía hacia la casa de mi loca favorita recordé que no

llevaba conmigo las entradas y que tenía que pasar por mi nueva casa a buscarlas, eso me hizo pensar en lo sencillo que sería todo si en lugar de tener que ir a dos lugares tuviera que llegar solo a uno.

«Y lo genial que sería que cada vez que regresara a casa Flor estuviera ahí».

Si, bueno, no es que no lo haya considerado antes. Es solo que no he encontrado la ocasión de planteárselo.

Cuando empecé a buscar lugares para mudarme fue Flor la que me ayudó a elegir. Ella visitó conmigo todos los sitios que marqué en el periódico y en Internet, revisamos juntos las cuentas para ver cuál se adaptaba mejor a mi presupuesto y su opinión fue la que hizo tomar la decisión final. Fue algo que hicimos como pareja, como equipo, y funcionó muy bien. Ahora tenía una casa que era demasiado grande para una sola persona, además de imaginarnos fácilmente tomando otro tipo de decisiones. Como qué muebles debería comprar para la sala, o cómo organizar mi cocina, la habitación y el resto de los espacios.

Flor y yo pasábamos juntos mucho tiempo, pero conforme pasaba el tiempo se sentía que era menos, que no era suficiente. Disfrutaba estar con ella y la extrañaba cuando no estaba a mi lado, pero no quería precipitar las cosas.

«La verdad es que tenía miedo a que dijera que no».

La parada en mi apartamento fue la más breve de la historia. Atravesé la sala llena de cajas y subí hasta mi habitación, saqué de mi maleta el sobre con las entradas y tomé mi chaqueta, que colgaba del respaldo de una silla. Entonces regresé a mi camioneta para ponerme en marcha.

Llegué a la casa de Flor veinte minutos después, me estacioné al frente y caminé hacia su puerta, donde me encontré a su abuela hablando con Ignacio. Después de saludarlos, y de que me dijeran donde encontrarla, me dejaron pasar. Subí hasta su habitación y allí estaba ella, con un bañador verde lima mientras sostenía al perro con una correa.

—¿Qué? —Me preguntó al darse cuenta de que me había quedado mirándola como un idiota—. ¿Le has visto el tamaño a este perro? Lo más probable es que termine más mojada que él —dijo para explicar su elección de vestuario.

—No he dicho nada —respondí sin poder aguantar las ganas de reírme.

—No sé qué te parece tan gracioso, la verdad —se quejó.

Pero en lugar de explicárselo, preferí acercarme y darle un beso.

—Ya te estabas tardando —dijo contra mis labios y Fantasma empezó a ladrar—. ¡Egoísta! —Le dijo al animal—. Yo también tengo derecho a que me atiendan.

Poco después estábamos en su baño, con Fantasma metido en la bañera mientras Flor le aplicaba el champú. Al final resultó que al perro le gustaba tomar baños y se quedaba muy quieto bajo el agua.

Después de sacarle el jabón y quitarle el exceso de agua con una toalla, volvimos a la habitación de Flor para peinarlo y secarle el pelaje usando un secador de cabello, una tarea que sí resultó ser complicada y peligrosa. Al menos al principio. Cuando Fantasma se acostumbró a la brisa tibia que salía del aparato las cosas fueron un poco más sencillas.

Al terminar de arreglar al perro Flor me pidió que la esperara con él en la sala mientras ella se daba una ducha rápida y se cambiaba para irnos, y eso

fue lo que hice. Media hora después bajaba las escaleras vistiendo unos vaqueros ajustados, un suéter de lana color crema y un gorro que parecía la cabeza de un oso. Apenas la vi sonreí y le ofrecí mi mano para acompañarla hasta la puerta.

Segundos después salíamos de su casa rumbo al apartamento de mi hermano. Ella en el asiento del copiloto de mi camioneta y el perro en el asiento trasero, con la cabeza asomando por la ventanilla.

Saqué mi móvil del bolsillo y se lo tendí a Flor. Ella me miró con el ceño fruncido sin saber qué hacer con el aparato.

—Llama a Luca y pregúntale si ya está en su apartamento —le pedí—. O si tenemos que hacer tiempo mientras él llega.

—Está bien —me respondió.

Seguí conduciendo mientras ella hablaba con mi hermano, diciéndole que íbamos en camino lo que me dio a entender que ya estaba en casa. Luego Flor me regresó mi móvil y me dijo que Luca nos esperaba.

—Se le escuchaba cansado —me dijo.

—Y seguramente lo está —admití—. Ha estado cambiando guardias con Morillo y ayudándome con la mudanza.

Entonces le conté lo que Luca me había dicho el día anterior sobre nuestro compañero mientras giraba en la esquina para evitar el tráfico de la avenida principal tomando un atajo. Unos minutos después estábamos estacionando frente al edificio donde vivía Luca y sacando a Fantasma de la camioneta para dejarlo con él.

Tras darle estrictas instrucciones a Luca, entregarle los juguetes y la

comida del perro, repetirle muchísimas veces que lo mucho que a Fantasma le gustaba acurrucarse para ver televisión, dejamos el edificio para ir al centro comercial donde estaba el cine.

Al llegar encontramos una fila tan larga que cualquiera pensaría que se trataba del estreno, cuando en realidad ya la película tenía varios días en cartelera. Y ni siquiera estoy hablando de la fila para comprar entradas, sino la de los clientes que ya las tenían y esperaban entrar a la sala correspondiente.

Media hora después estábamos sentados en nuestros asientos mientras pasaban los avances de los próximos estrenos, y unos minutos después de eso aparecían en pantalla la característica presentación de la Guerra de las Galaxias.

Flor no es la mayor fanática de *Star Wars*, sin embargo conocía la trama central y no le fue muy difícil entender la historia. Y como siempre que veíamos una película, comentábamos en voz baja las escenas haciendo una que otra broma sobre algo de lo que pasaba en la pantalla.

Cuando salimos del cine todavía era temprano y se me ocurrió invitarla a comer, sin embargo ella pensó que era mejor plan pasar a recoger al perro de Melina para dejar descansar a Luca y después ir a algún lugar donde pudiéramos entrar con él. A mí me gustó su idea, así que fuimos al estacionamiento para recuperar mi camioneta mientras yo le enviaba un mensaje a mi hermano para avisarle.

Su respuesta me hizo fruncir el ceño, porque pensé que estando tan cansado lo que mi hermano haría sería dormir.

¡No! ¡Todavía no estamos en la casa!

¡Yo les aviso!

—Creo que Luca salió a pasear a Fantasma —le dije a Flor mientras salíamos del centro comercial.

Entonces mi móvil sonó con la alerta de un nuevo mensaje.

¿Crees que Flor tenga alguna foto del perro?

Fue cuando supe que Luca no había salido a pasear a Fantasma, sino que había fallado con su misión de cuidarlo.

«¿Cómo coño se lo explico ahora a Flor?»

Capítulo 39

Florencia Leal, detective de mascotas. O de esa vez que mi vida corrió peligro por culpa de Luca.

Flor

Supé que algo andaba mal en el momento en que Mateo insistió en que fuéramos a comer antes de buscar al perro, después de haber dicho que estaba bien si lo buscábamos primero. Él cree que no me di cuenta de que estaba escribiéndole a Luca para avisarle, y su hermano tuvo que haberle dicho algo para que intentara hacerme cambiar de opinión.

«Algo muy malo».

—¿Le pasó algo a Fantasma? —Le pregunté.

—¿Qué te hace pensar eso? —Preguntó él sin mirarme.

—Porque después de que Luca te respondiera insististe en ir a comer en lugar de ir a buscar al perro —le respondí—. Así que él tuvo que decirte algo, y quiero saber qué fue.

—Ninguno de los detectives en mi comisaría es tan intuitivo como tú —me dijo para distraerme—. ¿De verdad no has pensado en unirme a la policía?

—Si tuvieras más mujeres detectives, probablemente resolvieran los casos más rápido —le recordé—. Pero eso no es lo importante ahora, Mateo. Sino lo que no me estás diciendo. ¿Le pasó algo al perro? —Insistí.

—Creo que el perro se escapó —admitió finalmente.

«¡Lo sabía!»

—Espera un momento... —intenté rebobinar sus palabras—. ¿Qué?

Y en menos de treinta segundos pasaron por mi mente todas las formas en las que Melina podría matarme por haber perdido a su perro.

«No sin que antes yo mate a Luca, por supuesto».

—Ya lo está buscando, no te preocupes —me dijo Mateo, aunque por la expresión de su rostro no estaba muy seguro de que su hermano tuviera éxito.

—Si no lo encuentra voy a necesitar que me presentes a un forense —respondí de mala gana.

—¿Eso para qué? —Quiso saber.

—Para que me enseñe un método para matar a tu hermano sin dejar pistas —le dije.

—Entonces voy a tener que arrestarte —respondió él tratando de relajar el ambiente con una broma.

—No, no lo harás —lo corregí—. Porque tú serás quien me ayude a desaparecer el cadáver.

Cuando llegamos al edificio de Luca él estaba sentado en la entrada con

la correa de Fantasma en la mano y con cara de derrota.

—Lo siento —se disculpó apenas me vio.

—Más lo voy a sentir yo cuando tenga que decirle a tus padres que te uniste a los cuerpos de paz y te fuiste a África —le respondí y Mateo tuvo la desfachatez de reírse.

—Yo no voy a unirme a los cuerpos de paz —dijo mi cuñado.

—Pero eso es lo que les diré cuando te mate y empiecen a hacer preguntas.

—Fue un accidente —explicó Luca—. Había pedido una pizza, y cuando llegó el repartidor abrí la puerta para recibirla. El perro estaba acostado en el sofá viendo televisión, y cuando saqué mi billetera para pagar salió corriendo. Ni el repartidor ni yo pudimos alcanzarlo —dijo luego—. Toqué cada puerta en el edificio, pregunté a los vecinos y he recorrido la calle varias veces para ver si lo veía, pero nada —nos contó y supe que estaba preocupado—. Hasta le escribí a una de esas proteccionistas que tienen cuentas en *Instagram* y *Twitter*, pero dicen que necesitan una foto del perro para poder poner el aviso.

Yo no quería poner un aviso en internet para que el mundo supiera que había fracasado como niñera de perros. Con mi suerte, lo más seguro es que los primeros en verlo fueran Melina y Samuel. O peor, alguna de las muchachas.

—¿Podemos intentar buscarlo otra vez? —Pregunté—. Si no lo encontramos, ponemos uno de esos avisos —le dije a Luca—, pero vamos a retrasar la furia de Melina cuando sepa que se me perdió su perro.

Y eso fue lo que hicimos. Buscamos por toda la calle y el edificio de

Luca, luego fuimos a mi casa que es donde se había estado quedando durante los últimos días solo para darnos cuenta de que allí tampoco estaba. Pregunté por la calle, y poco a poco mis esperanzas de encontrar a Fantasma se iban desvaneciendo.

«¿Florescia Leal, detective de mascotas? Ese es un negocio que no iba a funcionar»

Luca regresó a su apartamento y prometió avisarnos si el perro regresaba, pero yo no contaba con eso tampoco.

—Podemos colocar avisos con la foto del perro en las calles cercanas al edificio de Luca y por aquí, para que en caso de que algún vecino lo viera nos llame —sugirió Mateo—. Incluso podemos ofrecer una recompensa —añadió—. Y si eso no resulta, ponemos la foto en internet.

—Pero no tengo ninguna foto —le dije al borde de las lágrimas.

—Creo que vi una en la casa de tu amiga la última vez que te acompañé —me respondió—. Podemos tomarla prestada y regresarla después de sacarle una copia.

Entré a mi casa para buscar la llave de repuesto de la casa de Melina, y luego subí a la camioneta de Mateo.

—Todo va a salir bien —prometió, y yo esperaba que tuviera razón.

—¿Me ayudas a buscar un perro igual si fantasma no aparece? —Le pregunté.

—¿Crees que tu amiga no se va a dar cuenta? —Me preguntó riendo.

—Estoy segura de que sí lo hará, pero eso me dará tiempo para huir del país y unirme al programa espacial —le dije y eso lo hizo reír más fuerte.

«Al menos alguien se estaba divirtiendo».

—Deja de burlarte de la desgracia ajena —me quejé, y Mateo tiró de mí para abrazarme.

Quizás estaba siendo un poco dramática, pero yo no trabajo muy bien en situaciones estresantes. Y cuando tu vida está en peligro es inevitable sentirse estresado.

Por suerte no tuve que recurrir a ningún plan para reemplazar el perro perdido, ni exponer en internet lo patética que soy cuidando de alguien, porque al llegar al edificio de Melina encontramos a Fantasma en la puerta esperando que alguien lo dejara pasar.

—Gracias a Dios —suspiré cuando lo vi.

Mateo se apresuró a estacionar la camioneta y yo salté para correr hasta el perro. Apenas Fantasma me vio empezó a saltar y a mover la cola, y cuando me agaché junto él me dio un lametazo en la cara.

—Sí, bonito —le dije mientras lo acercaba para darle un abrazo—. A mí también me alegra verte.

Capítulo 40

Bajo arresto, pero feliz.

Flor

Un par de semanas después del incidente de Fantasma regresaron Samuel y Melina. Estaba aliviada de regresarles su mascota sana y salva, pero mentiría si dijera que no extrañaba al condenado perro. Especialmente cuando Mateo venía para ver películas en mi sofá. Ritual en el que nos acompañaba acostándose en medio de nosotros para luego empezar a rotar como las agujas de un reloj hasta tener la cabeza encima de mis piernas y el resto del cuerpo sobre las piernas de Mateo.

Esa fue la época en el que el encantador de serpientes finalmente decidió desempacar y empezar a organizar sus cosas dentro de la nueva casa, y cada momento libre que yo tenía lo estaba dedicando a ayudarlo. Juntos escogimos los muebles de su sala, cambiamos los colores de las paredes interiores, organizamos la cocina y las habitaciones, y terminábamos haciendo el amor después de cada tarea completada.

Para el momento en que terminamos de decorar, habíamos usado cada superficie disponible para tener sexo.

«Y no, no es una queja. Solo un ilustra mi punto».

Sin embargo, no siempre estábamos juntos en su casa. Mateo me dio una llave cuando empezamos a desempacar, y algunas veces era solamente yo quien estaba allí organizando cosas cuando tenía algún rato libre. Pasaba tanto tiempo allí que sentía el lugar como mío. Algunas veces me sentía mal por tener que marcharme, y quizás por eso terminaba pasando más noches con Mateo que en casa de mi abuela.

«No es que hubieran taxis disponibles en mitad de la noche para llevar a una novia fugitiva de vuelta a su hogar».

Mi problema de transporte se resolvió de manera provisional después de año nuevo, cuando Mateo decidió que podía usar su camioneta cuando él estuviera en el trabajo siempre que no se me olvidara pasarlo a buscar cuando yo saliera del mío. Dice que le da tranquilidad saber que no estoy atravesando la ciudad en transporte público, especialmente con la cantidad de asaltos que se están registrando últimamente.

Es lo que tiene hacerse novia de un policía, que empiezas a lidiar con tasas de criminalidad en medio de las discusiones sobre transporte. O cualquier discusión, punto.

Pensaba en eso y en otras cosas cuando escuché un móvil sonar, pero lo ignoré porque estaba muy concentrada revisando un correo electrónico de mi amiga Cecilia y dudaba que se tratara del mío.

Recientemente su socio Nicolás había decidido renunciar a la empresa que tenían juntos, haciendo tambalear el negocio en un momento en el que

tenían demasiados compromisos. Y si le fallaban a los clientes, bien podrían despedirse definitivamente de él. Ruth le habló entonces a Ceci sobre mi interés de invertir mis ahorros en un negocio en lugar de abrir uno nuevo. Era algo de lo que había hablado mucho en los últimos meses con ella, también con Lorena y con Laura, pero mayormente con Ruth quien tenía experiencia como propietaria de su propia oficina contable y responsable de las finanzas de varias empresas. Fue nuestra amiga, justamente, quien la ayudó a elaborar esta propuesta que me hizo llegar y que ahora estaba revisando.

—Creo que está sonando tu móvil —dijo Ruth y yo fruncí el ceño.

—No recuerdo haberle colocado ese tono de alerta —le respondí buscando el aparato en la gaveta de mis escritorio.

Y efectivamente, se trataba de mi móvil. Y la razón por la que no reconocía el tono es porque se trataba de una notificación de mensaje de *Instagram* en lugar de una alerta de llamada, mensajes de texto o *WhatsApp*.

—No sabía que podía recibir mensajes en *Instagram* —le confesé a Ruth que estaba a pocos metros de mí ojeando una revista.

—Eso es porque nunca actualizas la condenada aplicación —me respondió—. Sino ya supieras que puedes añadir *GIF* a las historias.

Toqué el cirulo rojo en la esquina superior izquierda de *Instagram* y encontré un mensaje de una cuenta que no recordaba haber seguido informándome que ya habían recibido mi donativo.

—¿Mi qué? —chillé sorprendida.

Abrí el perfil de quien enviaba el mensaje y encontré la cuenta de la proteccionista que mencionó Luca la noche que se perdió fantasma, y entre sus fotos había numerosos avisos de perritos y gatitos que estaban

extraviados, que habían sido abandonados o que ofrecían en adopción.

—¿Cuándo los empecé a seguir? —le pregunté a mi móvil, como si él me fuera a responder.

—¿A quiénes? —Preguntó Ruth.

—A ellos —le respondí tendiéndole el aparato para que viera el perfil.

Ruth empezó a fisgonear el perfil de la proteccionista, chillando emocionada cuando veía a los perritos que ofrecían en adopción, y preguntándome si estaba pensando en conseguir alguno.

—La verdad es que no lo había pensado —confesé—. Disfruté cuidar al perro de Meli mientras estuvo fuera —salvo esa vez en que se me extravió, pero eso no lo iba a decir en voz alta—. Pero no creo que le haga mucha gracia a mi abuela, quien es la que pasa la mayor parte del tiempo en la casa.

—Cuando no está en una de esas aventuras vacacionales para abuelitas —soltó Ruth con una risita—. Yo creo que lo que tu abuela busca allí es un reemplazo para tu abuelo.

—Es posible —me reí también—. Pero como te decía, no puedo llegar con un perro a casa de mi abuela a menos de que sea algo temporal, como con Fantasma.

—Son muy lindos —dijo Ruth mirando la pantalla del móvil—. Si tuviese un lugar más grande, adoptaría uno.

—Y yo, si tuviera un lugar que fuera mío —me encogí de hombros.

Ruth me devolvió mi móvil y seguí revisando mi correo, preguntándole cosas puntuales sobre la propuesta de Ceci cuando llegaba a cosas que no entendía. Cuando terminé de revisarlo todo imprimí las páginas, las firmé y

las metí en un sobre para pasarlas a entregar al final de la tarde. Y cuando llegó la hora de salida apagué el ordenador y tomé mis cosas para ir a recoger a Mateo en la comisaría.

* * *

Mateo

Hoy acompañé a un grupo de compañeros de la comisaría, entre ellos mi hermano Luca y su banda de saboteadores, a un entrenamiento con el grupo de operaciones especiales. Pronto se abriría el proceso de selección, y estaban realizando jornadas a puertas abiertas para que los oficiales activos participaran en la experiencia, en caso de que alguno quisiera unirse al equipo.

Morillo y Bazaga ya eran miembros del equipo de asalto de la policía y estaban familiarizados con las pruebas de operaciones especiales, al igual que yo. El que no tenía ni la más remota idea de en qué se estaba metiendo era Luca, y al final del entrenamiento nos repetía que hubiese deseado seguir en la ignorancia.

—Me duelen partes del cuerpo que no sabía que podían doler —nos decía entre gruñidos, y nuestra respuesta a eso fue una carcajada.

Decidimos hacer una parada antes de regresar a la comisaría y comprar algo de comer, ya que el entrenamiento además de exhaustos nos había dejado hambrientos, y Morillo mencionó unos camiones de comida rápida que se estacionaban en un parque cercano y decidimos ir hasta allá.

Bazaga estacionó la patrulla detrás de un camión naranja que tenía el dibujo de un sombrero mexicano con bigotes y lentes de sol identificado como *Los Tacos de Paco* y nos dijo que ya había probado la comida, y que le parecía buena. El especial del día eran las fajitas de carne y pollo, así que pedimos de esas y algunos refrescos para acompañar.

Mientras hacíamos desaparecer la comida se nos acercó un perro de la calle y se quedó observándonos atentamente. No era un perro demasiado grande, pero tampoco era exactamente pequeño; su pelaje se veía sucio y estaba bastante flaco, incluso se le veían algunas heridas, como si se hubiese peleado con otros perros.

Me levanté de la mesa donde nos sentamos a comer y caminé hacia el camión. El perro caminó detrás de mí como si intuyera lo que estaba a punto de hacer. El encargado del puesto de comida se acercó a la ventanilla y me preguntó qué deseaba, y yo le pedí que preparara otra orden de fajitas, pero que no usara condimentos. El hombre sonrió cuando vio el perro y no hizo más preguntas, de inmediato se puso a cocinar. Minutos después me entregaba la comida en una bandeja desechable que yo puse en el piso, y el perro se lanzó a devorarla como si no hubiese comido en días.

«Probablemente así fuera».

Los muchachos y yo seguimos comiendo, y cuando nos levantamos para pagar e irnos el perro siguió andando detrás de mí.

—Ya le diste comida, Bianchi —se burló Morillo—. Ya es tuyo.

—Sí, además, ¿qué es otro perro en tu casa? —Preguntó Bazaga—. Si has tolerado a este durante tanto tiempo —señaló a Luca—, no veo como no puedas con uno más.

—Idiotas... —resopló mi hermano—. Pero Bazaga tiene razón en algo —sugirió—. Puedes llevarlo a tu casa —se encogió de hombros—. Tienes el espacio y puedes darle refugio mientras le consigues un lugar. La proteccionista de la que te hablé la semana pasada se ocupa de esas cosas.

—Nunca me dijiste cómo supiste de ellos —le dije.

—A veces colaboro con ellos —respondió como si no fuera importante—. Y he asistido de voluntario a varias de sus jornadas.

—Pero no puedo llevarlo a la comisaría —pensé en voz alta.

—Como si tuvieras algo que hacer allí —se burló Bazaga—. Podemos acercarte a buscar tus cosas, y luego te llevamos a tu casa —sugirió—. Así no tienes que dejar solo a tu nuevo amigo.

—Al único que tiene —se carcajeó mi hermano.

—¿Y nosotros qué somos? —Preguntó Morillo ofendido.

—Un par de princesas Disney —le respondió y todos nos echamos a reír.

* * *

Flor

Cuando llegué al estacionamiento de la comisaría treinta y dos mis ojos no podían creer lo que estaban viendo. Mateo jugaba con un perro de la calle, lanzándole algo para que lo buscara, y el animalito corría alegremente siguiendo sus instrucciones. Como si su misión fundamental en la vida fuera

hacer feliz a Mateo.

«Supongo que tenemos eso en común».

Me bajé de la camioneta y empecé a caminar hacia ellos, y apenas Mateo me vio se detuvo y sonriendo caminó hacia mí. El perro lo seguía de cerca, agitando su cola mientras caminaba, con las orejas levantadas, como si estuviera alerta y listo para defender a su compañero de juegos.

—Vine a buscarte —le dije antes de acercarme para darle un beso—. Pero ya veo que estás ocupado —me burlé.

—Lo encontré en un parque después del entrenamiento y no quería dejar de seguirme —me respondió Mateo.

—¿Te siguió hasta aquí? —pregunté extrañada.

—No... —el encantador de serpientes empezó a reírse—. Lo trajimos en la patrulla. Luca sugirió que podía enviarle una foto a la proteccionista y que ellos me ayudarían a encontrarle un hogar.

—¿Y mientras tanto dónde va a quedarse? —Quise saber—. ¿Aquí?

—En mi casa —se encogió de hombros—. Contaba con que me ayudaras a cuidarlo mientras tanto —dijo haciendo un puchero y yo empecé a reírme.

—No sé... vas a tener que convencerme —le respondí.

—¿Convencerte? —Se burló—. Es más fácil ponerte bajo arresto —dijo guiñándome un ojo.

—Hablando de arrestos, perros y proteccionistas... —empecé a decirle, recordando la notificación que recibí más temprano en mi móvil—. ¿Sabes

algo de un donativo que supuestamente hice para la proteccionista de animales?

—Tal vez —respondió con una sonrisa—. Tal vez lo haya hecho desde mi cuenta, y haya dicho que era de parte tuya —se encogió de hombros y yo sonreí.

—Estás loco...

—Por ti —dijo antes de darme un beso—. ¿Entonces? ¿Qué me dices?

—¿Sobre qué cosa? —le pregunté—. ¿Sobre la ayuda o sobre el arresto?

—La ayuda —dijo él—. Para ponerte bajo arresto no necesito permiso —se inclinó para susurrarme al oído.

Y tenía razón, porque yo era prisionera del encantador de serpientes desde esa mañana loca en la que amanecí en su cama. Pero era jodidamente feliz así.

Epilogo

El alma de esta fiesta eres tú.

Flor

Hay cosas en la vida que marcan un antes y un después, aunque creo que esto ya te lo he dicho antes. Eventos importantes, detalles que dejan huella, personas que te marcan; algunos para bien, y otros para mal. Pero es un hecho. Esos momentos suceden, esos detalles existen, esas personas aunque tarden siempre llegan.

Cuando ves tu vida en retrospectiva es imposible no detenerte en ese instante, cerrar los ojos y pensar en todo lo que ha pasado después. En lo poco o mucho que has cambiado, en las cosas que has conseguido, en tus planes, en tus sueños... en tu vida. Como el romper con la rueda cambió las cosas, así como es inevitable pensar en lo que estarías haciendo si ese evento, ese detalle o esa persona nunca hubiese llegado.

Por mucho tiempo pensé que ese tipo de eventos determinantes sucedían

una vez en la vida, y que la huella era tan profunda que no lograbas superarla jamás. Por mucho tiempo pensé que después de que mi cuento de hadas se convirtiera en película de horror no volvería a creer en finales felices. Entonces llegó él a probarme que estaba equivocada, que mi cuento estaba lejos de terminarse y que eventualmente las escenas de horror no serían más que un mal recuerdo.

Mateo derribó cada muro, cada puerta que puse alrededor de mí; derritió el hielo que cubría mi corazón y vio algo que los demás no vieron. Que detrás de la máscara que vestía como un escudo, detrás del disfraz de fiestera, había alguien asustado. Alguien que tenía miedo de volver a confiar y ser traicionado, alguien que pensaba que el amor no existía, pero con cada detalle suyo me mostró que todas esas heridas pasadas eran necesarias para convertirme en la mujer que soy ahora.

«Aunque por mucho tiempo yo tampoco supiera exactamente qué clase de mujer era».

Y mientras yo descubría cosas sobre él y sobre mí, el mundo siguió girando. El tiempo siguió avanzando. Así pasó enero y llegó febrero, y con ese mes llegaron las fiestas. Mi primer reto como socia de Cecilia, y nuestro primer éxito juntas. Organizamos eventos de San Valentín en el que se involucraron Melina y Elena con sus parejas, y eventos anti San Valentín en los que participaron Belén, Laura, Lorena, Carolina y sorprendentemente también se unió Ruth. Hicimos algunas fiestas de disfraces para celebrar el carnaval, así como festejamos cumpleaños, compromisos, divorcios..., todo lo que llegaba a nuestra puerta se convertía en una idea, y las ideas eventualmente se convertían en realidad. Ahora estábamos a mediados de marzo y las cosas no daban señales de tranquilizarse. Y eso estaba genial, porque a más trabajo más dinero.

No había dejado mi trabajo con Ruth, sin embargo, al menos no lo haría hasta que las ganancias de mi inversión fueran más estables y el negocio pudiera sostenerse mejor. Incluso después de eso Ruth necesitaría tiempo para entrenar a su nueva secretaria, y yo podría echarle la mano. Después de todo para eso estaban las amigas.

El encantador de serpientes seguía conmigo, apoyándose en mis aventuras y riéndose de mis bromas, aunque últimamente la mayoría tuvieran que ver con él y con su incapacidad para dejar ir a *Bucky*⁴⁴ cada vez que la proteccionista nos llama sobre un posible hogar adoptivo para el perro.

«No lo culpo, yo también me encariñé con él».

Cada día junto a Mateo era un aprendizaje. Incluso los momentos de quietud, en mitad de la noche, cuando me quedaba observándolo cual acosadora sicópata. En esos momentos en que era simplemente mi Mateo, el hombre que hizo el truco de magia más impresionante de todos.

«Y no, no me refiero a hacer crecer la anaconda. Pervertida».

Con su forma de ser me hizo amarlo con la misma fuerza con la que aprendí a amarme a mí misma. Sin límites. Sin condiciones. Sin miedo. Y fue ese amor el que me dio el impulso para cambiar las cosas con las que no estaba conforme, a las que me había acostumbrado porque eran seguras, porque me permitían escapar.

Mateo me animó a luchar contra mis demonios, y aunque no han desaparecido completamente al menos ahora siento que tengo una armadura tan genial como la de Pantera Negra para enfrentarlos.

«Pero nuestra relación no es el único frente en el que hay novedades».

Mi hermano Ignacio, quien cada vez estaba más raro, empezó a tomar

lecciones de vuelo. No sé si se trate de algo que verdaderamente lo apasione o si es una excusa para estar fuera de casa y mantener la cabeza ocupada ahora que nuestra abuela decidió mudarse a un hogar de retiro. No puedo decir que apoyara su decisión, pero era mi deber respetarla.

Mis amigas seguían estando más locas que una cabra, pero seguían siendo unas locas confiables. Salvo cuando se empeñaban en ponerse misteriosas, como Ruth cuando el chico de los mensajes la dejó plantada en la boda de Elena y desapareció sin dejar rastro, o como Lorena quien después de perseguir activamente a Luca ahora lo veía como si lo odiara.

«Estoy segura de que con esos dos pasó algo».

Pero no todo es misterio y malas noticias con mis amigas. A algunas les va realmente bien, como Laura quien se convirtió en gerente de la *sex shop* y decidió que era tiempo de dedicarse a su tesis de *Postgrado*, algo que ha estado retrasando por años. O como Belén, que usó sus ahorros para comprar un local en el centro de la ciudad en el que pretende abrir su propio bar. O como Carolina, quien había estado vendiendo postres para una cadena de cafeterías y finalmente se recibió como *chef* de repostería. Todavía no sabe lo que hará en el futuro, pero al menos parece feliz.

Pienso en ellos cuando cierro las puertas de la casa de mi abuela y levanto mi bolsa de deporte para ir a la casa de Mateo a pasar el fin de semana. No es que necesite muchas cosas, porque parte de mi ropa y artículos de aseo ya están en casa del encantador de serpientes. Pero hoy es el cumpleaños de mi chico y en la bolsa llevo su regalo.

Desde la primera vez que vimos películas en casa de mi abuela y salí en uno de mis enterizos ha dicho que le parecen bonitos. Sé que lo hace para burlarse, pero la broma es para él porque le he conseguido uno de su talla. De

*Chewbacca*⁴⁵, por supuesto, porque Mateo es muy fan de *Star Wars*.

—Ya vas a ver, Mateo Bianchi —me carcajeo sola a riesgo de que la gente piense que se me ha corrido la teja⁴⁶ mientras lo imagino vistiendo el traje.

Y sigo riéndome mientras camino hacia el taxi que pedí hace unos minutos para ir a su casa. Entonces pienso en lo mucho que lo he extrañado últimamente, así como he también extrañado a nuestro *Bucky*. No importa si hablo o intercambio mensajes con él a cada hora del día, eso no parece ser suficiente.

A veces cuando le digo que lo extraño me dice que debería mudarme con él, porque según Mateo así no lo extrañaría tanto. Y no voy a negar que me haga ilusión, pero tampoco quiero precipitar las cosas.

«Aunque con nosotros todo parece ir a la velocidad de la luz».

Hay días en los que pienso que si acepto estaría invadiendo su espacio, que es demasiado pronto, que espere un poco más..., entonces le digo que no. Sin embargo también hay días como hoy, cuando el aire acondicionado dejó de funcionar y la casa huele como baño de carretera, días en los que lo único que me levantaría el ánimo es estar en los brazos de Mateo mientras Bucky se echa en mis piernas, y me siento tentada a aceptar.

Es complicado, pero supongo que eventualmente encontraré la respuesta a mi dilema.

Le digo la dirección al taxista y nos ponemos en marcha, y mientras recorremos las calles que me separan de la casa de Mateo recibo un mensaje de su hermano pidiéndome que me dé prisa porque una banda de policías con ganas de celebrar espera por mí para empezar la fiesta de cumpleaños de mi

novio.

En unos minutos estaré allí.

Y efectivamente, diez minutos después el taxi se estaciona frente a la casa de Mateo. Tomo mi bolsa y le pago por el viaje, entonces salgo del auto y empiezo a caminar hacia la puerta. Uso la llave que Mateo me ha dado para entrar y escucho la voz del encantador de serpientes y las de sus amigos en el patio trasero. Sonrío mientras subo a la habitación a dejar mis cosas. Aprovecho y saco el regalo de la bolsa para ponerlo sobre la cama, y luego bajo para unirme a la fiesta.

Mateo sonrío y empieza a caminar hacia mí apenas me ve. Pero es Luca el primero en hablar, haciendo reír a sus compañeros de trabajo, a sus padres, a mis amigas y a Samuel que también estaban aquí.

—¡Por fin! —exclamó mi cuñado levantándose de la silla donde estaba sentado—. Esto en lugar de cumpleaños parecía funeral —se quejó mientras Mateo me daba un beso.

—Sí, el jefe no quería empezar la fiesta sin ti —asintió Bazaga.

—¿Y eso por qué? —Pregunté riendo mientras el encantador de serpientes me envolvía con su abrazo—. Si ya el alma de la fiesta estaba aquí —señalé a Luca que estaba ahora tenía en la mano un par de cervezas.

—Luca solo es el payaso de la fiesta —respondió Mateo haciendo reír nuevamente a todos—. Aquí la verdadera alma de la fiesta eres tú —dijo en voz alta, aunque sus ojos no se apartaron de los míos.

Las reacciones que escuché iban desde la ternura hasta la risa, pero pronto todas las voces quedaron ahogadas por una canción donde Shakira declaraba estar loca. Y puede que yo también estuviera como ella pero en ese momento, mientras estaba en los brazos de Mateo, nada me importaba porque me sentía feliz. Me sentía completa.

«Me sentía invencible y no necesitaba alcohol para sentirme así. Solo lo necesitaba a él».

FIN.

Agradecimientos

Escribir las notas de agradecimiento, aunque ustedes no lo crean, es casi tan complicado como escribir la historia que acompañan porque siempre tengo el temor de olvidar un nombre. Y no es un temor infundado, siempre me pasa.

En primer lugar, gracias a Danny Amendola por inspirar a mi Mateo, y por una fantástica temporada junto a los *Patriots*; a Jimmy Garoppolo, aunque ahora juegue para San Francisco, por ponerle rostro a Luca, y a la gente de la ONG animalista APLAV por el trabajo tan bonito que hacen.

La historia de Flor y Mateo no habría sido posible sin la complicidad y el apoyo de mis amigas, mi banda de locas de DHNS con quienes continuamente hablo por WhatsApp. Algunos de sus nombres incluso aparecen en las páginas de este libro. Sus personalidades, las continuas bromas y la dinámica que se ha creado tras años de camaradería y de compartir anécdotas fueron la inspiración para crear a las amigas de Melina en *La Reina del Desastre*.

Por eso le agradezco infinitamente a Lorena Leal, Lorena Torres, Nan Guaymas, Flor Perez Giannivelli, Mari Rojas, Analy, Jazz, Brunella, Mari Trini, Belén Bazaga, y a BabyBel (que viene en camino).

También quiero agradecer a las chicas del grupo de apoyo, mi lugar feliz

en Facebook, por alentarme a darles voz a la borracha fugitiva y al encantador de serpientes. Sus comentarios y sus GIF nunca fallan para levantarme el ánimo. Las quiero tanto como a mi café matutino, y eso es bastante.

Mil gracias también a mi madre por sus continuas llamadas telefónicas para preguntar cómo iba el libro, aunque no tuviera idea de qué iba la historia, y por aceptar mis evasivas como respuesta cuando me preguntaba por la trama. Gracias a Ceci, quien es mi lectora cero no oficial, y a mi hermano, que es mi proveedor de café por no hacerme caso cuando estoy despotricando frente al computador porque un personaje no quiere hacer lo que le digo.

Licoa, Emilia, Wendy, Brunella y quienes leyeron la historia en sus fases más tempranas, muchas gracias por su tiempo, consejos y comentarios sobre la historia.

Gracias a Imagine Dragons, DNCE, Pink, Alessia Cara, Hailee Steinfeld, Bruno Mars, Justin Timberlake, Sam Smith, Avril Lavigne, Fat Domino, Ringo Starr, Jerry Lee Lewis y las Spice Girls por la música que me acompañó mientras escribía.

Por último, pero no menos importante, quiero agradecerle a ti por darle una oportunidad a esta historia y por dejarme entrar en tu dispositivo de lectura (o estantería). Tu apoyo es muy importante para nosotros los autores. Así que, GRACIAS.

Estas son las canciones que acompañaron esta novela

Estos son algunos de los temas musicales que escuché mientras escribía esta novela. Algunas de estas canciones terminaron colándose en las páginas, y otras seguían reproduciéndose en mi cabeza cuando apagaba el computador.

Bruno Mars – Just the way you are

Hailee Steinfeld – Love myself

Alessia Cara – Scars to your beautiful

Ed Sheeran – Kiss Me

Bruno Mars – Versace on the floor

Avril Lavigne – Girlfriend

Pink – Wild hearts can't be broken

Shawn Mendes – Treat you better

https://open.spotify.com/user/extremedamage/playlist/2GAS3S9KUEWu6dkYsi=8U00dpVtRxSXA_ofg6MmSw

Sobre la autora

Miriam Meza nació en Maracay estado Aragua (Venezuela) el 08 de Agosto de 1986. Se graduó como Ingeniero en Informática, profesión que ejerce en la actualidad. Sin embargo fue seducida por las letras y la música desde temprana edad. Es fanática de las redes sociales y dedica mucho tiempo a sus lectores a través de Twitter y Facebook. Además, suele colaborar con el sitio de reseñas Bukus y administra Blog on the run, un sitio en el que periódicamente datos sobre sus lecturas, obras o la música que escucha.

Síguela en sus redes sociales:

<http://instagram.com/extremedamage>

<http://facebook.com/miriammezaescritora>

<http://twitter.com/extremedamage>

<http://extremedamage.blogspot.com>

Notas

[←1]

Giro de la trama.

[←2]

Personaje de la mitología nórdica. Personaje del universo cinematográfico de Marvel interpretado por Tom Hiddleston

[←3]

Personaje del universo cinematográfico de Marvel interpretado por Benedict Cumberbatch

[←4]

personaje de ficción de la serie cinematográfica Piratas del Caribe interpretado por Johnny Depp.

[←5]

Bebida energética.

[←6]

Sin ropa. Desnudo(a)

[←7]

Personaje de la serie animada Microman y el perro más feo del mundo (Mighty Man & Yukk).

[←8]

Frase referida a que las amigas siempre están, mientras que los novios van y vienen.

[←9]

Película romántica estrenada en 2003. Titulada “Realmente amor” en Latinoamérica. Protagonizada por Hugh Grant, Colin Firth y Alan Rickman, entre otros.

[←10]

Película animada de Disney ©

[←11]

Personaje de Ficción creado por E.L. James para la serie de libros Cincuenta Sombras de Grey.
Personaje interpretado por Jamie Dornan en la adaptación cinematográfica de los libros.

[←12]

Personaje ficticio del universo DC Comics.

[←13]

Personaje de la película animada del mismo nombre. Un ogro caracterizado por su color verde y por su mal humor.

[←14]

Es una serie de televisión creada y producida por Robert Kirkman y Frank Darabont, basada en el cómic homónimo.

[←15]

Conocidos como Patrulla-X en España y Los Hombres X en Hispanoamérica, son un grupo de superhéroes del Universo Marvel creado por Stan Lee y Jack Kirby.

[←16]

Refiriéndose al actor que interpreta al personaje en el universo cinematográfico de Marvel: Chris Hemsworth

[←17]

Los premios Grammy son una distinción otorgada por la Academia Nacional de Artes y Ciencias de la Grabación de Estados Unidos para reconocer los logros dentro de la industria musical de un artista o agrupación.

[←18]

Refiriéndose al tema Carmina Burana, que aparece en la banda sonora de la película.

[←19]

The Avengers (titulada The Avengers: Los Vengadores en Hispanoamérica y Marvel: Los Vengadores en España) es una película estadounidense de superhéroes de 2012 escrita y dirigida por Joss Whedon.

[←20]

Que no está preparado.

[←21]

El airsoft es una actividad lúdico-deportiva de estrategia basado en la simulación militar.

[←22]

El Tesseracto es una Gema del Infinito con el poder de abrir grietas a través del espacio. Es mencionada por primera vez en el universo cinematográfico de Marvel en la película Capitán América: El Primer Vengador, y hace su primera aparición en Iron Man 2, cuando Tony Stark encuentra un boceto en una libreta de notas de su padre.

[←23]

La Mujer Maravilla (en inglés: Wonder Woman) es una superheroína ficticia creada por William Moulton Marston para la editorial DC Comics. Interpretada en televisión por Lynda Carter (entre 1975 y 1979) y en el cine por Gal Gadot (2017).

[←24]

En inglés: Buenos días, perra.

[←25]

The A-Team (El equipo A en España y Los magníficos o Brigada A en Hispanoamérica) es una serie de televisión estadounidense, protagonizada por George Peppard, Dwight Schultz, Dirk Benedict y Mr. T, que fue emitida originalmente por la cadena NBC, desde el 23 de enero de 1983 hasta el 8 de marzo de 1987.

[←26]

En inglés: ¿Qué pasa, perras?

[←27]

Una booty call es una llamada con intención sexual. O sea, es cuando alguien te escribe o llama para tener sexo sin compromiso.

[←28]

I Know What You Did Last Summer, titulada Sé lo que hicisteis el último verano en España y Sé lo que hicieron el verano pasado en Hispanoamérica, es una película de terror del año 1997. Estelanzan Jennifer Love Hewitt, Sarah Michelle Gellar, Ryan Phillippe y Freddie Prinze, Jr.

[←29]

En inglés: Juego de rol

[←30]

Close Encounters of the Third Kind (Encuentros en la tercera fase en España y Encuentros cercanos del tercer tipo en Hispanoamérica) es una película estadounidense de ciencia ficción de 1977 escrita y dirigida por Steven Spielberg, y protagonizada por Richard Dreyfuss, Melinda Dillon, François Truffaut, Teri Garr, Bob Balaban y Cary Guffey.

[←31]

Discovery es un canal de televisión por cable propiedad de Discovery Communications. La marca es conocida principalmente por su variedad de programación científica, particularmente documentales y programas sobre la naturaleza.

[←32]

Tequila José Cuervo es una marca de tequila producida por Tequila Cuervo La Rojeña, S.A. de C.V.

[←33]

Energizer® es fabricante de baterías y linternas.

[←34]

Refiriéndose a la vez en que la cantante Britney Spears se rapó la cabeza en el año 2007.

[←35]

En Inglés: Amigos que follan.

[←36]

En Inglés: Tienda de artículos relacionados con el sexo.

[←37]

Refiriéndose al personaje femenino de la serie de libros Cincuenta Sombras de Grey.

[←38]

Estilo de moda Británica de finales de los años 60 y principios de los 70, cuya estética es afeminada y extravagante.

[←39]

Que practica la telepatía.

[←40]

Es un término de la lengua inglesa que, traducido al idioma español, vendría a significar algo así como “atractivo para la vista”

[←41]

Personajes de la serie de libros Juego de Tronos, de George R.R. Martin.

[←42]

Personaje de la serie de libros Cincuenta Sombras de Grey, de E.L. James.

[←43]

En Inglés: Captura (de pantalla).

[←44]

Por James Buchanan "Bucky" Barnes, aliado del Capitán América que luego es conocido como el Soldado del Invierno en el universo Marvel.

[←45]

Chewbacca es un personaje del universo ficticio de Star Wars. Es un Wookiee, un bípedo alto, peludo y robusto, especie inteligente del planeta Kashyyyk. Es además el leal amigo y asociado de Han Solo, y sirve como copiloto en la nave espacial de Solo, el Halcón Milenario.

[←46]

Una forma de decir que se ha vuelto loca.